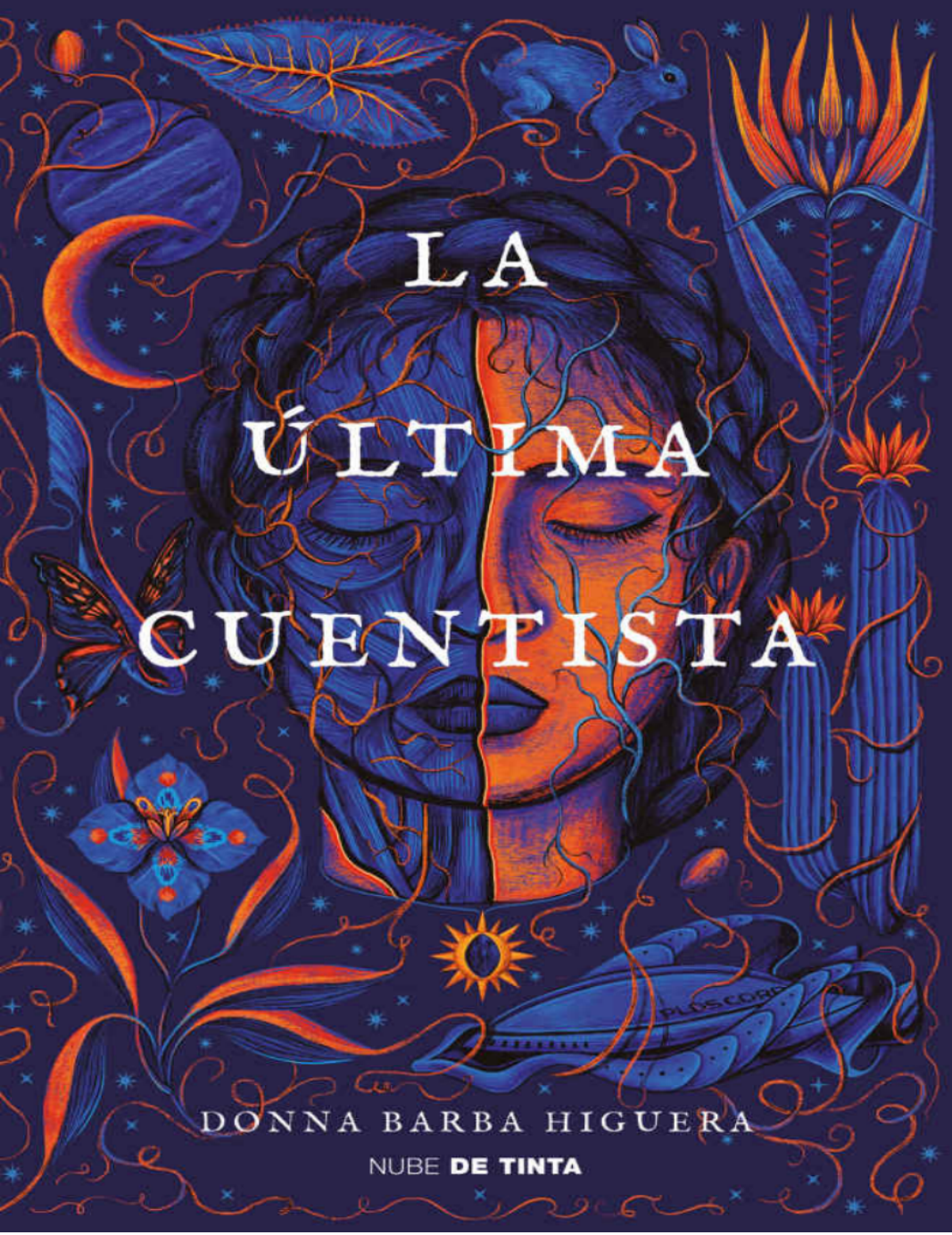

LA
ÚLTIMA
CUENTISTA
DONNA BARBA HIGUERA
NUBE DE TINTA

DONNA BARBA HIGUERA

La última cuentista

Traducción de **Pilar Ramírez Tello**

NUBE **DE TINTA**

Para papá:
Desde los primeros cuentos para antes de dormir
hasta nuestras charlas diarias, gracias
por toda una vida de historias.

1

Lita lanza otro tronco de pino al fuego. El humo dulce pasa flotando entre nosotras en dirección al cielo estrellado. Le crujen las rodillas cuando se sienta de nuevo en la manta, a mi lado. Esta vez, la taza de chocolate caliente con canela que me ha preparado sigue intacta.

—Tengo algo que quiero que te lleves para el viaje, Petra. —Lita se mete la mano en el bolsillo de la sudadera—. Como no estaré presente cuando cumplas trece años… —Saca un colgante con forma de sol. El centro lo ocupa una piedra negra plana—. Si lo sostienes al sol, su luz brilla a través de la obsidiana.

Lo cojo y lo sostengo en alto, pero no hay sol. Solo luna. A veces intento imaginarme que veo cosas que, en realidad, no puedo ver. Pero estoy segura de que una tenue luz atraviesa el centro de la piedra. Muevo el colgante adelante y atrás. Desaparece por completo cuando lo alejo demasiado del centro de mi campo visual.

Cuando vuelvo la vista atrás, Lita está señalando el colgante que lleva al cuello, idéntico al mío.

—No sé si lo sabrás, pero los yucatecos creen que la obsidiana contiene magia. Que es una puerta para unir a los que se han perdido.

Frunce los labios. La piel marrón se le arruga sobre la nariz como la corteza agrietada de un árbol.

—No deberían obligarme a ir —digo.

—Tienes que hacerlo, Petra. —Lita aparta la vista un buen rato antes de seguir hablando—. Los niños no deben estar separados de sus padres.

—Tú eres la madre de papá, así que él debería quedarse. Todos

deberíamos —añado, aunque sé que sueno como una niña pequeña.

Ella deja escapar una risa profunda y suave.

—Soy demasiado vieja para viajar tan lejos. Pero para ti… *¡Dios mío![*]* ¡Un planeta nuevo! Es emocionante.

Me tiembla la barbilla y oculto la cabeza en su costado mientras le rodeo la cintura y la aprieto con fuerza.

—No quiero dejarte.

Lita suspira y el movimiento le baja el vientre. En algún lugar del desierto, detrás de su casa, un coyote aúlla para llamar a sus amigos. Como si hubieran estado esperando esa señal, los pollos cloquean y una de sus cabras miotónicas bala.

—Necesitas un *cuento* —dice, en referencia a uno de sus relatos fantásticos.

Nos tumbamos boca arriba, mirando el cielo nocturno. El viento cálido del desierto sopla sobre nosotras mientras Lita me acerca a ella con el abrazo más fuerte del mundo. Quiero quedarme aquí para siempre.

Señala el cometa Halley. Desde aquí, no parece tan peligroso.

—*Había una vez* —empieza su historia— un joven nagual serpiente de fuego. Su madre era la Tierra, y su padre, el Sol.

—¿Un nagual serpiente? —pregunto—. Pero ¿cómo pueden el Sol y la Tierra ser padres de algo que es parte humano y parte animal…?

—¡Chis! Esta es mi historia. —Se aclara la garganta y toma mi mano entre las suyas—. Serpiente de Fuego estaba enfadado. Su madre, la Tierra, lo alimentaba y criaba, pero su padre, el Sol, permanecía lejos. Su padre hacía crecer las cosechas, pero también provocaba grandes sequías y muerte. Un día muy caluroso, cuando el Sol estaba sobre el nagual, este retó a su padre. —Lita agita un brazo en dirección al cielo —. Aunque su madre le suplicó que se quedara con ella para siempre, el joven Serpiente de Fuego corrió hacia su padre.

Lita guarda silencio un momento. Sé que estas pausas forman parte de su estrategia para mantener el suspense. Funciona.

—¿Qué pasó entonces?

Ella sonríe y continúa.

—Con la cola de llamas tras él, Serpiente de Fuego ganó velocidad

hasta que ya no pudo frenar. Pero, al acercarse al astro rey se dio cuenta de su error. Las llamas del Sol eran lo más poderoso y fuerte del universo. El nagual rodeó a su padre para volver a toda prisa a su hogar, pero era demasiado tarde: el fuego del Sol le había quemado los ojos, así que ya no veía nada. —Lita chasca la lengua—. *Pobrecito*, cegado y moviéndose a tanta velocidad que nunca sería capaz de detenerse, que nunca encontraría a su madre. —Suspira. Ahora llega la parte de la historia en la que su voz se vuelve más ligera, como si le diera indicaciones de cómo llegar hasta la *panadería* de la esquina—. Así que, cada setenta y cinco años, vuelve a repetir su viaje con la esperanza de reunirse con ella. —Señala de nuevo a la serpiente de fuego—. Llega lo bastante cerca como para percibir a su madre, pero nunca tanto como para abrazarla.

—Salvo esta vez —digo mientras noto el calor en la espalda.

—Sí —responde, y me acerca más a ella—. Dentro de unos cuantos días, la serpiente de fuego por fin encontrará a su madre. *Y colorín colorado, este cuento se ha acabado* —dice para concluir su *cuento*.

Le acaricio la mano una y otra vez, memorizando sus arrugas.

—¿Quién te contó esa historia? ¿Tu abuela?

Lita se encoge de hombros.

—Me contó algunas partes. Puede que me la haya inventado casi entera.

—Tengo miedo, Lita —susurro.

Ella me da una palmadita en el brazo.

—Pero ¿a que te has olvidado de tus problemas por un momento?

No respondo por vergüenza. Es cierto que su historia me ha hecho olvidar. Olvidarme de lo que le podría pasar a ella y a todos los demás.

—No tengas miedo —dice—. Yo no lo tengo. No es más que el nagual, que vuelve a casa.

Levanto la vista para mirar en silencio la serpiente de fuego.

—Voy a ser igual que tú, Lita. Una cuentacuentos.

Ella se sienta y cruza las piernas, frente a mí.

—Una *cuentista*, sí. Lo llevas en la sangre. —Se inclina hacia mí—. Pero ¿igual que yo? No, *mija*. Tienes que descubrir quién eres tú y ser

justo eso.

—¿Y si echo a perder tus historias?

Lita me sujeta la barbilla con una mano suave y marrón.

—No puedes echarlas a perder. Han viajado durante cientos de años a través de muchas personas para encontrarte. Ahora, hazlas tuyas.

Pienso en Lita y en su madre, y en la madre de su madre. En cuánto sabían. ¿Quién soy yo para seguir sus pasos? Me aferro al colgante.

—Nunca perderé tus historias, Lita.

—Ya sabes que el planeta al que vas también tendrá un sol o dos. —Se da un toquecito con la uña en su colgante—. ¿Me buscarás cuando llegues?

Me tiembla el labio inferior y las lágrimas me corren por la cara.

—No puedo creerme que vayamos a abandonarte.

Ella me seca una lágrima de la mejilla.

—Es imposible que me abandonéis. Vais a llevarme a mí y a mis historias a un nuevo planeta, al futuro. Tengo mucha suerte.

Le doy un beso en la mejilla.

—Te prometo que estarás orgullosa de mí.

Sin soltar mi colgante de obsidiana, me pregunto si Lita observará la serpiente de fuego a través del cristal ahumado cuando el nagual por fin se reúna con su madre.

2

La lanzadera que lleva desde Santa Fe hasta la zona de despegue en el bosque nacional de San Juan, cerca de Durango, tarda menos de dos horas en llegar. Media hora de ese tiempo la ocupó un discurso de mi padre, que nos explicaba a Javier y a mí que teníamos que dejar de pelearnos, ser amables y trabajar mucho.

Me parecía raro que el Gobierno hubiera elegido un bosque de Colorado en vez de una base militar. Sin embargo, cuando veo las carreteras aisladas y los kilómetros de bosque cerrado, lo entiendo. Hasta tres naves gigantescas de colonización interestelar diseñadas para el éxodo de la Tierra podrían perderse en este lugar.

Pleiades Corp fabricó estas naves de lujo para que los ricos pudieran viajar por la galaxia con todas las comodidades. Había visto sus anuncios en las megapantallas de los arcenes de las aerovías, en los que se veía el interior, digno de un hotel de cinco estrellas. Lámparas de araña con el color distintivo de Pleiades Corp, el púrpura real, iluminaban los rostros de los actores, que vestían ropa elegante, sostenían copas de Martini y sonreían mientras contemplaban una nebulosa falsa. Con una tintineante música de piano de fondo, un hombre que hablaba como si hiciera gárgaras con aceite de aguacate todas las mañanas decía: «Pleiades Corporation. Reimaginamos sus expectativas sobre los viajes interestelares. Vida de lujo entre las estrellas, reservada para la élite aventurera».

Pienso en lo que son ahora las naves. Esas personas de las megapantallas, las de las sonrisas de dientes blanqueados, no se parecen en nada a nosotros: científicos, terraformadores y líderes que,

según el Gobierno, tienen más derecho a vivir que los demás. ¿Cómo han hecho la elección esos políticos? ¿Y si mis padres hubieran sido mayores? ¿Cuántos de esos políticos han conseguido un pase preferente?

No parece correcto escabullirse de la Tierra cuando tantas personas se quedan atrás. Ni siquiera informaron a mis padres de nuestro destino hasta el día antes. Mi padre dice que Pleiades ha estado guardando sus naves en unas instalaciones subterráneas enormes del aeropuerto de Denver; se suponía que aún faltaban dos años para su primer viaje oficial. Los vuelos inaugurales de prueba al espacio realizados unos meses antes habían tenido éxito, pero, como nos vamos de una forma tan repentina, este será el primer viaje interestelar propiamente dicho.

Si una erupción solar no hubiera desviado el cometa de su curso hace una semana, dentro de unos días estaríamos contemplando tranquilamente el paso de Serpiente de Fuego junto a la Tierra, como viene sucediendo desde el principio de los tiempos.

Las instalaciones de despegue no son más que un viejo puesto de guardabosques reconvertido, justo detrás de una de las puertas del parque nacional. Intento no pensar en lo que he visto en la entrada principal. Desde el puesto nos piden que recorramos a pie con otros pasajeros un sendero que se introduce en el bosque. Más familias se reúnen detrás de nosotros, a la espera de su turno para caminar hasta la nave. El bosquecillo de álamos temblones y pinos filtra la luz como la vidriera de Jonás y la ballena en la iglesia. Doy un respingo al oír la algarabía de crías de pájaro que pían sobre nosotros. Levanto la vista y veo a una mamá golondrina salir volando del nido en busca de más comida. Los bebés pían más bajito cuando ella se va. La mamá pájaro no sabe que todo su trabajo es una pérdida de tiempo. Entorno los ojos para enfocar las cabecitas diminutas que se asoman al borde del nido. Al principio, me siento mal por ellos, tan pequeños e indefensos. Pero entonces me doy cuenta de que, en cierto modo, los pájaros son los más afortunados: nunca se enterarán de lo que acabó con ellos.

Seguimos caminando hacia la nave por un camino que podría ser un sendero de excursionismo cualquiera. Es el éxodo de la Tierra menos

oficial que pudiera imaginarse. Mis padres me contaron que, a través del seguimiento de las conversaciones online, sabían que demasiados grupos conspiranoicos y radicales sospechaban que algo estaba pasando aquí fuera. Resulta que estaban en lo cierto. Mi hermano pequeño, Javier, se detiene en seco cuando salimos del camuflaje que proporcionan las copas de los cedros y llegamos a un campo abierto. Una nave monstruosa con aspecto de mantis religiosa de acero inoxidable y cristal aparece ante nosotros.

—¿Petra…? —me dice, y se me agarra a la muñeca.

Al otro lado del campo hay una réplica exacta de nuestra nave. Desde tan lejos, parece la mitad de grande que el mastodonte que tenemos enfrente. Solo quedan dos naves, una ya se ha ido. Mi padre me dijo que perdieron contacto cuando llegó la última comprobación, al acercarse a Alfa Centauri.

—No pasa nada —le digo a Javier y lo animo a seguir, aunque yo también quiero salir corriendo hacia el bosque.

Pienso en Lita, en mis profesores y en mis compañeros, y me pregunto qué estarán haciendo ahora mismo. No quiero ni imaginarme lo que es tener tanto miedo como para querer esconderse de algo de lo que no pueden esconderse. Así que decido imaginarme a Lita y a la *tía* Berta tumbadas bajo la manta de flecos roja y negra, bebiendo café con su «salsa secreta» mientras observan el regreso a casa de la serpiente nagual.

—¡Berta! No es momento para ser agarrada —diría Lita mientras inclina la botella de cristal marrón para servir más de aquel líquido denso del mismo color.

—Supongo que tienes razón —contestaría la *tía* Berta—. Ya no hace falta reservarlo para Navidad.

Lita serviría más aún en la taza de la *tía* Berta. Brindarían con sus tazas de arcilla, le darían un buen trago y apoyarían la espalda, hombro con hombro, en la pacana de cien años de la *tía* Berta.

Esa es la historia que recordaré de ellas.

Antes de que eligieran a mis padres, ya habían empezado los saqueos. Cuando le pregunté a mi madre por qué se molestaban, teniendo en cuenta que todas esas cosas pronto desaparecerían, a ella

se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tienen miedo. Algunas personas harán cosas de las que nunca se habrían creído capaces. No somos quiénes para juzgar a nadie.

Sigo sin entender por qué algunas personas son capaces de conservar la calma, mientras que otras organizan revueltas. Se supone que debo estar contenta porque eligieron a mis padres para ir al nuevo planeta, Sagan. Pero es como si me hubieran dado el último vaso de agua de la Tierra y me lo estuviera bebiendo con ansia mientras todos los demás me observan.

Miro el cometa y hago una mueca. «Te odio».

Como hormigas en ordenada marcha hacia nuestro agujero, mi familia y yo caminamos en silencio por el campo de hierba junto a varios científicos y a otra familia con un adolescente rubio. Al acercarnos, en vez de la plataforma de lanzamiento de cemento comercial que esperaba encontrar, no hay más que hierba recién cortada.

Mi madre habla en voz baja.

—Ni siquiera te enterarás del paso del tiempo cuando estemos ahí arriba. No hay que ponerse nerviosa. —Pero, cuando la miro, veo que cierra los ojos con fuerza y sacude la cabeza como si así consiguiera que todo desapareciese—. Y, cuando lleguemos a Sagan, empezaremos de nuevo, como en una granja. Habrá más personas de tu edad.

Nada de lo que diga puede arreglar esto. No quiero volver a tener amigos. Si hasta tuve que soltar a Rápido detrás de la casa de Lita… Puede que mi tortuga sobreviva de algún modo dentro de su madriguera al impacto del cometa y siga viviendo su vida sin mí.

—Esto es una estupidez —mascullo—. Debería contarles lo de mis ojos para que no nos dejen subir a la nave.

Mis padres se miran entre ellos. Mi madre me agarra del codo y me lleva a un lado. Sonríe a la otra familia cuando pasan junto a nosotras.

—¿Qué estás haciendo, Petra?

Noto que se me escapan las lágrimas.

—¿Qué pasa con Lita? Es como si ni siquiera te importara.

Mi madre cierra los ojos.

—Ni siquiera sé cómo explicarte lo difícil que es esto para todos

nosotros. —Deja escapar el aliento y me mira—. Siento mucho el daño que te está haciendo, pero no es el momento oportuno para eso.

—¿Cuándo lo será? —pregunto alzando demasiado la voz —. ¿Dentro de cientos de años, cuando ella ya no esté?

El adolescente rubio que ahora tenemos delante vuelve la vista atrás para mirarnos. Su padre le da un codazo y mira de nuevo hacia delante.

—Petra, no podemos saber qué pasará exactamente —dice mi madre mientras le lanza una mirada furtiva a la otra familia. Se agarra la trenza y retuerce el extremo con la mano.

—Creo que mientes.

Mi madre mira a mi padre y me pone una mano en el brazo.

—Ahora mismo, Petra, el mundo no gira en torno a ti. ¿Has pensado en cómo se sentirán los demás?

Estoy a punto de decir que puede que el mundo ya no gire nunca más, pero me vibra el brazo. Levanto la vista y veo que mi madre está temblando. Señala la dirección de la que venimos.

—¿Te has fijado en la gente que esperaba al otro lado de las puertas?

Aparto la vista. No quiero recordar a la mujer que se quitaba la alianza mientras empujaba a su bebé hacia el guardia armado. «Por favor, por favor», suplicaba una y otra vez, solo moviendo los labios, mientras nosotros entrábamos en el autobús. Tal y como había predicho el seguimiento, aquella joven familia y otras cien más habían averiguado que el Gobierno ocultaba algo aquí fuera.

—Darían lo que fuera por estar a bordo con nosotros —añade mi madre, que se inclina sobre mí y me taladra con la mirada—. ¿Quieres irte?

Pienso en la madre con el bebé, en qué pasaría si no volviera a ver nunca a papá, a mamá o a Javier.

—No —respondo.

Una mujer y una niña se acercan, cogidas de la mano. La niña tiene un cuerno en espiral plateado encima de la cabeza, unido a la capucha de su sudadera. Al pasar junto a nosotras, la niña se vuelve sin disimulo y me mira con suspicacia.

—Suma, no —le susurra su madre, y la niña aparta la vista.

Mi madre las mira a su vez y sé que también se ha dado cuenta de que nos observaban.

—Así que, por favor, ¿puedes guardarte tus opiniones, por ahora?

Dicho lo cual, sigue caminando y deja atrás a mi padre y a Javier. Mi padre me mira, arquea las cejas y me hace un gesto con la cabeza. Y, solo con eso, sé que él también está harto. Javier corre hacia mí y está a punto de tropezarse con una piedra del camino. Se me abalanza y tengo que sujetarlo. Me da la mano.

—No pasa nada —me dice, igual que le he dicho yo hace unos minutos. Esta vez es él quien tira de mí para que siga andando.

Respiro hondo cuando llegamos a la rampa de acceso a la mantis religiosa voladora. El morro, del tamaño de un campo de fútbol, se alza ante nosotros. Las ventanas de la zona frontal hacen que parezca que tiene la boca abierta, y nos enseña unos dientes largos entre la parte superior de la cabeza y el fondo de la mandíbula. Dos patas traseras dobladas se introducen en la tierra y la anclan en al suelo.

A lo lejos, unos puntitos diminutos entran en el vientre de la otra nave con forma de bicho, que saldrá poco después que la nuestra.

Javier señala dos compartimentos ovalados con forma de ala en la parte de atrás de la nave.

—¿Ahí es donde vamos a estar? —pregunta.

Mi padre asiente con la cabeza.

—Es más grande que mi colegio —susurra Javier.

—Y tanto. —Mi padre esboza una sonrisa falsa, como si intentara convencerlo de que vamos de nuevo a Disneyland—. Hay muy pocas naves que puedan llevar a tanta gente tan lejos.

—¿Y estaremos dormidos? —pregunta él.

—Como si echáramos una siesta.

La «siesta» y lo que nos ofrecerá es el único punto positivo. Sin embargo, a diferencia de las siestas rápidas de treinta minutos de Javier, este sueño durará trescientos ochenta años.

3

No sé cómo no supe sumar dos y dos sobre lo que estaba sucediendo durante la semana anterior al viaje, cuando escuché «por accidente» una conversación entre mis padres.

Habían bajado la voz en el salón, yo ya me conocía la técnica. Significaba que, aunque sabían que estábamos dormidos, no querían arriesgarse a que oyéramos algo. Le arranqué la cabeza a mi muñeca Josefina American Girl y extendí su melena oscura sobre mi almohada. Llevaba ya cinco años sin jugar con Josefina, pero la tenía a mano para ocasiones como esta.

Salí de puntillas de mi dormitorio y pasé junto a la puerta de Javier. El brillo de su acuario proyectaba la luz justa para poder ver el pasillo. De su cuarto salió un susurro lo bastante fuerte como para que Josefina cobrara vida del susto.

—¿Adónde vas, Petra?

Su puerta chirrió cuando entré corriendo.

—A ninguna parte. Solo voy a por un vaso de agua.

Se arrastró por su cama para hacerme sitio. En vez de pijama, llevaba su sudadera de Gen-Gyro-Gang; no se la había quitado en tres días. Desde que los genetistas chinos crearon a Lance el Lanudo y aquel diminuto mamut clonado fue presentado al mundo, todos los niños de menos de ocho años tenían una sudadera de GGG con Lance en el centro, un bebé *Hypacrosaurus* a un lado y un dodo en el otro. Javier alargó una mano para darme su libro *Soñadores*, una versión en papel real que había pertenecido a mi padre cuando era pequeño. Era tan viejo que se escribió mucho antes de que se inventaran los librex y

los generadores de historias.

—Ahora no, Javier —le dije mientras volvía a meter su libro favorito en la estantería que estaba encima de su cama.

—Jooo... —protestó él.

Durante un segundo, mis padres se callaron, así que me llevé un dedo a los labios.

—Se supone que estamos dormidos.

Le di un beso de buenas noches y me golpeé el dedo pequeño del pie contra el lateral de su cama. Me tapé la boca y caí de nuevo en el colchón, a su lado.

—Lo siento —susurró.

Gruñí.

—No es culpa tuya. No lo he visto. —Me masajeé el dedo—. Estúpidos ojos.

Javier me dio la mano.

—No te preocupes, Petra. Yo seré tus ojos.

Se me formó un nudo en la garganta y me tumbé a su lado para abrazarlo por detrás. Le cogí una mano y le acaricié con el dedo la marca de nacimiento con forma de constelación que tenía, un puñado de pecas en el hueco entre el pulgar y el índice; era un mensaje silencioso que solo nosotros dos conocíamos. Apoyé la cabeza en la almohada, al lado de la suya, y observamos a su rana enana africana, que nadaba de un lado a otro, desde el fondo hasta la superficie de la pecera. Con sus patas larguiruchas y palmeadas, parecía un *tomatillo* con unos palillos pinchados.

—Le das demasiada comida a esa rana.

—Se llama Gordo, así que no pasa nada.

Solté una risita y le acaricié la marca de nacimiento hasta que su respiración se volvió más profunda. Desde el lomo de *Soñadores*, la madre nos observaba, vigilante; tenía labios y ojos amables, como los de Lita.

Salí con cuidado de la cama y pisé el suelo. El pasillo estaba en penumbra, así que decidí que era seguro acercarme al salón para escuchar a escondidas. Fui palpando el camino, para no tropezarme con nada, y me agaché detrás del sofá modular.

—Es un poco morboso —dijo mi madre—. Ciento cuarenta y seis personas, justo el número de monitores que hay en cada transporte; eso es todo lo que se necesita para que los humanos sigan adelante con la suficiente diversidad genética, por si los demás morimos.

Siempre estaban planteándose alguna hipótesis científica por diversión, así que pensé que se trataba de otra de aquellas conversaciones nocturnas de pareja friki.

—Es como si los monitores estuvieran haciendo un gran sacrificio por todos nosotros —siguió diciendo mi madre.

—Los escogieron para esta misión por un motivo, como a nosotros —repuso mi padre.

—Pero nosotros podremos llegar al final del viaje.

—Aun así, ellos también son pasajeros. Y no sabemos bien lo que nos espera. ¿Quién sabe si sus vidas serán mejores o peores que las nuestras?

Aquello ya no sonaba tanto a conversación hipotética. El reloj de la cocina dio las diez.

—Enciende pantalla —dijo mi padre para poner las noticias de las diez programadas específicamente para ellos.

Me asomé por encima del cojín de arriba del sofá.

—Esta noche nos unimos al Foro para la Paz Global, donde un movimiento internacional empieza a tomar forma. —La presentadora arqueó las cejas, aunque no se le formó ni una arruga en la frente—. Este… interesante movimiento ha recibido grandes alabanzas, pero también un buen número de críticas.

Un hombre con el pelo muy corto por las sienes y la nariz puntiaguda empezó a hablar. Tenía una voz agradable que no pegaba con sus rasgos angulosos.

—A lo largo de este siglo nos hemos enfrentado a muchos retos. Pronto no quedará ninguno. Imagínense un mundo en el que los humanos pudieran alcanzar un consenso. Con la unidad colectiva podemos evitar el conflicto. Sin conflicto, no hay guerra. Sin los costes de las guerras, no habrá hambre. Sin las diferencias entre culturas, aspecto, conocimientos…

Asomé la cabeza más todavía para ver mejor. Detrás de él, hombres

y mujeres con pelo decolorado y peinado hacia atrás, vestidos con uniformes a juego, formaban una tensa hilera; mantenían las manos colocadas una sobre otra a la altura de la cintura. Sonrisas idénticas, sin nada de maquillaje.

—La irregularidad y la desigualdad son lo que nos ha llevado hasta la agitación y la tristeza. Este esfuerzo colectivo nos asegura la supervivencia —dijo el hombre.

—Sí, pero ¿a qué coste? —le dijo mi padre, aunque él no pudiera oírlo.

—¿Y no es eso también lo que estamos haciendo nosotros? —preguntó mi madre—. ¿Sobrevivir?

Mi padre suspiró.

El hombre dio un paso atrás para ponerse en línea con los demás.

—Únanse a nosotros. Nuestro Colectivo es más fuerte como una sola unidad. Con su confianza, podemos eliminar el dolor del pasado. Conseguiremos…

—Crear una nueva historia —añadieron todos al unísono.

Mi padre le quitó el sonido a los altavoces.

—Creo que están hablando de una clase de supervivencia completamente distinta. No me digas que no te dan miedo —añadió señalándolos.

Me senté sobre los pies. El mundo que aquellos tipos proponían no me sonaba tan mal. Sin guerra. Sin hambre. Sin tener que decidir qué ponerte cada día para ir al instituto.

Como si mi padre me hubiese leído la mente, siguió hablando.

—Lo que me da miedo no es lo que quieren, sino cómo proponen conseguirlo.

Lo normal era que no me dejaran quedarme hasta tarde para ver las noticias, así que sabía que tenía que haberme perdido algo bueno. ¿Qué proponía exactamente aquel tío para que diera tanto miedo?

Vi que mi padre negaba con la cabeza.

—La igualdad está bien. Pero la igualdad no es lo mismo que la invariabilidad. A veces, los que dicen estas cosas sin considerar lo que de verdad significan… Ese dogma es un arma de doble filo.

Me dije que al día siguiente tendría que buscar lo que significaba

«dogma».

—¿No crees que algunos de ellos entrarán? —preguntó mi madre señalando la pantalla.

—No podemos preocuparnos por eso. Tenemos problemas mayores, como competir con otros países por el transporte.

—Te garantizo que al menos desde Japón y Nueva Zelanda saldrán unos cuantos en los próximos días. La pregunta es si cuentan con un asentamiento secreto viable o no. —Mi madre suspiró—. Puede que ese Colectivo tenga razón: mira lo bien que funcionan la paz y la cooperación internacional.

Oí un golpeteo y supe que mi padre le estaba dando unas palmaditas en la rodilla.

—Nuestro trabajo consistirá en recordar qué partes salieron mal, para así hacerlo mejor con nuestros hijos y nietos. Celebrar nuestras diferencias y encontrar el modo de vivir en paz, a pesar de todo.

Volví sigilosamente a mi dormitorio y tiré a Josefina al suelo. Me pregunté si uno de esos monitores de los que hablaban me ayudaría a limpiar mi nuevo cuarto. ¿A qué parte de Estados Unidos nos llevaría ese transporte, para el nuevo proyecto de mis padres? ¿Cómo podía evitar que Javier le siguiera dando demasiada comida a su rana?

Hasta más tarde no me enteré de que, aquella noche, a diferencia de mí y de la gente de las noticias, mis padres ya sabían lo que iba a suceder. No íbamos a estar despiertos para interactuar con los monitores ni para ensuciar nuestros dormitorios. No íbamos a otro lugar del planeta Tierra. La «misión» de mis padres está en un planeta fuera de nuestro sistema solar llamado Sagan. Los monitores, elegidos para cuidarnos mientras dormimos, ni siquiera estarán vivos para verlo. Pero, con suerte, sus trastataranietos estarán allí cuando despertemos.

Y la rana con sobrepeso de Javier está en un estanque, comiendo todo lo que le da la gana.

4

Al parecer, el tío que inventó En Cognito (alias Conocimiento Descargable) compró su billete para la tercera nave dándoles acceso a todos los pasajeros que partieran de la Tierra. Por tanto, mientras estemos inconscientes durante el viaje, recibiré las clases de botánica y geología que mis padres me escojan. Sin embargo, como tengo casi trece años, también puedo elegir la optativa que quiera. Es probable que mi optativa de En Cognito cueste más que nuestra casa y la de Lita juntas. Cientos de años… y de vidas de folclore y lecciones de mitología estarán grabados en mi cabeza cuando lleguemos a Sagan. Ni siquiera soy capaz de imaginarme todos los cuentos que me sabré.

Estoy tan ocupada pensando en lo orgullosa que habría estado Lita, que apenas me doy cuenta de que mi madre le hace un gesto a mi padre cuando subimos a la nave. Mi padre coge a Javier de la mano y mi madre me sujeta del codo.

—Te tengo, tranquila —me susurra.

De repente, sé lo que están haciendo y me entran ganas de llorar. Sé lo que no están diciendo en voz alta (no pueden arriesgarse a fastidiarlo todo). Los organizadores no quieren a personas con un «defecto genético» como mis ojos en el nuevo planeta.

En la rampa de entrada nos esperan al menos siete personas, todas jóvenes, con idénticos monos de color gris oscuro. Y lo único que los distingue es un arcoíris en la cabeza formado por distintos tonos neutros de piel, desde el blanco hasta el marrón oscuro. Examinan a la multitud y, cada uno de ellos se acerca a uno de los grupos de viajeros que acabamos de entrar.

Un joven con gafas metálicas redondas viene rápidamente hacia nosotros desde la rampa. Mira en su tablet y le sonríe a mi madre.

—¿Doctora Pena?

—Sí —responde mi madre—, pero es Peña, con «eñe» —lo corrige —. Como en lasaña.

Él sonríe.

—Lo siento. Peña. —Pulsa algo en su tablet y suena un pitido. Después se vuelve hacia mi padre—. ¿Y… doctor Peña?

Mi padre asiente.

El hombre le da un toquecito a su holopuntero y habla por la punta.

—Peña: dos adultos, dos menores. Encantado de conocerlos. Soy Ben, el monitor de los niños en la nave. —Nos hace un gesto para que lo sigamos—. Perdón por las prisas, pero vamos un poco justos de tiempo.

Mira con aire nervioso hacia la puerta del perímetro, más allá de los árboles. Yo también miro, pero no veo nada más que el bosque por el que acabamos de llegar.

Los otros monitores ya están desapareciendo por la entrada de la nave con el resto de los pasajeros.

—Allá vamos —dice mi madre, casi para sí, pero también para avisarme de que empieza a dirigirme.

Unas líneas de luz morada rodean la entrada, iguales que las del anuncio de Pleiades Corp, pero lo demás está a oscuras, salvo por un tenue brillo azul. Han borrado los otros emblemas corporativos que indicaban que la nave iba a ser un crucero de lujo. Lo miro todo moviendo los ojos de un lado a otro para poder obtener una imagen global más grande de lo que me rodea, como me aconsejó el médico. Todavía veo bien cuando hay mucha luz, pero, en la penumbra, tengo que ir arrastrando los pies, incluso en casa, si no quiero tropezar con uno de los juguetes de Javier y morir. Se llama retinitis pigmentaria y es como observar el mundo a través de un trozo de papel higiénico. Se supone que empeora con la edad.

Me vuelvo para echar un último vistazo al cielo y me tropiezo con algo.

—Perdón —digo antes de darme cuenta de que es la jamba de una

puerta.

Javier y yo nos reímos entre dientes. Mi madre se lleva un dedo a los labios y niega con la cabeza a modo de advertencia. Cierro los ojos y respiro hondo para tomar mi último aliento bajo el cielo abierto terrestre.

Seguimos rampa arriba hasta llegar a la bodega de la nave. Entre las sombras se agazapa un reluciente transbordador oscuro, como si fuera un escarabajo de las alfombras, esperando a entrar en servicio dentro de cuatrocientos años.

Hay muchas filas de contenedores metálicos a lo largo de las paredes, como en un almacén. Ben nos conduce al ascensor cuyas puertas acaban de cerrarse después de que dos familias entraran en la cabina. Mientras esperamos, Ben señala una puerta de acero con una luz azulada que parpadea; el cerrojo está dentro de una caja transparente cerrada con llave.

—Almacén de comida y filtrado de agua, tratados y sellados hasta la llegada a Sagan. —Después señala una esquina oscura de la bodega que está vacía y mira a mis padres—. Ahí dispondrán de su laboratorio.

Mi padre arquea las cejas. Ben sonríe.

—Sé que ahora no parece gran cosa, pero no se preocupe. Lo montaremos y les estará esperando cuando lleguen. —Hace un gesto hacia la rampa de entrada que acabamos de recorrer—. Y eso se convertirá en el muelle del transbordador.

Se oye una campanita y se abren las puertas del ascensor. Las paredes exteriores son de cristal redondeado, pero un tubo circular de metal oscuro las encapsula. Ben pulsa el seis y las puertas de cristal se cierran.

Subimos dentro de un asfixiante tubo oscuro. Javier se aferra a la pierna de papá y Ben le sonríe.

—Ya ha pasado lo peor —le asegura—. La distancia de la bodega a la planta principal es la mitad de la altura de la nave.

En cuanto lo dice, suena la campanita que indica que llegamos a la planta baja. La cápsula de metal desaparece. Las ventanas de uno de los laterales del ascensor dan al cavernoso cuerpo de la nave. Tengo la

misma sensación de mareo que cuando salí del túnel del estadio olímpico de Dallas durante nuestra excursión de clase.

Javier suelta la pierna de mi padre y corre a asomarse para ver las entrañas de la nave.

—¡Hala! —exclama, con las palmas de las manos apoyadas en las ventanas.

Me doy cuenta de que hasta yo tengo la boca abierta. Estoy viendo un patio interior del tamaño de seis campos de fútbol americano.

Ding. Suena la campanilla del ascensor para avisar de la llegada a la primera planta.

En el lado contrario, como en un estadio de fútbol, hay cientos de suites privadas que dan a un campo verde que se encuentra varios niveles por debajo. Un enorme parque cubre casi toda la planta baja. Hay senderos, como las venas de una hoja, que serpentean entre el verde. Los bancos y mesas repartidos entre los senderos parecen miniaturas desde donde estamos, a quince metros de altura, como mínimo. Las farolas brillan como luciérnagas para iluminar los senderos.

En el segundo nivel, justo encima del parque, todo el perímetro está rodeado por ocho carriles separados por líneas blancas, como una pista de atletismo. A lo largo de la pared, detrás de las líneas, veo máquinas para hacer ejercicio y los rectángulos azul turquesa de las piscinas individuales.

A lo lejos, unos puntitos humanos suben y bajan en los ascensores de cristal que hay en cada esquina. Suena la campanilla que nos indica que hemos llegado a la segunda planta.

—Ahí está mi compartimento —nos dice Ben mientras señala una puerta justo enfrente de nosotros, junto a las suites con ventanas que dan al parque. Mueve los dedos para señalar algo que está dos plantas por debajo de su dormitorio—. Encima del teatro —dice apuntando a la planta principal.

Hay un anfiteatro con un escenario y una holopantalla mucho más grande que las del Cinetrack 8. Por un segundo me pregunto quién decide las películas que se proyectarán.

—Cafetería —sigue explicando Ben mientras señala la planta

principal.

Justo detrás del parque se extiende una gran sala abierta que podría ser la zona de restauración de cualquier centro comercial. Hay mesas y sillas soldadas a las paredes para que formen parte de la nave. Veo casilleros que van del suelo hasta el techo con raciones de comida, la suficiente para todos los monitores durante cientos de años. Me entran arcadas cuando pienso de dónde sacarán el líquido para hidratar las comidas. Dudo de que la nave tenga un compartimento capaz de almacenar agua suficiente para abastecerlos durante trescientos ochenta años. Lo más parecido a una cocina normal es una pared de magnaondas.

Ding. Suena la campanilla de la tercera planta.

Toda la emoción que me produce la nave se evapora de repente cuando me acuerdo de por qué estamos aquí. De todos modos, solo podré usarlo todo cuando vayamos a aterrizar. Pensar en todo lo que he dejado atrás para quedarme con esto es como cargar con una piedra en el estómago. Como la cocina de Lita y el olor terroso de las hojas en remojo y el chile verde.

Me quedo mirando la cafetería de la nave, donde estoy segurísima de que no hay ni masa ni chile verde. Lita jamás habría encajado aquí. Me imagino sus manos oscuras y arrugadas echando masa en una hoja de maíz.

Parpadeo e intento que las lágrimas se evaporen antes de llegar a caer. No puedo ser la única que siente que todo esto es un gran error. Dios encontrará una solución y devolverá a su curso el cometa Halley… o el nagual… o lo que sea.

Ding. Suena la campanilla de la cuarta planta.

Levanto la vista con la esperanza de que nadie vea que tengo los ojos llorosos. En el techo abovedado, que está al menos a otros treinta metros por encima de nuestras cabezas, hay dos pantallas gigantes. Unas nubes algodonosas flotan por lo que parece un cielo de verdad. Unas enormes tiras de leds emiten una luz de espectro completo, como las del invernadero de mi madre.

Ben se pone a mi lado y también levanta la vista.

—Cambiará a cielo nocturno dentro de dos horas, para que nos

sintamos como en casa.

Sigo con la mirada su dedo, que vuelve a señalar el parque.

—Incluso tenemos plantas reales —dice.

—Es precioso —susurro.

Mi madre me besa en la mejilla y sé que nuestra pelea se ha acabado. Me habla con cariño al oído.

—Fíjate bien en lo que hay en medio.

Examino lentamente la zona central del parque. Hay una pared circular de adoquines, como un centro de mesa medieval. En medio del círculo de piedra veo un arbolito.

—¿Un árbol de Navidad? —pregunta Javier.

Mi madre suelta una risita.

—Es Hyperion.

Me vuelvo hacia ella y nuestras narices chocan. Me río. Debe de estar delirando. Mi percepción de la profundidad no puede estar tan mal, no es posible que esa ramita sea el árbol más alto del mundo. Aunque la verdadera ubicación de Hyperion es secreta, cualquiera que tenga unos padres botánicos conoce el famoso árbol. Mi madre llegó a verlo una vez en persona. Me dijo que lo abrazó y lloró.

La miro. Está contemplando con adoración el diminuto arbolito y esboza la primera sonrisa auténtica que le he visto desde hace días.

—Bueno, no es Hyperion exactamente, pero he conseguido su retoño. —Le tiembla la voz—. Vamos a dejar atrás mucha belleza. Me pareció que llevarnos una parte de algo tan fuerte y resistente era lo único que tenía sentido. —Suspira—. Cuando lleguemos seguirá siendo un bebé, comparado con su madre. Están usando nutrientes de liberación programada para controlar su crecimiento y mantener vivo el árbol y el resto de las plantas. —Mi madre habla como si nada de su revolucionario aditivo para la tierra. Suelta una risa nerviosa—. Sin presión.

Ding. Llegamos a la quinta planta.

—Enhorabuena, por cierto —dice Ben, sonriente—. Es algo realmente impresionante.

Mi madre responde asintiendo con la cabeza. La puerta se abre y salimos.

El resto de los pasajeros ya ha desaparecido por uno de los laberintos de pasillos. Seguimos a Ben al túnel más cercano al borde exterior de la nave. Sube en pendiente y las luces no iluminan mucho, así que me agarro a la barandilla. Nos acercamos a la parte superior del túnel, lo cual significa que estamos llegando a la punta delantera del ala derecha de la mantis.

—Conozco a la doctora Nguyen, que estará a cargo de la cámara de las semillas y del comienzo de las plantas durante el primer tramo de nuestro viaje —sigue diciendo Ben.

La sonrisa de mi madre vacila un poco y mi padre le da unas palmaditas en la espalda.

—Es una amiga —dice ella—. Cuando la vea, dele las gracias, por favor. Y…

Se hace un silencio incómodo.

—Por supuesto —responde Ben—. Le transmitiré su mensaje.

Me asomo a las puertas abiertas de ambos lados. Hay personas con monos grises, como el de Ben, de pie frente a unos paneles, deslizando los dedos por las holopantallas.

—La sala de estasis de los adolescentes —dice Ben, y señala una puerta abierta a nuestra derecha.

A ambos lados de un pasillo que recorre el centro de la cabina hay lo que parecen ser al menos treinta ataúdes blancos con tapas de cristal redondeadas. La mayoría de las tapas ya están cerradas y dentro se ve un fluido fluorescente brillante.

Suelto la mano de mi madre y vacilo ante la puerta.

Una mujer con un moño apretado y una tablet está junto a una de las cápsulas. La familia con el adolescente rubio está delante de ella. La mujer me mira y arruga la frente, como si yo fuera una mosca que acaba de aterrizar en su panel de control. Toca la pantalla con su holopuntero y la puerta se cierra con un golpe seco.

Ben se inclina hacia mí.

—Es la monitora principal. Se toma su trabajo muy en serio.

Me alegro mucho de que nuestro monitor sea Ben y no esa señora.

—Doctor y doctora Peña, ustedes estarán en la zona de estribor de la proa. Sus hijos se alojarán en la zona de babor de la popa. Está un

poco más adelante…

Mi padre se detiene.

—Espere, nadie nos dijo que fueran a separarnos.

Ben se vuelve hacia mi padre y habla atropelladamente.

—Bueno, es… es el protocolo. —Baja la voz—. Lo siento mucho, doctor Peña. Estarán al otro lado de la nave. —Mira hacia la sala donde se encuentra la monitora principal—. Tenemos órdenes de clasificar y almacenar a la gente por edades para que la supervisión resulte más eficiente.

¿Clasificar y almacenar? Como si fuéramos huevos en un cartón. El aire superesterilizado me quema las fosas nasales y los ojos.

Mis padres se miran. Mi madre parece tan preocupada como mi padre, pero le aprieta el brazo.

—No pasa nada, cariño —le dice.

Mi padre le da un beso rápido en la frente. Miro a Javier, que tiene el ceño medio fruncido, como papá.

—No pasa nada, culiño —le susurro imitando la voz de mamá.

Javier sonríe y se apoya en mí.

Ben parece aliviado cuando mi padre le hace un gesto indicándole que continúe. Entra por la puerta abierta y se vuelve para mirarnos a Javier y a mí.

—Aquí estamos. Los jóvenes. De seis a doce años.

5

La luz en la habitación de los «jóvenes» es aún más tenue que la del resto de la nave. Hay tres filas de cápsulas de estasis que tienen exactamente el mismo aspecto que… un cartón de huevos. Están todas ocupadas, salvo siete. Veo formas oscuras que flotan en el centro del líquido brillante. Me recuerda el agua verde de los canales de los manglares cerca de la casa donde creció Lita, en Tulum, el lugar más pacífico del mundo. Aunque siempre me he preguntado si las acechantes sombras que se intuían justo bajo la superficie podrían comerte los dedos de los pies.

Javier se aferra a mi cintura.

Ben se agacha para ponerse a su altura.

—Sé que da un poco de miedo, pero os cuidaré a los dos todo el tiempo que esté por aquí.

Ben gira el pestillo de una de las cápsulas vacías. La tapa se abre con un ruido de succión.

—¿Ves? Es como uno de los escáneres para revisiones de la consulta del médico.

—¿Quién os meterá a vosotros? —le pregunta Javier a Ben mientras señala la cápsula.

Mi madre le pasa un brazo por encima de la cabeza para taparle la boca.

—Lo siento —dice—. No lo entiende.

Ben vuelve a agacharse frente a Javier.

—Nosotros tenemos el trabajo más chulo de todos: vamos a vivir toda la vida en esta nave. —Ben agita un brazo—. Viajaremos por el

espacio. ¿No has visto lo fantástico que es mi nuevo hogar?

Javier asiente.

Tiene razón. Supongo que es mejor que morir en la Tierra. Sin embargo, el parque de Ben no olerá a las flores del desierto después de la lluvia. La pantalla gigante del techo podrá simular el cielo de día y de noche, pero no tendrá la luz del relámpago ni el rugido del trueno. Sus vistas a la oscuridad del espacio están vacías si las comparas con los tonos naranjas y rojos de la sierra de la Sangre de Cristo, en casa.

—Incluso he podido ayudar a las personas de la primera nave a dormirse antes de despegar —sigue explicando Ben—. Constructores, granjeros… y un montón de niños. Y, cuando vuestra nave aterrice en Sagan, estarán preparados para la ciencia que transporta nuestra nave —añade dándole unos toquecitos en la frente a mi hermano.

Pienso en la otra nave que hemos visto de camino a esta y me pregunto cuántos niños viajarán con sus padres, como nosotros.

Ben le da a mi madre una bolsa de plástico y extiende una mampara para que nos cambiemos. Mientras mi madre ayuda a Javier a cambiarse, Ben le hace un gesto a mi padre para que se acerque a la cápsula. Baja la voz y le cambia el tono, como si hoy hubiera dicho ya las mismas palabras cien veces:

—El conocimiento descargable de En Cognito duerme de inmediato los órganos y el cerebro. El gel preserva los tejidos de forma indefinida, y elimina las células senescentes y los residuos. No solo proporciona los nutrientes y el oxígeno que el cuerpo necesita para un periodo tan largo en estasis, sino que la lidocaína del gel también entumece las terminaciones nerviosas, de modo que el frío del gel resulte cómodo al despertarse.

Mi padre respira hondo.

—Lo entiendo. Gracias.

Ben cambia rápidamente de tema y su voz vuelve a un volumen normal.

—Y tengo los programas En Cognito para Javier y para Petra —dice mirando la tablet—. Las troncales estándar, con énfasis en botánica y geología, dentro de las ciencias.

—Eso es —dice mi padre, y levanta el pulgar en mi dirección.

Pongo cara de fastidio. Al menos no tendré que «escuchar» las clases, ya que el dispositivo de En Cognito que nos duerme también está programado para integrar esos temas directamente en el cerebro. Cuando lleguemos a Sagan, seré tan experta como mamá en botánica y como papá en geología. Aunque, evidentemente, esa no es la mejor parte. Con todo el folclore y la mitología, además de las historias de Lita, tengo al menos una oportunidad para intentar convencer a mis padres de que debería ser cuentacuentos. Pero, como decía Lita, primero tendré que hacer mías las historias.

Javier sale vestido con unos pantalones cortos negros, como si fuera a la playa. Mientras mi madre le pasa la bolsa de plástico con la ropa de mi hermano a Ben, junto con su libro favorito, mi padre levanta a Javier del suelo y le da un gran abrazo.

Mi madre acaricia la espalda de mi hermano y mira la cápsula abierta.

—Quiero irme a casa —gime Javier—. Por favor, ¿podemos irnos a casa?

Mi madre lo coge de brazos de mi padre.

—Solo es una siesta.

A Javier se le entrecorta la respiración una y otra vez al intentar reprimir el llanto. Mi madre lo deja con cuidado en la cápsula, sin dejar de abrazarlo.

Quiero que el último recuerdo de mi hermano antes de sus siglos de sueño sea algo bueno. Me arrodillo a su lado y apoyo la mejilla en la suya. Cierro los ojos y me imagino mi mano en la de Lita, el humo de los piñones subiendo al cielo de Nuevo México. Le doy la mano, como me la dio Lita. Le acaricio la constelación de pecas del pulgar izquierdo y eso le arranca una diminuta sonrisa. Decido contarle la historia que Lita me contó la última noche que pasé con ella, la que más me calmó. En voz baja y paciente, como ella, le hablo.

—Verás, las estrellas son las plegarias de las *abuelas*, las madres y las hermanas… —Javier se sorbe los mocos junto a mi oreja. Sigo hablando—. Son sus plegarias por los hijos a los que aman. Cada una de esas estrellas está llena de esperanza. —Me siento y señalo arriba —. *¿Y cuántas estrellas hay en el cielo?*

—¿Cuántas estrellas hay en el cielo? —repite él mientras abre un ojo para contemplar el techo, como si se imaginara el cielo nocturno —. No lo sé.

Me acerco y le susurro al oído:

—*¿Cincuenta?*

—¿Solo cincuenta? —Mi hermano sonríe, ya que debe de estar imaginándose tropecientos millones de estrellas.

—¿O *sin… cuenta*? —le pregunto mientras le acaricio la cabeza, como hizo Lita.

—Incontables… —susurra él, que comprende a la primera el acertijo de Lita.

Me pregunto si se lo habré contado tan bien como ella, si mi mano le ha resultado igual de tranquilizadora que a mí la de Lita. No recuerdo el resto de la historia. Ella la terminó de una forma… reconfortante. ¿Qué fue lo que dijo?

—Todas esas *estrellas* que nos rodearán ahí arriba son nuestros antepasados muertos. Nos susurrarán mensajes al oído.

Javier se sienta de golpe, con los ojos muy abiertos.

—¿Las estrellas son parientes muertos?

—No, Javier, lo que quiero decir…

—¿Como fantasmas? ¿En el espacio? —Javier se agarra al lateral de la cápsula e intenta levantarse—. Mamá, por favor, no quiero ir.

Esto no está funcionando como esperaba.

—Eso no es lo que quería decir —intento corregirme, pero es demasiado tarde porque Javier está a punto de echarse a llorar de verdad.

Ben nos interrumpe.

—Doctora Peña, por favor. De verdad que tenemos que irnos.

Mi madre acaricia la cabeza de mi hermano para calmarlo, como cuando tiene una pesadilla.

—Sí, sí, lo sé. —Lo tumba de nuevo. Se vuelve hacia mí. De las comisuras de los párpados entornados le salen arrugas que suben hacia las sienes—. Petra, no es el momento más adecuado para contar cuentos.

Sus palabras son como un martillazo en el estómago.

A Javier le tiembla la barbilla.

—Quiero irme a casa.

Puede que mis padres tengan razón, y que deba limitarme a estudiar plantas y rocas, como ellos. Puede que querer contar historias sea «vivir en un mundo de fantasía» o que esté «en las nubes».

—Nos vamos a casa, Javier —digo para intentar arreglarlo, procurando hablar de lo que espero que sea cierto—. Correremos y jugaremos en Sagan, como hemos hecho siempre.

Javier asiente con la cabeza, pero le sale una sonrisa más triste que convincente. Mi padre me da una palmadita en la espalda. Me obligo a sonreír, pero creo que ya he causado demasiados problemas. ¿Cuál es el secreto de Lita? Nunca seré tan buena como ella.

—¿Listos? —le susurra Ben a mi madre.

Mi madre asiente con la cabeza rígida, aunque los ojos se le llenan de lágrimas. Ben pulsa un botón y salen unas correas que sujetan a Javier.

Noto el peso de la mano de mi padre en el hombro. Me lo aprieta un poco para hacerme saber que todo saldrá bien.

—Mamá, por favor —suplica Javier, que se retuerce en la cápsula, pero con las correas no puede moverse más que unos pocos centímetros.

Ben se pone unos guantes de plástico y abre una caja metálica. En el lateral, en unas letras tan grandes que consigo leerlas, dice: «Conocimiento Descargable En Cognito: Pediátrico». Dentro hay unas relucientes esferas plateadas. Ben saca uno de los «cogs» y lo coloca en lo que parece una cuchara de helado en miniatura. Pulsa un botón en el mango y el cog emite un brillo morado.

Una lágrima cae por la mejilla de mi madre y su voz es más aguda que la de Javier.

—No pasa nada, peque. Te prometo que estarás bien. Sé valiente.

A Javier le tiembla el cuerpo y también llora. Le aprieto la mano más fuerte y mantengo el pulgar contra su marca de nacimiento.

—Ya casi hemos terminado —dice Ben con calma. Usa la cuchara de helado para deslizar el cog morado por la nuca de mi hermano y después lo sujeta contra su piel—. Solo quedan unos segundos.

Javier cierra los ojos con fuerza.

Me inclino sobre él y abre los ojos un momento para mirarme. Me acerco más todavía.

—Nos vemos cuando despiertes —le susurro al oído.

Javier se sorbe los mocos y chilla:

—¡Cuando nos despertemos…!

Y así, en un instante, se queda sin fuerzas y deja de respirar.

Suelto su mano sin vida, me enderezo y me derrumbo en los brazos de mi padre. Mi madre nos rodea a los dos con los suyos. Uso la camiseta de papá para secarme los ojos con la esperanza de que nadie se dé cuenta, salvo él.

La suave voz de mujer del ordenador dice:

—Inicio del llenado de la cápsula de estasis siete.

No puedo mirar. Sé que los demás niños descansan tranquilamente en sus cápsulas, pero ninguno de ellos es mi hermano. Javier estaba hablando hace unos segundos.

Mantengo la cabeza oculta en la camiseta de mi padre mientras los chasquidos de los cierres de la cápsula rebotan en las paredes de la cabina.

—Siento meterles prisa, pero… —dice Ben.

Mi padre me acompaña hacia otra de las cápsulas vacías.

—Lo entendemos —responde.

Me seco de nuevo los ojos en la camiseta de mi padre y levanto la vista.

Ben se mueve lentamente para colocarse frente a mí. Ladea la cabeza, desconcertado. Mi madre se aclara la garganta y me mira con los ojos muy abiertos. ¿Qué me estoy perdiendo? Me apresuro a bajar la vista con disimulo. Justo delante de mí, Ben sostiene la misma bolsa que le había dado a Javier. Ni siquiera la había visto.

—¿Tu ropa? —me dice.

Me tiembla la mano cuando la cojo.

—Gracias.

Después, Ben mira a mis padres. ¿Se ha dado cuenta? Nadie dice nada.

—¿Petra? —me pregunta Ben, que me mira directamente a los ojos

—. ¿Es que no me has visto?

Me muerdo el labio y agacho la cabeza. Miro a mi padre, que me sonríe sin fuerzas antes de apartar la vista. Esto es una locura, pero lo he fastidiado todo.

Dejo la bolsa y no puedo evitar mirar a Ben con cara de desesperación. Noto que mi madre me pone un brazo delante, como para protegerme, pero Ben recoge la bolsa y me la devuelve.

—Vamos a vestir a Petra —dice, y señala a mis padres con la cabeza.

Mi madre deja escapar una mezcla de hipido y sollozo.

—Gracias —responde.

No puedo evitar fijarme en que Ben mira de nuevo por la ventana que da al bosque.

—Tenemos que darnos prisa.

Me pongo detrás de la mampara y abro la bolsa. Metida entre la ropa hay una gorra blanca plateada, como las de los nadadores. Me imagino metiendo mi mata de pelo enmarañado en esa cosa y sé que voy a parecer un bastoncillo marrón.

Intento no pensar en ello. ¿Por qué me preocupa eso ahora mismo?

Dejo caer la ropa en el suelo y me pongo los pantalones cortos. Se me quedan atascados en los muslos. Les doy un último tirón y me pregunto si me despertaré como un animal hecho de globos, con surcos en los puntos que me tapan los pantalones. Me meto rápidamente el top por la cabeza antes de que mi madre pueda correr a ayudarme.

Me saco del bolsillo del pantalón el colgante que me regaló Lita y lo aprieto en la mano. Los rayos de sol me pinchan la palma. Cuando salgo, las baldosas metálicas me congelan los pies. Con la mano temblorosa, le doy mi colgante de obsidiana a Ben.

—No puedo perderlo.

Es como si tuviera el cuerpo sujeto por unas cuerdas que se deshilachan y rompen en mi interior.

Ben da un paso adelante y acepta el colgante. Después mete con mucho cuidado mi vínculo mágico con Lita en una bolsa de plástico.

—Estará esperándote cuando despiertes —me asegura, sonriente.

La respiración se me acelera, no consigo aspirar todo el aire que me gustaría. Mi madre me abraza y noto su aliento entrecortado en el oído. Me besa en la mejilla.

—Te quiero muchísimo.

Le devuelvo el abrazo, pero tengo un nudo tan grande en la garganta que no puedo decirle que yo la quiero más. Nos acercamos a la cápsula junto a la que esperan mi padre y Ben.

—Les prometo que haré todo lo que pueda por llevarlos hasta allí sanos y salvos —les dice Ben a mis padres antes de mirar de nuevo por la ventana.

Aunque me gustaría darle las gracias, no quiero llamar más la atención sobre lo raro que es que vaya a pasarse la vida entera cuidándome. Papá me ayuda a meterme en la cápsula y me da un beso en la frente. Apoyo la cabeza y me estiro para asegurarme de que no se me quede ningún pliegue de piel pinzado. Me tiembla todo el cuerpo, como a Javier, y no puedo parar.

Mi madre me pone una mano en la frente y mi padre se sitúa a mi lado para darme la mano. Ben se calza unos guantes nuevos y saca uno de los cogs de la caja. Lo coloca en el instalador y pulsa el botón. Se pone de color morado.

—Botánica. Geología. Troncales estándar. Parece que lo tenemos todo.

—¿Y mi optativa? —pregunto.

Ben frunce el ceño.

—¿Optativa?

—¿Mamá? —pregunto, congelada de repente.

Mi madre se vuelve hacia Ben.

—Como Petra está a punto de cumplir los trece años, habíamos dispuesto que tuviera una optativa de mitología.

Ben pasa el dedo por la tablet y niega con la cabeza.

—Lo siento, no está aquí. La monitora principal completó en persona el currículo.

Pienso en la mujer gruñona del moño apretado. ¿Por qué iba a dejar eso fuera? Un escalofrío me recorre la espalda. Necesito esas historias. Sin ellas ¿cómo voy a ser una gran cuentacuentos?

—Por favor… —suplico con voz temblorosa.

Ben esboza una sonrisa débil.

—A mí también me gustan las historias. —Señala con la cabeza un escritorio que está en la esquina—. Es lo más preciado de esta nave.

No lo veo bien, pero parece que tiene una pila de librex. Cada uno de esos dispositivos tiene capacidad para contener miles de holotextos.

—Hablaré con la monitora principal y veré lo que puedo…

—¡Ben! —lo interrumpe mi padre, que corre hacia la ventana.

Ben deja el instalador de cogs, abre mucho los ojos y camina despacio hacia mi padre.

—Creíamos que tendríamos más tiempo.

Mi padre deja escapar un largo suspiro y apoya la cabeza en la ventana.

—¿Qué está pasando? —pregunta mi madre, que por fin deja de mirarme.

Me siento en la cápsula, pero no veo lo que ven ellos. Me levanto y camino hacia la ventana. Mi padre intenta taparme la vista, aunque no antes de que vea un enjambre de formas oscuras que sale del bosque en dirección a la nave. Muchas llevan objetos. Quiero pensar que esos objetos no son más que herramientas de jardín que han encontrado en el puesto del guardabosques.

Un golpe enorme retumba en las paredes de la nave, cerca de nuestra ventana. Mi madre se sitúa a mi lado y me da la mano de nuevo. Una suave voz robótica sale por los altavoces principales.

—Cerrando puertas principales.

—¿Qué? —pregunta mi madre, y noto que le sudan las manos—. ¿Ahora?

—Tendremos que movernos más deprisa todavía. —Ben señala con la cabeza una silla acolchada atornillada a la pared—. Solo hay un asiento de salto por habitación en este sector.

Mi padre me acompaña de nuevo a la cápsula. Mi madre y él se apresuran a acomodarme, desesperados. Ben corre a activar de nuevo el cog. Su luz morada, que empezaba a apagarse, brilla de nuevo.

Como con Javier, las correas me rodean la cabeza, la cintura y los pies para mantenerme sujeta.

—¿Lista? —pregunta Ben.

Dejo escapar el aire, pero no respondo. Intento que no me tiemblen los labios. Me muerdo el interior de la mejilla. Con la descarga habría tenido otras historias, pero ya no. Seré tan normal como siempre. Me cae una lágrima por la mejilla.

Ben desliza el cog por mi nuca, justo en la parte superior de mi columna vertebral, hasta que llega al hueco de la base del cráneo.

Me concentro en respirar despacio y pensar en lo que me resulte más reconfortante: «Las plegarias de *abuelas* y madres. *Estrellas sin cuenta*».

—Los cogs de En Cognito son biocompatibles —dice Ben—. No sentirá nada.

Pero sí que lo siento. Se me clava en la piel como una roca dentada. Tengo que permanecer muy quieta para que pase deprisa. Trago saliva y espero a que se hunda del todo y me duerma.

Ben retira la mano. Noto una presión, como si me reventaran un grano, justo por debajo de la superficie de la piel. De repente no puedo moverme ni respirar ni hablar ni parpadear. Parte del cog funciona.

Pero algo va mal. Debería estar dormida. Tengo los ojos bien abiertos, aún veo. Oigo.

Intento gritar. No me sale nada.

Ben pasa el dedo por la pantalla de la cápsula. El sistema responde:

—Inicio del llenado de la cápsula de estasis doce.

Unos alfilerazos, como de hormigas rojas, me recorren la piel cuando el gel frío me cubre el cuerpo y se me mete en los oídos. El gel se me derrama por la lengua y me baja por la garganta. Unos segundos después de entrar en contacto con cada zona, dejo de sentirlas.

Me llega a los lagrimales y un brillo verde me cubre la vista.

Las palabras de Ben me resultan algo confusas, pero las oigo. Esto no puede estar pasando. Preferiría estar fuera, con las personas que atacan la nave, que atrapada aquí dentro. Lo único que se me ocurre para ayudarme es pensar en las plegarias de Lita.

Estrellas sin cuenta…

—¿Por qué me mira así? —pregunta mi madre con voz temblorosa.

Estrellas sin cuenta…

—Es una reacción normal. Ya está dormida.

Estrellas sin cuenta…

Ben se inclina sobre mí y, con sus manos enguantadas, me cierra los párpados.

6

Una vez tuve una pesadilla en la que estaba despierta, pero no podía moverme. Mi madre me dijo que se llamaba parálisis del sueño. Lita lo llamaba *subírsele el muerto*, como si tuvieras un muerto encima.

Lita tenía razón.

Si pudiera mover la mano y golpear la cápsula, Ben lo sabría. Sabría que el cog no ha funcionado. Intento moverme, pero no pasa nada. Tengo un muerto encima.

—Doctor y doctora Peña, siento meterles prisa —dice Ben—. Voy a llevarlos con su monitor. No tenemos asientos de salto de sobra, no queda más remedio que ponerlos ya en estasis.

Las palabras de mi madre suenan amortiguadas y entrecortadas, por eso sé que tiene la cabeza contra el pecho de mi padre.

—No les pasará nada —dice mi padre.

Sus pasos se alejan, junto con los sollozos quedos de mi madre.

«¡Parad! ¡No me dejéis aquí!».

Si no me puedo dormir… me quedaré así. Tiene que haber algún dispositivo de seguridad para evitar estas cosas.

Oigo otro estruendo. ¿Por qué me iban a prestar atención a mí cuando están atacando toda la nave?

Mi mente me dice que estoy llorando, pero sé que, con el cog de En Cognito y el gel, mis ojos no pueden fabricar lágrimas. Desesperada, me acurruco con Lita y bebo chocolate caliente con canela bajo el cielo de Santa Fe. Su cálida mano me acaricia la cabeza mientras me canta suavemente un *arrullo*.

Arrorró mi niña,
arrorró mi sol,
arrorró pedazo
de mi corazón.

La nana de Lita me sopla dulcemente en los oídos como si de verdad estuviera a mi lado. Oigo los pasos apresurados de Ben que regresan con otros pasos. También lo oigo trabajar por el compartimento.

—Eres la última, Suma.

Recuerdo a la niña con la sudadera de unicornio.

—Lo sé —dice ella con palabras temblorosas—. Mi madre me dijo que teníamos que darnos prisa.

—Así es. Siento que no pueda estar aquí. Es una emergencia.

Justo cuando lo dice, se oye otro golpetazo.

—Solo para que lo sepas, no tengo miedo —dice Suma.

—Ya lo sé, pero, solo para que lo sepas, no pasa nada por tener miedo. Si lo tuvieras, claro.

—Bueno, para tu información, soy alérgica a la sulfamida, así que si hay sulfa en ese gel, puede que estalle. Pero no tengas miedo. Si lo tuvieras, claro.

Le tiembla la voz, pero lo hace lo mejor que puede.

Ben se ríe. En otras circunstancias creo que podría hacerme amiga de Suma.

Tras un momento de silencio, Ben dice:

—¿Lista? Cuenta hacia atrás desde diez.

—Diez —dice Suma, que respira tan fuerte que temo que vomite—. N-nueve.

—No pasa nada, Suma, ya casi estás dormida…

La niña deja de hiperventilar de repente.

—Inicio del llenado de la cápsula de estasis once.

Oigo el chapoteo del gel que llena su cápsula, que está al lado de la mía. ¡Ahora! ¡Ahora es cuando Ben se da cuenta de que estoy despierta! Pero, en vez de abrir lentamente mi cápsula, algo la sacude con fuerza.

—Prepárense para el despegue —dice el ordenador del sistema—.

Despegue en noventa segundos.

Unos pasos resuenan en el pasillo.

—Lo conseguimos, Ben. Todos los que han logrado subir a bordo están en estasis —dice una mujer. Sé que debe de ser la monitora principal.

Durante un segundo, siento alivio. Lo hemos conseguido. Hasta que me doy cuenta de cuántas personas iban detrás de nosotros por el sendero.

—¿Qué pasa con la tercera nave? —pregunta Ben.

—Tendremos suerte si con los noventa segundos que quedan nos basta para salir a nosotros del viejo planeta. Se han apoderado del puesto del guardabosques. Tienen armas.

—Enciende pantalla —ordena la voz temblorosa de Ben—. Enséñame la tercera nave.

—No tenemos tiempo para eso —responde la monitora principal.

—Mi hermano pequeño está en… —suplica él.

Se oyen más golpes, y un ruido de pisadas y carreras por el pasillo exterior.

—Despegue en sesenta segundos.

—Tengo que irme.

Las palabras de la monitora se desplazan al pasillo. La puerta se cierra y la conmoción del pasillo desaparece.

—Ay, Dios. Dios mío —masculla Ben—. Confirmación del sellado de las cápsulas de los jóvenes.

Un largo pitido anula todos los demás ruidos.

—Confirmado. Cápsulas selladas para el despegue. Despegue en cuarenta segundos. —Un zumbido similar al de una lavadora sube de volumen hasta que temo que me estallen los oídos—. Despegue en treinta segundos.

Oigo un silbido de aire cada vez más fuerte.

El estruendo ahora reverbera como si alguien golpeara con un martillo el chasis del muelle del transbordador.

Tienen que ser ellos. Me imagino lo desesperadas que están todas esas personas que hemos dejado atrás.

—Confirmación del cierre de las bases de las cápsulas —dice Ben.

Otro pitido.

—Confirmado. Bases cerradas para el modo de despegue y vuelo.

Pienso en las cápsulas vacías y malgastadas. Si hubieran atacado la nave una hora antes, las nuestras también estarían vacías. Si pudiera mover aunque solo fuera un dedo, Ben me ayudaría. Se daría cuenta de que algo va mal. Me sacaría y me dormiría cuando hubiéramos dejado atrás la Tierra.

Oigo sus palabras amortiguadas justo al lado de mi cabeza.

—Órganos vitales apagados. Función cerebral intacta.

Mi cerebro le ordena a mi boca que grite: «¡No! ¡Ayuda!». Pero no pasa nada.

—Afirmativo —dice la voz suave—. Despegue en veinte segundos. Monitores, prepárense para el despegue inmediato.

A modo de respuesta, oigo los chasquidos de las correas en la esquina. Se esfumó mi oportunidad.

Ben susurra, así que no logro entender lo que dice. ¿Está rezando? La nave se estremece como si castañeteara, y sé que nos alzamos del suelo y planeamos sin gravedad.

Después se oye un chirrido como el de un millón de tenedores arrastrándose por platos de cerámica.

Me imagino a las personas que salen del bosque en tropel, como ratones asustados, arañando los laterales de la nave para entrar. Si pudiera, los dejaría entrar a todos. Me imagino a la madre con el bebé en medio de esa multitud.

La nave deja escapar un gemido electrónico. Aumenta de octava en octava.

—Despegue en diez segundos.

Un latido me palpita dentro de los oídos.

—Nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro…

La inconfundible sacudida de los propulsores.

—Tres, dos…

No estoy segura, pero creo que mi cuerpo entumecido se agita tan fuerte que me golpeo contra el interior de la cámara.

Un rugido de puma ahoga la voz del ordenador. El metal tintinea durante un buen rato como si fuera el cajón de la cubertería antes de

detenerse y transformarse en un ronroneo continuo.

—Escudo de gravedad activado —dice la voz de la nave, lo que significa que hemos dejado atrás la exosfera terrestre.

Oigo que Ben se desabrocha las correas. El caos de los últimos minutos pasa a ser un zumbido espeluznante. Los murmullos y las pisadas de Ben van de un lado a otro del habitáculo. Poco después regresa la monitora principal.

—Estamos en camino —anuncia—. Ahora, ya solo es cuestión de… tiempo.

Ben se aclara la garganta.

—¿Alguna noticia de la tercera nave?

—Lo siento. De verdad. Sé que tu hermano Isaac estaba… —Hace una pausa—. Ben, todos teníamos amigos.

Guardan silencio un momento. Entonces, la voz de la monitora cambia.

—Sin la última nave… —Suspira—. Se habla de un cambio en la misión.

No oigo nada durante un momento, hasta que Ben dice con voz seca:

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Sin los políticos, sin el presidente… Ben, tenemos la oportunidad de empezar de nuevo. Un consenso. —La monitora principal se aclara la garganta—. Desde este momento, podemos crear una nueva historia.

7

Me paso lo que debe de ser un día entero oyendo a Ben dar vueltas por la cabina y hablar solo. Llorar. Revolverse. Roncar. Y estoy despierta para oírlo todo. ¿Abrirán mi cápsula dentro de cientos de años y se encontrarán con una chica balbuceante con un chorro de baba verde cayéndole por la barbilla? Si estoy despierta durante todo ese tiempo, ¿mi cuerpo seguirá envejeciendo? ¿O estaré tan ida que ni siquiera sabré quiénes son mis padres?

Me obsesionan las palabras de la monitora principal: «Consenso, crear una nueva historia». Sé perfectamente dónde las he escuchado antes y lo mucho que asustaron a mis padres. Pero lo que más miedo me da es lo que dijo mi padre: no es lo que quieren, sino lo que están dispuestos a hacer para conseguirlo. Y, ahora, algunos de ellos han subido a la nave.

Cuando supongo que es la hora de acostarse para Ben, oigo la inconfundible musiquita de un librex al abrirse: «Seleccione un holotexto, por favor».

—Imagino que habrá que empezar por el principio —dice Ben en tono amable—. La primera historia que se puso por escrito. *La epopeya de Gilgamesh*. —Las patas de su silla arañan el suelo—. Algunos ponen en duda el valor de este antiguo cuento sumerio, pero yo creo que todas las historias tienen valor. Los lectores y los oyentes deben decidir con qué historias conectan y con cuáles no.

Me pregunto por qué está Ben aquí ahora mismo. Es decir, estamos tumbados en nuestras cápsulas. Si ya se ha acabado su trabajo por hoy, ¿por qué no se va a pasar el rato con los otros monitores?

Aunque creo que quizá esté pasando algo más. Quizá los evite por algún motivo.

Intento imaginarme cómo se siente. Yo todavía tengo a mis padres y a Javier. ¿Y si Javier hubiese estado en la otra nave? Juro que cuando lleguemos a Sagan no volveré a dejar que nadie me separe de él.

Ben lee en voz alta la historia del gran rey guerrero Gilgamesh, hijo de dioses. Aunque no lo veo, sé que ha activado la función de recreación y el holotexto está reproduciendo las escenas de batalla. Me imagino las formas fantasmales de Enkidu, un hombre como un toro, y a Gilgamesh estrellándose contra nuestras cápsulas mientras luchan en la sala de estasis hasta que, por fin, el héroe lo derrota. Cuando más tarde Gilgamesh y Enkidu se hacen amigos y se embarcan en un viaje, me veo transportada fuera de la nave, hasta los bosques, océanos y grandes desiertos a los que viajan.

—Enkidu, amigo mío, he tenido un tercer sueño muy perturbador. Los cielos rugían y la tierra temblaba; todo se sumió en un silencio sepulcral y se cubrió de oscuridad. Cayó un rayo, se desató un incendio y, allá donde mayor era su intensidad, empezó a llover muerte.

Juro que soy capaz de ver la luz del relámpago a través de los párpados cerrados. Las palabras de Ben se vuelven dramáticas y profundas. Me lo imagino agitando los brazos con aire teatral.

Ben sigue leyendo sobre el trágico final de Enkidu y sobre el dolor que siente Gilgamesh tras perder a su mejor amigo. Tartamudea las últimas palabras.

—Una profunda tristeza me estremece hasta la médula.

Ojalá pudiera abrazarlo. Lo entiendo. Aunque mis ojos no produzcan lágrimas, mi corazón llora con el suyo.

Ben suspira.

—Creo que es un buen momento para dejarlo por esta noche.

Oigo el clic del holotexto al apagarse.

Me pregunto por qué Ben lo lee en voz alta si en estasis no se puede oír la historia. Puede que necesite escucharla tanto como yo. Puede que tenga miedo y necesite algo que lo ayude a sentirse valiente. Ojalá hubiera leído *Soñadores*.

Somos como las personas del libro de Javier: tenemos miedo y esperanza. Y puede que como la mujer y el niño que protagonizan la historia. Cuando lleguemos a Sagan, nos conmocionarán sus diferencias, pero, a la vez, nos asombrará su belleza.

—Y… —dice Ben— es medianoche, hora terrestre. Así que hoy es tu cumpleaños, Petra.

¿Tiene razón? Si es mi cumpleaños, eso significa que han pasado dos días completos. Serpiente de Fuego ya ha llegado hasta su madre, la Tierra. No hemos regresado y sé lo que eso significa: ha acabado todo. Lo que quede de la Tierra es inhabitable.

No volveré a acurrucarme con Lita ni a acariciarle la suave piel de la parte de abajo del brazo mientras escucho uno de sus *cuentos* y oigo a sus pollos cloquear de fondo. No volveré a contemplar las rocas rojas, doradas y marrones que tardaron dos mil millones de años en formarse. Lita, la sierra de la Sangre de Cristo…, todo ha desaparecido.

Deseo más que nunca que el sueño me saque de aquí.

—Tengo un regalo para ti, Petra. No conseguí que aprobaran tu currículo, pero como, técnicamente, eres lo bastante mayor para más descargas y esto no consta en ninguna parte… —Las pisadas de Ben se acercan al estante lleno de librex—. Te daré todo lo que tengo sobre mitología griega, romana, china, nórdica, polinesia, sumeria. —Hace una pausa para respirar—. Maya, inca, coreana, de África occidental, de África del norte. Y aún hay más.

Sonrío mentalmente. Tiene más historias de las que yo había pedido en un principio. Ben habría sido un profesor estupendo. Ojalá mi estúpido cog no hubiese fallado.

—¿Qué tenemos aquí? Este es un clásico. *Mitos nórdicos*, de Neil Gaiman. Esta versión es mejor que las históricas…, ya me darás las gracias después. Bueno, en realidad no vas a poder hacerlo, pero seguro que descubrirás quién fue el culpable.

El pobre Ben no tiene forma de saber que todos sus esfuerzos son en vano: mientras esté despierta, solo escucharé las historias que me lea en voz alta. Sin embargo, si me lee una cada noche, al menos podré guardar esos cuentos en mi arsenal, junto con los de Lita.

—Las obras completas de Gaiman. —Bip—. Douglas Adams. —Bip —. Le Guin. Butler. —Bip. Bip—. ¿Sabes lo que te digo? Que ni siquiera debería filtrarlas. Puedes lidiar con las temáticas más adultas y tienes muchísimo tiempo. Vonnegut. Erdrich. Morrison. —Bip. Bip. Bip. Oigo otros veinte pitidos más, como mínimo, a través de la cápsula.

—Ojalá pudiera conocerte en el futuro, niña. Está claro que vas a tener unas opiniones muy interesantes. —Se ríe—. Menos mal que no estaré aquí para que tus padres me maten. —Suena un pitido solitario —. No puedo creerme que haya estado a punto de olvidar a R. L. Stine. Todo el mundo necesita un poquito de terror. Creo que con eso basta por ahora. ¡Feliz cumpleaños, Petra! Y… adentro.

Noto un zumbido que me vibra en la cabeza. Es la primera sensación física que he sentido desde que me cubrió el gel entumecedor. Una voz con acento inglés me habla de repente desde lo más profundo de mi cerebro y me pega un buen susto.

—Antes del comienzo no había nada…

Me empapo de todo al instante. No es como en el instituto, donde tengo que recordar cada cosa. Esto está ahí, sin más, como si Neil Gaiman, el autor, estuviera dentro de mi cabeza, hablándole a mi cerebro.

«¡Ben! ¡Gracias!». Si tengo que estar despierta durante varios eones, al menos se ha asegurado de que escuche mis historias favoritas. Puede que me haya vuelto loca cuando lleguemos a Sagan, pero seré la mejor *cuentista* loca que haya conocido la humanidad.

—Ni tierra, ni cielo, ni estrellas, ni firmamento, sino únicamente un mundo nebuloso…[**]

Sigo teniendo a Neil Gaiman en la cabeza, pero se transforma en una especie de sueño profundo. El zumbido sube de intensidad.

Calor. En la zona superior de la columna.

Sea lo que sea lo que ha hecho Ben…, ahora me noto soñolienta. ¿Por fin está funcionando el cog? Si pudiera, dejaría escapar un suspiro de alivio.

Por fin.

Cuando despierte, estaremos en Sagan.

8

Los ruidos me llegan poco a poco: pies arrastrándose por todas partes. Me noto la cabeza espesa, pero está claro que oigo algo. Si estoy despierta, ¿es que ya hemos llegado?

Aunque me da la impresión de que no ha pasado nada de tiempo, estoy deseando abrazar a mis padres. Estoy deseando darle un achuchón a Javier y leerle su libro.

La nave todavía emite el ronroneo sordo de su viaje por el espacio.

—Funciona, por favor… —dice Ben con voz temblorosa.

¿Ben? Si sigue aquí, quiere decir que todavía no hemos llegado a Sagan. Los hilos imaginarios que me sujetan el corazón en su sitio empiezan a partirse: seguimos muy lejos de nuestro nuevo hogar.

Ben recorre un panel de control con los dedos. Creo que es el mío.

—Funciona, por favor —repite, esta vez con la voz más ronca y llena de pánico.

Alguien golpea la puerta exterior como si tocara un tambor de metal con una maza.

—No no no no… ¡Todavía no! —A Ben le falla la voz como el día que lo conocí, cuando descubrió que habían atacado la nave de su hermano—. Esto tiene que funcionar…

Más golpes.

Apenas oigo sus palabras entrecortadas.

—Un mundo sin historia está perdido.

La puerta deslizante se abre.

—¡Ben! Ya te lo habíamos advertido.

Me retumba en los oídos el ruido de algo metálico al caer sobre mi

cápsula.

—¡Deja de resistirte, anciano! —gruñe una voz enfadada—. ¡Sujetadle los brazos!

¿Anciano?

Los golpes y las palabrotas se mueven por la sala hasta que se oye un único golpetazo. Ben gime. Dejo de oír la riña.

Alguien suspira.

—Tendremos que purgarlo.

¿Purgarlo?

—¿Qué estaba haciendo en esta cápsula? —El pitido que emite el panel de control de mi receptáculo me revienta los oídos—. ¿Has visto esto? Petra Peña todavía tiene archivos optativos en su sistema. Libros de la Tierra; música, mitología…

—Bórralo todo —dice una voz de mujer—. Y asegúrate de que no quede nada más de lo de antes. No podemos poner en peligro la misión del Colectivo por culpa de una única criatura.

—Una nueva historia —dice la otra persona.

—Una nueva historia —repite ella.

«Colectivo. Una nueva historia». Son ellos, pero ¿qué están haciendo? Si esto es real y están borrándonos la memoria… A pesar de todos los riesgos, ni mis padres ni los demás pasajeros se imaginaron que algo así podría ocurrir.

Si puedo quedarme con un último recuerdo antes de que me los borren, tiene que ser algo perfecto y especial. Bajo las estrellas del cielo del desierto, Lita se envuelve conmigo en la manta. Me da una taza de chocolate.

—Cierra los ojos, *changuita*.

Cierro los ojos. Me llega el olorcillo del chocolate.

—Solo un trago —dice ella.

Sé que el chocolate tiene cafeína o algo que mi madre no me deja beber.

—Deja claras tus intenciones. Proclama ante el universo lo que vas a ser —dice Lita.

Doy un trago. No es tan dulce como el chocolate y unos trocitos de arenilla me cubren los dientes.

—¿Lo que voy a ser ahora mismo? —pregunto.

—Ahora. Mañana. —Me pone una mano en la mejilla—. Dentro de muchos años.

Cuando sea vieja, como de la edad de mi madre, siempre diré lo que siento. Llevaré vestidos largos y vaporosos, como Lita. Dejaré que me crezca la melena, tan larga y tan salvaje como me apetezca.

—Soy… —Me muerdo el labio—. Voy a ser…

Un ruidito me aletea dentro de la cabeza. Me entra sueño.

—Reactivación del módulo doce.

9

El verano que cumplí los doce años, mi padre y yo fuimos en un autobús de Santa Fe al parque nacional de Rockhound, que era tan pedregoso como sugería su nombre y, también, la idea que tiene mi padre del paraíso.

Mi padre me coloca un casco en la cabeza.

—¿En serio? —Arqueo las cejas—. ¿Por qué nos los tenemos que poner? Tampoco es que nos vayan a llover rocas del cielo.

—Porque se lo prometí a tu madre.

—Pero no está aquí —le susurro.

Me da unos guantecitos de cuero y me devuelve el susurro.

—No pienso mosquear a una mamá oso, no soy tan estúpido.

Después sonríe y levanta en alto el protector solar.

Pongo cara de fastidio.

—Solo quiere que estés a salvo.

Procede a rociarnos cada centímetro de piel al descubierto, como si mi madre estuviese delante. El esfuerzo continuo de mi madre por mantenerme a salvo es como estar envasada al vacío. Sin embargo, aquí, con papá, siento que alguien ha abierto una esquinita de la bolsa.

Cogemos nuestros martillos de geólogos y un cubo pequeño. Él se dirige a un barranco en sombras y lo sigo. Al acercarse a una ladera, mira a un lado y después al otro.

—Es este —anuncia, y me mira.

—Geología, qué diver —respondo encogiéndome de hombros.

Me guiña un ojo.

—Te prometo que algún día no lo verás tan solo como una ciencia. —Levanta el martillo—. Puede que incluso… te piques.

Me muerdo los labios e intento ocultar una sonrisa. Apenas hemos recorrido medio kilómetro desde la entrada del parque, pero me siento en el suelo, a su lado, saco mi botella de agua y bebo como si llevara todo el día andando. Mi padre usa su martillo de geólogo para explorar una zona de diez por diez centímetros. Se detiene para limpiar con el dedo un punto oscuro y después cincela alrededor de su perímetro hasta que se suelta una roca.

Le limpia la tierra de la superficie y sonríe. La examina como si fuera una preciada reliquia.

Dejo mi botella de agua y, con el guante puesto, limpio varios años de relave.

—¿Y esta? —pregunto enseñándole una blanca.

Incluso con la capa de tierra, la superficie brilla como si algo más especial y reluciente se escondiera debajo.

—Es cuarzo —responde—. Pero no te desvíes de tu objetivo. Hemos venido a buscar jaspe. —Se saca unas diez cuentas redondas del bolsillo de la chaqueta y las coloca en fila sobre la tierra. Sostiene en alto una roca de color rojo oscuro que acaba de sacar de la ladera—. Cuando pulamos esta, quedará perfecta con el resto.

Me quedo mirando el revoltijo de cuentas.

—No se parecen en nada —comento.

—Eso es porque cada pieza de jaspe tiene su propio espíritu. La roca nos dirá quién es, no al contrario.

—Pero no encaja con las demás.

La saca de nuevo y la sostiene a la luz del sol. Una veta amarilla recorre la piedra carmesí. El rojo es similar al tono de la piedra que acaba de colocar en su cubo.

—El objetivo no es que sean idénticas, sino que se complementen. Las diferencias hacen que las cosas sean bellas en su conjunto.

Oímos en el barranco el eco de unos neumáticos sobre la carretera sin asfaltar. Ambos miramos hacia el ruido y vemos una camioneta que se acerca a toda prisa.

—Creía que había un cartel que decía que no se podía llegar en

coche hasta aquí —digo.

—Lo hay. —Mi padre entorna los ojos—. Ya no vienen muchas personas por aquí. Imagino que ahora los coleccionistas tienen sus propias leyes.

Dos hombres con tiesas camisas nuevas de camuflaje y pantalones a juego salen de la camioneta. Mi padre los saluda con la cabeza, pero están demasiado ocupados riéndose de algo que no oímos.

Abren el asiento de atrás y sacan cubos de veinte litros. Papá niega con la cabeza y se inclina sobre mí para hablarme por la comisura de los labios.

—Los grandes cazadores de rocas.

Me río por lo bajo.

El más alto lleva una anticuada gorra de béisbol y se va directamente a la ladera más cercana. Ni explora ni mira a un lado y a otro para ver cuál es el mejor sitio para excavar, sino que pasa un escáner por la superficie de la colina hasta que pita.

—¡Aquí hay algo!

Se retira mientras el más bajo de la pareja levanta algo que se parece al taladro eléctrico de mi padre. Pulsa un botón, y el aparato cobra vida y empieza a zumbar. Se acerca al punto que indica el escáner y empieza a aporrear la superficie con el taladro. Al cabo de unos segundos, mete la mano entre los desechos y chilla:

—¡Turquesa!

Mi padre suspira.

—Antes esto estaba regulado y no se podían destrozar los yacimientos.

—¿Y ahora?

—Pfff. ¿Ahora? A nadie le importan mucho estas rocas.

—Si no le importan a nadie, ¿por qué hemos tenido que venir andando hasta aquí? ¿Por qué no hemos venido en coche ni hemos usado un escáner y un excavador mecánico para llevarnos lo que queramos?

Arquea las cejas.

—Porque nosotros no somos así.

Me acerca a él con un brazo para pegarme a su cuerpo y coge un

puñado de tierra. Abre la palma de la mano. La tierra se filtra entre los dedos abiertos; una parte cae al suelo, otra se va volando con el viento. Una diminuta roca gris es lo único que le queda en la mano.

—Tienes que sentir la tierra. Percibir cuándo va a darte un regalo. Y solo llevarte lo poco que necesites.

Suena muy parecido a Lita y sus ideas sobre la comida.

—Pero, papá, ¡han encontrado una turquesa! Ahora vale mucho.

—¿Quién establece lo que vale una roca? —Me entrega la diminuta piedra gris—. Cuando termine mi proyecto, lo que tú y yo hemos recogido será mucho más valioso para mí que el diamante Hope.

Suspiro.

—Ojalá pudiéramos quedarnos más tiempo para buscar.

—No te preocupes, Petra. Regresaremos. —Me da un toquecito en lo alto del casco—. Y cuando encontremos una turquesa, será con respeto.

En menos de una hora, los hombres están cargando en la camioneta sus cubos llenos de todo tipo de rocas. Mi padre sacude la cabeza mientras se alejan. Seguimos buscando las pocas rocas perfectas que se unirán a las otras cuentas. Para cuando el sol se oculta cerca del horizonte, él ha encontrado siete del máximo de ocho que permiten las reglas del parque.

Las gotas de sudor me resbalan por la frente y me empañan las gafas de seguridad. Justo cuando decido que ya he acabado, localizo un puntito amarillo bajo la tierra. Uso el martillo para cincelar alrededor de los bordes, después la saco y aparto con la mano la tierra que la rodea. Saco una pieza de jaspe amarillo dorado con una fina veta de rojo intenso y la sostengo en alto con orgullo. Mi padre sonríe. La coloco en el cubo con las demás. Destaca como un faro, pero, por el motivo que sea, encaja a la perfección.

Sin decir palabra, papá se sienta en el saliente en el que hemos estado excavando y da una palmadita en el suelo, a su lado. Me siento allí y me rodea con su brazo. De vez en cuando suspira mientras contemplamos la puesta de sol. Estamos sucios y cansados, pero puede que sea el mejor día que recuerdo.

Empieza a lloviznar y el olor a tierra mojada lo llena todo.

—Oye, papá.

—¿Sí?

—Toc, toc.

—Vale, picaré. ¿Quién es?

—Petri.

Deja escapar un largo suspiro.

—Petri... ¿qué?

Dejo escapar un exagerado suspiro e inhalo el olor a lluvia en el desierto.

—Petri-cor.

Mi padre se deja caer de espaldas en el suelo y gruñe.

10

El mismo mensaje del cog se repite una y otra vez en mi cabeza: «Soy Zeta-1, experta en botánica y geología. Estoy aquí para servir al Colectivo».

Noto que el cog de En Cognito se sale como si me sacaran una brasa al rojo de la nuca.

Me noto embotada, como si me hubiera echado una siesta demasiado larga en pleno día. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Al margen de lo que ese mensaje descargable estuviera intentando decirme que «soy», no va a funcionar.

«Me llamo Petra Peña. Abandonamos la Tierra el 28 de julio de 2061. El "Colectivo" iba a borrar todos nuestros programas de En Cognito. Ben intentaba salvarnos a mí y a mis recuerdos».

Veo siluetas de personas que trabajan por la habitación. Hay demasiadas. No tiene nada que ver con la calma que se respiraba cuando estaba solo Ben.

¿Qué me espera ahora? Ben habrá muerto hace tiempo, pero sigo recordando lo que creo que fueron sus últimos momentos. «Purgado. Una nueva historia».

—Termina de vaciar la cápsula doce —dice una voz rígida.

Si las están vaciando, es que hemos llegado de verdad.

Oigo un ruido borboteante a mis pies.

«Ay, no, espera. No estoy preparada».

¿No era esto lo que quería? ¿Estar aquí, en Sagan, con mi familia?

—Qué emocionante, ¿verdad?

—Ponla sobre la mesa.

Esto no tenía que pasar así. Mis padres deberían estar conmigo.

¿Es que se ha producido un motín, como en los barcos de antaño? ¿O es algo peor? Estoy más asustada que aquella vez que encontré una serpiente de cascabel en el corral de Lita.

La cabeza de la serpiente de cascabel aparece detrás de uno de los gallineros. La cabeza emplumada de Adobo está doblada sobre su ponedero.

Noto que me levantan. Aterrizo con un ruido húmedo en una superficie esponjosa. El zumbido del cascabel de la serpiente me destroza los oídos. No puedo moverme. Ni siquiera he visto a Lita acercarse con la azada.

—Colócala de lado. Estamos listos para reiniciar la función de los órganos.

Quiero gritarles que paren.

—Activando impulsos eléctricos.

Me imagino a Frankenstein. «¡No! ¡No activéis los impulsos eléctricos!».

Siento un dolor en el pecho. El corazón me da un brinco.

Toso y jadeo.

—Funciones vitales intactas.

Me entra el oxígeno a borbotones.

Está pasando todo demasiado deprisa. Me arde la garganta como cuando está infectada y tomas zumo de limón. Quiero ver a mi madre. Intento abrir los ojos para buscar a Javier, pero no consigo hacerlo.

El gemido agudo del aire a través del vacío me llena los oídos. Pinchazos de calor, como de cactus, me recorren la cara en franjas verticales. Alguien ahoga un grito.

—¿Qué es eso?

—Es una enfermedad terrestre. ¿Deberíamos ponerla en cuarentena?

Una voz de mujer, suave y chispeante como un carrillón, dice:

—Te agradecería que no mencionaras esa palabra delante de ellos.

—Mis disculpas, canciller.

Pienso en el Colectivo que salió en las noticias. «Eliminar el dolor del pasado». ¿Hasta qué punto han llegado?

Los científicos y médicos de nuestra nave, como mis padres, no

permitirán la asimilación. Recordarán. Tienen que hacerlo.

—Pecas. —Un dedo me recorre el puente de la nariz—. Es un daño provocado por su sol —explica la canciller—. Sin filtros epidérmicos, esta clase de anomalía física suele suceder.

El agua tibia me recorre las mejillas. Después, succión. Aire fresco en la cara.

El vacío me tira de las orejas y, de repente, ya no lo oigo todo amortiguado. Los pitidos me suenan como sirenas.

La voz robótica dentro de mi cabeza repite las palabras, pero esta vez es más lejano, como un eco distante: «Soy Zeta-1, experta en botánica y geología. Estoy aquí para servir al Colectivo».

«¿Cuántos siglos he tenido esto dándome vueltas en bucle por la cabeza?».

Repito la verdad: «Me llamo Petra Peña. Abandonamos la Tierra el 28 de julio de 2061».

Si este bucle se descargó en mi cog y lo sigo teniendo en la cabeza, pero recuerdo quién soy…, puede que lo que Ben intentara haya funcionado. Puede que las historias que descargó sigan ahí, en alguna parte.

—Reiniciando los impulsos eléctricos a Zeta-2 —dice alguien desde la cápsula de al lado—. Colocad a Zeta-2 de lado.

La suave voz de la canciller está muy cerca.

—¿Me puedes decir quién eres?

Alguien tose.

—Soy Zeta-2… —dice una voz que reconozco como la de Suma. Tose de nuevo.

—¿Cuál es tu función, Zeta-2?

—Soy una experta… Soy… —Le cuesta hablar—. Tengo… tengo frío —masculla.

—¿Es defectuosa? —pregunta un hombre.

La luz me entra a través de los párpados cerrados.

Respiro despacio. Sé que no debería llamar la atención, pero me obligo a abrir los ojos. Me arden como si me los hubiera restregado por accidente después de limpiarle las semillas a un chile habanero. La luz brillante me golpea los ojos y me arranca lágrimas. Lo veo todo

borroso, pero un grupo de cinco personas rodea a Suma. De espaldas a mí, están cubiertos de pies a cabeza con lo que parecen ser trajes de protección. Miro hacia la ventana con la esperanza de ver cielo o estrellas, pero está cubierta por una lámina de metal. La cabina, que debería contener tres hileras de cápsulas alineadas como un cartón de huevos, está casi vacía. Busco con la mirada a Javier. Hay al menos ocho personas moviéndose por la sala, pero ninguna es lo bastante pequeña como para ser él.

Unas manos enguantadas sacan de la cápsula a Suma. Su cuerpo cae sobre una mesa, entre nuestras cápsulas. El gel gotea por el suelo. Suma abre los ojos con pereza y da un respingo, aterrada.

—¿Mami? —Le tiembla la voz—. ¿Ben…?

—Decepcionante —dice la voz helada de la canciller. Deja caer el cog de Suma en un cuenco.

—¿Deberíamos purgarla, canciller?

No sé cómo ayudar a Suma. Hay demasiadas personas para luchar contra ellas. De repente, vuelvo a notarme el estómago y algo me sube por la garganta. «No potes. No potes».

La canciller sostiene en alto una reluciente esfera negra.

—No es necesario. Vuelve a meterla en la cápsula. Con la descarga mejorada, Suma Agarwal será Zeta-2 durante el resto de su vida —añade mirando la pantalla de la cápsula de Suma.

La levantan de la mesa y la vuelven a meter en el receptáculo. Forcejea débilmente, como un pez moribundo. La canciller se le acerca y se inclina sobre ella muy tiesa, como un insecto palo.

—Qué pena. Su reprogramación nos ocupará un tiempo muy valioso. Podríamos haber usado sus habilidades para la primera misión.

Coloca el cog actualizado en su instalador y pulsa el botón de activación. Después, introduce el reluciente cog morado en la nuca de Suma y se vuelve hacia los demás.

—Esta vez nos aseguraremos de que no quede nada de antes.

Nuestros padres van a destrozarlos…, espero.

Apenas veo el brillo tenue de la esfera cuando se funde con la columna vertebral de la niña. Ella hace una mueca, gime y se queda

inmóvil. Sin decir palabra ni molestarse en sujetarla, empiezan a llenar la cápsula de gel de estasis. Suma se hunde.

El corazón me late tan deprisa que sé que van a oírlo.

Uno de ellos se vuelve hacia mí, así que cierro los ojos rápidamente. ¡No puedo permitir que me metan ahí de nuevo! ¿Cómo era la frase? «Soy Zeta-1…».

El agua me recorre de nuevo el pecho y el estómago, después las piernas. Me levantan y me acomodan sobre otra mesa, esta vez más blanda. Me envuelven en una manta.

—Escáner cerebral.

Me vibra un zumbido en el cráneo. Unos pitidos diminutos se mueven de un lado a otro de mi cabeza. Me aterra volver a abrir los ojos. ¿Qué fue lo que asustó tanto a Suma? ¿Qué puede dar tanto miedo? No son más que personas.

—Cápsula doce, sector joven. Identifica tu función —me dice la canciller, que está tan cerca que le huelo el aliento dulce a jacinto.

No podría responder ni queriendo. Apenas logro resollar, así que hablar es imposible.

Tengo que hacer algo para que sepan que no soy una «decepción», como Suma. Me pone una mano en la mejilla.

—Abre los ojos, Zeta-1.

Los abro y me obligo a reprimir un grito.

En la piel translúcida de la canciller, las venas y los tendones se entretejen como aerovías. Me acaricia la frente con sus manos pálidas y enfermizas. «No reacciones».

Trago saliva como puedo. La persona que tengo delante apenas parece humana. Tiene más en común con la gamba fantasma que vi una vez en el acuario de Albuquerque. Igual que la gamba fantasma de la pecera, es tan bella… como horrenda, y las venas rojas y azules le brillan bajo la piel pálida. Los pómulos, más oscuros, están demasiado arriba, de modo que proyectan su sombra sobre el valle de la cara, hasta llegar a la mandíbula. Y los labios, de color lila, son demasiado carnosos.

El color de los ojos es tan claro que le veo los capilares con forma de telaraña detrás de los iris. Sonríe.

Me chorrea agua de la frente y me entra en la boca. Miro hacia donde debería estar la cápsula de Javier; como la mayoría, ha desaparecido. Entonces recuerdo las palabras de mi padre como si lo tuviera delante: «Lo que me da miedo no es lo que quieren, sino cómo se proponen conseguirlo».

Suma flota en un gel verde reluciente, cerca de la puerta. ¿Cómo hemos llegado a esto?

Sea lo que sea el Colectivo, tengo que convencerlos durante el tiempo suficiente de que soy lo que quieren. «Soy Zeta-1, experta en botánica y geología. Estoy aquí para servir al Colectivo».

Todo se solucionará cuando encuentre a mis padres y a Javier. Y, sea lo que sea esta gente, no lograrán que olvide.

«Me llamo Petra Peña. Abandonamos la Tierra el 28 de julio de 2061. Estamos en el año 2432 y hemos llegado a Sagan. Haré todo lo que sea necesario para encontrar a mi familia».

11

Mi madre me deshace el último nudo del pelo.

—Literalmente, usaste la raíz griega de la palabra «roca» para ponerme el nombre —digo.

Mi madre suelta una risita.

—En realidad, fue idea de tu padre. Pero a mí me parecía un nombre bonito. —La veo sacudir la cabeza en el espejo, sonriente—. No me dijo lo que significaba hasta después de decirle que sí.

—Roca —repito—. Mi nombre significa «una roca sucia vieja».

—Tu nombre es precioso, Petra. Como tú.

Unos mechones se le escapan de la trenza que le cae sobre el pecho. Sus ojos verdes parecen más azulados de lo normal cuando les da el sol, con una capa dorada encima. Tiene el puente de la nariz salpicado de pecas. Nunca seré tan guapa como ella, pero, por cómo me mira, sé que ella piensa que lo soy.

—Además, tu nombre te pega. Eres fuerte. —Levanto la mirada y veo que se le humedecen los ojos—. Algún día serás los cimientos de algo asombroso, aunque todavía no sé el qué.

Pongo cara de fastidio.

—No me dejas hacer las cosas que quiero hacer.

No digo en voz alta lo que todo el mundo tiene siempre presente: mi vista. Pero ¿cómo voy a ser los cimientos de nada si no me deja intentarlo? ¿O si siempre está dirigiéndome hacia la botánica en vez de hacia lo que de verdad me encanta? Sé que podría ser cuentacuentos. Los generadores de historias lo están fastidiando todo. Soy capaz de notar de inmediato si un libro está escrito por una

persona real o por un programa sin vida, y lo único que quiero es que las historias parezcan reales.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

Mi madre termina de trenzarme el pelo y sujeta el extremo con la goma.

—No es necesario que te caiga bien todo el tiempo, Petra. —Se levanta y me da un beso en la frente—. Mi trabajo consiste en mantenerte a salvo para que puedas tener la mejor vida posible.

12

Oigo la suave voz de la mujer junto a mi oreja.

—Identifica tu función.

Giro sobre mí misma para ponerme de lado y toso un escupitajo verde. Sé que estoy a punto de delatarme.

—Soy… Soy Zeta-1. —La voz me sale ronca—. Experta en botánica y geología. Estoy aquí para obedecer al Colectivo.

Oh, no, lo he dicho mal. No era obedecer, sino servir.

Una vena desteñida se le mueve bajo la piel translúcida cuando frunce el ceño.

—Elévala, Crick —dice la canciller.

El hombre, Crick, me sienta levantándome por las axilas. Me pone una mano fría en la barbilla y me vuelve la cara de un lado a otro.

—Fascinante —dice.

Igual que la señora, tiene una brillante vena azul que le pasa por encima de la ceja izquierda, como si se hubiese dado un brochazo de sombra de ojos fuera de sitio. Y, como la mujer, la parte inferior de su cara queda a la sombra de los pómulos. Tiene los labios carnosos, aunque no por un truco de maquillaje ni por esos rellenos con pinta de falsos que se hacían en la Tierra. Unas trenzas similares le recorren el cuero cabelludo en espiral. Miro a la mujer que está a su lado y comparte los mismos rasgos.

¿Qué les ha pasado en los últimos trescientos ochenta años? Pienso en la clase de Biología y en la señorita Cantor enseñándonos las polillas moteadas de Inglaterra, cuyo nuevo color las camuflaba para esconderse de los pájaros entre el hollín. Habían evolucionado muy

deprisa, aunque seguían siendo preciosas.

Esto no tiene nada que ver. Pienso en el comentario de la señora sobre el «filtro epidérmico». ¿Se lo han hecho adrede? ¿Solo para evitar ser diferentes entre sí?

Trago saliva y hago una mueca cuando me sabe como si me hubiera tragado unas brasas. Crick me acerca a los labios una taza tamaño chupito. En cuanto tomo una cantidad ínfima de líquido, el dolor desaparece al instante. Me trago el resto y me estremezco con el calor que me recorre el cuerpo. Es un poco como el chocolate de Lita, solo que mucho más fuerte.

No tengo ni idea de cómo se supone que andan o hablan las personas a las que les han borrado la memoria, así que me quedo sentada y mantengo los brazos pegados a los costados.

A dos cápsulas de distancia, una niñita tose y escupe sus propios mocos pulmonares gelatinosos.

—Eso es. Expúlsalo todo —dice un hombre mientras le da palmaditas suaves en la espalda—. ¿Puedes decirnos como te llamas?

La niña responde con un hilo de voz:

—Soy Zeta-4, experta en nanotecnología y cirugía. Estoy aquí para servir al Colectivo.

Ni siquiera pone cara rara cuando el hombre acerca su nariz translúcida a la de ella y la mira a los ojos.

Zeta-4 parece tan pequeña como Javier. Se sienta, tiesa, y el hombre le flexiona las manos a la altura de la muñeca.

—Con estos dedos tan pequeños será perfecta.

Crick se vuelve hacia mí y coge un corposcopio por el mango metálico. Lo activa, como siempre hacía el pediatra, y una luz rosa brillante empieza a parpadear. Se inclina frente a mí, empezando por los pies, y me lo pasa por la piel, hacia arriba. De vez en cuando lo retira, manteniéndolo a cierta distancia de él, para mirar la pantalla.

Cuando me lo pasa por el ombligo, estoy a punto de apartarle la mano, pero me doy cuenta a tiempo de que debo mantener la boca cerrada y seguir actuando.

Crick pulsa el extremo de la varita para hablar por la punta, como si fuera un holopuntero.

—Pulso dentro de los parámetros normales.

Sigue subiendo.

«¡Ay, no! Mis ojos…».

Está demasiado bajo y fuera de mi campo visual, pero lo noto pasándome por el cuello, la barbilla, la boca…

Cuando el corposcopio llega al puente de la nariz, vibra y la luz rosa deja de parpadear. Se acabó.

Se inclina sobre mí y me observa. Está tan cerca y la luz es tan brillante que hasta le veo la red de diminutos vasos sanguíneos sobre los pálidos iris.

—¿Canciller? Creo que deberías ver esto.

Me quedo completamente inmóvil, incapaz hasta de respirar hondo. Apenas puedo moverme y creo que de repente entiendo cómo es estar conmocionada.

Se queda mirando el corposcopio.

—Vaya, defectuosa.

Pulsa el extremo.

El corposcopio habla en un tono rígido:

—Enfermedad ocular. Diagnóstico: retinitis pigmentaria.

—Sus ojos no parecen distintos de los de los otros —comenta Crick.

La canciller suspira.

—Muchos de sus defectos físicos ni siquiera eran visibles en el exterior del cuerpo.

Aprieto los dientes. Entiendo que mis padres fueran un poco sobreprotectores, pero no soy defectuosa.

Crick me escanea de nuevo los ojos y niega con la cabeza. No puedo creerme que haya llegado tan lejos, a varios siglos de distancia, solo para que todo acabe aquí. Conocíamos las reglas y, aun así, trajimos «mi» enfermedad a «su» nuevo mundo. Mis padres juraron y firmaron mi falso historial médico. Los otros monitores se libraron de Ben por mucho menos. Respiro despacio y me meto las manos bajo las piernas para que no vean lo mucho que me tiemblan.

Pero no soy ninguna aberración. Si me van a purgar, pienso dejarles muy claro lo que pienso antes de marcharme. Relajo la mandíbula y abro la boca para hablar…

La canciller se vuelve hacia Crick.

—No importa. No estamos interesados en sus ojos, sino en utilizar su cerebro.

Vuelvo la cabeza hacia ella.

—Aun así, son físicamente… únicos —dice Crick rebosando sarcasmo.

«¡Mira quién habla!».

—Pero el Colectivo ha dado grandes pasos y corrido enormes riesgos para superar eso, ¿verdad, Crick?

A Crick se le hunden los hombros.

—Sí, canciller.

—Para que todos pensemos lo mismo —le susurra al oído, en voz baja.

Él asiente con la cabeza, en un gesto casi imperceptible.

—Creo que hemos avanzado lo suficiente como para ser capaces de asimilar esta pequeña variación física, ¿no? —Se vuelve hacia mí y me mira a los ojos—. Son tan antiguos… Debemos intentar hacer caso omiso de su aspecto. Gracias a nosotros y a su programación, sus mentes nos resultan de algún valor, y eso es lo único que nos interesa.

—Por supuesto —responde Crick mientras deja el corposcopio.

Me quedo mirando a la canciller, sin moverme. Puede que no sean tan malos, ¿no?

Técnicamente, estas personas no son las que purgaron a Ben; eso lo hicieron sus predecesoras. Y este Colectivo no me está juzgando por mis ojos, como hacía la gente en la Tierra. Al fin y al cabo, han pasado casi cuatrocientos años. Puede que hayan cambiado.

Sin embargo, Suma sigue flotando en su cápsula, ahí al lado, mientras le vuelven a borrar el cerebro. Como dijo mi padre, lo que importa es hasta dónde serán capaces de llegar. Ahora mismo me da igual por qué quieren que olvidemos; solo tengo que interpretar mi papel hasta que encuentre a mis padres y a mi hermano.

Crick me echa encima una manta con peso. La manta se expande y, al instante, empieza a dispensar más líquido tibio que termina de quitarme la sustancia pegajosa. Una vez libre del gel, el revestimiento interno de la manta expele un aire caliente que me seca el cuerpo y

amortigua los ruidos de la sala.

Tal y como me enseñaron, examino la sala por partes. Debería haber dieciocho cápsulas, pero solo quedan cuatro en total, incluida la mía: la de la niñita, Zeta-4; la de Suma; y una más.

Suma, alias Zeta-2, está de nuevo en estasis, en la esquina. Así que están sentando al último que acaban de sacar, Zeta-3. En cuanto lo colocan en vertical, veo que es demasiado delgado y alto para ser Javier.

—Abre los ojos, Zeta-3.

Comparo mi piel marrón pecosa con la del chico; la suya casi brilla bajo las pecas. Me niego a aceptar que quieran llamarnos Zeta a todos. Así que, puede que solo para mí, en este momento decido que me inventaré nombres para todos.

Le quitan la gorra y veo una mata de pelo rubio rojizo. *Rubio*. Y ya tengo su nombre.

La canciller le pone una sonda en la lengua y le examina la garganta.

—Quítaselas.

—Abre la boca, Zeta-3 —dice Crick.

Rubio hace lo que le piden. Se me acelera la respiración cuando un ayudante con una máscara y guantes quirúrgicos se le acerca. Tras un ruido de taladro y el zumbido de un láser, huelo a quemado. Se parece demasiado a la peste que lio mi padre cuando quemó el chorizo y los huevos el fin de semana anterior a que descubriéramos lo del cometa.

La herramienta de Crick deja de girar. Dos nódulos de color rosa achicharrados caen en un vaso de fluido.

Se me cierra la garganta.

Crick los levanta como si fueran una curiosidad y después los deja en la bandeja, junto con nuestras muestras de sangre. Gracias a Dios que a mí ya me habían extirpado las amígdalas.

Pero a Javier no. Aunque acabe reprogramada como Suma, no permitiré que estas personas lo traten así.

El aire caliente que me recorre el cuerpo se detiene. Crick se me acerca para ayudarme a sentarme de nuevo. Con las uñas me tira de los pelitos del nacimiento del cabello cuando me quita el gorro de

goma. Mi pelo estalla en un matorral de rizos salvajes y Crick abre mucho los ojos, como si los bucles fueran a atacarle.

Por suerte, el cuerpo desgarbado de Rubio decide aprovechar justo ese momento para derrumbarse durante el examen médico. Se desploma, todavía pegajoso, dentro de su cápsula.

—¡Ayuda con Zeta-3, por favor! —reclama la mujer.

—Es una reacción normal —responde Crick—. Llevan en estasis casi cinco unidades.

Hago la cuenta rápidamente. Si hemos llegado, quiero decir que cada una de sus «unidades» dura más de setenta años.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta ella, presa del pánico.

—Déjalos dormir —dice con frialdad la canciller.

«¿En serio?».

—Con algo más de reposo serán capaces de empezar.

La canciller ya está metiéndole una píldora roja en la boca a Rubio. Después le acerca a los labios la taza llena de líquido verde. El líquido destaca contra su pelo como una corona de Navidad.

—Bebe.

Rubio se traga la píldora con el fluido verde. Después se tumba y su respiración se vuelve profunda casi de inmediato. Repiten el mismo proceso con la niña rubia.

Crick se me acerca. Abro la boca, igual que han hecho ellos, con la esperanza de que crean que mi temblor se debe a un efecto secundario de la salida de estasis. Me pone la píldora en la lengua. Cierro la boca y la escondo en el interior de la mejilla. Le doy un traguito al líquido verde. De repente me siento más tranquila y dejo de temblar. Si han encontrado el modo de controlar las emociones, me digo que es mejor permanecer petrificada y alerta que aceptar más bebidas. Me tumbo en mi cápsula un poquito más deprisa de la cuenta y espero no pasarme con los ronquidos. La píldora se me hincha dentro de la boca. Me pongo de lado en cuanto puedo para ocultar que ese lado de la cara se me ha puesto como el de una ardilla con la boca llena.

—Vamos a cerrar la cabina para que descansen —dice la canciller antes de salir.

Casi todos la siguen, pero Crick y otra mujer se quedan atrás.

—Qué día más emocionante, ¿no? —susurra ella—. ¿A que son maravillosos?

El bulto sigue creciéndome poco a poco dentro de la boca y se me va metiendo en la garganta.

Crick chasca la lengua. Estoy bastante segura de que significa lo mismo que cuando lo hace Lita. Suspira.

—No ha habido ningún experto decente desde que eliminamos a los Epsilones hace una unidad entera. Esperemos que estos muestren un conocimiento y una docilidad impecables.

Apaga la luz y, desde el pasillo hasta la habitación de al lado, la de los adolescentes, una tenue luz verde ilumina el suelo. ¡Más cápsulas! Su conversación es desconcertante, pero ahora no puedo perder el tiempo intentando averiguar qué significan esas palabras tan extravagantes. Tengo que ver si han llevado a Javier a ese compartimento. Cuando oigo que se sella la puerta, me inclino sobre el tubo de succión de la cápsula y abro la boca. El bulto pringoso se pierde por el agujero junto con lo que queda del gel de estasis. Escupo en el cuenco, como cuando voy al dentista, y me limpio la boca.

Me tiemblan las piernas al acercarme de puntillas al brillo de gel verde que brota del estrecho pasillo. Sé que no puedo hacer gran cosa hasta que lo saquen sano y salvo de la estasis, pero necesito verle la cara.

Me vuelvo para asegurarme de que nadie esté despierto u observándome y sigo por el pasillo hacia la otra sala. A diferencia de la nuestra, parece estar vacía salvo por una masa en la esquina trasera, que despide un débil resplandor verde. Como en nuestra cabina, donde debería haber una ventana que da a la pared exterior, hay una chapa metálica que impide ver las estrellas y, tal vez, el que podría ser mi primer vistazo a Sagan. Está demasiado oscuro y a mis ojos les cuesta adaptarse. El suave zumbido y los pitidos de los controles mantienen un ritmo constante. Arrastro los pies poco a poco hacia el brillo verde, por si choco con algo que no veo.

Sin el silbido constante del gel de estasis al reponerse, no se oye ni una mosca. Cuando llego a la esquina, en vez de las cápsulas llenas del gel verde brillante que creía haber visto, me percato de que solo hay

equipos y una pantalla que emite luz desde el puesto de lectura atmosférica de la nave.

No es Javier.

Como ya no me preocupa toparme con algo, recorro la cabina vacía y me pregunto dónde lo habrán metido. Tendré que esperar a que lo saquen o a encontrar a mis padres.

Retrocedo despacio hasta mi compartimento y me doy contra algo.

Chillo y me vuelvo.

—¿Necesitas ayuda, Zeta-1? —me pregunta Crick, a quien la luz azul del pasillo ilumina como si fuera un pez que brilla en la oscuridad.

De repente, el traguito de líquido deja de funcionarme. Escondo las manos temblorosas tras la espalda, incapaz de hablar.

—Deberías estar dormida —dice.

—Baño —grazno, sin apenas aliento.

Sonríe.

—Ven conmigo —contesta, y me conduce de vuelta por el pasillo hacia mi habitación—. Supongo que no habíamos pensado en eso. Claro, no podías saberlo.

En el pasillo entre las habitaciones, pulsa un botón y se abre la puerta de un cuartito con cuatro retretes colocados en línea, como una hilera de escritorios en un aula.

—No —digo en voz alta antes de poder contenerme. ¿Es que también nos han borrado la vergüenza de la memoria, literalmente?

—¿Perdón, Zeta-1?

—Solo me aclaraba la garganta —respondo, y entro.

Cierro rápidamente la puerta deslizante y dejo fuera a Crick.

Él espera, silbando. No es un tarareo alegre ni una canción para animarme a hacer pis, sino las mismas tres notas una y otra vez.

Cierro los ojos para intentar imaginarme un arroyo. Al cabo de un minuto sin que pase nada, pulso el botón para vaciar el retrete. Me levanto en busca de un lavabo y me encuentro con dos mangas empotradas en la encimera; tienen forma de guantes y están hechas del mismo material que la toalla de baño. Meto una mano en el de la derecha y, como con la manta con peso, el agua tibia me masajea la

mano, seguida del aire caliente.

Cuando abro la puerta, Crick me espera para llevarme a la sala.

—¿Te gustaría otra píldora para dormir o un tónico?

—¡No! —respondo demasiado deprisa.

Espera junto a la puerta hasta que entro de nuevo en la cápsula. Los ronquidos de Rubio gruñen como una aerovía abarrotada.

Pienso en todo lo que se interpone entre mamá, papá, Javier y yo.

De pequeña, cuando me quedaba en casa de Lita y había tormenta o tenía una pesadilla, me metía en su cama calentita y ella me contaba una historia para calmarme. El camisón de algodón le olía a flores, y el aliento, a café y a canela. Pero la cápsula está fría y huele a desinfectante. Cierro los ojos y finjo que la almohada es su pecho.

Acurrucada en sus brazos, su voz me susurra al oído:

—*En los tiempos viejos*, había dos países en guerra. Un rey tenía una hija, Iztaccíhuatl, la dama blanca, que llevaba puesto un vestido largo y blanco, y lucía una flor roja de árbol tulipán en el pelo, negro como ala de cuervo. —Lita suspira como si la hija de la historia, Iztaccíhuatl, fuera una vieja amiga suya—. Iztaccíhuatl —me dice mientras me da un suave codazo—, o Izta, como me gusta llamarla, debía casarse con el arrogante hijo del ambicioso sacerdote supremo, pero se enamoró de un joven líder tribal llamado Popocatépetl. Y Popocatépetl se enamoró de Izta.

Incluso antes de que me contara «su versión» del *cuento*, ya conocía la leyenda. Popoca e Izta estaban en la pared del restaurante mexicano favorito de mi padre, en un cuadro sobre terciopelo negro. Bueno, por eso y también porque yo ya había googleado la historia.

—Cuando el padre de Izta envió a Popoca a la guerra, el sacerdote malvado, que pretendía casar a su hijo con Izta, mintió y le dijo a la princesa que Popoca había fallecido en una feroz batalla. —Lita niega con la cabeza—. Tras recibir la terrible noticia, Izta se sumió en un profundo sueño de *tristeza*.

Pongo cara de fastidio. Yo ya sé que, en realidad, Izta muere en la historia. Me siento y miro a Lita en plan «no me vengas con esas».

—¿En serio? ¿Se durmió y ya está?

Lita me chista.

—Cuando Popoca regresó, encontró a Izta sumida en un sueño profundo, víctima de su hechizo de tristeza.

—Pero, en serio, en la versión real se muere, ¿no?

Lita me pone «la cara». Esta es su historia y la contará a su manera.

—Popoca llevó a Izta, que seguía durmiendo, hasta la cima de una montaña nevada. Allí preparó un montículo para cada uno y encendió una antorcha. Popoca hizo una almohada de nieve para Izta y luego la rodeó de las flores rojas de un árbol tulipán.

Al día siguiente, encontré en Google que Popocatépetl es un volcán y que su nombre en náhuatl significa, literalmente, «montaña humeante».

Lita entorna los ojos para contar la amenaza que encierra la narración.

—Su fuego y su lava asustan a los que se atreven a acercarse demasiado a su amada. Muy enfadado porque irse a la guerra le había costado su amor eterno, Popoca juró permanecer junto a Izta, tumbarse a dormir junto a ella y protegerla hasta que los vecinos en guerra fueran capaces de resolver sus disputas sin recurrir a la violencia. —Lita mira al cielo estrellado a través del tragaluz—. Y, todavía hoy, descansan juntos, esperando a que la tierra sea pacífica para despertarse y casarse. *Esto es verdad y no miento. Como me lo contaron, lo cuento*.

Aunque sé que la historia no es real, siempre me reconforta pensar que Popoca quiere tanto a Izta que decide pasarse la vida en lo alto de una montaña, esperando a su lado.

Lita tenía claro que los líderes del mundo debían tragarse su orgullo y resolver sus diferencias. Sin embargo, al final, a pesar de la llegada del cometa, cada uno había intentado salvarse por su lado. No habían tenido mucho tiempo, pero es que ni siquiera intentaron sumar recursos para construir un refugio, o puede que otra nave. Cada uno se preocupó solo de los suyos. Así que Izta y Popoca nunca llegaron a casarse.

Veo a Popoca y a Izta en lo alto de la montaña, Izta con su vestido blanco, la larga melena negra al viento y una única flor de tulipán metida detrás de la oreja.

Popoca le da la mano y sonríe. Pero siguen esperando, esperando y esperando…

13

Bostezo y me restriego el sueño de los ojos. Me siento. Zeta-4 y Rubio ya están vestidos y en posición de firmes junto a la puerta.

Salgo como puedo de la cápsula.

La niñita rubia está detrás de Rubio. Hay un hueco entre ellos. Una perfecta trenza francesa empieza en la oreja izquierda de Zeta-4 y le rodea la cabeza hasta llegar al lado contrario, donde se retuerce hasta convertirse en un moño con forma de pretzel muy parecido al de la canciller. Es como si hasta a su pelo le hubieran lavado el cerebro. Corro a recogerme el mío y trenzarlo a toda prisa, intentando copiar lo que ha hecho Zeta-4.

Tanto la niña como Rubio parecen mucho menores que yo, y me pregunto si por eso el cog pediátrico no funcionó conmigo. Puede que a causa de su fallo me esté perdiendo alguna clase de rutina programada. Supongo que dormir no forma parte de ese programa.

Los mechones de pelo que se me escapan sobresalen como la melena electrificada de un león y el moño de pretzel se me deshace dos veces, de modo que la trenza me cuelga sobre el pecho.

Me tiemblan las manos cuando me pongo los zapatos. No puedo creerme que esté fastidiando la oportunidad de encontrar a mis padres.

Me coloco entre ambos justo cuando se abre la puerta de nuestro dormitorio y me llega una vaharada de aire superesterilizado. Miro a Suma, que flota pacíficamente en su cápsula mientras le roban los recuerdos de su hogar y de su madre.

Después procuro mirar al frente y espero a que alguien entre en

cualquier instante. Cuando intento acompasar la respiración, algo suave me roza los dedos. Doy un respingo y, al bajar la vista, me encuentro con un niño gamba fantasma aún más pequeño que Javier. Me mira. Su sonrisa hace que la cara parezca más redonda, pero es igual que los otros, una miniversión con los mismos ojos violetas, y la misma piel pálida y delicada. Se le ensancha la sonrisa. Es casi… mono. Sé que mi vista no es gran cosa, pero al niñito debe de dársele incluso mejor que a mí lo de colarse por ahí sin que lo detecten. ¿Cómo no lo he visto entrar?

Se acerca más a mi mano y me recorre el brazo con un dedo.

—¡Voxy! —lo llama la canciller, y ambos nos asustamos—. ¿Qué estás haciendo? —pregunta desde la puerta.

El niño, Voxy, ladea la cabeza.

—Estos puntos de la piel, ¿qué son?

Ella se inclina un poco y se alza sobre él.

—Se supone que no deberías estar aquí.

Voxy se aparta rápidamente de mí.

—Quería ver a los Zetas, Nyla.

Nyla arquea una ceja y chasca la lengua.

Voxy baja la vista.

—Quiero decir, canciller —rectifica.

—Bueno, pues ya los has visto.

La mujer hace un gesto con la muñeca y le indica que salga señalando la puerta con sus largos dedos. Voxy levanta la vista y lo miro a los ojos. Él sonríe y yo le devuelvo la sonrisa antes de darme cuenta de lo que hago.

La canciller se gira para mirarme, así que vuelvo la mirada al frente a toda prisa. Ella esboza lo que mi madre llama una sonrisa para las redes sociales.

—Zetas, soy la canciller. —El olor dulce a higo de su aliento se percibe tan cerca que me inunda las fosas nasales—. Estoy deseando ver cómo vais a contribuir al Colectivo. Tenemos mucho trabajo por delante y muy poco tiempo.

La canciller está de cara a mí, al principio de la fila, y mira por encima de nuestra cabeza.

—Permaneceréis juntos, como una unidad, hasta que se os asignen vuestras tareas. —Se vuelve y sale por la puerta del dormitorio al pasillo—. Vamos —nos dice, como si fuéramos mascotas.

Pasamos junto a la cabina contigua, la de los adolescentes, y miro a través de la puerta en la que vi a la gruñona de la monitora principal aquel primer día, junto a la cápsula del chico rubio. Seguimos caminando. Los habitáculos en los que debería haber otros pasajeros en estasis tienen paredes con camas en forma de tubo hexagonal encajadas como una colmena.

La canciller dobla la esquina y entramos en el pasillo que conduce al colosal parque abierto. Veo los ventanales de delante y recuerdo a Javier exclamando «¡hala!» y poniendo las manos en el cristal la primera vez que lo vio. Recuerdo la pista de atletismo y las piscinas, el teatro y la cafetería del otro lado. Era todo mágico. Qué suerte ha tenido el «Colectivo» de vivir en una nave con tantas cosas chulas.

La secuoya Hyperion de mi madre ha estado observando al Colectivo igual que Izta y Popoca observaban a su gente, a la espera de que llegara la paz.

Se me acelera el corazón cuando nos acercamos a la curva que conduce a las ventanas. La secuoya de mamá está un poco más adelante, rodeada de un bosque verde. Doblamos la esquina.

Tengo que hacer una mueca por la luz. Aminoro el paso y bajo la vista, con la garganta seca. La cavidad central de la enorme sala es demasiado blanca y brillante. Parpadeo con ganas, pensando que estoy en el sitio incorrecto. No hay parque, ni arbustos, ni árboles. El escenario y el teatro han desaparecido. La pista y el gimnasio son ahora paredes blancas.

Las pantallas del techo, que deberían enseñarnos el cielo de la Tierra, están vacías. Solo queda una sosa extensión de metal mate. Las pantallas no son el cielo de la Tierra, solo un campo vacío. Han sustituido la alfombra de hierba verde, con sus senderos y el árbol de mi madre, por un suelo de cristal iridiscente iluminado desde abajo. La cafetería con sus casilleros llenos de comida y su pared de magnaondas está vacía. Aparte de unas cuentas mesas y unas columnas blancas, el espacio principal no tiene nada. Así parece el

doble de grande. Se me forma un nudo en la garganta.

En otra vida, estaba segura de que, cuando los adultos despertaran, correríamos, jugaríamos, nadaríamos y veríamos películas hasta que el asentamiento de Sagan estuviera listo para nosotros. Se me entumecen las piernas y me detengo.

Rubio se choca contra mi espalda.

—¿Zeta-1? —dice.

Me da un toquecito en el hombro y yo doy tres pasos apresurados para alcanzar a la canciller.

En la parte de abajo veo unas cuantas gambas fantasma del Colectivo dando vueltas por el habitáculo vacío. La palabra «Armonía», de un tono verde reluciente, empieza a parpadear en el techo, que, por lo demás, está vacío. Al principio creo que son imaginaciones mías, hasta que la reemplaza la palabra «Unanimidad» en morado.

La canciller Nyla nos lleva hasta uno de los ascensores de cristal. Entra primero y se vuelve para ponerse de cara a nosotros. Al descender, miro a través de ella hacia el otro lado de la nave, donde sé que mis padres duermen en sus cápsulas. Lo único que quiero es llegar hasta ellos y hasta Javier, dondequiera que esté, y ahora mismo me parece imposible. Me concentro en respirar, como aprendimos en la clase de yoga de Educación física, para no llorar.

Han arruinado todo lo que tanto trabajo había costado construir. ¿Cómo han podido destruir algo tan maravilloso? ¿No se suponía que era para ellos?

Salimos del ascensor y un hombre con un impresionante bucle doble de pretzel en lo alto de la cabeza nos señala, como si fuéramos una especie de exhibición en el museo de historia natural. Aparte del hombre, la sala principal se está llenando de otras personas que tienen el mismo aspecto que la canciller Nyla, Crick y Voxy: trenzas rubias enrolladas en la cabeza; un mapa fluvial de venas bajo la superficie de la piel; los mismos pómulos; los mismos labios carnosos.

Pienso en los distintos tonos de piel de los científicos, los pasajeros y los monitores que subieron a bordo el primer día. Después, me observo los brazos, que son marrones y pecosos. ¿Qué se ha hecho esta

gente?

El primer hombre muerde con delicadeza una rebanada de pan marrón verdoso y bebe de un líquido pálido. Gracias a la clase de ciencias y a la obsesión de la señorita Cantor con las técnicas de supervivencia, lo sé todo sobre la orina purificada. Espero que no hayan descubierto la forma de…

Estoy tan ocupada observándolo que no me fijo en el chico que está al lado de la canciller Nyla y que es un poco mayor que yo. Me pone una bandeja delante. La forma de su rostro me recuerda a un chico del instituto, Cole Stead. Como Cole, apenas establece contacto visual y seguramente solo sabe que existo porque ocupo un espacio delante de él en la cola de la comida. Unos cuadraditos marrones y unas tazas de líquido amarillo están perfectamente alineados en su bandeja. Rubio y Zeta-4 ya están masticando lo que parece un cuadrado de ciruela comprimida y bebiendo de sus tazas.

El chico empuja la bandeja hacia mí. Todo mi cuerpo me dice que es mala idea, pero la verdad es que me siento como si no hubiera comido en cuatrocientos años.

Nyla me mira.

—¿Algún problema, Zeta-1?

Pienso en Suma y en que, si me devuelven a estasis, no encontraré a mi familia. Rubio y Zeta-4 parecen estar bien, así que cojo un trozo de biopán de la bandeja y me lo meto en la boca a toda prisa. Si el kale, el heno, las ciruelas y el vinagre tuvieran un bebé, estoy bastante segura de que sabría a biopán. Nyla me observa y me pregunto si tiene alguna habilidad secreta para detectar mentiras.

—Mmm —mascullo.

Ella asiente con la cabeza.

—Nos reunimos aquí para tomar nuestras raciones diarias.

Mastico lo justo para que se convierta en una pasta. El chico de los biopanes, el que se parece a Cole, suspira y gira la bandeja para dejarme más a mano las tazas de líquido. Elijo uno de los recipientes con el misterioso líquido amarillo y lo miro. Espero que no sea como el «tónico» verde de la noche anterior. El chico de los biopanes se aleja a paso ligero.

Nyla se vuelve para observarme de nuevo.

Antes de poder convencerme de lo contrario, me llevo la taza a los labios y me la bebo de un trago. Gracias a Dios. Solo sabe ligeramente a algo parecido al zumo de manzana aguado y no siento ningún cambio en mis emociones. Al cabo de unos segundos, la mezcla de los dos alimentos se expande dentro de mi estómago y sé que he comido lo suficiente para mantenerme llena todo el día.

Eructo biopán, y un olorcillo a alfalfa y desinfectante me envuelve en una nube. La soplo hacia Nyla. El ascensor que tenemos delante se abre y de su interior sale Crick, que maneja un carro con control remoto.

Hay unas bebidas de color rojo, azul, verde y dorado repartidas por las seis bandejas transparentes del carro de Crick, como un arcoíris de plumas de quetzal. Los presentes aplauden y se regocijan, como si Crick le entregara a cada uno un aerodeslizador de lujo en vez de zumo de colores.

El hombre dirige el carro hacia lo que antes era la cafetería y lo seguimos hasta que llega al habitáculo pequeño conectado con la gran sala abovedada. Crick le entrega a cada uno de los miembros de nuestro grupo una de las bandejas llenas de lo que él llama «tónico».

—Vuestro trabajo consiste en mantener tranquilo al Colectivo —dice.

Miro a la multitud. No tienen el aspecto de personas que van a una fiesta. Salvo por el breve estallido al ver el carro de las bebidas, nadie parece muy emocionado ni enfadado. Nadie finge estar contento, como mi padre antes de sus fiestas de trabajo. Simplemente están… aquí. Me pregunto qué clase de fiesta será esta.

La canciller se sitúa entre Crick y yo. Coge un vaso lleno de líquido verde esmeralda de mi bandeja y se lo lleva a la boca. Cierra los ojos y se lo bebe de un solo trago, después frunce los labios y el líquido le forma una fina línea oscura en los labios. Sonríe y se acerca al centro de la sala. Salvo por el ruido de sus pasos, la sala se sume en el silencio. Se vuelve con una sonrisa en la cara, como un zorro.

Un eco lejano de la voz de Lita me resuena en la cabeza:

«Debes recordar siempre la historia del zorro y el cuervo. Es bueno

confiar en los demás, pero hay algunos, como el zorro, que te harán promesas para ganarse tu confianza. Son embusteros y no miran por tus intereses. Tienes que ser capaz de descubrir a los que albergan intenciones egoístas».

«Pero ¿cómo podré saberlo?», le pregunto, y Lita me besa la mejilla.

«Escucha la historia y aprende de los errores del cuervo, ya que el cuervo no vio la sonrisa desdeñosa del zorro y solo se fijó en sus palabras engañosas. —Lita entorna los ojos, como un zorro—. "*Pobre señor* Cuervo", dijo el señor Zorro. "Parece que cargas con *demasiado queso*. Si dejas parte del queso, no te pesará tanto"».

—¡Tengo una noticia estupenda! —anuncia la canciller—. Los biodrones han confirmado que la atmósfera tiene suficiente oxígeno.

Unos cuantos graznidos de emoción retumban en el enorme espacio.

—El suministro de agua tiene una salinidad moderada —añade la canciller.

Crick ahoga un grito.

—Por fin —dice en voz baja para sí.

«El señor Cuervo meditó sobre las palabras del señor Zorro. Naturalmente, el señor Cuervo estaba cansado, y la sugerencia del señor Zorro parecía mucho más sencilla que todo el trabajo que había estado haciendo».

—Puesto que la supervivencia del Colectivo futuro es lo más importante —dice Nyla—, la evaluación atmosférica necesita un… sujeto de prueba. Alguien que acompañe a la unidad Zeta a explorar el planeta.

«Así que el señor Cuervo soltó el queso y el señor Zorro se lo tragó. *Y se acabó lo que se daba*».

—Como todos sabéis —sigue explicando la canciller—, la unidad Zeta ya está con nosotros.

Nyla nos señala a Rubio, a Zeta-4 y a mí, y yo me agarro con fuerza a la bandeja cuando toda la sala me mira. Se me hiela la sangre, pero intento actuar con naturalidad…, sea lo que sea eso ahora.

—Los drones no han logrado recolectar plantas acuáticas, así que el Colectivo tendrá que recoger muestras en persona. El riesgo es alto, así que la unidad Zeta se encargará de esa tarea, junto con la

recolección de los demás especímenes que necesitemos.

Los vasos vibran en la bandeja que tengo en las manos. No sé bien si me aterra el «riesgo» de ser la primera en salir a la superficie o si me emociona la idea de salir de la nave. Sin embargo, lo que de verdad me encanta es que nos haya presentado a nosotros como «voluntarios» para la parte más peligrosa.

Un hombre con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada se me acerca. Elige un vaso lleno de líquido rojo rubí. El líquido le tiembla en la mano. Se lo lleva a los labios y se lo bebe procurando que los demás no lo vean. Se limpia la boca con el dorso de la mano y se la mancha de rojo. Sonríe, embargado al instante por la felicidad. Se lleva un segundo vaso a la boca, esta vez verde, y limpia cualquier rastro rojo. Después se vuelve y se dirige a Crick con voz tranquila.

—He oído que quizá sea el elegido para acompañar mañana a los Zetas a la superficie.

Creo que he encontrado al cuervo.

Crick pierde la sonrisa.

—Sí, Len —dice mientras le pone una mano en el hombro—. Nyla ha decidido —empieza la frase, y hace una pausa— que debes acompañar a los Zetas, por el bien del Colectivo.

—Por supuesto. —Len le echa un vistazo a la mano de Crick, que sigue en su hombro, y coge otra bebida. Le tiembla la voz—. Me alegro de poder colaborar. —Deja el vaso en la mesa con más energía de la cuenta y el tónico sale propulsado hacia arriba—. Por el Colectivo.

Crick se limpia una gotita verde de la cara y mira a su alrededor, por si los ha visto alguien.

Nyla levanta su vaso.

—¡Disfrutad todos de la velada! Nos espera mucho trabajo en un futuro cercano, pero servirá para el avance de nuestra causa. —Hace una pausa y nos mira—. Y así solucionaremos los errores de los que nos precedieron.

Aprieto los dientes. Sé que se refiere a mis padres y a los demás pasajeros.

La canciller Nyla le hace un gesto a un hombre que está al otro lado

de la sala. Él asiente y mueve la mano sobre una pantalla. El espacio se queda en penumbra, al igual que mi vista. Noto un zumbido que vibra en el aire. Las estrellas holográficas nos rodean. Dejo a toda prisa la bandeja en una mesa. Aunque sepan lo de mis ojos, solo me faltaría chocar en la oscuridad con una persona a la que no veo y derramar un arcoíris de tónicos. Me sitúo de espaldas a una columna con la esperanza de que nadie lo note.

El aire empieza a vibrar y después suena una especie de chillido. Reconozco esos macabros sonidos: son los que grabó la NASA de las ondas de radio de los planetas. Nyla cierra los ojos y respira hondo, como si las ondas sonoras fueran una nueva forma de meditación New Age, por el estilo de las cosas que escuchaba la *tía* Berta. El sonido me recorre el cuerpo. Mezclado con las rotaciones de las estrellas holográficas, las caras pálidas con labios manchados de tónico rojo pasan junto a mí como vampiros anémicos.

La mujer que tengo al lado esboza una sonrisa sin alegría; ha dejado una pila de vasos vacíos en una bandeja.

Nyla se acerca a Crick, que está detrás de la columna. Los ruidos planetarios son tan fuertes que no la oigo, así que me deslizo hacia ellos con la esperanza de que mi mono gris me sirva de camuflaje y no me presten atención.

—Sobre Len…, canciller, ¿y si la atmósfera no es adecuada para nosotros? —pregunta Crick por encima del ruido.

—El aire es adecuado. El agua se puede procesar —responde ella sin emoción alguna.

Él deja escapar un suspiro apenas audible y niega con la cabeza. Se ha dado cuenta de lo mismo que yo.

—Sí, pero ¿y si hay algo más que pueda hacernos daño? —pregunta —. ¿Y las cosas que no podemos medir? Las cosas que podrían ser… distintas para Len, para nosotros, con respecto a lo anterior.

Ella se vuelve hacia Crick y lo mira con aire severo. Una estrella se le pasea por la cara y hace que las venas bajo la piel le brillen adquiriendo un tono azul.

—Las decisiones que el Colectivo tomó tiempo atrás eran por nuestro bien. Lo que somos ahora era aquello por lo que luchaban. La

unidad exige sacrificio. El sacrificio tiene un precio.

Crick asiente como si ya supiera todo eso y solo necesitara el recordatorio. Seguro que están hablando de sus modificaciones corporales. Lita siempre decía que enredar con la naturaleza tiene un precio.

—No lo sabremos con certeza hasta que lo probemos con uno de los nuestros —dice con calma la canciller—. Pero, si el planeta no es compatible con el Colectivo, nos iremos.

Él vuelve rápidamente la cabeza para mirarla.

—¿Irnos?

—Uno de los otros planetas viables que encontramos está a dos unidades —dice ella, y aparta la vista.

Si tardamos cinco unidades en viajar trescientos ochenta años… Me cuesta respirar. Dos unidades significan dos vidas. Crick aparta la vista, como si él también lo estuviera calculando.

—Pero tardaríamos…

La gente que nos rodea bebe tónicos y toca las estrellas que pasan volando a su lado, sin tener ni idea de la decisión que se está tomando sobre su vida.

—Sacrificio —repite ella con la voz tensa—. Es lo que haría falta. Nuestro deber es encontrar un hogar permanente para el Colectivo, un sitio en el que podamos sobrevivir sin la amenaza de nada ni de nadie. Se lo debemos a los que vinieron antes que nosotros y a los que vendrán después, aunque eso signifique pasarnos la vida en esta nave, buscándolo.

Me da vueltas la cabeza. Apoyo la mejilla en la columna, que está fría. Un satélite pasa despacio por el otro lado de la sala. Unas cuantas personas lo siguen mientras lo observan con curiosidad.

Crick mira de nuevo hacia el espectáculo holográfico.

—Por supuesto, canciller.

¿Qué significa eso para nosotros? ¿Zeta-4, Rubio y yo les serviremos durante el resto de nuestra vida dentro de la nave? ¿Nuestros padres permanecerán ocultos en alguna parte, en estasis, durante vete a saber cuánto tiempo?

Por otro lado, peor sería que un factor medioambiental de Sagan

matara a todo el mundo. Puede que Nyla sea despiadada, pero tiene razón, debe asegurarse de la viabilidad del planeta. Y me parece que hará todo lo que tenga que hacer para proteger a su gente.

No puedo seguir esperando. Tengo que salir de aquí y encontrar a mis padres.

14

Mi padre y yo descargamos la bolsa de turba que mi madre nos ha pedido. La levantamos cada uno por un extremo y papá finge que pesa más de lo que pesa.

—No sé cómo lo haría sin ti —me dice para hacerme sentir valiosa, aunque, con nueve años, apenas soy lo bastante grande para resultar de ayuda.

Entramos por la puerta de atrás, donde Javier y mamá duermen sobre una manta, en el césped del patio. El sol se esconde rápidamente tras el horizonte.

Rápido se aleja a paso tranquilo hacia su guarida, cerca del sendero que conduce al desierto.

Mi padre y yo soltamos la bolsa de turba en el suelo. Mi madre se estira y se sienta.

—El príncipe azul y su escudera regresan al atardecer de su conquista, cargados con su botín de esfagno —anuncia.

—Me alegro de haber sobrevivido a nuestra peligrosa misión en el Home Depot —responde papá.

—Bueno, miro a mi alrededor y afirmo que ha merecido la pena arriesgar la vida —dice mamá, señalando el jardín—. Este es nuestro campo de batalla medieval. Pienso morir con un rastrillo o una azada en la mano.

Mi padre se ríe.

—Petra, contamos contigo para que empujes nuestros cadáveres hasta los bancales elevados y los uses de abono.

—¡Qué asco! —exclamo.

Javier se despierta con un respingo y gime.

—Yo me encargo —dice papá mientras coge a mi hermano y se lo sienta en los hombros. Los pies regordetes de Javier cuelgan sobre el pecho de mi padre—. Iré a darle un baño.

Mi madre coge el móvil y enciende la linterna.

—¿Quieres que vayamos de aventura antes de dormir, Petra?

Asiento rápidamente. Antes de que llegara Javier estábamos solo los tres y recuerdo bien cómo era no tener que compartirlos con él.

—¿Qué te parece una caza de hadas? —pregunta ella mientras me guiña el ojo y se levanta.

No puedo reprimir una sonrisa. Sabe cómo tentarme.

—Pero en el desierto no hay hadas. Están en los bosques.

—Esto es un bosque, solo que es un bosque del desierto. —Mi madre ahoga un grito—. ¿Has visto eso?

Apunta con la linterna al primer árbol del sendero y se dirige hacia allí. Está cubierto de flores de color rosa.

—¿En el sauce del desierto? —le pregunto mientras la sigo.

—Exacto. Buen trabajo —responde, sonriente.

Intento imaginarme que los pétalos de las flores son alas, pero solo veo racimos de flores.

—No he visto nada.

Ella no me hace caso, sino que mueve la linterna hacia el otro lado.

—Ah, sí, eso debe de ser. La escurridiza hada de la salvia.

Entorno los ojos y observo las flores de color morado oscuro del arbusto.

—Creo que sí que he visto algo —le digo.

—Y los ingleses creen que su lavanda atrae a las hadas. No puede compararse con nuestra salvia del desierto.

La luz del sol se apaga y el cielo se vuelve morado, con apenas una cinta naranja en el horizonte. Mamá apunta con la linterna hacia el sendero y se lleva un dedo a los labios.

—Chisss.

Sigo su ejemplo y susurro:

—El hada del saguaro. —Unos brazos verdes gigantes llenos de pinchos se alzan hacia el cielo—. ¡Debajo debe de haber una ciudad

de las hadas tan grande como Albuquerque! —exclamo, y mi imaginación echa a volar—. Seguro que montan unas fiestas tremendas. Cada brazo del cactus tiene su propia puerta mágica, cada una de un color distinto—. Señalo el tallo más alto—. La más grande es dorada. Las hadas que entran tienen que atravesar volando una pista de obstáculos con aros cubiertos de espinas de rosa que les podrían rasgar las alas, que son muy frágiles. Tienen que esquivar una manzanilla explosiva que las duerme de golpe y los panales chorreantes de miel, porque una sola gota les pegaría las alas y no podrían volar. Pero, si pasan… —Bajo la voz hasta convertirla en un susurro—. Si pasan se enfrentan al acertijo. —Entorno los ojos—. Estoy en cada arcoíris. —Levanto los brazos—. Estoy en el cielo. —Me pongo de rodillas—. En las profundidades del océano. —Muevo los dedos—. Y en las plumas de un arrendajo. ¿Qué soy?

Mi madre sonríe, pero, en vez de mirarme, examina el área que tengo detrás en busca de algo. Hago una reverencia.

—Efectivamente, duende: soy el color azul. Puedes entrar —sigo contando, sin prestar ya atención al desierto—. Los vestidos y los trajes de las hadas brillan como las alas de las libélulas. Las hadas beben de copas con forma de flores de lupino que llenan en fuentes de zumo y néctar de distintos colores. —Cierro los ojos—. Los árboles, llenos de luciérnagas, titilan con su luz…

Mi madre ahoga un grito de nuevo, me interrumpe y señala en dirección contraria.

—¿Qué es eso?

Le doy la espalda a la fiesta mágica de las hadas que se celebra dentro del brazo más alto del cactus. La linterna de mi madre apunta a un arbusto muy real con florecillas amarillas.

Suspiro y respondo:

—Gobernadoras.

—¡Buen trabajo! —exclama ella—. ¿A que la botánica es genial?

—Hummm —mascullo al darme cuenta de lo que está pasando. Aunque fue divertido mientras duró.

Me da un beso en la cabeza y señala la casa con la linterna.

—Y allí vive la más encantadora de todas las hadas, el hada Petra. Y

tiene que darse una ducha antes de acostarse. —Mamá me mira a los ojos y me hace un guiño—. Te echo una carrera.

Sale corriendo y corro detrás de ella porque me aterra la oscuridad.

15

Nyla y Crick dejan de hablar. Me apoyo en la columna. Crick está más cerca de lo que calculaba. Me retiro un poco, pero no tanto como para no ver el orbe blanco que ahora ocupa el espacio más allá de él. Reconozco la superficie agujereada. Sé que, si este holograma es astronómicamente correcto, detrás de la luna encontraré…

Un hombre con unas trenzas retorcidas que le forman un pulcro moño señala y exclama:

—¡Glorioso!

El holograma en 3D gira como una enorme canica azul y verde. Algunos miran boquiabiertos el planeta que solo los más jóvenes de los presentes hemos llegado a pisar. Gira con elegancia justo delante de mí. Aunque ya no se parezca en nada a esa Tierra, sonrío al recordarla. En este planeta virtual estaba mi Lita.

Se me llenan los ojos de lágrimas y su música quejumbrosa ahoga el gañido que me brota de lo más profundo. Rubio pasa por delante de su planeta sin prestarle atención.

Un rayo de luz aparece en el otro extremo del techo, cerca de la cúpula. Me vuelvo y veo que todo el mundo lo ha visto ya y está contemplando el espectáculo. El cometa y su cola se acercan lentamente entre las estrellas y las personas que están en la sala. La cena se me revuelve, fangosa, en el estómago. Me digo que el holograma no es real, que no puedo darle un empujón al cometa Halley y desviarlo de su trayectoria. No hay forma de deshacer lo sucedido.

La canciller agita el brazo y la serpiente reluciente acelera hacia la

Tierra. La golpea en el centro del océano Pacífico, entre Hawái y Fiyi. En un instante, un cuenco de escombros sale disparado hacia arriba. Unos arcos de luz estallan en todas direcciones, como fuegos artificiales que se extienden por la sala. Los miembros del Colectivo, con sus labios verdes, dejan escapar exclamaciones de asombro, como si acabasen de ver un placaje muy fuerte en un partido de fútbol americano y no la destrucción de un planeta.

A cámara rápida, un anillo de fuego se extiende desde el océano Pacífico en dirección este, hacia Estados Unidos, y en dirección oeste, hacia Japón.

La sala se llena de partículas. Se elevan sobre nosotros y después llueven sobre la Tierra.

Se me forma un nudo en la garganta al imaginarme a Lita en algunas de esas partículas de polvo. No me he desmayado nunca, pero me cosquillean los labios y el habitáculo se mueve un poco, así que me acerco dando tumbos a la mesa más cercana y me dejo caer en una silla. Si alguien ha visto mi reacción, puedo darlo todo por terminado.

La música baja de volumen y Nyla se acerca al centro de la sala mientras las luces vuelven a subir un poco de intensidad. El polvo de nuestro planeta nada a su alrededor y le suaviza los rasgos. Se acerca al lugar donde, hace unos segundos, la Tierra daba vueltas pacíficamente.

—Hoy celebramos nuestra llegada al nuevo planeta. Lo que sucedió con el antiguo mundo no fue una tragedia, sino la oportunidad de dejar atrás nuestro pasado. Gracias al Colectivo, ni un solo recuerdo de un mundo repleto de conflictos, hambre y guerra se abrirá paso hasta nuestro futuro.

Mis padres también querían un futuro mejor. Pero mi padre decía justo lo contrario sobre cómo conseguirlo: «Nuestro trabajo consistirá en recordar qué partes salieron mal, para así hacerlo mejor con nuestros hijos y nietos. Celebrar nuestras diferencias y encontrar el modo de vivir en paz, a pesar de todo».

—Ahora somos una sola unidad, sin vicios pasados. Ya no necesitamos crear una nueva historia, puesto que no existe el pasado. El Colectivo de hoy y el nuevo planeta son nuestro origen. El Colectivo

transformará nuestro nuevo hogar en algo mucho mejor. —Levanta su vaso—. Por nuestro nuevo origen.

El espacio retumba con todas las voces.

—¡Por un nuevo origen!

Me quedo mirando el suelo. Aunque mis padres y los demás pasajeros despierten, este Colectivo tiene demasiados miembros.

Apoyo la cabeza en la mesa. Las notas chillonas de la música vuelven a activarse y, entremezclados con estas, se reanudan las conversaciones y las risas.

—¿Zeta-1?

Levanto la cabeza a toda prisa y me seco el sudor del labio. Veo a Nyla.

—Creo que todavía no estoy acostumbrada a la nueva dieta, canciller. Mis disculpas —le digo, incapaz de mirarla—. Enseguida sigo ayudando a servir.

—No es necesario. Ya has terminado con tus obligaciones de hoy. Puedes regresar a tu sector y descansar. —Me da una palmadita en el hombro y me estremezco—. Si va todo bien en vuestra misión de reconocimiento en la superficie, tendrás un trabajo aún más importante a tu regreso. Creo que disfrutarás trabajando en nuestros laboratorios.

Me acuerdo del primer día y de la bodega en la que estaban el transbordador y las provisiones. Entonces no había laboratorios, pero recuerdo que Ben nos explicó que los otros monitores y él los montarían cuando estuviéramos listos para aterrizar, para que nuestros padres hicieran su trabajo.

—Estoy deseándolo —respondo—. Servir al Colectivo, me refiero.

Ella sonríe y yo me obligo a sonreír. Sé que mientras esté segura de que uso mis conocimientos para servirlos estaré a salvo.

—Puedes irte —concluye.

No hace falta que diga nada más. Esta es mi oportunidad. Me voy hacia los ascensores y paso junto a Zeta-4, que sostiene alegremente su bandeja mientras una mujer cambia un vaso vacío por otro lleno. Entro en el ascensor y pulso el botón de la planta cinco.

Recuerdo las palabras de Ben el primer día: «Lo siento mucho,

doctor Peña. Estarán al otro lado de la nave».

Mientras sube el ascensor, dibujo una línea en mi cabeza desde nuestros compartimentos hasta el lado opuesto de la nave. Sin embargo, entre donde estoy yo y donde deberían estar mis padres se encuentran las habitaciones de medio Colectivo.

Salgo del ascensor y miro en ambas direcciones. Dejo escapar un largo suspiro, casi un silbido. Si me atrapan, diré que me he desorientado. Dejo atrás mi dormitorio y sigo caminando hacia la parte de atrás de la nave, siguiendo la ruta equivalente hasta quedarme sin aliento. La disposición es idéntica a la nuestra y no tardo en descubrir el habitáculo de enfrente. La puerta de este lado se desliza dejando escapar el mismo ruidito.

Sin embargo, en vez de las cápsulas de nuestros padres, la pared trasera es una colmena de camas apiladas, todas cubiertas con mantas calefactoras para sus gambas fantasma de piel fina. Hay ropa del Colectivo bien doblada a los pies de cada cama.

¿Dónde están mis padres?

Sigo por el pasillo y encuentro habitaciones idénticas, pero no cápsulas de estasis. Entonces oigo voces más adelante y me detengo un momento. Cada vez están más cerca.

Me vuelvo y corro en dirección contraria hasta llegar al centro de la parte de atrás de la nave. Me apoyo en la pared y cierro los ojos con fuerza para intentar tomar una decisión. Puedo caminar hacia quienquiera que se acerque y convencerlo de que me he perdido. O puedo encontrar el modo de seguir buscando a mis padres. Abro los ojos. Tardan un momento en adaptarse. Localizo la puerta más cercana y veo la familiar luz azul violácea bajo una jamba, frente a mí. Las voces se oyen más altas.

Doy un paso adelante, abro la puerta y entro.

La plataforma metálica resuena con mis pisadas. Una luz del morado intenso del océano, recordatorio de la Pleiades Corporation, baña una escalera en espiral que desciende hacia la oscuridad. La puerta se cierra justo cuando llegan las voces. Contengo el aliento hasta que pasan y desaparecen.

Doy otro paso y su eco parece no acabar nunca. Estoy recorriendo

mi peor pesadilla, un espacio de oscuridad absoluta sin mamá, ni papá, ni Javier para sostenerme del codo. Me agarro a la barandilla y desciendo un escalón. A cada peldaño, la escalera se ilumina poco a poco del mismo tono azul violáceo. Cuento los escalones para que mi imaginación deje de decirme que tengo a alguien justo detrás. Pero no hay ni rastro de un suelo al fondo.

—Ciento cuarenta y dos —susurro—. Ciento cuarenta y tres. —Sigo, con mis palabras como único consuelo—. Doscientos diecisiete, doscientos dieciocho…

Los ecos de mis pasos se vuelven más claros hasta que, de repente, estoy de pie en un rellano diminuto, frente a otra puerta. Apoyo la oreja en la jamba. Poco a poco, abro la puerta y entro.

Entro en lo que reconozco como la bodega central por la que entramos el primer día. Empiezo en un extremo y la examino con cuidado. El reluciente escarabajo negro del transbordador sigue agachado en la otra punta, cerca de la entrada, igual que hace cuatrocientos años. Sigo mirando más allá y veo las instalaciones del laboratorio Habitrail de plexiglás que tuvo que construir Ben y al que se refería Nyla. Sigo examinando el centro de la bodega, donde deberían estar las hileras de contenedores metálicos del almacén, pero ya no están. Lo que sí hay son varias hileras de cápsulas de estasis.

Sonrío y me tapo la boca. Veo cien, como mínimo. Me rodeo la cintura con los brazos y noto que empiezo a llorar. Los he encontrado. Ahora solo tengo que averiguar cuáles son las de mi familia.

Quizá pueda robar un extractor de cogs, levantarles la cabeza a mis padres y ponérselo en la nuca. Empezarán a despertarse, así que tendré que succionarles las vías respiratorias, pero las cápsulas de estasis disponen de los accesorios necesarios. Lo más difícil será sacarlos y limpiarlos mientras siguen atontados. Sin embargo, si puedo sacar a uno de ellos yo sola, después podrá ayudarme con el otro y con Javier. Los he visto extraer a Rubio. Tan complicado no será.

Aunque el Colectivo haya alterado la memoria de mis padres, mi madre nunca olvidará nuestra caza de hadas. Y mi padre recordará lo de «¿Quién es? Petri-cor».

Cuando le lea a Javier su libro de *Soñadores*…

Las luces que marcan el camino cobran vida cuando corro entre las filas de cápsulas. Y entonces me doy cuenta de que ninguno de los receptáculos brilla.

Con cada paso que doy, se me revuelve el estómago más (cápsula vacía) y más (cápsula vacía) y más. Todas ellas, docenas, vacías y oscuras.

Unos botones de color naranja parpadean en cada placa identificativa. Me acerco más para leerlos. «Flinn». Me fijo en que están en orden alfabético y paso a la siguiente fila. «Richter». Después, la siguiente: «Quinn», «Putnam», «Peterson»…

Respiro hondo. «Pequin». Y, por fin, la siguiente…: «Peña». Como las demás, está vacía. Me aprieto la barriga y me inclino sobre la cápsula. El único indicio de que algo funciona es el botón naranja iluminado. Algo en mi interior me dice que me vaya, que no lo pulse. «Si no lo pulsas, no será real». Pero estoy paralizada.

Cierro los ojos, respiro hondo varias veces y pulso el botón. La misma voz amable del intercomunicador retumba en el habitáculo mientras yo contemplo la cápsula vacía.

—Peña, Amy. Borrado de memoria: fallido. Reprogramación: fallida. Purgada el 24 del 7 de 2218.

Se me doblan las rodillas y caigo al suelo. ¿Purgada? Me agarro a la cápsula y boqueo intentando respirar. No quiero ni imaginarme lo que significa de verdad esa palabra. Pero lo sé. Igual que con Ben.

Me inclino sobre el borde de la cápsula de mi madre. Es como si me hubieran sacado las entrañas como a una calabaza. Pronto vendrán a buscarme, pero ahora me da igual.

Todo lo que mamá prometió, nuestra vida en Sagan, juntos, se desvanece. Mi madre no volverá a cepillarme el pelo ni a besarme la frente. No me llevará de caza de hadas por Sagan, donde seguro que hay incluso más plantas y hadas imaginarias que en cualquier lugar de la Tierra. Aunque ella y yo no buscáramos lo mismo, habríamos estado juntas.

Paso la mano por dentro del receptáculo con la esperanza de percibir alguna parte de ella, pero su cápsula está vacía.

—¿Mamá? —susurro.

Me acurruco en el suelo, al lado del cacharro. En cierto momento me parece oír un ruido al otro lado de la bodega, pero no aparece nadie.

Me recupero al cabo de un buen rato, no sé bien cuánto. Me arrastro hasta la siguiente cápsula.

—Por favor, por favor, por favor —susurro. Pulso el botón.

—Peña, Robert. Borrado de memoria: fallido. Reprogramación: fallida. Purgado el 28 del 10 de 2277.

Me abrazo al fondo de la cápsula de mi padre. Es como si un puño gigante me aplastara el pecho. Me arden los ojos y apenas consigo que me entre aire en los pulmones. Esto no es justo. ¿Cómo se lo han podido hacer a tantas personas? Mis padres solo querían que estuviéramos juntos. Creo oír otro ruido, pero me da igual.

Las fechas en las que sacaron a mis padres estaban a una vida de distancia. Sé que mi madre bromeaba cuando dijo lo del patio, pero así es como me los imaginaba al final: tumbados juntos en el jardín. En vez de eso, ahora se me viene otra imagen a la cabeza: los dos flotando por separado en el vasto espacio. No viejos, sino con el aspecto que tenían cuando dejamos la Tierra. Congelados y solos.

La pasta de biopán me sube del estómago y echo en el suelo mucho más de lo que he comido. Me limpio la boca y apoyo la espalda en la cápsula de mi padre.

Me obligo a respirar y a acercarme a la siguiente cápsula.

No quiero mirar, pero tengo que saberlo. Igual que las de mis padres, el botón parpadea como un lento intermitente naranja por encima de la placa identificativa. «Peña, Javier», se puede leer a duras penas.

Me asomo a la cápsula. Está vacía.

También Javier. Se han ido todos.

El chirrido de una puerta de metal retumba en la zona más alejada de la bodega.

—¿Quién anda ahí? —pregunta una voz ronca desde la oscuridad.

Salgo corriendo por donde he venido y subo la escalera a trompicones, con las mejillas empapadas de lágrimas calientes.

16

Cuando regreso a mi cabina, las cápsulas han desaparecido y han montado una colmena de celdas hexagonales retroiluminadas, como en todos los cuartos del Colectivo. Unas sombras con la forma de Rubio y Zeta-4 llenan dos de los agujeros, así que me meto en la celda que está junto a la de Zeta-4.

Las lágrimas se encharcan en mi colchón de plástico. ¿Por qué Javier? No era más que un niño.

Habría preferido que la reprogramación de mi cog hubiese funcionado. Así, al menos, no recordaría nada, como los demás. No estaría aquí tumbada queriendo morir con mi familia. Si le digo a la canciller que lo recuerdo todo, o me purga o me intenta reprogramar de nuevo. Cualquiera de las dos opciones es mejor que pasarme la vida imaginándome lo que les pasó a Javier, a mamá y a papá.

Zeta-4 gime en sueños. Sin su cog, Rubio y ella ya no reciben descargas directas mientras duermen. Da un bote, se golpea contra la pared de su cama y hace vibrar toda la colmena.

—Pero, mamá, ¡me prometiste que sería solo una inyección! Me va a doler.

Me siento en mi celda y me golpeo la cabeza.

Zeta-4 no debería recordar nada de la Tierra. Aunque sea en sueños, ¿cómo es posible que recuerde a su madre y la visita al médico?

Salgo de la cama y le acaricio el brazo para despertarla. Ella chilla y retira el brazo.

No puedo dejarla en su revisión médica infernal. Le empujo los brazos y la sacudo para despertarla.

—Zeta-1, ¿qué…? —Respira hondo. Frunce el ceño y se golpea la frente con el puño, como si intentara soltar algo que se le ha quedado atascado dentro—. Qué raro… —Le tiembla la barbilla—. No era real —dice, y me mira con los ojos arrasados de lágrimas—. ¿Verdad?

Sé que en la bodega de la nave hay otra cápsula vacía con el nombre de su madre. Y, en los más profundo de su mente, Zeta-4 anhela una madre a la que no volverá a conocer. Sin embargo, los recuerdos de la mía no están atrapados en mis sueños. Al menos Zeta-4 puede fingir que el dolor no es real. Yo no puedo volver atrás en el tiempo y decirle a mi madre que siento haberla asustado cuando íbamos de camino a la nave.

—Sigue durmiendo —le susurro a Zeta-4—. Mañana hablamos.

Ella apoya de nuevo la cabeza. Tiene la respiración entrecortada y sé que, aunque crea que son imaginarios, todavía está intentando digerir sus sentimientos. Creo que sé lo que habría hecho Lita para consolarla. ¿O solo conseguiré empeorarlo, como pasó con Javier?

Oigo la voz de mi madre: «Petra, no es el momento más adecuado para contar cuentos».

Ojalá no me hubiera resistido a entrar en la nave aquel último día. Y ojalá no hubieran sido esas unas de las últimas palabras que me dijo mi madre. Zeta-4 se estremece. Merece la pena intentarlo. Le acaricio el pelo, que es suave como una pluma.

Me tiembla la voz.

Arrorró mi niña,
arrorró mi sol,
arrorró pedazo
de mi corazón.

Corro a secarme los ojos.

Zeta-4 se vuelve para mirarme,

—¿Qué era eso, Zeta-1?

Me aclaro la garganta.

—Se llama *arrullo*, es una canción que ayuda a dormir. No se me da demasiado bien.

—*Aluro* —dice ella, pronunciándolo mal—. Me gusta. —Se restriega los ojos con el dorso de la mano—. Zeta-1.

—¿Sí?

—¿Por qué crees que mi sueño me hizo llorar? No debería llorar. ¿Debería contárselo a la canciller?

—¡No! —exclamo, y pongo mi mano sobre la suya.

Solo puedo pensar en las palabras de la cápsula de mis padres: «Borrado de memoria: fallido. Reprogramación: fallida. Purgada…».

—No le cuentes a nadie lo de tus sueños. No debes compartirlos con el Colectivo.

—Si estás segura… —responde ella.

—Estoy segura. —Le aprieto la mano—. ¿Puedo contarte una cosa?

De todos modos, mañana, después de decirle a la canciller que recuerdo quién soy, ya no tendré estas historias en la cabeza.

—¿Qué quieres contarme? —me pregunta.

Rubio se mueve en su celda, pero sigue roncando.

—Se llama… un *cuento*. Es para servir al Colectivo, pero, por ahora, es mejor que sea nuestro secreto.

—*Cuento*… —dice Zeta-4.

Empiezo como los empezaba Lita.

—*Érase que se era*…

—¿Qué significan esas palabras? —pregunta ella frunciendo el ceño.

—Son… el principio. *Once upon a time*. Érase una vez.

Se queda con la cara en blanco. Me doy cuenta de que no reconoce la frase ni en español ni en inglés.

—Todos los *cuentos* empiezan con algo para crear el ambiente adecuado. Y acaban con un dicho.

Asiente como si lo comprendiera, aunque creo que no es así.

—Hace tiempo había una princesa llamada Blancaflor —empiezo.

No es un cuento de hadas estándar. Ni siquiera estoy segura de cómo contar algunas partes en inglés. Lita me dijo que, cuando era pequeña, hubo un tiempo en que no se atrevía a hablar español en público ni a compartir sus historias con los demás. En que su idioma y el color de su piel podían meterla en un lío. Así que, bajo una manta de cielos estrellados y humo de piñones, por la fuerza de la costumbre,

me susurraba sus historias en *Spanglish*. Su propia versión, la que a ella le había contado su abuela y, a esta, su abuela, todas con algo un poco distinto según lo que sucediera en el mundo en ese momento.

Recuerdo lo que decía Lita de mis historias: «Nunca te avergüences de tu procedencia ni de las historias que te han contado tus antepasados. Hazlas tuyas».

Ahora nunca seré una verdadera *cuentista*, como Lita. Pero, por Zeta-4, decido contar una historia más. Y, por Lita, la haré mía.

Me imagino su versión combinada con el rostro enfermizo y las palabras sinuosas de la canciller mientras los restos de la Tierra volaban por el espacio: «Lo que sucedió con el antiguo mundo no fue una tragedia, sino la oportunidad de dejar atrás nuestro pasado».

Me siento con las piernas cruzadas frente a la abertura hexagonal de la cama de la niña.

—El padre de Blancaflor era un rey extraño cuyo miedo al exterior lo convirtió en un ogro. Tenía la piel translúcida y voz de serpiente.

Zeta-4 da un respingo hacia atrás y suelta una risita. Entonces, yo también doy un respingo, sorprendida por su reacción. Sonrío. O no han bloqueado esta parte de su cerebro o la historia tiene algo que ha conseguido conectar con ella.

—Pero Blancaflor era generosa, amable y abierta de mente con todas las personas con las que se encontraba, y su piel era de un bello color marrón rojizo, como el de la sierra de la Sangre de Cristo.

Zeta-4 cierra los ojos y sonríe. Sé que se lo está imaginando todo, aunque no tenga ni idea de qué es la sierra de la Sangre de Cristo. Le acaricio ese pelo suyo tan suave.

—Y tenía una melena de plumas rubias, como un búho de las nieves.

Plumas. Ese va a ser el nuevo nombre de Zeta-4.

—Búho —susurra ella para sí, y la frente se le arruga, desconcertada, pensando en un animal que no volveremos a ver.

—Cuando un príncipe se internó en su… reino, Blancaflor lo salvó del control de su horrendo padre.

Le cuento a Plumas todas las tareas imposibles que el rey le impuso al príncipe para lograr su libertad. Y que, en cada una de ellas,

Blancaflor fue la que le dio al príncipe las herramientas que necesitaría para superar el reto. Sin embargo, al final, el rey no quiso concederle la libertad al príncipe. Así que Blancaflor y él huyeron juntos.

Puede que esté yendo demasiado lejos…

—Mientras su padre los perseguía, cada uno montado en uno de los corceles voladores del rey, Blancaflor se sacó una peineta del cabello y, al dejarla caer, creó unas montañas escarpadas que brotaron de la Tierra.

—¿Tierra?

Recuerdo el planeta dando vueltas en la fiesta de la canciller, verde y azul en su pálido mundo. Sin más color que el de sus bebidas. Noto más calor en el pecho.

—Sí.

—Tierra —susurra.

Sigo hablando.

—Era donde vivían el príncipe y Blancaflor. Era un planeta.

—Es como si ya hubiera oído hablar de él, pero ¿cómo nos ayuda este *cuento* a servir al Colectivo?

Sigo con la historia, sin responder.

—Entonces, Blancaflor soltó una horquilla dorada, que se convirtió en una sucesión de calientes desiertos como el del Sahara. Pero el líder malvado siguió ganando velocidad. Blancaflor se quitó su chal de zafiro, y creó olas azules y espuma blanca, como las del Pacífico.

Mientras hablo del mar y sus olas, Plumas frunce el ceño. Me doy cuenta de que ni siquiera sé de dónde viene.

—Finalmente, Blancaflor llevó al príncipe sano y salvo hasta su hogar y su familia. El padre del príncipe estaba tan agradecido porque Blancaflor le había devuelto a su hijo… —«Pienso que debo cambiar la historia para hacerla mía»—. Y el rey estaba tan impresionado con la inteligencia de Blancaflor que la nombró heredera del trono del reino. Ella escogió al príncipe para que fuera su mano derecha por sus conocimientos sobre el reino, y gobernó aquellas tierras con inteligencia y amabilidad. Blancaflor no solo se encargó del reino del príncipe, sino que logró superar en astucia al ogro de su padre y a

todos los demás reyes tiranos o malvados. *Y colorín colorado, este cuento se ha acabado*.

Plumas suspira.

—¿Mañana me cantarás un *aluro* y me contarás otro *cuento*?

—*Arrullo* —la corrijo, sonriente—. Y solo si me prometes no contárselo a nadie.

Asiente con la cabeza.

Una voz distinta sale de la cama de al lado.

—Yo tampoco diré nada.

Noto calor en la cara. Me asomo al siguiente hexágono y veo a Rubio completamente despierto, con la cabeza apoyada en el codo. ¿Qué he hecho?

—Ha sido maravilloso —dice Rubio—. Me gusta Blancaflor.

Plumas deja caer la cabeza en la almohada y cierra los ojos.

—A mí también, Zeta-3.

Acaricio una vez su cabeza de plumas y me acomodo en mi celda.

—A mí también —respondo, mucho más satisfecha con mi nueva versión de Blancaflor.

Esto no puede ser el final. Mi historia no puede acabar así.

La habitación está en silencio, y ya solo se oye su suave respiración y el ruido del gel de Suma. Cierro los ojos, pero solo logro ver las cápsulas vacías de mi familia. Y la voz que dice, como si nada: «Purgado».

¿Qué me habrían dicho mis padres que hiciera? ¿Y si Javier pudiera verme ahora mismo?

Sé que habrían querido que viviera. Que luchara. No puedo quedarme más tiempo en esta nave. Tengo que encontrar la forma de escapar.

Lita me habría dicho que rezara, pero, cuando cierro los ojos e intento hablar con la Diosa, no oigo nada. Ahora mismo, no tengo nada que decirle. Así que me imagino sentada bajo una manta de estrellas con Lita; hay tantas repartidas por la oscuridad que, si entornase los ojos, el cielo entero se llenaría de purpurina.

O estoy acurrucada con Javier, con su sudadera de GG Gang, tan suave, contra la mejilla, mientras le acaricio la marca de nacimiento

con forma de constelación.

Después estoy con mi padre, que me rodea con su brazo, oliendo la lluvia fresca sobre el suelo y las rocas del desierto.

Mi madre me aparta el pelo de los ojos y señala una salvia del desierto; en mi imaginación, un hada de alas moradas vuela hacia nosotras.

Sé que no puedo vivir sin recuerdos. Si los olvido, es como si mi familia no hubiera existido nunca. Las lágrimas me resbalan por la cara y el cuello hasta que acaban mojándome todo el pelo.

Plumas y Rubio también se merecen recuperar los recuerdos de su familia. ¿Cuáles eran sus esperanzas? ¿Les habían prometido sus padres una nueva vida en Sagan como habían hecho los míos?

Rubio deja escapar un ronquido sonoro justo cuando entra Crick con una pila de ropa doblada. Va dejando los monos de color gris oscuro uno a uno al lado de nuestras celdas. Una parte de mí está emocionada. Son para bajar a Sagan.

Si quiero escapar, tengo que conservar la calma.

—Hola, Crick —lo saludo.

—Hola, Zeta-1. ¿Cómo te encuentras? Deberías estar dormida.

—Ya estoy mejor.

—Maravilloso. Te espera un gran día cuando despiertes. Podría ser peligroso.

El corazón me martillea el pecho.

—Espero que el Colectivo esté contento con mis capacidades. —Imito un poco la voz sinuosa de la canciller Nyla—. Me enorgullece ser un sujeto de prueba para el Colectivo.

Crick frunce el ceño.

Le doy la espalda antes de que pueda responder.

17

Me golpeo la cabeza contra el interior de mi celda dormitorio cuando una voz suave habla por el sistema de comunicación de la nave y me despierta de golpe.

—Zetas, preparaos para ir a los transbordadores.

En el reflejo de la puerta metálica, Plumas y Rubio ya están firmes, con los monos enderezados y la cremallera subida hasta el cuello. Llevan el cabello peinado hacia atrás, como un jardín recién rastrillado.

Me levanto de un salto, me pongo mi mono a toda velocidad, me peino los enredos con los dedos y me hago una trenza floja. Los pelos que se escapan me hacen cosquillas en la cara y el mono se me arruga en algunas zonas.

Acabo de atarme las botas de trabajo cuando se abren las puertas. Crick nos mira, rebosante de emoción.

—Seguidme, Zetas.

Pero ¿cómo es posible que me haya quedado dormida? Precisamente hoy, que tengo que estar funcionando al cien por cien.

Me apresuro a ponerme los guantes y me pongo en fila junto con los demás. Crick nos conduce por los pasillos hacia el ascensor. Multitud de rostros curiosos se asoman para mirarnos y los susurros de las conversaciones nos siguen en cuanto doblamos una esquina.

Me quedo mirando el cristal del ascensor que da a la sala principal, donde antes estaba el parque; toda la planta emite un brillo blanco pálido, como si camináramos sobre una capa de hielo que podría romperse y tragarnos en cualquier momento. Miro hacia la cafetería,

donde Nyla ofició anoche la celebración. Han quitado las mesas y las columnas de la fiesta, así que el espacio vuelve a estar vacío.

En una sección diminuta de la zona principal, hay al menos veinte personas alineadas detrás de un puesto en el que trabajan con macetas. Se me forma un nudo en el estómago. La única forma de lograr que crezcan plantas en el espacio es usar los nutrientes de liberación programada de mi madre, como los que había aplicado en la tierra de Hyperion. No puedo evitar observarlos mientras podan las hojas más grandes de lo que ahora identifico como kale. Introducen las hojas, una cucharada de proteína en polvo y un pegote de una cosa que parece masa madre en una unidad de compresión. Al cabo de unos segundos extraen un bloque de color verde vómito con la forma de una chocolatina Hershey y lo dividen en cuadraditos.

El chico del biopán de la fiesta se nos acerca con una bandeja llena de cuadraditos. No sé bien por qué le han asignado esa tarea cuando podríamos acercarnos y cogerlos sin más. Plumas y Rubio cogen un cubo cada uno. Yo los imito. Intento esbozar una sonrisa de agradecimiento, pero está claro que evita mirarme a los ojos, así que finjo estar concentrada en la línea de producción.

Crick se pone a mi lado y señala hacia donde miro.

—Entiendo que estés fascinada por el proceso de producción de alimento, teniendo en cuenta tu formación en botánica. Es una genialidad, como ves. Vegetales, proteínas y levadura. Un suministro indefinido de comida.

»Sí. Solo cortamos las hojas que necesitamos y dejamos el resto para que siga creciendo. Y la levadura se reproduce sola, asexualmente, por gemación.

Aprieto los dientes. Vi las raciones el primer día que pasé en la nave. Con ellas habrían tenido suficiente comida para otro siglo. Quiero decirle que las semillas de esas plantas debían cultivarse en Sagan. Ni siquiera menciono la proteína en polvo, que debía ser para los pasajeros, cuando llegaran al planeta.

Nyla se acerca con Voxy, el niño pequeño, que nos saluda con la mano. El niño esboza una enorme sonrisa y veo que tiene las paletas manchadas de biopán. Reprimo una sonrisa. Nyla le echa una mirada

rápida y él baja los brazos.

Aunque están repartidas, solo en la sala principal hay muchas más personas de las que debería haber en toda la nave. Las raciones pensadas para los monitores estaban estrictamente planificadas, pero estas personas ya no son monitores y no cumplen las normas.

Es imposible que puedan haber mantenido a tanta gente y a todos los pasajeros en estasis. Entonces me doy cuenta de que, en realidad, nunca pretendieron mantener con vida a nadie que no fuera del Colectivo, lo cual significa que los que quedábamos éramos aún más prescindibles.

Muchos miembros del Colectivo se marchan después de comer. Algunos se quedan y se ponen a limpiar una enorme sección de un suelo que está tan limpio que podría lamerse la superficie sin que pasara nada. En lo que parece un reflejo del suelo, veo a un mínimo de cuarenta personas colgadas del techo mediante arneses para pasar el limpiacristales por la cúpula, que ya está impoluta. De vez en cuando aparecen las palabras «Armonía» o «Unidad», y veo que cada una de sus letras moradas es más grande que la persona que limpia debajo, como una hormiga sosteniendo una uva.

Para cuando consigo despegar la vista del espectáculo que se desarrolla sobre mi cabeza, ya se ha abierto una estación de trabajo que estaba oculta en un hueco de la pared. Una a una, como enormes piezas de dominó al caer, aparecen otras estaciones de trabajo ocultas en las paredes del habitáculo. Del ascensor de carga llega el zumbido de los contenedores flotantes que distintas personas conducen hacia cada puesto.

Diez personas, cinco a cada lado, limpian y doblan mantas para dormir, y las ponen en un contenedor. Se organiza otra cadena de montaje dedicada a reparar monos. Todos trabajan con una precisión que indica que han hecho lo mismo miles y miles de veces.

La nave estaba preparada para pilotarse sola y viajar durante varios siglos sin necesidad de mantenimiento. Así que, aparte de comprobar las cápsulas y los cogs, y organizarlo todo para la llegada a Sagan, se suponía que los antiguos monitores como Ben tendrían tiempo libre y espacio para trabajar en lo que les gustara.

Ahora es todo trabajo continuo. No hay nada creativo ni único; nada colorido ni sucio.

Pero, aun así, incluso aquí hay rezagados. Como los profesores de mi instituto, que se reunían en el patio durante el recreo para charlar mientras tomaban un café. Aquí, lo hacen alrededor del biopán.

Me aparto poco a poco de Crick, Plumas y Rubio, que comen en silencio, y de Nyla, que parece intentar mantener una conversación seria con Voxy, porque quiero saber de qué habla el grupito que está junto a la pared.

Un hombre con los ojos separados como los de un pez martillo mordisquea su biopán.

—Mmm —masculla.

No sé si es una respuesta afirmativa a lo que acaba de decir alguien o una forma de expresar que el pan está muy rico. Si lo único que esta persona ha comido en su vida es biopán, no puede saber lo asqueroso que es. Nunca ha probado las paletas de mango con chile, ni el chocolate ni los Takis.

La mujer que está a su lado se le acerca un poco más. Es algo más baja que Nyla y parece querer compensarlo retorciéndose más las trenzas.

—He oído que van a enviar a Len —dice, y se aclara la garganta—. Len y yo estábamos en el mismo lote de creación del Colectivo cuando éramos pequeños.

Miro a Voxy. Había supuesto que era el hijo de Nyla.

—Incluso realizamos las mismas tareas. Y la exploración planetaria no era una de ellas.

—¿Qué estás diciendo, Glish? —pregunta el pez martillo.

—No estoy diciendo nada. Solo contaba un detalle curioso.

Pero, de repente, Glish se mete el trozo entero de biopán en la boca y se larga.

Doy un brinco cuando una mano me coge por el codo. No he visto a nadie.

—¿Vamos? —me pregunta Crick, sonriente.

Señala a Nyla, a Voxy, a Plumas y a Rubio. Nyla echa a Voxy, que se aleja hundiendo los hombros.

Me trago como puedo mi biopán y los seguimos a la cabina del ascensor. Descendemos varias plantas como sardinas en lata, rodeados de metal oscuro.

El ascensor se detiene con una sacudida y un agradable tintineo, y se abren las puertas. Salimos a la bodega donde se encuentran las cápsulas vacías de nuestras familias. Empiezan a temblarme las manos, pero mantengo el gesto imperturbable. «Ya no están aquí. Ya no están aquí». Y dejaron de estarlo hace cientos de años. Ya no hay nada que me ate a esta nave. Sé que las cápsulas de los padres de Plumas y Rubio también están aquí. Los chicos siguen a Nyla y ni se fijan en las cápsulas oscuras.

Pienso en Suma, que sigue en estasis. No puedo ayudar a nadie.

Aquí, en la bodega, todo el mundo está tan ocupado con tareas mundanas como arriba. ¿Cuánta limpieza necesitan? Está igual de vacío que la planta principal. No hay arte ni música.

Crick se aclara la garganta.

—¿Hay alguna novedad en los informes de los drones, canciller?

—Nada importante —responde Nyla sin tan siquiera mirarlo—. Vientos fuertes en la zona habitable, que aparecen en ciclos de ocho horas. Pero solo hay que programar la misión de reconocimiento para evitarlos.

No sé a qué vienen las constantes preguntas de Crick, pero es evidente que aquí está pasando algo más de lo que dicen.

Me pregunto si la primera nave llegaría a Sagan. Y, si lo hizo, ¿sobrevivieron los pasajeros? ¿Les habrá pasado lo mismo que en nuestra nave?

El Colectivo no parece tener prisa por encontrar a otras personas de la Tierra.

Seguimos caminando hasta que llegamos a la rampa de entrada de la nave. Se me forma un nudo en la garganta cuando llego al lugar en el que mi madre me sujetó del codo el primer día. Sin embargo, en lugar de por la antigua rampa, ahora la entrada está cubierta por un túnel metálico que da al transbordador que antes estaba en un rincón, como nos dijo Ben. Nyla nos conduce hasta el transbordador en medio de los curiosos que nos observan.

He ido en muchos medios de transporte a las excursiones del colegio, pero esto no se parece en nada. Las elegantes tiras de luz morada de la Pleiades Corp todavía recorren el suelo y el techo gris plomo. Incluso los asientos de los laterales son del color añil de la empresa de cruceros de lujo. En vez de filas de bancos apretujados de un extremo al otro, como en los autobuses escolares, aquí solo hay diez asientos a cada lado, cada uno de ellos tan grande como los de la cabina. En el centro hay un puesto de laboratorio y casilleros con bolsas de muestra abiertas. Los frascos y los útiles de recolección me habrían intimidado de no ser por los cientos de años de descargas. El programa de En Cognito se asegura de que comprenda cómo funcionan todos los instrumentos de esa bolsa.

Plumas se acerca a uno de los asientos de la derecha, se deja caer y se abrocha el cinturón de seguridad. Rubio hace lo mismo.

Me siento justo enfrente de Plumas. Un segundo después, Len, el hombre que bebía demasiado tónico en la fiesta, entra en el vehículo, también con un traje completo. No sé bien si es cosa de mi imaginación, pero me parece verle una nueva línea verde en la comisura de los labios. Se sienta lejos de nosotros, en la parte de atrás, y cierra los ojos.

Plumas parpadea despacio, como si todo esto la aburriera. Se da cuenta de que la miro.

—A la canciller no se le ha ocurrido ningún trabajo específico para mí —trina con una voz aguda—, así que buscaré materias primas para nanotecnología. ¿Sabes algo sobre nanotubos de carbono?

Niego con la cabeza y frunzo los labios para reprimir una sonrisa.

Nyla se me acerca, respira hondo y se inclina sobre mí.

—Zeta-1.

Pierdo la sonrisa rápidamente y asiento. Con suerte, pronto dejaré de responder a ese nombre tan ridículo.

—Tu trabajo es de especial importancia —me dice—. Necesitamos tus conocimientos para ayudarnos con la defoliación.

Antes de dejar la Tierra, no se me había ocurrido que tendría que usar los programas En Cognito de mis padres. Pretendía convencerlos de que lo mío no eran las ciencias, de que mi destino era ser otra cosa.

Por supuesto, para instalarse en Sagan primero tendrán que limpiar de plantas un espacio en el que construir su asentamiento. Ese era el trabajo de mis padres.

Dedico un instante a pensar en lo que sé sobre herbicidas, desde las soluciones menos tóxicas, como vinagre, sal y lavavajillas, a algo como el Agente Naranja que se usó en la guerra de Vietnam. Evidentemente, no puedo decirle a la canciller Nyla que recuerdo algunas de esas cosas, tan específicas de la historia de la Tierra.

—¿Puedes ser más precisa? —le pregunto.

Ella aparta la mirada.

—Tenemos que eliminar parte de las especies nativas. El Colectivo cree que un herbicida transmitido por el aire puede matar el follaje sin arriesgarnos a un contacto físico con flora peligrosa.

No había pensado en cuántos miembros del Colectivo iban a ocupar el planeta. No me los imagino fuera de la nave. Supongo que parte de mí había dado por sentado que aterrizarían, pero que no abandonarían la seguridad de su mundo estéril.

—Crear un herbicida transmitido por el aire no es un problema —respondo, sincera—. Es bastante fácil fabricarlo en el laboratorio de la nave. Recogeré especímenes que quizá sean resistentes. Por el Colectivo —añado.

Ella sonríe.

—Estamos listos —anuncia Crick.

—Pues adelante —dice Nyla, y a continuación da una palmada.

Nos mira de uno en uno, pero Len no le devuelve la mirada.

Nyla y Crick salen del transbordador, y el compartimento estanco se sella detrás de ellos. Un silencio espeluznante se apodera del vehículo, salvo por Len, que susurra algo que no consigo entender.

Aunque la cabina está vacía, el zumbido del motor vibra bajo mis pies. La configuración de pilotaje remoto baña la cabina con una luz roja.

Vuelvo la vista para mirar a Len. Sigue con los ojos cerrados. Es imposible estar más pálido; además tiene los labios más violetas de la cuenta, y toda la pinta de ir a desmayarse de un momento a otro.

El transbordador deja escapar un ruido metálico cuando salimos del

muelle y bajamos a los raíles de lanzamiento. Empezamos a sacudirnos cuando da un giro de noventa grados para situarse frente al portal abierto.

Me quedo boquiabierta cuando un reluciente cielo de abulón, morado y azul, aparece al otro lado de la ventana de la cabina. Sé que me cuesta más distinguir según qué colores, así que me pregunto si para Plumas y Rubio será todavía más mágico.

Los miro, y veo que Plumas está sonriendo, mientras que Rubio tiene el ceño fruncido.

—Fascinante —susurra él.

Por sus reacciones sé que no están tan maravillados como yo, pero está claro que hay algo en su interior, por reprimido que esté, que todavía les hace sentir curiosidad e impresionarse con la belleza.

Se oye un zumbido como el de una batidora a baja velocidad que sube de tono hasta convertirse en un chirrido agudo. Al cabo de unos segundos nuestro transbordador sale disparado como una semilla de girasol. Me quedo pegada al asiento mientras salimos catapultados de la nave al cielo. Se activa la antigravedad, el transbordador frena, se detiene y se queda flotando a la altura de la nave.

Después tiembla, señal de que la mano de Crick, que nos conduce por control remoto desde la nave, está haciendo lo mismo. No puedo confesarles que he conducido un aerocoche miles de veces (sobre todo sentada en el regazo de mi padre, sin que mi madre lo supiera) y que podría haber pilotado el transbordador hasta la superficie con más habilidad que Crick.

Con el silencio de la AG por fin oigo lo que está diciendo Len, que tiene la piel transparente perlada de sudor; susurra una y otra vez: «Por el Colectivo. Por el Colectivo».

—Poneos los cascos —dice la voz de Crick por el altavoz.

Me pego el corpomonitor de seguimiento en la nuca, el dispositivo de comunicación detrás de la oreja y conecto ambos al traje. Busco con la mano detrás del asiento y me coloco el casco, como los demás. En cuanto lo bajo queda sellado, dejando escapar un ruidito. Un cartucho me proporciona aire fresco.

Nos apartamos de la sombra de la nave y bajamos en picado. El

estómago me da tal vuelco que parece que me lo hubiera olvidado doscientos metros atrás y acabara de alcanzarme. Cierro los ojos hasta que iniciamos un descenso en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Cuando abro los ojos de nuevo, Len es el único que sigue teniéndolos cerrados.

—Mil quinientos metros —anuncia el altímetro.

Desde la cabina podemos ver los oscuros picos de unas montañas. Cuanto más descendemos, más verdes parecen.

A esta altura entiendo perfectamente lo que quería decir mi padre cuando nos explicó el acoplamiento de marea de Sagan.

Levanta del suelo a Javier y se lo sienta en el regazo.

«Su periodo orbital y su periodo de rotación son iguales, fijados por su sol, que es una enana roja».

«Entonces, ¿siempre hace sol?», le pregunto.

«Pero no brilla tanto como el sol de la Tierra», responde.

A nuestros pies, este cielo me recuerda el crepúsculo en Santa Fe.

—Cuatrocientos metros.

«La enana roja de Sagan es mucho más pequeña, pero está tan cerca del planeta que crea un acoplamiento de marea —dice mi padre—. No hace demasiado calor para nosotros, pero sí lo bastante para derretir el agua que llega del lado más frío. —Se ríe como si fuera un chiste que solo los empollones entienden—. Por supuesto, no vamos a hacer excursiones al lado oscuro de Sagan, pero la zona donde viviremos será perfecta para nosotros».

«Como la historia de los tres osos», apunta Javier.

Mi padre sonríe y le da un pellizco en la nariz.

«Y precisamente por eso lo llaman “planeta Ricitos de Oro”».

A lo lejos, en el este, las montañas del lado más oscuro de Sagan se ven blancas, cubiertas de nieve. Como dijo papá.

—Doscientos metros.

Sin embargo, justo debajo de nosotros, en el día permanente de Sagan, hay una jungla de copas de árboles con hojas de tamaño jurásico.

Al lado de la jungla distingo un lago, tan turquesa como una foto del mar de Filipinas que vi hace tiempo. Si toda la zona habitable del

acoplamiento de marea tiene este aspecto, no me imagino ningún hogar más bello para los humanos.

—Cien metros.

Exploro los árboles en busca de depredadores peligrosos. De los árboles cuelgan unas hojas con forma de oreja de elefante del tamaño de nuestro transbordador. En ese follaje podría ocultarse fácilmente un tiranosaurio. De repente, entiendo la utilidad de un agente defoliante y, al imaginarme lo que podría haber debajo de un dosel arbóreo tan colosal, casi desearía que se hubieran encargado de ello antes de enviarnos a la superficie. De no ser por eso, no dudaría en arrancarme el monitor de seguimiento y salir corriendo.

El aterrizaje con piloto automático es incluso más abrupto que las primeras veces que aterricé un aerocoche yo sola. Sobrevivimos; al menos al aterrizaje.

Se abre la puerta y el brillo del cielo crepuscular baña el transbordador. Rubio y Plumas ya se han desabrochado el cinturón y están sacando su equipo de los casilleros. Len se toma su tiempo y finge que se le ha atascado el cinturón.

Mientras baja la rampa de salida, yo también reúno mi bolsa de recogida. Los frascos tintinean en su interior porque me tiemblan las piernas, aunque intento controlarlas. Me acerco a la puerta para unirme a Plumas y a Rubio, que están contemplando el nuevo planeta. El lago es tan grande como el desierto de detrás de casa de Lita y está a menos de treinta metros de nosotros. En vez de polvo y plantas rodadoras, lo que se desliza por encima de la superficie es niebla. El agua lame tranquilamente la orilla, y un cálido viento del oeste sopla a través de los árboles de orejas de elefante, que son tan altos como Hyperion. Los troncos que recorren el exterior están todos torcidos hacia el este.

En esa dirección (la del lado oscuro del planeta) se encuentran las montañas heladas de Sagan. Al otro lado del lago, desde una lejana pendiente vertical, caen tres cascadas a distintas alturas. Sus frías aguas, producto del deshielo de los picos nevados del este, se encuentran con el sol en el oeste y se derraman en un río que alimenta el lago azul glaciar.

Un zumbido, como la melodía de una chicharra, susurra con la brisa. En el horizonte se ve parte de una enorme luna, mientras que otra luna la mitad de grande flota detrás de aquella. Se asoma con curiosidad por encima del hombro de la primera, como una hermana menor. Por encima y por detrás de ambas, un planeta rodeado por un anillo emite una luz amarilla en el cielo de un morado pálido.

Y, muy por encima de todos, mirando hacia el planeta, se encuentra la enana roja, como dijo mi padre. No es tan brillante como el sol de la Tierra, pero la jungla y el lago se bañan en su resplandor dorado. Teniendo en cuenta cómo son mis ojos, seguramente los demás verán una luz aún más intensa. Pero no creo que resulte más mágico de lo que ya es. Pienso en mi colgante de obsidiana perdido, el que me regaló Lita hace cuatro siglos. En este momento lo habría sostenido para que le diera el sol y le habría susurrado al viento: «Estamos bien, Lita. Lo hemos conseguido».

¿Me habría respondido su voz?

«¡Ay, *mija* ! Llevo mucho tiempo esperando oír tu dulce voz. Estoy con tus antepasados. ¿Ves? A pesar de encontrarnos a millones de estrellas de distancia, estoy aquí, contigo».

Pero nunca lo sabré. Tengo las manos vacías. No hay colgante. Ni historias.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que no me doy cuenta de que los demás (salvo Len) ya han llegado al final de la rampa. Los sigo y me detengo al borde.

Aquí las montañas no son muy distintas de las de la Tierra. Ha sucedido todo lo que mis padres y los líderes esperaban. Sin embargo, todo va mal. Javier tenía que estar a mi lado cuando pisara el planeta por primera vez. Una lágrima cae dentro de mi visor.

18

La voz monótona de Crick habla a través del dispositivo de comunicación conectado a nuestro corpomonitor.

—Salid del transbordador, unidad Zeta.

Sé que tengo que calmarme.

Plumas es la que pisa primero con mucha precaución el suelo musgoso de Sagan. Sin perder tiempo, saca una bolsa para muestras de tierra. Miro a un lado y a otro. Si huyese ahora, ¿adónde iría?

Hay unos parches oscuros que agujerean la superficie de una colina rocosa cercana a la jungla. Un punto negro mucho más grande queda camuflado por las frondosas cortinas de helechos. Al lado de ese posible escondite veo un bosque tupido. Me bastaría con dar unos cuantos pasos por ahí para desaparecer. Si me quito el monitor del traje, no conseguirán rastrearme. Y el traje no lleva cámara incorporada, así que no verán dónde estoy, lo he comprobado. Aunque pudieran, en la nave nadie ha visto nunca un árbol. No creo que contemplen la posibilidad de seguirme para buscarme por un inmenso bosque de hojas del tamaño de orejas de elefante. No hay suficiente tónico para ello en toda la galaxia.

Rubio baja de la rampa y saca un lector atmosférico de su bolsa.

Respiro hondo y piso Sagan por primera vez.

El pie no se me hunde en el suelo, como esperaba, y mi siguiente paso no sucede a velocidad normal. Doy un saltito y me quedo flotando en el aire un poco más de lo habitual. Me imagino cuánto se divertiría Javier al ver lo alto que podía saltar con la gravedad de Sagan, menor que la de la Tierra. Sin embargo, con los demás ya a

varios metros, mis primeros momentos en Sagan los paso sola. No tengo a nadie a quien darle la mano.

—Las cosas no deberían ser así —susurro.

—¿Puedes repetir eso, Zeta-1? —me pide Crick a través del dispositivo de comunicación.

—Que… —Saco rápidamente el toxímetro para que parezca que estoy ocupada—, que en esta vegetación todavía quedan restos de luciferina —añado, lo cual es cierto.

—Oh, no —chilla él, aunque estoy segura al noventa y nueve por ciento de que no tiene ni idea de lo que es la luciferina.

—Crick —lo regaña Nyla.

Miro a mi alrededor. Ojalá pudiera compartir mi emoción con alguien que no fuera Crick. Sí, tengo a otras personas a mi alrededor, pero les han lavado el cerebro para que las maravillas y la relevancia de este planeta no despierten en ellas la menor sensación de felicidad.

—Quítate la máscara, Zeta-4 —ordena la canciller, interrumpiendo aquel momento de silencio.

—Sí, canciller —responde la voz aguda de Plumas.

Tardo un momento en percatarme de lo que sucede y cuando miro en su dirección, Plumas ya se está quitando el seguro del visor. Antes de poder gritarle que pare, se lo levanta sin vacilar. Me precipito hacia ella, dispuesta a quitarme el mío y colocarlo sobre su casco. Plumas respira hondo. Es demasiado tarde. El frío me recorre el cuerpo como si fuera un ejército de arañas. Sin embargo, la niña sigue respirando sin ser consciente de lo que podría haber pasado.

Tengo el pulso acelerado y la respiración entrecortada, espero que mi corpomonitor no lo registre. Miro a Len, que a su vez me observa con curiosidad desde las sombras de la rampa de entrada.

Está claro que no quieren arriesgarse a bajar en persona al planeta. Soy un peón, pero me necesitan. Por ahora.

Plumas se sienta en el suelo y recoge tierra para introducirla en una bolsa de muestras. En principio parece que está bien, así que me relajo.

—Len —dice la voz de la canciller, sin emoción alguna—, quítate la máscara.

Me vuelvo hacia el transbordador, donde Len aún sigue plantado al final de la rampa. No obedece con la misma rapidez que Plumas, ni mucho menos. Le tiembla la mano cuando se quita el seguro, poco a poco, y levanta el visor. Si Len confía en Nyla y ella ha dicho que el aire es respirable, no entiendo su vacilación. Entonces recuerdo la conversación entre Nyla y Crick en la fiesta.

«El aire es adecuado. El agua se puede procesar», dijo ella.

«Sí, pero ¿hay algo más que pueda hacernos daño?», preguntó Crick.

Len respira con precaución y espera. Abre los ojos y deja escapar una risa nerviosa.

—El aire parece estar bien, canciller.

—Zeta-1 y Zeta-3, quitaos las máscaras —ordena Nyla desde la seguridad de la nave.

Si mis únicas opciones son averiguar cómo vivir en Sagan o regresar a la nave, no tengo nada que perder. Me quito el visor. El aire, cálido y húmedo, me inunda las fosas nasales; no se parece en nada al aire caliente y seco de Santa Fe. Huelo la hierba y también otro perfume, como el de los guisantes de olor de mi madre. Pienso en el aire estéril y rancio de la nave. Ahora, más que nunca, quiero desaparecer en la jungla y no volver jamás.

Unas flores rojas con pinchos apuntan con sus pétalos hacia la enana roja, como un centollo alzando sus pinzas al cielo. Plumas limpia el lodo de una roca metálica y la deposita en una bolsa de recolección. Rubio sostiene el lector atmosférico, que no deja de pitar, y recorre con precaución el perímetro del lago. A diferencia de los demás, Len se queda quieto, sin hacer nada, con una expresión de alivio por seguir vivo.

Me arrodillo al borde del lago para recoger muestras de las plantas acuáticas a las que el dron no llegaba. Los helechos forman espirales debajo del agua hasta llegar a la orilla. Una rama de la planta se abre hacia el borde del agua, tan cerca que puedo tocarla. Bajo la superficie, un reluciente grupo morado sale del centro de los helechos y se acerca, cada vez más. Mantengo la mano por encima de la luz y le doy un toquecito al agua. El grupo iridiscente se desperdiga como si estallara, como fuegos artificiales. Por culpa de la luz de Sagan, que es

tenue, me cuesta más ver que con las brillantes luces blancas de la nave, pero me concentro en una de las criaturas moradas y la sigo con la mirada hasta que desaparece detrás de la espiral de algas.

Ahogo una exclamación y me siento junto a la orilla, con las piernas cruzadas. Vuelvo a colocar la mano en el regazo y espero. Al cabo de un minuto, se han reagrupado formando la misma constelación morada. Una criatura curiosa y rebelde sube hacia mí. Está muy cerca de la superficie, y ahora logro ver que tiene unas diminutas aletas luminiscentes, como una mariposa, que van perdiendo color a medida que ascienden, hasta adquirir un tono lavanda pálido. Pongo la mano encima del agua para crear una sombrilla y la criatura vuelve a brillar con el intenso morado de una amatista.

La mariposa de agua mordisquea la hoja de un helecho acuático en la superficie. Si se la está comiendo, es buena señal. Alargo una mano y saco una de las hojas que flotan en el agua. El pequeño organismo vuelve a toda prisa a la seguridad de su grupo.

Sostengo en alto el helecho usando unos fórceps y le acerco el toxímetro. La pantalla se ilumina y aparece un claro mensaje: «No se detectan toxinas». Sumerjo la mano para sacar una muestra más grande y dos mariposas acuáticas se alejan a toda prisa.

—Perdón —me disculpo mientras introduzco las muestras en un frasco y las guardo en la bolsa.

—¿Zeta-1?

—Solo estaba verificando algo —respondo, molesta por no tener ni siquiera un momento a solas.

Tengo que representar mi papel, así que, además de las cuatro bolsas de helechos del lago, lleno dos frascos de agua sin decir nada más y lo meto todo en la bolsa de recolección.

Me alejo del lago y camino hacia el bosque y los arbustos que lo rodean. Rubio está a unos doscientos metros al este, mensurando la atmósfera, y Plumas se encuentra demasiado cerca del borde de la jungla, sosteniendo una roca en alto para verla a la luz. No tienen miedo. La combinación de cogs y tónicos bloqueadores neuronales de la canciller se ha asegurado de ello. Corro hacia Plumas y tiro de ella para apartarla del borde de la jungla, fingiendo que quiero enseñarle

algo.

Entonces la veo. Allí, en el centro de una flor. Estoy segura de que es una abeja. Es mucho más anaranjada de lo que recordaba y zumba demasiado deprisa para que la siga con la mirada, pero estoy segura de que era una…

Eso no tiene sentido. Los elevados niveles de oxígeno deben de estar alterando mis percepciones.

—¿Has visto eso? —pregunto a Plumas.

—¿Qué, Zeta-1?

Niego con la cabeza.

—Nada.

La niña camina hacia el transbordador y un dron se le acerca. Ella deposita sus bolsas de muestras en la base y el dron se aleja de vuelta al transbordador, donde sigue Len.

Por un momento pienso en los drones. Hasta los modelos estándar tienen sensor de infrarrojos. No bastará con que desactive el dispositivo de seguimiento. Si quiero tener alguna posibilidad de escapar, no será suficiente con que me oculte en la jungla.

Me vuelvo hacia los árboles y doy un respingo. Un animal peludo del tamaño de un ratón de campo, pero con ojos y orejas tan grandes como los de una chinchilla, pasa corriendo junto a mi bota izquierda para mordisquear las hojas. La minichinchilla deja escapar un chillido diminuto y evita una planta con hojas de un verde brillante bordeadas de rojo. Después sale corriendo y desaparece en el bosque.

A diferencia de las otras plantas, me fijo en que esta no tiene marcas de mordiscos ni bichitos en la superficie, a pesar de que está por todas partes. Saco el toxímetro de la bolsa y lo paso por la hoja procurando no tocar nada con los guantes. La pantalla del lector se ilumina: DL50,001 por kilogramo. Se me acelera el corazón y respiro hondo. Nota mental: ¡ni se te ocurra tocar eso!

En la Tierra, la piel de una rana dorada venenosa colombiana tenía una Dosis Letal mucho menor de 50, que es la DL necesaria para matar al cincuenta por ciento de la población de prueba. La de las ranas era de dos microgramos por kilo. Hasta el botulismo, la toxina más mortífera conocida, necesitaba al menos un nanogramo por kilo

para matar a una persona. ¡Esta hojita las deja a la altura de la zapatilla!

—Estooo, ¿Zetas? ¿Crick?

—Sí —responden Rubio y Plumas al unísono.

—Hay una planta verde brillante con las hojas ribeteadas de rojo. Evitadla, por favor.

—Afirmativo, Zeta-1 —responde Rubio.

Crick murmura un sí al cabo de unos instantes.

Utilizo fórceps para llenar tres bolsas de follaje tóxico. Después levanto una hojita diminuta al sol y susurro:

—Lo siento, pequeña, pero voy a tener que enviarte al laboratorio.

Si el Colectivo tiene sus muestras, quizá no pierda el tiempo yendo a buscarme en caso de que desaparezca de repente. Si consigo desactivar el dispositivo de seguimiento y encuentro un lugar donde esconder mi huella térmica, puede que den por sentado que he sido víctima de algún peligro desconocido del nuevo planeta. Miro hacia el hueco oscuro que vi en la roca, más adelante, junto a la jungla. Está claro que no es una decoloración del paisaje. Merece la pena investigarlo. Me acerco más y oigo a Nyla aclararse la garganta a través del dispositivo de comunicación. Si me están observando, llevo la bolsa demasiado llena como para que no me hagan caso. No quiero llamar la atención, así que cargo mis muestras en un dron que vuela de vuelta al transbordador.

Me tomo un momento para examinar lo que me rodea y comprobar dónde están todos.

Al principio no veo a Rubio. Sigo mirando hacia el este y lo localizo. Está a salvo.

Len sigue paseándose, sin nada que hacer. Da vueltas de un lado a otro, se detiene para secarse la cara y se rasca la cabeza. Está claro que le pueden los nervios. Respira hondo unas cuantas veces y vomita un líquido verde.

Plumas pasa su espectrómetro por encima de una roca y espera a que le muestre sus contenidos.

—Ah, grafito —dice—. Perfecto.

No sé cuánto podré sobrevivir aquí fuera, pero lo he decidido:

cualquier cosa es mejor que quedarme en la nave con el Colectivo, sabiendo lo que nos han hecho a mi familia y a mí.

Como si el universo me hubiera escuchado, de las profundidades de la jungla brota una especie de silbido acompañado de un chirrido que hace vibrar el aire. En lo alto de las copas de los árboles se agitan las hojas de oreja de elefante.

Len sube corriendo la rampa del transbordador como si fuera un basilisco común cruzando un estanque.

Una bandada entera de criaturas con aspecto de murciélago y largas colas flotando en su extremo aparece en el claro y surca el cielo en dirección contraria.

Quiero decirle a Len que se calme, que no es más que una bandada de inofensivos… lo que sean. Pero, por otro lado, ¿qué sabré yo? Me alejo del borde de la jungla e intento acercarme con disimulo al punto más oscuro de la pared de la montaña. Sigo fingiendo medir con el toxímetro cualquier cosa que crezca por el camino.

La voz chillona de Len me llega a través del dispositivo de comunicación.

—Súbeme a la nave, canciller, te lo suplico.

Sigo caminando hasta que estoy lo bastante cerca para ver una cortina de enredaderas que cuelgan de la zona negra. Cuando estoy a veinte metros, se me acelera el corazón. Resulta evidente que se trata de la entrada de una cueva, aunque no sé qué profundidad tendrá. Introduzco la mano en la bolsa para sacar la cámara térmica y, efectivamente, la zona está más fría que el resto de lo que se encuentra a su alrededor. El bosque no puede ocultar mi huella de calor, y aún menos si me busca un dron. Sin embargo, ningún escáner térmico puede detectar calor a través de una roca.

Desde la base de la cueva oscura observo cómo la minichinchilla se cuela a través de la cortina de enredaderas. Aprovecho que Len está distraído para coger una roca y lanzarla a la abertura. Oigo cómo rebota en el suelo varias veces hasta que se pierde el sonido.

Puede que nadie me esté prestando atención. Podría lanzar el monitor al lago. La cueva ocultaría mi huella de calor. Sería libre.

Cierro los ojos y me imagino nuevamente entre los brazos de Lita.

«¿Te imaginas el miedo que tuvo que sentir Blancaflor? —me pregunta, y chasquea la lengua—. Aun así, se montó en el caballo volador y confió en que este los llevaría, a ella y al príncipe, a través de un vasto océano. Aunque el rey les pisara los talones montado en un caballo volador más rápido que el suyo. *La que no se arriesga no cruza la mar* —concluye antes de dejar escapar un largo suspiro».

Miro hacia el transbordador. Una vez que esté detrás de las enredaderas, no me verán. De hecho, Len ni siquiera tendría el valor suficiente para ir a buscarme.

Me quedo quieta, con la espalda apoyada en un árbol, fuera de su campo visual. Solo necesito dar un paso.

Entonces, la voz de la canciller Nyla me llega por el dispositivo de comunicación.

—Zetas, hemos terminado por hoy. Es hora de regresar.

Aparto un poco las enredaderas y me asomo dentro. Como ocurre con las criaturas moradas en el agua, las paredes de la cueva brillan. Pero aquí la luminiscencia es turquesa, como en las cuevas de las larvas luminosas de Nueva Zelanda. Puede que, al igual que las de allí, estas cuevas también tengan una longitud de varios kilómetros.

Cubro el micrófono del corpomonitor.

—Si no me arriesgo, no cruzaré el mar.

Alguien me toca el brazo y me da un buen susto. Es Plumas. Suelto precipitadamente las enredaderas.

—Zeta-1, ¿no lo has oído? Hay que volver —me dice.

Me giro hacia ella y me sonríe. Como ocurre con las plumas de los polluelos, tiene los pelillos más cortitos pegados a la frente por culpa de la humedad de Sagan. Y, al mirarla, me doy cuenta: no puedo dejarla atrás, ni a ella ni a Rubio; no puedo permitir que pasen el resto de sus días con Nyla.

De repente, entiendo lo que significan de verdad las palabras de Lita. Blancaflor no solo era valiente por haber cruzado el mar, sino porque corrió el riesgo de salvar al príncipe. Si me marcho sin Rubio y sin Plumas, no será suficiente. No cruzaré de verdad el mar si no me arriesgo a llevarme a los dos conmigo.

Por otro lado, no puedo detenerme en ese punto. Una vez que me

asegure de que estamos todos fuera de la nave para siempre, les recordaré quiénes son. Les devolveré los recuerdos de sus familias. Después podrán decidir lo que quieren hacer. En cualquier caso, cuando me escape, será con ellos.

Tomo a Plumas del brazo y suspiro.

—Cierto. Es la hora de volver.

Cierro la bolsa llena de frascos y contenedores de muestras y pongo rumbo al transbordador. Cuando llego, respiro hondo el aire dulce de Sagan antes de subir por la rampa, dejar mi bolsa en el casillero y abrocharme el cinturón.

El vehículo vibra cuando nos elevamos y planeamos sobre la superficie. Miro a través de la ventanilla el lago, las cascadas y los picos de las montañas hasta que, de nuevo, contemplo el cielo de concha de abulón desde la ventana de la cabina. Es incluso más bello que en Santa Fe, aunque se me cierra el estómago del asco al pensar que tengo que volver a esa nave tan inhóspita.

Len debe de estar pensando justo lo contrario, porque regresamos al lugar en el que se siente seguro. Sin embargo, tiene los ojos cerrados y se aprieta el vientre.

Empiezo a urdir un plan. Convenceré a Rubio y a Plumas de que necesito su ayuda para investigar el interior de las cuevas. ¡O mejor aún!: les diré que les contaré un *cuento* especial si me acompañan. Pero tengo que buscar el modo de que no se lo digan a nadie. Ahora que no soy yo sola, tendremos que reunir provisiones y tardaremos más. Necesitamos comida, agua, un lugar donde escondernos y protegernos de los ciclos de huracanes… No podemos huir a Sagan sin más y escapar en cuanto aterricemos.

Aunque sea sin nuestras familias, los tres hallaremos el modo de vivir en el planeta. Puede que, con el tiempo, incluso se parezca a lo que me había prometido mi madre.

Cuando la nave empieza a despegar de verdad, veo pasar a lo lejos un enjambre de esas criaturas voladoras que parecen murciélagos. A Len le tiembla el labio y tiene la respiración agitada. ¿Por qué no se calma? Dentro del transbordador no pueden atacarlo.

Puede que tarde años, pero, si les cuento a Plumas y a Rubio todo

sobre la Tierra, quizá algún día recuerden.

Cierro los ojos y me imagino cómo será nuestra primera noche en Sagan, dentro de la cueva. Les contaré historias y también un poquito sobre la Tierra, despacio.

Miro a Len, que está hecho un ovillo en su asiento, al fondo de la nave. Ahora está temblando.

Tiene la piel cubierta de forúnculos.

19

Mientras sigo sin quitarle la vista de encima a Len, que no deja de temblar, en mi cabeza resuenan las palabras de Lita, como un susurro: «Cuando tienen miedo, las personas son capaces de hacer las cosas más horribles. Otras, por el contrario, se crecen ante las circunstancias».

Nunca he visto a un hombre moribundo, pero estoy segura de que Len no llegará vivo a la nave si no hago algo. Un pedacito diminuto de las hojas que he recogido podría matarnos a todos. Me pregunto si Len ha tocado algo. Puede que todavía lo lleve encima. Quizá se trate de un organismo que podría transferirme.

De Lita aprendí a persignarme antes de hacer algo peligroso. Len resuella. No hay tiempo para bendiciones, así que me quito el casco, libero el cinturón de seguridad y corro a su lado para quitarle el casco a él. Abro la tapa de mi botella y le echo agua en las ampollas. Cuando las últimas gotas le caen en la cabeza, por fin me mira a los ojos, suplicándome más.

—¡Deprisa! —exclamo volviéndome hacia Plumas y arrebatándole la cantimplora de la mano. Las mías tiemblan cuando la abro y le echo todo el contenido encima a Len—. ¡Necesitamos ayuda! —grito, porque sé que Nyla y los demás nos oyen.

Nadie responde. Len tiene los ojos cerrados y su respiración es irregular. Cojo la botella de Rubio, la abro y la sostengo sobre el hombre, pero no cae ni una gota.

—Tenía sed —dice Rubio en voz baja.

A Len le cae agua por el mentón; se inclina sobre el asiento,

temblando.

—Lo siento —le digo, impotente—. No nos queda más.

Se me ocurre usar las muestras del lago, pero no estoy segura de qué ha provocado su reacción ni de si mi idea empeoraría la situación.

Me arrodillo junto a Len y reprimo las lágrimas mientras lo miro. No se parece en nada a nosotros, pero, a la vez, somos iguales. Un sujeto de prueba del Colectivo. Cierra los ojos y deja caer la cabeza a un lado. Un escalofrío me recorre de arriba abajo.

—Oh, no.

Me arranco el guante y le pongo la mano debajo de la nariz para ver si respira. Sigue vivo. Miro por la ventanilla y, por fin, aparece la nave con forma de mantis religiosa agachada.

Plumas me da un codazo suave. La miro y percibo en su cara una expresión que no había visto antes.

—¿Cómo podemos ayudarlo? —pregunta; tiene los ojos tristes.

Parte de mí se siente aliviada. Plumas se preocupa por él. El Colectivo no ha logrado borrarle la empatía de la cabeza. Espero encontrar pronto su verdadera personalidad escondida ahí dentro. Sin embargo, cualquier alivio que haya podido sentir se evapora rápidamente. ¿Qué hará Nyla si ve así a Plumas?

—Tienes que ser fuerte, Zeta-4. Por favor, no tengas miedo. —Le doy unas palmaditas en el casco, a la altura de la mejilla—. ¿Por el Colectivo?

Ella se aclara la garganta y asiente.

—Por el Colectivo.

Miro hacia la cámara, que seguro que nos observa.

Rubio se ha quitado los guantes y se está tirando de los pellejos del pulgar.

—No pasa nada —le digo en silencio, moviendo los labios.

Rubio mira otra vez por la ventanilla, a pesar de que ya no se ve el planeta. Por un momento no me siento tan sola. Rubio, Plumas y yo seguimos siendo diferentes del Colectivo. En nuestro interior aún conservamos las mejores partes de la humanidad.

Len se mueve y hace una mueca de dolor, pero lo peor es el miedo que veo reflejado en su barbilla temblorosa. Ojalá supiera qué le ha

provocado esa reacción y cómo tratarla. Si se debe a las alteraciones de la epidermis, no dispongo de nada con que ayudarlo. ¿Por qué se me está haciendo mucho más largo el camino de regreso a la nave?

Quiero decirle a Len que todo esto es muy injusto, pero entonces sabría que recuerdo lo que es ser compasiva y amable. Aunque se esté muriendo, sigue formando parte de la colmena del Colectivo. Podría contárselo a la canciller.

El transbordador se acopla a la nave con un golpe metálico. La canciller dice por el sistema de comunicaciones:

—Quedaos donde estáis.

El vehículo se gira para alejarse del puerto de lanzamiento y lo levantan para situarlo en su unidad de atraque. En pocos segundos se sella el compartimento estanco y aparecen unos médicos con máscaras y trajes de protección reforzados; llevan una camilla consigo. La bajan por control remoto hasta que queda flotando a un metro del suelo y suben a Len.

El hombre apenas puede mover los labios cuando me susurra:

—Gracias.

Intento mantener el rostro sereno, pero me tiembla como su barbilla y se me llenan los ojos de lágrimas. No nos movemos mientras se lo llevan.

Nos quedamos en nuestros asientos. La voz de Crick se propaga por el sistema de comunicaciones.

—Unidad Zeta, dejad las bolsas y salid del transbordador hacia el sector de descontaminación.

Unos segundos después, salimos al pasillo que lleva a la bodega, aunque ahora lo han sustituido por un tubo metálico. Lo atravesamos correteando como hámsteres, sin más lugar al que ir que hacia delante. El túnel acaba en tres entradas que conducen a unos compartimentos separados, todos ellos pequeños y transparentes, como el invernadero de mi madre.

Me quito el traje y lo deposito en la esquina. Entro en la ducha de descontaminación y me restriego mientras dejo que el agua me corra por la cara para que no vean mis lágrimas si están mirando. Cuando salgo, encuentro un mono nuevo colgado junto a mi puerta. Tengo la

piel limpia y respiro bien, así que, si la radiación natural es lo que ha afectado a Len, a mí no me ha hecho daño.

Cuando me estoy subiendo la cremallera, la canciller Nyla se me acerca y respira hondo.

—Gracias por ayudar a Len, Zeta-1.

—Por el Colectivo —respondo con la esperanza de que no se me vean los ojos hinchados a causa del llanto.

Sonríe.

—Aunque te lo agradezco, debo pedirte que no vuelvas a hacer nada parecido en el futuro.

Sé que se me nota el sufrimiento en la cara, como un perro que tira de su bozal.

—¿Len se pondrá bien?

Ella ladea la cabeza y se inclina hacia mí. Bajo la piel, sus venas son del color de las mariposas acuáticas brillantes. ¿Cómo puede una criatura ser tan bella y la otra…?

—Una persona es útil para el Colectivo o no lo es —dice, y me examina—. Tú eres útil y, por tanto, demasiado valiosa para arriesgarte por alguien que ya no lo es.

Si digo lo que no debo, esto puede acabar muy mal.

—Estaba… estaba segura de que se trataba de algún tipo de toxina transmitida por el aire y pensé que quizá sería posible quitársela con agua. Mis disculpas, canciller. Creía que era la mejor forma de servir al Colectivo.

Ella se echa hacia atrás y yo respiro de nuevo.

—Te presentaré a la persona con la que trabajarás en los laboratorios. —Mira hacia la otra esquina de la bodega, donde está el complejo—. Vuestro trabajo consistirá en crear el agente defoliante.

Se me había olvidado. Creía que, a esas alturas, ya habría abandonado la nave para siempre.

Me lanza una mirada iracunda con sus ojos violetas. Y, sin más, me da la espalda y se aleja.

Me abrazo el vientre como si acabaran de propinarme una patada en el estómago. «Unos días más y nos iremos —me digo—. Unos días más».

Rubio y Plumas salen de la sala de descontaminación con el pelo todavía mojado. Pasamos junto a las cápsulas vacías de nuestros padres de camino al ascensor, al lado del cual se encuentra la luz azul parpadeante sobre la puerta metálica que Ben nos enseñó el primer día. Con la herramienta adecuada, no debería de ser difícil romper el receptáculo cerrado con llave que protege el pestillo. Dentro están las raciones de comida y las pajitas para filtrar el agua que los pasajeros de nuestra nave iban a usar para sobrevivir en Sagan.

Ninguno de los tres habla durante el trayecto de subida. Me pregunto si también estarán pensando en Len. Cuando se abren las puertas de nuestra planta, todos salimos sin decir palabra.

Llegamos a nuestros alojamientos y me dejo caer en el borde de mi celda. Una cosa es ser fuerte cuando tienes que serlo, pero ahora me siento como si me derrumbara después de correr una maratón.

Finjo tomarme alegremente la píldora para dormir que me ofrece Crick. Me la dejo escondida en la mejilla y voy al baño, donde la escupo a toda prisa. Cuando vuelvo a nuestro compartimento, Rubio y Plumas ya están en sus celdas del panal.

Me arrastro hasta la mía y me quedo dormida con el ronroneo de los ronquidos de Rubio como sonido de fondo.

⁂

Lita está sentada en una manta, con la espalda apoyada en el tronco de un pino y protegida por su sombra.

—*Ay, changuita*, ven a sentarte a mi lado —me dice, sonriente.

En mi sueño, su voz es tan real como si de verdad estuviera conmigo. El viento le alborota el pelo entrecano.

Me acurruco en su pecho y no quiero volver a mi celda dormitorio. Nunca.

Algo me empuja la otra mano. Me la miro y es mi tortuga, que me da un toque con el hocico.

—¡Rápido! —exclamo antes de acariciarla.

De repente, Rápido vuelve a meter la cabeza dentro de su caparazón.

A lo lejos, un hombre con un tocado de plumas de colores se nos acerca. Junto a él hay un conejito blanco y peludo.

—*¿Quieres escuchar un cuento?* —dice Lita—. Ya conoces la historia del *Conejo* y Quetzalcóatl.

Señala al hombre y al conejo que caminan hacia nosotras, tan reales como la misma Lita.

Recuerdo al dios serpiente arcoíris y al conejo que le salvó la vida.

—Sí, la conozco —respondo—. Quetzalcóatl adoptó forma humana para visitar la Tierra. Pero metió la pata porque no sabía que, como humano, necesitaría comida y agua.

—Y *el Conejo* lo salva de su sufrimiento —me susurra ella.

Quetzalcóatl camina dando traspiés por el desierto, representado en este sueño tan raro como si fuera una escena de un librex. Se derrumba delante de Lita y de mí. El polvo se agita en el aire. El conejo le salta encima, le da con las patas en las plumas y le acerca el hocico rosa a la cara.

—Necesitas sustento —le dice *el Conejo*.

Le doy un codazo a Lita.

—Esta es la parte en la que *el conejo blanco* se ofrece como comida a Quetzalcóatl, ¿no?

Lita asiente.

E, igual que sucedía en la historia que conocía, el sacrificio y la generosidad del conejo impresionan a Quetzalcóatl. Después de esto, el dios decide no comerse el conejo y lo lanza hacia el cielo, donde su silueta permanecerá en la superficie de la luna, para que todos recordemos lo poderosa que puede ser una criatura tan pequeña.

Sin embargo, no ocurre eso. En vez de seguir la historia, el conejo se vuelve hacia nosotras.

—Deberías seguirme —dice, pero no mira ni a Quetzalcóatl ni a Lita, sino a mí—. Te salvaré.

—No necesito comida ni agua —respondo.

—Te estoy ofreciendo mucho más que eso —dice el conejo—. Tu sacrificio y el riesgo que has corrido obtendrán su recompensa.

Aunque no lo dice, sé que se refiere a Len.

—Pero me parece que no lo he salvado.

El Conejo da media vuelta y se aleja dando saltos hacia la sierra de la Sangre de Cristo, que se ve a lo lejos.

—Ven —me llama, y me hace un gesto para que lo siga.

Esto no es lo que se supone que debería hacer *el Conejo*. Intento redirigir mi sueño para que transcurra como debe, pero no cambia nada.

Miro la luna.

—No está ahí, Petra —me dice Lita—. Está aquí.

Señala al conejo que salta por el desierto. La luna, sin su silueta gris, emite el mismo brillo pálido que la piel del Colectivo.

—Deberías ver adónde te lleva —me sugiere Lita con calma.

—Pero tengo miedo.

—La que no se arriesga…

—¡No es un mar, Lita! —grito, aunque no pretendía hacerlo, y señalo el desierto interminable—. Moriré si lo sigo. Una vez me dijiste que hay muchos embusteros; ese conejo podría ser uno. —Señalo el cuerpo sin vida de Quetzalcóatl—. Mira lo que le ha pasado a él. Siguió al conejo y está muerto. —Se me revuelve el estómago cuando el cadáver del gran Quetzalcóatl se convierte en polvo que sube en espiral y se aleja por el aire—. Esto no es lo que debería haber pasado. Lita, ¿por qué cambias las historias?

Lita se ríe.

—No las estoy cambiando yo, sino tú. —Señala con la cabeza al *Conejo*—. Pero, si te arriesgas y confías en el camino por el que te lleve la historia, quizá encuentres el mar que debes cruzar.

El conejo sigue dando saltitos hacia la sierra y Rápido, mi tortuga, se mete detrás del árbol, camino de un agujero excavado en sus raíces. Es un lugar pacífico y tranquilo. Y mi Rápido está justo aquí.

—¡Rápido, vuelve! —lo llamo, pero mi tortuga se oculta en una madriguera bajo las raíces y desaparece.

—Lita —digo, pero al volverme hacia ella, también ha desaparecido. Miro a lo lejos para localizar al *Conejo* y veo un puntito diminuto al borde del desierto que desaparece, al igual que la sierra.

Estoy sola en el desierto. El árbol ya no está. No es más que una llanura de tierra vacía. El viento no me trae ni un susurro de Lita ni de

su historia.

Tengo miedo y he vacilado. He perdido la oportunidad.

El suelo tiembla. La tierra forma un remolino a mi alrededor, como ha hecho antes alrededor de Quetzalcóatl.

—¡Lita! ¡Vuelve! —la llamo al tiempo que me incorporo de golpe y me quedo sentada dentro de mi celda.

Hasta mi mente despierta sabe que puedo haber cometido un error terrible y que no volveré a tener la oportunidad de seguir al *Conejo*. Rubio sigue roncando suavemente en la celda de arriba. Ahora que estoy despierta, todo me parece una estupidez.

—No era más que un sueño —me digo en un susurro, mientras contemplo el techo de mi cubículo.

De pronto oigo el eco de un chasquido a mi espalda. Me pongo de lado y me incorporo justo a tiempo de ver cómo se cierra la puerta de nuestro dormitorio.

20

Apenas duermo el resto de la noche, preocupada por no saber quién ha estado en nuestra cabina. Fuera quien fuera, estuvo presente durante mi arrebato.

Me tomo mi tiempo para asegurarme de que no se me suelta ningún mechón de la trenza. Me echo la bolsa de recolección al hombro y me yergo, la primera de la fila.

Salimos del ascensor y me voy directa al otro lado de la sala, donde está el chico del biopán. Cuando llego hasta él, ni siquiera me molesto en intentar que me sonría o me mire a los ojos. Me trago la mitad del cubo de inmediato, como si fuera un buñuelo en vez de comida para caballos.

Veo que la versión en miniatura de Nyla, Glish, está en el mismo grupo de biopán matutino, no muy lejos de mí. Me acerco y finjo mordisquear el resto del cubo, como hace ella.

—¿A quién le toca ahora? —pregunta Glish—. ¿Acaso Len no era tan útil como yo?

Recuerdo haberle oído decir que Len y ella pertenecían al mismo lote de creación del Colectivo.

El hombre de los ojos separados, el pez martillo, le da un codazo.

—Seguro que lo que quieres decir es que estás dispuesta a sacrificarte por el Colectivo, Glish. De la forma que sea.

Mira a un lado y a otro, y habla en voz baja.

Una persona del grupo se aclara la garganta y se aleja con aire nervioso.

El pez martillo sigue hablando.

—Sin el Colectivo, solo habría guerra y hambre. Nuestra unidad y

acuerdo en todo garantizan que nunca recaigamos en el conflicto. —Levanta su biopán—. Nunca moriremos de hambre porque el Colectivo ha eliminado la diversidad y la exigencia que conllevan otras opciones.

¿Cómo lo va a saber él? Nunca ha estado en un museo ni ha visto el arte, desde Cézanne hasta Savage. Desde Basquiat hasta Kahlo. Nunca ha estado en un bufet en el que se puede elegir de todo, desde udon a bucatini, desde estofado irlandés a pepián. Solo porque alguien repita algo una y otra vez, no lo convierte en cierto.

Y, de repente, después de todo este tiempo, comprendo de verdad lo que significa la palabra *dogma*.

De pronto, el pez martillo aparta la mirada de Glish y yo hago lo mismo, aunque no tengo que desviarla mucho: justo detrás de Glish, Nyla y Crick están observando y escuchando.

Quiero avisarla, pero ya ha empezado a hablar otra vez.

—Ni nuestro trabajo ni nuestro servicio importan si no estamos vivos para cosechar los beneficios… —dice Glish antes de interrumpirse de golpe.

Se vuelve y se fija en quién tiene detrás. Nyla le hace un gesto con la cabeza a Crick y se aleja.

El resto del grupo de biopán matutino se queda completamente inmóvil, como una manada de ciervos. Glish no se mueve ni un centímetro; es una presa consciente de que su depredador la ha cazado. De todos modos, ¿dónde iba a esconderse en la nave?

El silencio se prolonga demasiado. Cuando por fin veo que regresa Crick, no está solo. Incluso de lejos parece más pequeño, porque junto a él camina la gamba fantasma más grande que he visto hasta ahora. Decido llamarlo gambón. Cuando se acerca, veo que tiene la frente surcada de arrugas onduladas por tener siempre el ceño fruncido.

Crick se queda con Nyla mientras el gambón sigue caminando directamente hacia Glish. Uno de los hombres cierra los ojos. El gambón se coloca al lado de Glish y la toma del codo. Aun así, ella no se mueve.

—Por el Colectivo —dice con calma.

Sin resistirse, se aleja con él, que no suelta su diminuto codo en

ningún momento. Entran en el ascensor, y en cuestión de segundos descienden por el tubo metálico y desaparecen.

Aparto la mirada. Las palabras del techo parecen parpadear más deprisa. «Unidad». «Camaradería».

—Por el Colectivo —dice el pez martillo.

—Por el Colectivo —repite el resto.

Sin guerra. Sin hambre. Pero ¿a qué precio?

De repente, alejarme de ellos me parece aún más urgente.

Cruzo la sala y me dirijo a la cadena de montaje de la comida. Las cajas con las sobras de hoy se apilan ordenadamente a un lado, para más tarde. Y, a diferencia de la sala de las raciones, no hay que reventar el cierre.

La detención de Glish es la cortina de humo que necesito. Abro la bolsa, me apoyo en la pared que está al lado de las interminables pilas de biopán, miro a ambos lados para cerciorarme de que no hay nadie cerca y me hago con una caja. Estoy a punto de meterla en la bolsa cuando oigo a Crick decir:

—¡Unidad Zeta! Hora de salir.

Un zumbido de voces recorre la sala. Todos los presentes miran a su alrededor, emocionados, hasta que dan con Plumas y Rubio. No tardarán mucho en localizarme a mí. Miro a un lado y me guardo la caja en la bolsa.

Voxy me devuelve la mirada.

Esta vez yo soy el ciervo paralizado.

El niño se lleva un dedo a los labios.

—A veces, a mí también me entra más hambre —comenta, y mete otras dos cajas de biopán en mi bolsa—. No se lo diré a nadie.

Sonríe y sale corriendo.

El corazón me rebota en el pecho como una pelota de láser-pong.

—¡Zeta-1! —me llama Pluma agitando la mano desde el otro extremo de la sala.

Me apresuro a cerrar la solapa de la bolsa, le devuelvo el saludo y, sin despegarme mucho de la pared, me acerco al ascensor esperando que las dos cajas extra de la bolsa no resulten demasiado evidentes. Entro la primera y me echo la bolsa a la espalda.

Igual que la vez anterior, Nyla, Crick, Plumas, Rubio y yo bajamos a la bodega, y seguimos el mismo camino hacia el transbordador.

Doblamos la esquina y vemos al gambón acercársenos, recién salido del compartimento estanco; Glish ya no está a su lado.

Nadie lo mira a los ojos al cruzarse con él, como si no hubiera sucedido nada. Han transcurrido menos de cinco minutos. ¿Eso han tardado en hacer desaparecer el problema?

Esta vez, Plumas, Rubio y yo entramos solos en el transbordador. Me mantengo rígida, y no miro ni a Nyla ni a Crick. Guardo la bolsa a toda prisa y me abrocho el cinturón. Esto ya no va solo de mí. La de hoy es una misión de reconocimiento para cuando podamos huir de verdad.

El vuelo hacia el planeta es silencioso y sombrío; sorprendo a Rubio mirando hacia el asiento donde hace un día se sentaba Len.

Justo como la última vez, nos colocamos los corpomonitores y las unidades de comunicación, y descendemos por la rampa, pero, a diferencia de la anterior ocasión, ya no llevamos los cascos. El mismo aire cálido me llena los pulmones. La misma luz dorada cae sobre la jungla y el lago. Las lunas y el planeta del anillo no se han movido. Es tan mágico como lo era ayer.

Bajo de la rampa.

—Hummm, interesante —digo en voz alta para que lo escuche quienquiera que esté pendiente de las comunicaciones.

Finjo que siento curiosidad y me dirijo a la jungla y a la cueva que se encuentra tras la vegetación. Espero que solo estén prestando atención a mis signos vitales y no a mis movimientos en la superficie. Al cabo de unos minutos de marcha, veo las enredaderas agitadas aún por el viento, que acaba de terminar su ciclo de ocho horas. Me aseguro de que el enorme árbol me oculte a la vista, aparto las enredaderas y entro.

Las paredes brillan con bioluminiscencia, pero mis ojos tardan demasiado tiempo en adaptarse. Me quedo cerca de la entrada de la cueva y solo oigo mi respiración. «Por favor, que en Sagan no haya osos». Paso la mano enguantada por la pared de la cueva y, justo por encima de mi cabeza, encuentro un saliente. Paso el contador por la

superficie. Está seca y no hay ni rastro de toxinas. Coloco rápidamente las tres cajas de biopán y calculo que solo nos durarán unos meses. Sin embargo, hay pajitas de purificación y raciones adicionales para muchos años si consigo encontrar la forma de entrar en el almacén de la nave. Salgo a toda prisa de la cueva y espero detrás de los árboles hasta que mis ojos se acostumbran de nuevo a la luz. Entonces vuelvo con los demás y observo. Plumas me ha seguido parte del camino y está agachada junto al lago, limpiando la suciedad de una roca. Rubio está todavía más cerca del transbordador, cargando su bolsa de recolección en uno de los drones.

Me aparto de la cueva para no atraer la atención sobre ese lugar. Solo faltaría que se pusieran a buscar por esta zona cuando por fin hayamos desaparecido. Cerca del límite de la jungla, encuentro la planta de bordes rojos que podría matarme de un solo mordisquito y lleno otra bolsa solo para que parezca que estoy trabajando. Tomo cuatro muestras de la cubierta vegetal musgosa y corto unos trocitos de una hoja de oreja de elefante caída. Las coloco en sus respectivas bolsas de muestra y envío el dron de vuelta al transbordador. Recojo más muestras de agua y de plantas del lago. Si es verdad que he de trabajar en un laboratorio, ¿por qué no hacerles pruebas a las plantas con aspecto de comestibles y al agua antes de escapar?

Tal como hicimos ayer, una vez descontaminados nos envían de vuelta a nuestro dormitorio y pasamos por delante del habitáculo de las raciones, que contiene justo lo que necesitamos.

Estoy a punto de meterme en mi celda cuando un cuerpo con pelo negro largo se incorpora dentro de mi hexágono.

—¡Suma! —exclamo en forma de chillido.

—¿Perdona? —me pregunta con voz grave.

Se me entrecorta el aliento de alivio al saber que no tendré que pasarme toda mi vida en Sagan preguntándome si la niña estaría otros cuatrocientos años en estasis. Quiero abrazarla. Reprimo las lágrimas.

—Quiero decir…, lo que iba a decir es que… Somos demasiado mayores para compartir cama.

—Lo siento. Te la dejo —responde.

Me está costando mucho reprimir una sonrisa enorme.

—No no, quédate donde estás.

—Soy Zeta-4 —se presenta Plumas—. Experta en…

Suma la interrumpe y se restriega los párpados cerrados.

—Mis disculpas, es que estoy muy cansada.

Recuerdo cómo me sentía al salir de la estasis; para Suma es la segunda vez.

—Nos alegramos mucho de que hayas vuelto —le digo.

Todos se vuelven y se me quedan mirando.

—Quiero decir…, que nos vendrá muy bien tu ayuda a la hora de recoger muestras… para el Colectivo —rectifico al percatarme de mi error.

Por suerte todos parecen aceptar la explicación y dejan de mirarme.

Plumas se mete en su celda, al lado de Suma. Y Suma vuelve a apoyar la cabeza en la almohada.

—Pues sí que tengo sueño —dice sin ironía.

Rubio sonríe, se acerca poco a poco a la puerta y la cierra.

—Entoooonces deberíamos prepararnos para irnos a la cama. Zeta-1 nos contará un *cuento*, ¿verdad? ¿Por favor? —me suplica. Después señala a Suma—. Para que Zeta… —Vuelve a mover la mano hacia ella—. ¿Zeta…?

—Zeta-2 —responde Suma.

—Zeta-2 —repite él—. Para que Zeta-2 pueda dormir.

Reprimo una risita.

—¿Qué es un *cuento*? —pregunta Suma desde mi cama antes de que pueda decirle que no a Rubio.

Se me forma un nudo en el estómago de los nervios. Es verdad que necesito contarles las historias porque, con suerte, estos relatos de la Tierra les recordarán quiénes son y quién era su familia. Sin embargo, si recuerdan, tengo que rezar para que no decidan contárselo a alguien de fuera del dormitorio. Todos me observan, a la espera. Merece la pena el riesgo.

—Bueno, ahora lo verás —canturrea Rubio mientras se tapa hasta el cuello con su manta isotérmica.

Me siento en el suelo, frente a la colmena, y miro a Suma. No me había dado cuenta de lo mucho que me preocupaba dejarla atrás para

que los demás pudiéramos huir. Ahora estamos juntos y todos tendremos una oportunidad. Aunque necesitaremos más comida. Y no puedo colarme en la sala de raciones de la bodega mientras estén despiertos.

Respiro hondo.

—*Había una vez...*

Plumas levanta la cabeza y se asoma a la celda de Suma.

—Así es como se empieza un *cuento*. Para crear ambiente.

Suma asiente.

Plumas vuelve a meter la cabeza dentro de su celda.

—Continúa —me pide con un gesto.

Me aclaro la garganta.

—Había una vez una pareja de ancianos pobres llamada *los Viejos* —empiezo a decir—. Tenían muy poco, una casita diminuta y nada de comer. —Pienso en que nosotros somos algo parecido a *los Viejos*, salvo que ellos tres todavía no lo saben—. Se diferenciaban de la mayoría de los vecinos por su aspecto, por lo que comían y por las cosas que les gustaban, pero estaban dispuestos a aceptar y a compartir con los demás.

Entonces pienso en la promesa que me hizo mi madre sobre Sagan. «Empezaremos de nuevo, como en una granja». Y en lo que nos lo impide.

—Sin embargo, sus vecinos eran crueles y egoístas, y lo querían todo para ellos y los que eran como ellos. Un vecino, en concreto, una mujer de labios morados, les había arrebatado poco a poco la esperanza de tener una granja grande porque les había robado la tierra para quedársela ella y los que eran como ella.

Rubio niega con la cabeza, asqueado.

En la versión de Lita, un hombre horrible le había robado los sueños a la pareja, pero, a partir de ahora, esta historia seguirá viva a través de mí y en mi nueva versión.

Me levanto y finjo llamar a la puerta.

—Un día, cuando un mendigo de una tierra muy lejana acudió a la puerta de la pareja de ancianos, le dieron de comer el último maíz que les quedaba. Y después, sus últimas migajas de *tortilla* seca.

Me llevo los dedos a la boca para fingir que como.

Plumas y Rubio se han sentado, y Suma tiene la barbilla apoyada en las manos.

Finjo que me llevo un vaso a los labios.

—Después, toda el agua que les quedaba. —Me limpio la boca con torpeza y dejo escapar un suspiro de glotonería—. Cuando el mendigo se lo comió todo, seguía teniendo hambre, así que también le dieron lo que iban a cenar ellos. —Levanto el índice—. Y entonces, el mendigo le dijo a la pareja: «Para recompensaros por vuestra amabilidad, os ofreceré un regalo». Los ojos de *los Viejos* empezaron a brillar como si fueran estrellas.

A Plumas, Suma y Rubio también se les iluminaron los ojos.

—La pareja de ancianos no recordaba la última vez que alguien les había regalado algo. El mendigo añadió: «Al norte, cerca del final de la sierra, encontraréis un cactus de cuatro brazos con una flor de color rosa intenso. Detrás del cactus, en el interior del barranco, hay una cueva escondida. Cerca del final de la cueva encontraréis un tarro lleno de tesoros. Esa será la recompensa por vuestra amabilidad.

Plumas ladeó la cabeza.

—¿Esto sucede en el planeta Tierra, como tu último *cuento*?

Rubio da un golpecito en su celda, que está al lado de la de Plumas.

—Hummm, probablemente en la galaxia Andrómeda, también conocida como Messier 31. ¡Tiene dos billones de planetas! De todos modos, no deberías interrumpir un *cuento*, Zeta-4 —dice—. Sigue, Zeta-1.

No puedo evitar sonreír cuando aparece algún indicio de su personalidad original que el Colectivo no ha podido borrar. Por el momento creo que todos nos llevaremos bien.

—Cuando se fue el mendigo —sigo contando—, la pareja decidió que viajaría al barranco para buscar la cueva oculta en cuanto lograran reunir la comida suficiente para el largo camino. Lo que no sabían era que la vecina mala y egoísta había escuchado la historia del mendigo —añado, y señalo la puerta de la cabina—. ¡Los espiaba desde el otro lado de la ventana!

—¡Eso es injusto! —exclama Suma.

Asiento con calma.

—Sí. La vecina mala cabalgó durante toda la noche hacia la sierra, montada en un burro que les había robado a *los Viejos*. Encontró el cactus y la flor rosa, el barranco y la cueva. Caminó y después se arrastró por las profundidades de la caverna hasta que dio con un tarro de cerámica. Cuando abrió la tapa, un enjambre de insectos horrendos le subió por los brazos y le picó. Gritó mientras las tarántulas, los escorpiones y las avispas la atacaban. Volvió a ponerle la tapa al tarro de cerámica y se fue a casa cubierta de ronchas y urticaria, con el tarro de los bichos cerrado dentro de su saco.

Plumas tiene la boca entreabierta; Suma se tapa un ojo con la manta, aunque no estoy segura de que entiendan ni la mitad de la historia.

Rubio ladea la cabeza.

—Tarántula es un tipo de arácnido. ¿De qué especie es? —pregunta.

Suma y Plumas se vuelven a la vez hacia su celda y exclaman:

—¡¡¡Chisss!!!

—Cuando la vecina llegó al pueblo —sigo contando— se acercó con sigilo a la casa de *los Viejos* por la noche y volcó el contenido del tarro de bichos atroces por la ventana de la cocina.

Rubio traga saliva. Me entran ganas de reírme. Una tarántula no le molesta, pero ¿unos «bichos atroces»? Eso es otro cantar.

—«Esto es lo que os merecéis, viejos» —digo con voz taimada—. «Os está bien empleado por fiaros de un mendigo desconocido y extranjero, y darle de comer», dijo mientras cabalgaba de vuelta a casa.

Me tomo un momento para que asimilen el horror de esos bichos arrastrándose por el suelo de la cocina de *los Viejos*. Funciona. Suma tiene los nudillos blancos. Rubio está aún más pálido de lo normal y la frente de Plumas está tan arrugada como la del gambón.

—A la mañana siguiente —prosigo—, la anciana entró en la cocina para hervir agua y cocinar los *nopales*, con la esperanza de que el exiguo cactus bastara para alimentarlos durante el largo viaje hasta la cueva. Pero, en cuanto pisó el suelo de la cocina…, dejó escapar un chillido.

Rubio y Plumas contienen el aliento.

—Cuando la anciana bajó la mano para ver qué era aquel objeto puntiagudo que se le había clavado en el pie, se sacó un diamante del talón. Por todo el suelo, como si fueran cientos de insectos relucientes, había esparcidos diamantes, rubíes y zafiros, ya que los bichos se habían transformado mágicamente gracias a la bondad que impregnaba las paredes de aquella casa.

Plumas junta las manos y se ríe. Veo en sus ojos la emoción que le provoca algo que no «comprende» del todo. Aun así, «siente» la emoción de un tesoro.

—*Los Viejos* recogieron las gemas y vendieron las justas para comprar un terreno —digo, pensando en lo que he visto de Sagan— rodeado de jungla, con un lago tan azul como una aguamarina. Y se guardaron el resto de las piedras preciosas para poder disponer siempre de lo suficiente con que plantar árboles frutales y cosechar la tierra. *Y así fue*, y se corrió la voz de que cualquiera que pasara hambre (viniera de donde viniera, fuera rico o pobre, o simplemente se sintiera cansado) estaba invitado a visitar el hogar de *los Viejos*. —Suspiro como Lita hacía siempre al final—. *Este cuento entró por un caminito plateado y salió por uno dorado*.

Plumas se asomó de nuevo a la celda de Suma.

—Así es como se acaba un *cuento*. Es una frase para cerrar lo que has escuchado.

Se tumba de nuevo y, uno a uno, por suerte, se acomodan en sus camas. Apago la luz. No tardo en oír los familiares ronquidos de Rubio.

⁂

Me cuelo en lo que antes había sido la sala de estasis de los adolescentes y encuentro una herramienta metálica de calibración en el cajón que hay debajo del monitor atmosférico de la nave, que todavía emite un brillo morado. Aunque la mayoría de las personas podría verlo sin problemas en esta penumbra, yo tengo que pasar el dedo por el borde. Es más fino que un destornillador de punta plana,

así que resultará perfecto para abrir la cubierta redondeada que cubre el tirador.

Aunque ahorraría tiempo si tomara el ascensor, me escabullo hacia las escaleras de atrás para evitar las miradas curiosas a través del cristal abierto. Como ya hice la vez anterior, cuento los doscientos dieciocho escalones y abro la puerta. Mis pasos retumban por la bodega hasta que llego a la luz azul intermitente que hay encima de la puerta metálica. Parpadea con fuerza, igual que hace trescientos ochenta años, aquel primer día en que Ben nos señaló la sala de provisiones. Saco la herramienta de calibración y la introduzco por debajo del borde inferior de la tapa redondeada. Sin embargo, en lugar de ofrecer resistencia tal como esperaba, el plástico se desprende de inmediato y cae al suelo demasiado deprisa para atraparlo a tiempo. Rebota dos veces y tintinea sobre el suelo de la bodega. Me aplasto contra la pared y espero. Como no viene nadie, me vuelvo de nuevo hacia la puerta.

Debo de sentirme como *la Vieja* cuando se sacó el diamante del talón y descubrió las gemas. Me tiembla la mano cuando empuño el tirador. A diferencia de las demás puertas de la nave, que se deslizan fácilmente, esta cruje y se abre despacio por la falta de uso. Oigo el eco de mis pasos al entrar. La luz tenue del techo cobra vida.

Se me cae el alma a los pies: la pared trasera, donde debería haber comida para cientos de vidas, está vacía.

Recorro de puntillas el espacio hasta que llego a los estantes. Nada. No queda ni un solo alimento. Estos parásitos han acabado incluso con las últimas raciones de emergencia pensadas para los pasajeros cuando llegáramos a Sagan. Pienso en las pocas cajas de biopán que he robado y me pregunto cómo vamos a alimentarnos.

Por lo menos, en el estante inferior están las pajitas de purificación, bien ordenadas. Abro mi bolsa de recogida de muestras y meto todas las pajitas necesarias para filtrar agua durante toda nuestra vida.

Si mis sospechas son fundadas y las plantas del lago que vi resultan comestibles, quizá logremos sobrevivir. Aunque, eso sí, tendríamos que comer plantas del lago. Respiro hondo y doy media vuelta para marcharme.

Fuera, en la bodega, una puerta se cierra.

Ahora soy Glish. Me quedo paralizada como un ciervo mientras una figura esbelta camina lentamente hacia mí.

La misma voz profunda que oí en la bodega la noche que encontré las cápsulas vacías me dice:

—No deberías estar aquí. El Colectivo ha restringido esta zona.

Un hombre con la piel marrón arrugada y una larga barba blanca bloquea el camino al ascensor. Tardo un momento en examinarlo de pies a cabeza para procesar lo que veo. Lleva las botas y el mono del Colectivo, así como unos guantes y unas gafas de laboratorio en la cabeza, a modo de sombrero. Doy un paso atrás, sorprendida ante la aparición de aquel tipo que parece una versión delgaducha y de piel oscura de Papá Noel. ¡Por fin un adulto de casa!

Como cuando tenía seis años y veía a Papá Noel en el centro comercial, me entran ganas de correr hasta él y abrazarlo. Pero no soy tan tonta. Me pregunto quién sería en la Tierra para haber podido entrar en la selección a pesar de su avanzada edad. Debió de inventar algo revolucionario.

Creía que habían purgado a todos los adultos cuando falló la reprogramación, pero fueron capaces de reprogramarlo a él. Quizá, como con Plumas y Rubio, su mente tenga algo que la hace más manipulable.

—Hola —digo con la voz entrecortada—, soy Zeta-1.

—¿En qué puedo ayudarte, Zeta-1?

—Me dijeron que trabajaría aquí —digo mientras escondo tras mi espalda la bolsa llena de pajitas—. Se supone que todavía no voy a empezar, pero lo estoy deseando.

Por un momento me permito albergar la esperanza de que con él también fallara la reprogramación y esté fingiendo, pero el Colectivo debe de confiar lo suficiente en ese hombre como para dejarlo solo aquí abajo.

—Comprensible —se ríe entre dientes—. Me dijeron que vendrías, pero no hasta la siguiente misión de reconocimiento. —Se vuelve, dispuesto a alejarse—. Pero te has equivocado de sitio. Deja que te enseñe nuestro laboratorio.

Doy un respingo.

—¿Nuestro laboratorio?

Esta debe de ser la persona de la que hablaba Nyla.

Me conduce hasta la esquina más alejada de la bodega, donde se encuentra el complejo. La idea era que, cuando llegáramos a Sagan, estos laboratorios estuvieran repletos de científicos como mis padres. Pero ahora solo somos nosotros dos, este anciano y yo.

Entra en el último laboratorio de la izquierda. Hay muchas hileras de placas de Petri en las paredes, detrás de él. El agar de distintos colores irradia luz, como si fuera un arcoíris.

—Ya hemos llegado—dice, y me abre la puerta.

Su sonrisa es amable y como lleva el pelo largo recogido en una coleta, parece más un poeta que un científico.

—Gracias —respondo en voz baja. Por un momento me preguntó si lo sacarían antes o después que a nosotros y si habría alguien más con él—. Estooo… —digo mientras me acerco a uno de los puestos y dejo la bolsa—. ¿Eres el único científico? —pregunto con cautela—. Quiero decir, ¿hay más como tú…, como yo…, como nosotros?

—Ahora estoy solo yo —responde, y me pregunto si había otros adultos como él a los que lograron reprogramar correctamente.

—¿Puedo preguntarte cuál es tu especialidad? —Señalo el agar de colores—. Es decir, ¿en qué estás trabajando?

—Vivir tanto tiempo en una nave puede ser difícil. Mi principal función es ayudar a administrar los tónicos para así estabilizar los distintos estados de ánimo a los que se pueda enfrentar el Colectivo. —Pienso en la «fiesta» de Nyla y en todas las personas que bebían un tónico tras otro. Se rasca la sien—. Pero, en respuesta a tu pregunta, había cinco personas en mi unidad Épsilon.

—¿Épsilon?

—Yo soy Épsilon-5. Antes sabía recitarte sin vacilar cualquier ecuación química o síntesis macromolecular. Pero, con la edad, cada vez resulto menos útil.

Recuerdo lo que dijo la canciller Nyla sobre Len y ser «útil» o no. Seguro que a «Épsilon-5» lo purgarían si supieran lo que acaba de contarme. Sin embargo, quizá les haya costado menos reprogramarlo

porque su mente ya empezaba a debilitarse.

—Por aquí —me indica, y me conduce hasta el siguiente laboratorio.

La puerta está sellada al vacío y hay trajes de protección colgados de las paredes. Entonces entiendo por qué: mis bolsas de recolección, con las muestras de hojas de borde rojo, de la cubierta vegetal e incluso de la hoja enorme, cuelgan de una barra en un frigorífico de cristal. Los viales con las muestras de agua están en una gradilla.

—Vamos.

Me toma del codo y me conduce como si estuviéramos dando un paseo por el parque. No puede saber lo de mi vista. Avanza despacio, y me pregunto si no estará usando mi brazo como una excusa para que lo ayude a sostenerse. Acabamos en una pared vacía. Nos quedamos parados un momento, incómodos, y él sonríe. Pulsa un botón y toda la pared se mueve hacia atrás, se introduce en un hueco y deja al descubierto otra pared de cristal. La luz exterior de las lunas y el sol enano en el cielo morado bañan la sala. Me acerco a la ventana panorámica y miro abajo, los ríos, los lagos y la vegetación. Desde esta posición veo que apenas hemos explorado la zona habitable durante nuestras misiones de recogida de muestras. Mi lago, con sus peces mariposa, no es más que una extensión de agua diminuta entre otros cientos.

—Es precioso —digo.

—Sí —responde, y suspira—. Por supuesto, solo podré verlo desde aquí.

—¿Por qué lo dices?

Se encoge de hombros.

—La canciller piensa que se me necesita aquí. —Guardamos silencio un momento—. Me habría gustado ver en persona las criaturas de este planeta.

Me siento mal al pensar que tendremos que dejarlo aquí, a no ser que Nyla cambie de idea. Me siento aún peor al saber que Nyla no quiere que explore Sagan en persona.

—Hay criaturas maravillosas —le digo—. Por ejemplo —añado, y coloco el pulgar y el índice a unos diez centímetros el uno del otro—,

en el lago hay millones de diminutos peces alados.

Sonríe y veo que le falta una muela.

—Cuéntame.

Me doy cuenta de que, aunque todo sea real, es como contarle un *cuento*.

—Las mariposas de agua nadan en bancos y se esconden entre las densas enredaderas para encubrir su magnífico brillo morado.

Se inclina sobre mí y pierde la sonrisa.

—¿De qué crees que se esconden?

El corazón se me acelera porque es una pregunta muy válida.

—No había pensado en eso —respondo, y ahora me pregunto qué otras criaturas merodearán por las aguas del lago.

—Cuando regreses a la superficie, ¿averiguarás a qué le tienen miedo? —pregunta con la mirada curiosa de un niño.

Asiento, pero lo cierto es que, si logro reunir las provisiones suficientes, aunque descubra de qué se esconden, puede que no regrese para contárselo. Me noto un vacío en el estómago. Me cae bien Épsilon-5.

La puerta del laboratorio se abre y entra la canciller Nyla.

—Ah, Zeta-1, ¿qué estás haciendo aquí?

Oculto de nuevo tras la espalda la bolsa con las pajitas.

—Que-quería ver el laboratorio y echarles un vistazo a las muestras, para estar preparada.

Se pone a nuestro lado. Después alarga el brazo, pulsa el botón para cerrar la ventana panorámica y esta vuelve a convertirse en una pared opaca.

—Entonces, ya os habéis conocido. Aprovecharé que estáis los dos aquí para orientaros sobre vuestro proyecto.

—Sí —dice Épsilon-5 mientras se acerca a la mesa de trabajo y coge una bolsa llena de hojas venenosas.

—¡No! —grito, pero bajo la voz al instante—. Son muy tóxicas. Las recogí para averiguar cómo erradicarlas, por el Colectivo.

—Excelente —dice ella, sonriente—. Parece que los dos comprendéis lo que necesitamos. —Se vuelve hacia mí—. ¿Cuánto tardarás en crear el defoliante?

Pienso en las enormes hojas de oreja de elefante, en las plantas venenosas y en las pruebas que tendré que hacer.

—No mucho —respondo.

—Sí —añade Épsilon-5—. Formamos un buen equipo.

Me sonríe y me siento como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago con su amistad. ¿De qué modo podría ayudarlo? Como diría Lita, ya no le queda mucho de estar en este mundo. Y el mundo del que él y yo formábamos parte ya no existe.

Nyla se sitúa frente a mí.

—En cuanto esté listo, enviaremos de nuevo a los Zetas a la superficie para probarlo. —Señala mis bolsas de muestras colgadas—. Zeta-1, ¿de verdad era necesario recoger tantas muestras de una única planta?

Las palabras me salen solas antes de que pueda reprimirlas.

—Una sola hoja podría matar a todas las personas del Colectivo. Pensé que quizá considerarías prioritario erradicarla.

Ella finge estremecerse.

—Qué miedo —dice.

Puedo tener listo su defoliante en unos cuantos días. Después, Suma, Plumas, Rubio y yo no volveremos a ser Zetas. No permitiré que ni Nyla ni el Colectivo encuentren una excusa para decidir que nosotros cuatro ya no somos útiles.

21

Me tiemblan las manos cuando intento meter pajitas de purificación para varias décadas bajo el colchón de la celda de mi colmena.

Nyla se quedó tanto tiempo observándonos a Épsilon-5 y a mí cuando empezamos con nuestro proyecto de defoliación que no he tenido tiempo de analizar las muestras.

Miro cómo duermen Suma, Plumas y Rubio. Los cuatro seguimos teniendo esperanza. Sin embargo, hago una mueca al pensar en toda esa comida que era para nosotros y que se ha zampado el Colectivo. No hago más que ver plantas acuáticas ondulantes. Me acomodo en mi celda y cierro los ojos. De las enredaderas brotan *empanadas* y hamburguesas con queso para tentarme, pero después vuelven corriendo a ocultarse en su espiral, fuera de mi alcance.

Procuro quitarme de la cabeza la comida saltarina y repaso el plan. Solo necesito seguir interpretando mi papel hasta que haya creado el defoliante para Nyla, y así nos enviará de vuelta a la superficie, como ha dicho que haría. No me queda más remedio que cruzar los dedos para que hayan obtenido la información que necesitaban de Len y que, cuando salgamos de nuevo, estemos solos.

En cuanto dejemos el transbordador, convenceré a Plumas, a Suma y a Rubio para que me sigan a las cuevas. Como el flautista de Hamelín, los llevaré cada vez más lejos del transporte y del Colectivo valiéndome de mis historias. Me siento mal por engañarlos, pero se merecen saber todo lo que les ha sucedido a nuestras familias. Me aseguraré de que sepan la verdad. Después podrán decidir por sí mismos cómo quieren vivir.

Necesito dormir, pero cuando intento contar ovejas, echo de menos la granja de Lita. Necesito contar otra cosa que también sea aburrida.

«Pozole de enredaderas de lago (sin pollo). Cereales de enredaderas de lago (sin leche). Pizza de enredaderas de lago (sin queso). Caramelos de enredaderas de lago (sin azúcar)…».

*

Por el rabillo del ojo veo una bola blanca de pelo que sale corriendo.

El conejo se detiene frente a mí. Las palabras de Lita me recuerdan que «puede que sea el embustero el que te guíe, si eso sirve a su propósito». *El Conejo* salta por el desierto en dirección a las montañas. Todo vuelve a moverse demasiado deprisa. Necesito más tiempo para pensar.

De repente, Lita está a mi lado, y Rápido junto a ella.

—Ah, *mijita*, me alegro de que hayas vuelto. ¿Por qué no lo sigues?

Cruzo los brazos sobre el pecho.

Lita se encoge de hombros y arquea las cejas.

—Claro, deberías quedarte aquí, donde te sientes cómoda y a salvo.

—¿Por qué no iba a quedarme contigo? —replico señalando las montañas adonde se dirige el conejo—. Ahí fuera todo es horrible. El desierto puede ser peligroso.

—Eso no es peligro. Eso es la vida… —me dice—, un viaje. Solo lo sabrás si lo sigues.

Me quedo donde estoy, bajo el árbol. Lita ya empieza a desvanecerse. El conejo está cada vez más lejos y se hace cada vez más pequeño.

No puedo arriesgarme a perderlo de nuevo.

—Vale —digo.

Le doy una palmadita a Rápido en su diminuta cabeza y me levanto. Me vuelvo para abrazar a Lita, pero ya se ha ido y, cuando bajo la vista hacia la tortuga, descubro que se está deshaciendo entre jirones de niebla.

Corro detrás del conejo como no he corrido en años. Aquí, en mi sueño, no me da miedo tropezar con algo que no veo. A lo lejos, *el*

Conejo corretea hacia la montaña que brilla bajo la luz roja del sol del atardecer. Se cuela en un agujero que hay en la base.

Lo único que ha hecho el muy embustero es conducirme a un lugar en medio de ninguna parte. No hay cortinas de enredaderas que oculten una cueva para esconderse. No hay ningún lago mágico con relucientes peces mariposa.

Doy media vuelta y contemplo el desierto vacío. Puede que, si regreso, reaparezca Lita. Camino despacio hacia donde estaba el árbol. Entonces, a mi espalda, oigo un eco de guitarras y violines. Me vuelvo hacia el lugar de donde nacen las notas. Igual que en casa de Lita, la tenue melodía de la música ranchera brota de las profundidades de la montaña roja. Corro hacia la melodía.

—¡Espera!

El rasgueo de la guitarra aumenta de volumen a medida que me acerco. Es tan intenso que noto las vibraciones en el cuerpo y, de pronto, un golpe en la espalda.

—¡Espera! ¡Espera! ¡Ya voy! —le chillo al *Conejo*.

Algo vuelve a golpearme en la espalda.

Pero, mientras lo digo, la música baja de volumen y la montaña se desvanece porque alguien está tirando de mí a través del desierto, y me lleva de vuelta a la oscuridad y a mi cama.

Pum, pum, pum, en mi espalda.

—¡Por favor, espera!

Me despierto diciendo aquellas palabras en voz alta. Me incorporo en la celda y veo dos ojitos de color violeta que me miran. Ahogo un grito y retrocedo de un salto.

—Voxy, ¿qué estás haciendo?

Él también da un respingo.

—Lo siento. —Señala una esquina oscura detrás del escritorio de Ben. Rubio deja escapar un ronquido—. Siempre vengo a escuchar tus *cuentos*, pero me quedo dormido antes que los demás. —Hunde los hombros—. Estabas gritando. No tenía elección. Debía despertarte antes de que viniera alguien y me encontrara.

Eso explica que anoche oyera a alguien saliendo del dormitorio.

Trago saliva, pero tengo la boca seca.

—¿Sabe… sabe alguien más que estás aquí?

—Tengo que salir a hurtadillas. Nyla no me dejaría venir a escucharte.

Se me eriza el vello de la nuca y un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies.

—Voxy, no se lo puedes contar a nadie.

Él hace una mueca.

—No lo haré. Si le digo a Nyla lo que hablas cuando duermes, también tendría que decirle por qué estaba aquí. —Abre mucho los ojos y levanta la palma de la mano derecha—. Entonces tendría que decirle lo de los *cuentos*. El Colectivo no me perdería de vista. No volvería a escuchar ninguno.

Inclina la cabeza.

Aunque nos iremos pronto, esto es peligroso. Y yo hablo demasiado en sueños.

—No deberías volver por aquí.

—Pero ¿dónde me van a contar un *cuento*, si no?

Suena como cuando Javier me suplicaba que le leyera su libro. Voxy cada vez se aleja más del Colectivo, y la culpa es mía y de mis cuentos. Debería alegrarme, pero es una sensación horrible. Pienso en lo que sucedería si lo pillaran viniendo aquí. Aunque fuera solo una noche, podría arruinarlo todo.

—Lo siento, pero no puedo dejar que te cueles aquí de nuevo.

Voxy deja caer la cabeza.

—No es justo. El Colectivo no tiene *cuentos*, solo normas. Bueno, Nyla me leyó algo una vez. No un *cuento*, como los tuyos. —Vuelve a abrir mucho los ojos—. Era una reliquia, y estaba en algo llamado libro, hecho de papel…

—Espera —lo interrumpo. El corazón me late más fuerte que aquella vez, cuando confundí un cactus con un gnomo en una de las cacerías de hadas con mamá—. ¿Has visto un libro?

Hasta ahora no he visto ni el menor rastro de nada que esté remotamente relacionado con la Tierra. De nada que me recuerde mi hogar.

—Lo vi una vez en nuestra cabina —me susurra acercándose más—.

Con otras reliquias.

Supongo que debieron de crear a Voxy del modo que dijo Glish, pero, a diferencia de los demás, él es el único niño de entre todos ellos. Me doy cuenta de que no sé nada de él.

—Se supone que ya no puedo hablar de las reliquias —dice.

Intento ocultar mi emoción, aunque me parece que no se me está dando bien.

—Voxy, ¿cuántas reliquias hay? ¿Me las puedes enseñar?

El niño alza la vista y arquea las cejas.

—Zeta-1, si te enseño dónde están, ¿prometes que me seguirás contando tus *cuentos*?

—Ajá —digo, y asiento con la cabeza. Ambas cosas son mentira.

Se lleva un dedo a los labios.

—Chisss.

Después me hace un gesto con la mano para que lo siga, se levanta de un salto y corre hacia la puerta como si fuera el conejo blanco. Esta vez lo sigo sin vacilar.

22

Voxy sale corriendo por el pasillo hacia los ascensores. Al final resulta que se mueve igual que el conejo.

—Espera —le digo, como en el sueño—. ¿Adónde vas?

El ascensor suena si se pulsa el botón.

Presa del pánico, susurro procurando que me oiga pese a todo:

—Alguien podría vernos.

—A Blancaflor no le daba miedo que su padre la viera marcharse con el príncipe. —Voxy se lleva las manos a las caderas—. A *los Viejos* no les habrían preocupado unos cuantos miembros del Colectivo, si así lograban descubrir el tesoro.

—¿Cuánto tiempo llevas colándote en el dormitorio, Voxy?

No responde.

Pongo los ojos en blanco, exasperada, y corro a su lado. Al menos, si alguien me ve con él, no pensará que voy por ahí yo sola.

—A ti solo te importan los *cuentos* —le digo.

Se encoge de hombros, sin el menor atisbo de arrepentimiento. Respiro hondo y entro con él en el ascensor. Si de verdad ha visto un libro antiguo, eso para mí tiene más valor que cualquiera de los diamantes, esmeraldas y rubíes esparcidos por el suelo de *los Viejos*.

Pulsa el botón de la primera planta y el corazón se me acelera más todavía. Cinco plantas enteras nos separan del tesoro. La puerta se cierra y clavo la vista en el indicador de los pisos. Voxy me sonríe mientras bajamos.

Cinco… cuatro… tres… El ascensor emite un pitido.

La puerta se abre frente a la gamba fantasma de ceño fruncido que

se llevó a Glish a rastras. El gambón arquea las cejas, y su frente, ya de por sí arrugada, se convierte en un puñado de fideos ramen.

—Hola —lo saluda Voxy, como si nuestra salida fuera completamente normal.

—¿Hola? —responde el hombre sin dejar de mirarnos.

—¿Vas a entrar o no? —le pregunta el niño, envalentonado.

¿Tanto poder ejercen en él los cuentos de buenas noches como para arriesgar nuestra seguridad de este modo?

El gambón se nos une y pulsa el dos.

Los tres miramos hacia la puerta del ascensor, que se cierra.

Clavo la mirada con intensidad láser en el brillante número tres.

Se vuelve hacia Voxy.

—¿Sabe la canciller que…? —pregunta, mirándome.

Voxy resopla, irritado, y le da la espalda con frialdad.

—¿De verdad crees que desobedecería las órdenes del Colectivo? ¿Acaso dudas de que la canciller sabe todo lo que sucede en esta nave?

Dos…

—Por supuesto que no —responde el gambón, y acto seguido susurra—: Perdona por la pregunta.

Apenas me muevo ni parpadeo hasta que la puerta del ascensor emite su pitido en la segunda planta y el gambón se baja.

La puerta se cierra y seguimos bajando.

—Esto ha sido una idea malísima —mascullo.

Voxy sonríe y la puerta pita anunciando la primera planta. Sale del ascensor con aire decidido y cruza en diagonal la planta principal de la nave. No estamos cerca de la zona de dormitorios del Colectivo, en absoluto, así que me pregunto dónde habrá visto el libro. Seguimos hacia la parte delantera de la nave. Ya no podemos estar más lejos de mi compartimento y de la seguridad de mi celda.

Veo a algunas personas que aún siguen en sus puestos de trabajo, doblando mantas, limpiando suelos y techos, y preparando biopán y un zumo diluido de aspecto misterioso.

No sé si es por el aire decidido de Voxy, pero nadie se para a mirarnos.

Doblamos una esquina y seguimos por un pasillo, en cuyo extremo hay una única puerta. Encima de la puerta todavía se distingue la silueta descolorida de las letras que han quitado: *Cámara de semillas*.

Junto al tirador hay un teclado antiguo, como el que tenía mi madre en su invernadero.

Vox pulsa 2061, el año que salimos de la Tierra, y la puerta se abre hacia un lado.

La cabina desprende un brillo azul oscuro, como el que antes dominaba toda la nave. En el centro de la habitación hay una cama.

—Aquí es donde duerme la canciller —dice, como si nada.

Trago saliva y lo disimulo con una tos.

Señala un cubículo a un lado, no mayor que un armario para guardar los abrigos.

—Mi habitación.

Me acerco a la puerta de Voxy y echo un vistazo. En el interior han encajado una diminuta celda de colmena y no hay espacio ni para ponerse de pie. En unas estanterías flotantes veo bandejas para plantones vacías y tubos de irrigación.

Me acuerdo de la amiga de mi madre, la doctora Nguyen, pero me parece que el diminuto armario de Voxy es demasiado pequeño para albergar la cámara universal de semillas a la que mamá contribuyó con maíz, calabacín y judías de Nuevo México.

Examino la habitación principal, donde está la cama de Nyla. Aparte del mueble, solo se ven las paredes redondeadas de siempre; ni rastro de la cámara. Y, sin duda, ni rastro del libro. Si de verdad Voxy vio un libro y otras «reliquias» de la Tierra, ya no están aquí. Es un niño, y su recuerdo podría referirse a cualquier otra parte de la nave. No tengo tiempo de ir a buscar algo que quizá nunca encuentre.

—Voxy, debería volver a mi cuarto.

—¡No! —grita—. Sé que estaba aquí. Pero fue hace mucho tiempo. Le dije a Nyla que lo había visto y le pregunté si podía quedármelo, pero ella me dijo que debía de haber sido un sueño. De verdad que era real.

Empieza a pasearse por delante de la puerta de su armario.

—Lo leí justo aquí —dice, y señala la parte delantera de su celda—.

Era mágico —susurra, y alza la vista para mirarme a los ojos—. Como tus *cuentos*. Las personas y los lugares de cada uno son muy distintas entre sí. Deciden quiénes serán, lo que harán o adónde irán sin que se lo diga el Colectivo. Y las personas de tus *cuentos* no viven en un mundo sin… —Hace una pausa—. *Cuentos*.

Me parece que Voxy y yo no somos tan distintos. Mis padres y los monitores originales (salvo Ben) me impusieron unos programas En Cognito que no me interesaban.

Se sienta en el borde de su celda dormitorio y deja caer los hombros.

—Las personas de tus *cuentos* y las personas del libro que leí hacen cosas que yo nunca seré lo bastante valiente para hacer.

Aunque sea arriesgado, no puedo permitirle pensar eso. Le apoyo una mano en el hombro.

—Pues has sido lo bastante valiente como para traerme hasta aquí. —Todavía tiene la barbilla contra el pecho, pero alza la vista para mirarme—. Estás intentando encontrar algo que sea bueno para ti, aunque el Colectivo te haya dicho que es peligroso. Estás confiando en tu instinto. Eso es bueno.

Como se le escape algo de lo que le estoy diciendo antes de que abandonemos la nave, estoy perdida.

—Bueno, no estoy seguro de lo que quieres decir —responde—, pero, si significa que quiero más *cuentos*, entonces lo que dices es cierto, Zeta-1. —Deja caer la cabeza—. En fin, seguro que lo ha escondido todo. Aunque estaba aquí, te lo prometo.

Suspiro, me siento a su lado y le doy una palmadita en la rodilla.

—La señora del cuento tenía su propio bebé, cuando todavía había padres —sigue diciendo Voxy—. Dejaron su hogar en busca de una tierra nueva.

Estoy tan sorprendida que me quedo sin aliento. El libro de Javier. No puedo evitar cogerle las manos.

—¡Voxy! Tienes que recordar dónde estaba.

El niño abre mucho los ojos y niega con la cabeza.

—Estaba aquí. Estoy seguro.

Abre más todavía los ojos cuando me pongo a cuatro patas y pego la

mejilla al suelo para mirar debajo de su cama.

Y entonces la veo, en la parte de atrás de su celda: una de las tiras finas de luces moradas de Pleiades que se ilumina en forma de puerta, justo como la que está en la parte de atrás de la nave, la que da a la bodega. Me pongo de rodillas y señalo la pared trasera.

—Voxy, ¿qué hay ahí atrás?

—Nada —responde tras echarle un vistazo.

Se arrastra por su celda y da unos golpecitos en la pared. Suena a hueco.

Me arrastro detrás de él y los dos nos apretujamos en su celda, bien pegados. Recorro con un dedo el borde interior de la tira de luces y meto las uñas en la rendija. Tiro hasta que me arranco una de cuajo. Pero no cede. Palpo a oscuras y encuentro un interruptor para encender un tubo de irrigación sin conectar.

Bajo el interruptor, pero se rompe y cae al suelo, hecho pedazos. Voxy y yo nos miramos, con los ojos como platos. Como a Nyla se le ocurra mirar debajo de su cama, estamos listos.

Observamos el lugar en el que estaba el interruptor. Un botón luminoso parpadea en el interior del agujero. Es demasiado pequeño para mi dedo, pero…

Voxy consigue introducir el meñique hasta que se oye un clic. El borde de la puerta cruje y, con un chasquido de succión, se mueve hacia atrás. Noto una ráfaga de aire frío en la cara y un olor reconfortante. Tardo unos segundos en ubicarlo, pero es… el olor de la biblioteca de mi colegio, Piñon Elementary.

Las paredes se esconden en un hueco y un rayo de luz dorada procedente del interior baña la celda. La puerta se abre lo justo para que pueda entrar un adulto de lado. Voxy se lanza de cabeza por la abertura antes de que me dé tiempo a parpadear.

Lo sigo y paso del extremo de su celda a un suelo helado. El aire frío y el suelo de metal me dicen todo cuanto necesito saber: hemos encontrado la cámara de las semillas.

El niño emerge frente a una única mesa de trabajo en el centro de una sala del tamaño de mi casa. La luz dorada que yo había supuesto procedente de una lámpara, no lo es. Se trata de un sol holográfico del

tamaño de una pelota de baloncesto. La Tierra, Venus, Marte, el helado Neptuno, Urano y el resto de los planetas, incluso Saturno y sus anillos, todo da vueltas lentamente en la otra esquina de la sala. No está a escala, pero, sin duda, se trata del sistema solar de la Tierra.

Debajo del holograma giratorio hay una pared de cajones con semillas que contienen toda la vida vegetal terrestre.

Miro el rostro sonriente de Voxy, que está de pie frente a la mesa de trabajo. En el centro, a modo de adorno, hay un árbol de Navidad de cerámica que sujeta la foto de una niña pecosa a la que le falta una paleta. Del tirador del cajón cuelgan por los cordones un par de patucos. A la luz del sol falso, hay fotos de familia enmarcadas y certificados de nacimiento y de matrimonio pegados a las otras paredes, como un altar a la Tierra.

El crío levanta el puño en un gesto que sin duda nunca le ha visto hacer a nadie.

—¿Ves? ¡Sabía que era todo real!

Pienso en Nyla y en toda su palabrería sobre «olvidar nuestro pasado» y «las consecuencias de los que vinieron antes que nosotros». ¡Si hasta regañó a Crick solo por referirse a la Tierra!

—¿Sabes de dónde ha sacado todo esto? —le pregunto intentando sonar inocente, pero se me rompe la voz.

—No estoy seguro —responde, y se rasca la cabeza—. Pero ya no podemos volver a mencionar las reliquias.

Se me revuelve el estómago. No puedo decirle que estas cosas representan lo que más amábamos: nuestro hogar, nuestros amigos, nuestras familias. No le puedo explicar que Nyla y los que llegaron antes que ella le robaron estas cosas a gente como yo y mi familia muerta.

A pesar de todos los recuerdos y las imágenes repartidos por la sala, esto no puede ser ni la mitad de lo que trajimos con nosotros los pasajeros. Abro un cajón de la mesa de trabajo. Me da un vuelco el corazón. Con la etiqueta de «Conocimiento Descargable: Defectuoso», hay varias filas de cogs colocados en receptáculos diminutos, como anillos en una joyería. Cada uno de estos cogs tiene marcadas iniciales y fechas que abarcan cientos de años.

Miro a mi alrededor y reparo en unas cajas selladas y sin usar apoyadas en la pared. Me acerco y veo que están etiquetadas como «Conocimiento Descargable En Cognito: Pediátrico» y «Conocimiento Descargable En Cognito: Adulto». Parpadean porque están cargándose junto a un instalador con forma de cuchara de helado, como el que usó Ben. Si el conocimiento es tan peligroso, ¿por qué guarda Nyla estos cogs listos para usar? ¿En quién piensa descargarlos?

—¿Dónde crees que estará el libro? —le pregunto a Voxy.

Él niega con la cabeza. Voy de foto en foto, de certificado en certificado, en busca de algo que pertenezca a mi familia.

—Zeta-1 —me llama Voxy.

Me vuelvo y lo veo de pie junto a un cajón de semillas, sonriente. Me acerco a él y al cajón que mantiene abierto. Bajo la vista. Intercaladas entre bolsas de papel de aluminio que antes contenían semillas congeladas, veo las bolsas con las pertenencias de los pasajeros colgadas de guías metálicas, como en un archivador. Las bolsas son las mismas que Ben nos dio a Javier y a mí para guardar los pocos objetos de valor que llevábamos con nosotros. En la parte de arriba sobresalen unas etiquetas iluminadas.

Oímos un fuerte chasquido en el cuarto y los dos damos un respingo. Un aire helado brota de los cuatro cuadrados con ranuras que hay encima de nuestra cabeza, lo que nos recuerda que esta cabina estaba diseñada para conservar semillas.

Voxy deja escapar el aliento.

—Ya lo has visto —dice, y mira rápidamente hacia su celda—. Deberíamos volver en otra ocasión. Ya no me siento tan valiente.

Tiene razón. Nyla podría entrar en cualquier momento. Me tiemblan las piernas y no es del frío, pero, si abandono la nave, esta podría ser la última oportunidad que se me presente de encontrar mis cosas.

—Solo un minuto más —le digo.

Me inclino sobre el cajón para observar las etiquetas iluminadas: Yancy, Meg. El sello magnético se abre con un clic cuando tiro del borde. Dentro, el anillo de diamante de Meg Yancy me devuelve la mirada con su brillo. Cierro la bolsa a toda prisa.

Voxy me da un toque en el hombro.

—Deberíamos irnos ya —insiste.

No puedo marcharme cuando estoy tan cerca. Pero, a pesar del frío helado del compartimento, tengo la frente perlada de sudor.

—Monta guardia al lado de la puerta —le digo.

Voxy se muerde el labio. Sin embargo, asiente con la cabeza y se coloca junto a la entrada del habitáculo.

Pruebo dos cajones más arriba. Riese, Marcus. Paso a la siguiente hilera. Me tiemblan las manos cuando las paso por encima de las bolsas, hasta detenerme en la O iluminada; O'Neal, Jason… Y después…, la P: Patel, Aashika; P: Peña…

Dentro del estómago tengo un enjambre de avispas a la espera.

Saco la bolsa de Javier. Abro la parte de arriba. Sus vaqueros y su sudadera de GG Gang todavía están arrugados en el interior. Ya apenas se ve el mamut Lance el Lanudo, el *Hypacrosaurus* y el dodo del pecho de la sudadera.

Introduzco la mano y me doy en los nudillos con algo duro. Saco el libro de Javier y lo sostengo en alto. En la cubierta, la mujer de ojos anhelantes con un pañuelo rojo en el pelo me mira. *Soñadores*, se lee con una letra redondeada en la parte de arriba.

—¡Ese es! ¡Ese es el libro! —exclama Voxy, que abandona su puesto de vigilancia junto a la puerta—. ¡Te lo dije!

El nudo de la garganta cada vez se hace más grande. Me llevo el libro de Javier a la nariz y lo huelo. A pesar de haber transcurrido trescientos ochenta años, huele a casa. Me vuelvo para pedirle a Voxy que me lo sujete y así poder seguir buscando, pero me doy cuenta de que no soy capaz de soltarlo.

Me lo pongo debajo del brazo y paso a la siguiente etiqueta.

Peña, Petra.

Meto la mano dentro de la bolsa. Noto el metal bajo la uña. Lo rodeo con la mano y saco mi colgante, que ahora está ennegrecido. Me lo pego al pecho. Hace tanto tiempo que se fueron todos… Noto una punzada de dolor y los ojos me arden, rebosantes de lágrimas.

Me lo guardo en el bolsillo, le pongo la mano encima y cierro los ojos.

Otro chasquido nos sobresalta cuando se apagan las unidades de

refrigeración. Abro los ojos y veo que tengo a Voxy al lado.

—Tenemos que irnos ya, Zeta-1.

Me sorbo los mocos.

—Sí —digo, y empiezo a cerrar el cajón.

Él alarga la mano para que le dé el libro de Javier.

—Tenemos que dejarlo donde estaba.

—No —le suelto antes de poder contenerme.

Voxy da un paso atrás.

—Ahora sabemos dónde está la habitación. Podemos volver para leerlo otro día.

Sé que esa no es una opción.

Sin embargo, también sé que no puedo arriesgarme a fastidiar mi huida si Voxy se arrepiente y le cuenta a Nyla que me he llevado una de las reliquias.

El niño me abre la bolsa y dejo caer dentro el libro. Es casi como perder de nuevo a Javier.

Él sonríe y se vuelve hacia la puerta. Doy media vuelta para seguirlo, pero, de repente, me detengo. No puedo dejarlo atrás. Y ¿qué pasa con las pertenencias de mis padres? ¿Qué trajeron con ellos? No se lo pregunté.

—¿Qué pasa, Zeta-1?

—Es que…

—¡Voxy! —oímos gritar a Nyla.

Nos quedamos paralizados, como las cabras miotónicas de Lita.

Voxy corre a la puerta y se cuela por la abertura que da a su celda. La puerta se cierra al cabo de unos segundos, dejándome allí dentro, iluminada tan solo por el brillo del sistema solar terrestre envuelto en una bruma fría.

Mi aliento caliente forma vaho. Me aferro al colgante. «Por favor, no dejes que me atrapen ahora que estoy tan cerca».

—¿Sí, Nyla? —responde su voz amortiguada.

Demasiado silencio.

—Quiero decir, canciller —se corrige—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Por supuesto, Voxy.

Lo oigo arrastrarse hasta la parte delantera de su celda.

—Me dijiste que las reliquias eran imaginaciones mías —le dice—. Sé que no es verdad. ¿Por qué no quieres que los demás y yo lo sepamos?

¿Por qué está haciendo eso? Es como Javier cuando mi madre nos pilló comiendo Oreos antes de la cena. Sonrió con los dientecitos manchados de negro y dijo: «No nos estamos comiendo las galletas que escondiste detrás de tus suculentas, mamá». Mi madre se quedó mirando sus suculentas, que estaban en la encimera de la cocina. Seguro que, ahora mismo, Nyla está mirando la puerta oculta detrás de la cama del niño.

La mujer suspira.

—Voxy, tienes que comprender que todo lo que hago… y lo que hace el Colectivo es para mantenernos a todos a salvo, tú incluido. —Lo oigo soltar una risita—. Estás en lo cierto —sigue diciendo ella—. Pero tienes que olvidarte de las reliquias. Nada bueno ha salido nunca de esas cosas. Las posesiones humanas que formaban parte de la vieja Tierra contribuyeron a la codicia y el egoísmo. Eso condujo a la infelicidad. Y la infelicidad, al conflicto. ¿Lo entiendes?

—Sí, Nyla. Lo entiendo.

Esta vez, no le corrige el uso del nombre. Me pregunto si el niño creerá que el libro de Javier podría ser algo que condujera a la codicia o a la guerra.

—Nada es más importante que proteger al Colectivo. Es posible que, un día, tú y yo tengamos que absorber más conocimientos de los que te imaginas. Incluso en un Colectivo, la carga del poder oculto recae sobre unos pocos. —Pienso en todos los cogs sin usar del cajón—. Pero que todos posean ese conocimiento es peligroso. Por ahora, para que el Colectivo tenga éxito, debemos controlar ese conocimiento e impartirlo tan solo a unos pocos. Y esos pocos deben estar condicionados para servir implícita y absolutamente, como los Zetas.

Guardan silencio un momento.

—Pero ¿qué pasa cuando ya no queden Zetas? —pregunta Voxy.

—No te preocupes. Llevamos muchos años trabajando en un nuevo lote de creación del Colectivo. Todo tiene un propósito. Pronto tendrás

a otros miembros más o menos de tu edad. Los utilizaremos para avanzar en nuestra ciencia y estarán programados para servir de manera incondicional.

Algo araña el suelo y creo que su conversación ha terminado.

—Tú y yo borraremos todos los conocimientos innecesarios y todas las posesiones que nos distraen para que solo nos veamos el uno al otro. Y si, cuando nos miremos el uno al otro, nos vemos de verdad, solo podrá haber paz.

Tal y como lo dice, dudo de que haya mucha gente que no esté de acuerdo.

—Ven conmigo —dice—. Hay una reunión y me gustaría que asistieras. Así aprenderás y comprenderás.

—¿Ahora? ¿No puedo empezar a aprender en otra ocasión? —Después de otro silencio incómodo, añade—: Sí, canciller.

Oigo pasos y, después, nada. Sé que Nyla se equivoca. Ha embellecido sus palabras para que encajen con lo que cree. ¿Se lo enseñaría alguien, al igual que ella se lo enseña a Voxy?

Si no escapo antes de que vuelvan, me quedaré atrapada en este cuarto helado toda la noche.

Guiándome tan solo por el brillo del sol en miniatura, camino de puntillas hacia la abertura; está tan bien oculta que solo la distingo porque las paredes a ambos lados están cubiertas de recuerdos de la Tierra, mientras que sobre la estrecha puerta no hay nada. Busco un interruptor o un agujero diminuto, como en el otro lado, pero no encuentro nada más que fotografías y certificados.

—No no no —susurro.

La mayoría de las personas darían un paso atrás para localizar un agujero diminuto, pero, aunque tuviera más luz, la pared está tan llena de objetos que me congelaría examinándola centímetro a centímetro.

Pruebo a palpar el punto exacto en el que estaba situado el cierre en el otro lado. Encima hay una carta de béisbol de la primera *pitcher* de las ligas mayores que cuelga dentro de su montura de plástico. La levanto de su percha… y veo el mismo agujero redondo. Demasiado estrecho para mis dedos. Regreso a la mesa de trabajo en busca de un

holopuntero, pero está vacía. Observo la carta de béisbol y la saco de la funda de plástico en la que pone el nombre de su propietario en una pegatina. La enrollo.

—Lo siento —susurro, sabiendo que la carta debía de ser muy valiosa para alguien llamado Foster, Niles.

La introduzco en el agujero y la puerta se abre. Me apresuro a colarme por la abertura. Por suerte, la celda de Voxy está vacía, así que introduzco la tarjeta en el agujero del otro lado y vuelvo a cerrar la puerta. Cuando se cierra, me detengo otra vez. Si regreso a por todas las pertenencias de mi familia y me quedo atrapada, contar con algo suyo no servirá de nada en caso de que me reprogramasen, pues ya no recordaría nada de ellos. Salgo de la celda y me asomo al dormitorio vacío de Nyla.

La puerta que da al pasillo está cerrada. Acciono el tirador, pero no se mueve. A este lado de la puerta también hay un teclado. Me limpio el sudor de la frente. «Que funcione, por favor». Pulso 2061, pero sigue sin moverse. Si vuelve Nyla, se acabó todo. Si eligieron el 2061 porque fue el año que partimos…

Me tiemblan los dedos al introducir 2442, que debería de ser el año actual. Empujo el tirador, hace clic y la puerta se abre. Salgo corriendo y llego al vientre abierto de la nave en cuestión de diez segundos. Enderezo la espalda y recorro con aire decidido el centro de la planta principal.

Estoy a medio camino del ascensor cuando oigo la voz de Nyla. Su «reunión» tiene lugar cerca de donde antes estaba la cafetería, así que no me queda más remedio que caminar por delante del grupo hacia el ascensor que lleva a los dormitorios. Nyla está de pie en un podio, de espaldas a mí. Voxy está sentado en primera fila y veo que me mira, pero sigue representando su papel.

—Estamos barajando distintas opciones —dice ella—. No obstante, un planeta con acoplamiento de marea tiene sus limitaciones en lo que respecta a la colonización. —Sigo caminando y mirando al frente—. La zona habitable óptima es muy específica. Ya casi tenemos preparado un defoliante.

«Genial. Sin presión».

Llego al ascensor y pulso el botón.

—Sin embargo, hay muchos otros obstáculos para quedarse en esta región —sigue diciendo—. Y, aunque hacemos todo cuanto podemos, si no logramos superarlos pronto, tendremos que buscar otro planeta.

El corazón se me acelera en el pecho. Pero, una vez que estemos en la superficie, me da igual adónde vaya el Colectivo. Siempre que se vaya.

Entro, pulso el seis y me quedo mirando el hueco de la puerta.

—Uno de esos obstáculos son los hostiles —dice Nyla. Las puertas del ascensor empiezan a cerrarse—. Aunque no tenemos ninguna intención de entrar en contacto con ellos.

¡¿Qué?! ¿Nos enviaron ahí abajo sabiendo que había seres hostiles? Levanto la mano para pulsar el botón y abrir las puertas de nuevo…

—Nuestras primeras misiones de exploración en la zona han evitado a los primeros…

Las puertas se cierran y cortan la frase a la mitad.

El ascensor ya está subiendo, pero lo he oído. «Los primeros».

Pero ¿los primeros qué? No me había atrevido a albergar la esperanza de que la primera nave hubiera logrado su objetivo. Y aunque lo hubiera hecho, ¿habría sido con el Colectivo al mando? En ningún momento había contemplado la opción de poder encontrar a otros seres en alguna parte de un nuevo planeta. Mi padre me dijo que la primera nave crearía un asentamiento en la zona habitable y que tendríamos que localizarlo desde el espacio usando un sistema pancromático. De lo contrario, sería como buscar una aguja en un pajar.

Quiero saltar de alegría, pero me verían a través del cristal. Se me escapa una risa y me contengo. Entonces me doy cuenta de que no puede oírme nadie. Hacía siglos, literalmente, que no me reía con tantas ganas. Sagan no es tan grande como la Tierra, pero yo había renunciado a la esperanza de que los terraformadores siguieran vivos, y más aún de que estuvieran cerca de nosotros.

Si los primeros pobladores están en la zona habitable, podría tardar años en encontrarlos (y tendría que comer un montón de plantas acuáticas del lago). Pero, si están aquí, los encontraré, por Plumas, por

Rubio, por Suma, y por mí.

El ascensor emite un pitido anunciando mi planta y corro a nuestro compartimento. Una vez dentro, me detengo y recobro el aliento. Mis compañeros siguen todos dormidos y solo se oyen los ronquidos de Rubio.

Entro en el baño y enciendo el ventilador sin perder la sonrisa. Saco el colgante y lo restriego contra mi ropa para limpiar la suciedad, aunque me deja manchas negras. Lo sostengo a la luz.

Pienso en las palabras de Lita: «Una puerta para unir a los que se han perdido». Después de haber encontrado mi colgante y descubrir que podría haber otros seres humanos en Sagan…, si un corazón pudiera botar de felicidad hasta salirse del pecho, el mío estaría a punto de hacerlo.

23

A la mañana siguiente, me despierto antes que los demás y me escabullo al baño para estar a solas. Me cepillo el pelo a un lado y lo divido en tres partes.

Este es el momento. Ahora, con mi colgante, podré hablar con Lita. Lo tengo todo. Cuanto antes cree el defoliante de Nyla para librarnos de las plantas peligrosas del planeta, antes nos enviará de vuelta a probar su efectividad y antes podremos escapar. Puede que los primeros pobladores también sigan vivos.

Me aprieto bien la trenza para que no se me escape ni un solo mechón rebelde.

Después entro en el dormitorio. Suma se estira y bosteza.

—Hola, Zeta-1.

—Hola, Sum… Zeta-2.

Aprieto los dientes cuando pronuncio el estúpido nombre del Colectivo, y recuerdo lo que dijo Nyla sobre Suma justo antes de volver a ponerla en estasis: «Con la descarga mejorada, será Zeta-2 durante el resto de su vida». No por mucho tiempo más, Suma.

La chica se pone el mono.

—¿Qué te han asignado hoy?

—Bueno, tengo que defoliar el planeta —respondo—. ¿Y a ti?

Se sienta muy erguida.

—Voy a crear combustible para la nave.

Pienso en lo que dijo Nyla sobre los obstáculos y lo de marcharse a otro planeta. ¿Por eso necesitan combustible? ¿Cuándo pretenden hacerlo?

—¿Por qué? —pregunto, pensando que quizá le hayan dado alguna especie de pista.

Suma se encoge de hombros.

—Hago lo que me pide el Colectivo.

Tengo que trabajar más deprisa.

Rubio interviene con una voz tan monótona como la de Crick.

—Yo solo tengo que asegurarme de que el Colectivo tenga la composición de oxígeno correcta para respirar.

Plumas se levanta y se alisa el mono.

—Bueno, yo me aseguraré de que el Colectivo tenga nanodispositivos médicos para que su cuerpo funcione y pueda respirar tu aire limpio, que es irrelevante sin un sistema pulmonar sano, claro.

Reprimo la risa y me pongo los zapatos.

Plumas se sienta a mi lado.

—Me gustó mucho el *cuento* que nos contaste sobre *los Viejos* y las gemas y las piedras relucientes, Zeta-1. Sobre todo, el final, cuando se van a vivir junto al río, y plantan árboles frutales y cosechan la tierra, y los niños de los pueblos vecinos van a jugar a los huertos. —Suspira —. Me gustaría ver un huerto algún día.

Vuelvo la cabeza rápidamente. Es una gran adición a la historia, pero estoy segura de que no mencioné niños corriendo y jugando en los huertos.

—A mí me gustó que *los Viejos* ayudaran a los pobres y a los sintecho después de la gran pandemia.

Siento un cosquilleo en la espalda. Estoy segurísima de que no mencioné la gran pandemia de la segunda década del siglo XXI. Es genial que empiecen a recordar cosas de casa. Pero algo me dice que sería mejor que las recordaran cuando lleguemos a Sagan.

Me llevo un dedo a los labios y los miro a todos a los ojos, uno a uno.

—Chisss.

Todos me devuelven la mirada. Esta podría ser mi última oportunidad. Sé que es un riesgo, pero…

—En nuestra próxima misión de reconocimiento, tenéis que seguir

mis instrucciones. Si lo hacéis, prometo contaros todos los *cuentos* que queráis.

—¿Por qué? —pregunta Suma.

—No deberíamos preguntar por qué —respondo con confianza—. El Colectivo es uno.

Sé que es una afirmación un poco vaga, pero suena a algo que diría un miembro del Colectivo.

Plumas y Rubio asienten, pero Suma me mira a los ojos como si mis palabras le bulleran por dentro.

Rubio habla para sí en voz baja.

—Hummm, más *cuentos*…

—¡De acuerdo! —exclama Plumas, sonriente—. Seguiré tus instrucciones. —Se levanta y pega los brazos a los costados—. Es para ayudar al Colectivo.

Suma frunce el ceño.

—¿No nos informaría el Colectivo si hubiera habido un cambio en el mando?

Esto va a ser complicado, pero si consigo crear el defoliante, podríamos estar de vuelta en Sagan en un día. Merece la pena.

Se me acelera el pulso y me vuelvo con determinación hacia Suma.

—La canciller me lo pidió en privado. —Pienso en la cueva—. Tengo que llevaros a una posible zona de asentamiento para comprobar su seguridad. Todavía no debemos mencionarlo delante de nadie, por no darles esperanzas. Pero, si lo conseguimos, será un gran éxito para el Colectivo.

Suma entorna los párpados y se me queda mirando.

—Si queréis más *cuentos*, tenéis que aceptar —digo.

Rubio frunce los labios.

—Acepto.

Plumas se agacha y mira esperanzada a Suma.

—Zeta-2, por favor...

Puede que sea nuestra única oportunidad de escapar. No puedo permitir que Suma influya en los demás.

Levanto la barbilla al recordar cómo le había hablado Voxy al hombre del ascensor.

—A no ser, claro está, que dudes de que la canciller sepa qué es lo mejor para la supervivencia del Colectivo.

En vez de contestar, Suma se concentra en trenzarse el pelo. Cuando termina, deja escapar un suspiro profundo.

—Creo…

La puerta se abre y entra Crick con las manos entrelazadas a la altura de la cintura.

—Expertos Zetas —dice moviendo sus labios delineados de azul.

Lo seguimos hasta la planta principal para nuestra comida diaria.

Como todos los días, cojo mi cuadradito de la bandeja del chico del biopán. Y, como todos los días, no me presta atención.

La cadena de montaje está creando la comida del Colectivo, como siempre. Me planteo acercarme con sigilo a la pila de biopán terminado y robar más, pero, llegados a este punto, no puedo permitirme correr ese riesgo. Un grupo está reparando unos monos impolutos, mientras que otro limpia el suelo, que ya está limpio y reluciente. Hay personas colgadas de arneses en lo alto, como diminutas motas de polvo flotante, ocupadas en limpiar el techo.

El grupo que siempre charla a la hora del biopán vuelve a estar reunido a un lado. De nuevo, me acerco. Ahora, sin Glish, el pez martillo y los demás han vuelto a charlar de cosas sin importancia.

Plumas, Rubio, Suma y yo tardamos menos de un minuto en comernos nuestra ración diaria.

Pienso en el tiempo que mi familia pasaba en la mesa de la cocina durante las comidas. Mi madre se bebía tranquilamente su café y movía la cabeza como un metrónomo, adelante y atrás, mientras hacía su crucigrama. Javier parloteaba sobre un nuevo miembro de Gen-Gyro-Gang o se pasaba diez minutos asegurándole a mi padre que era posible llegar al cerebro si uno se metía el dedo en la nariz hasta el fondo. Todo eso comparado con los cuarenta y cinco segundos que dedicamos a tragarnos el biopán.

Terminamos y seguimos a Crick, que nos lleva hasta el ascensor y a la bodega.

—Es un gran día, un día muy importante —dice.

Este día es mucho más importante de lo que él se imagina. Si soy

capaz de terminar el defoliante en el laboratorio sin levantar sospechas o sin que Suma le suelte a Nyla lo que acabo de contarles, en cuestión de veinticuatro horas estaremos en Sagan para siempre.

Las puertas se abren y vemos que la bodega está repleta de gambas fantasma. Como en un baile coreografiado, las cápsulas vacías se elevan del centro de la bodega y unas cajas metálicas de provisiones ocupan su lugar, preparadas para la descarga.

Alinean las cápsulas una a una a lo largo del perímetro, como si fuera el muro de ladrillos blancos de un jardín. Cada cuatro cápsulas hay barriles de reluciente gel verde de estasis, un recordatorio de que todavía pueden usarse en caso necesario. Me pregunto cuánto le queda a Nyla para crear a nuestros sustitutos. Se me revuelve la comida en el estómago como si fuera leche agria.

Crick nos conduce más allá de la luz azul parpadeante de la sala de raciones vacía.

Dejamos atrás el bullicio y nos dirigimos a la tranquilidad de los laboratorios de investigación.

—Zeta-2 —dice Crick, señalando un laboratorio—. ¿Necesitas ayuda?

Suma resopla, arquea las cejas y responde:

—No.

Juraría que mira de reojo a Rubio antes de entrar y cerrar la puerta.

Crick asiente para dar su aprobación.

—Bueno, pues el siguiente —dice, y seguimos avanzando por los laboratorios.

Cuando dejamos a Rubio, el chico da una palmada y masculla:

—Por fin puedo ponerme a trabajar.

Plumas camina delante de Crick y de mí. Gira a la izquierda y entra en un laboratorio donde ya están apiladas en la mesa sus bolsas de recolección. Cada roca y piedra está colocada en su propia placa de Petri, al lado de un espectrómetro. Se despide moviendo la mano por encima de la cabeza y cierra la puerta.

—Hum —masculla Crick, que tiene que retroceder de un salto para evitar que la puerta le dé en la cara.

Seguimos hacia la esquina trasera de los laboratorios.

—Me han dicho que me has arruinado la sorpresa —dice.

Me da un vuelco el corazón. Me aclaro la garganta.

—¿Sorpresa?

—La canciller me ha dicho que ya has conocido a Épsilon-5.

—Ah, s-sí —tartamudeo—. No pude esperarme. Lo siento.

—Bueno, es una suerte que tengas un compañero. Tiene mucho talento.

Siento más curiosidad que nunca por saber quién era el viejo científico en la Tierra para que Crick considere que tiene un talento especial.

Abre la puerta, pero Épsilon-5 no está dentro. El laboratorio huele a productos químicos quemados. Se oye el zumbido sordo de deceleración de una centrifugadora hasta que se detiene.

Hay una incubadora a treinta y siete grados Celsius, una temperatura demasiado alta que no tiene sentido para un defoliante con el que matar la vida vegetal de Sagan y terraformar. Es justo la clase de retraso que no puedo permitirme. Corro a la incubadora y el sensor emite un pitido cuando lo reconfiguro a treinta grados. Sé que no es culpa de Épsilon-5. No sabe que tengo prisa. Y me siento peor todavía por enfadarme con él, teniendo en cuenta que pienso dejarlo atrás.

—Bueno, parece que aquí estás cómoda. ¿Puedo ayudarte con algo más? —me pregunta Crick.

Agito la mano como si fuera un mosquito que me molesta, imitando lo que han hecho los otros.

Suspira y se sienta en un banco, cerca de la puerta.

—¿Necesitas algo? —le pregunto.

—No no. Es que el Colectivo quiere recibir actualizaciones.

—Por supuesto.

Que observe todo lo que hago no va a cambiar lo que necesito hacer. Estoy segura al noventa y nueve por ciento de que, de todos modos, no tiene ni idea de lo que estamos haciendo en el laboratorio.

Aprovecho la oportunidad para comprobar lo que dijo Nyla y examinar una de mis muestras de agua del lago. Pongo una en una centrifugadora vacía para analizar las partículas. Sin embargo, con el

resto uso uno de los kits de tiras de ensayo. Al cabo de una hora, sé que contiene un parásito desconocido similar al *Cryptosporidium*, pero no hay metales pesados. Filtro el agua a través de una pajita y esta elimina fácilmente el parásito. Después analizo las partículas y veo que el sedimento no es más que arena, así que se puede beber perfectamente con las pajitas de purificación.

Eso significa también que sé cómo tratar las enredaderas del lago. Abro el cajón de arriba de la mesa de trabajo y, efectivamente, hay un mechero de pedernal. No puedo creerme que, con toda la tecnología que me rodea, en una nave que ha viajado por toda la galaxia, utilicen un encendedor como el de mi laboratorio de química de primaria. Saco un par de mecheros y varios pedernales de recambio y me los meto a toda prisa en el bolsillo.

Empiezo a cocinar un poco de sopa de enredadera de lago hirviéndola en un matraz de quinientos mililitros. Cuando ha hervido lo suficiente como para matar los *Cryptosporidium*, me sitúo de forma que Crick no pueda verme y saco un trozo más pequeño con fórceps, cierro los ojos, recito una oración muy rápida, me lo llevo a la boca y mastico. Está un poco resbaladizo, no es *sopa de nopal*, pero lo prefiero al biopán. Le doy una palmadita a los mecheros de pedernal que llevo en el bolsillo y me siento como si ya hubiera conseguido dos de las cosas que necesitamos: comida y fuego. Levanto el puño mentalmente para celebrarlo y me pongo el traje protector para empezar a preparar el defoliante.

Decido pasarme la tarde determinando cómo matar aquello que puede matarnos primero. Sin embargo, cuando abro el frigorífico donde estaban colgadas mis bolsas con las hojas de bordes rojos, no están. Me vuelvo hacia Crick.

—Mis plantas no están.

Él arquea las cejas.

—¿Tus plantas?

Me doy cuenta de mi error de inmediato.

—El resto de las muestras del Colectivo están aquí, pero no las que necesito primero.

Asiente.

—Seguro que Épsilon-5 sabrá responderte.

Sonrío.

—Por supuesto. —Pero el estómago me cosquillea como si estuviera lleno de mariposas de agua—. Empezaré con las otras muestras.

Medito sobre qué defoliante funcionará tanto con la cubierta vegetal inofensiva como con las orejas de elefante. Tal como suponía, en el laboratorio hay cantidad de ácido diclorofenoxiacético y triclorofenoxiacético. Suficiente para eliminar todos y cada uno de los animales y plantas de Sagan. Sin embargo, los productos químicos de estos defoliantes terrestres también mataban a la mayoría de los peces y mamíferos, humanos incluidos. Igual que los del Agente Naranja. Al parecer, el Colectivo no se opone tanto a todas las reliquias y otras cosas «de la Tierra».

En vez de usar algo que nos podría hacer daño, mezclo un surfactante, NaCl y un derivado químico del ácido acético; es decir: lavavajillas, sal y vinagre. Puede que no dé los resultados rápidos que desea Nyla, pero si era capaz de evitar que las hostas de la señora Tronsted invadieran las bayas de mi madre, seguro que es capaz de acabar con las plantas de hojas enormes y con la cubierta vegetal sin contaminar el agua ni la tierra de Sagan.

Pongo muestras de hojas y cubierta en placas de Petri, y las rocío con mi poción inocua para el medio ambiente.

Es última hora de la tarde y ya casi he terminado cuando regresa Épsilon-5. Sonríe.

—Bienvenida de nuevo.

Se acerca a la mesa de trabajo arrastrando los pies; uno de ellos lo tiene un poco torcido hacia dentro, como el de *Papá* después de su derrame. Ya se ha puesto el traje, pero lleva colocadas las gafas de laboratorio encima de la cabeza.

—Gracias —respondo, y le devuelvo la sonrisa antes de ponerle delante las muestras de plantas, que ya se están muriendo.

—¿Triclorofenoxi…?

—No ha sido necesario —contesto sonriente.

Le enseño los ingredientes que he usado.

—Así el Colectivo podrá asentarse antes.

Asiente con la cabeza.

—Buen trabajo, Zeta-1.

Crick se levanta.

—Entonces ¿está terminada la tarea?

Epislón-5 responde por mí.

—Por supuesto que no. Tenemos que hacer un ensayo de control y después calcular unas cuantas variables.

Le paso a Episolón-5 un matraz de Erlenmeyer y él sale corriendo hacia el lado opuesto del banco, como si nos leyéramos la mente.

Después, mira a Crick por encima del biombo.

—Nos va a llevar un rato.

Tiene razón. Podría llevarnos un rato. Me pregunto si a él también le fastidia la presencia de Crick y se me ocurre que podríamos haber sido más amigos de lo que había pensado en un principio.

Crick suspira.

—Comprobaré cómo van los demás y volveré más tarde —dice antes de salir del laboratorio.

Como si lleváramos veinte años trabajando juntos en una cadena de montaje, Épsilon-5 y yo cortamos muestras y preparamos placas sin necesidad de decirnos el uno al otro lo que estamos haciendo ni lo que hacer a continuación. Solo me detengo cuando me doy cuenta de que, de vez en cuando, se sujeta la mano para reprimir un temblor.

Al cabo de unos minutos se asoma desde el otro lado del biombo.

—Ayer nos interrumpió la canciller.

Pienso en lo bellas que eran las vistas del planeta, pero sé que Crick sospecharía si tuviéramos la ventana abierta en vez de estar centrándonos en el trabajo.

—Me preguntaba… —dice Épsilon-5.

—¿Sí?

—¿Viste otras criaturas, aparte de las mariposas acuáticas?

Sonríe y se me cae el alma a los pies. Si hay alguien que se merezca ver las criaturas de Sagan, ese es él.

Le devuelvo la sonrisa y él regresa a su trabajo.

—Bueno, vi a un animalito peludo de orejas redondas —respondo, sabiendo que no comprenderá el término *minichinchilla*. Levanto un

bulbo de succión—. Más o menos de este tamaño.

Cuando alzo la mirada, lo veo esbozar una sonrisa que le deja al aire el hueco del diente.

Levanto un tapón de goma.

—Las orejas eran así de grandes.

Se ríe.

—¿Crees que era peligroso?

—No he visto ninguna vida animal en el planeta que sea peligrosa —respondo.

De repente, adopta un tono un poco más sombrío.

—¿Nada de nada?

—Por ahora, no —respondo con sinceridad.

—Hummm —murmura antes de seguir cortando muestras para el control.

—Corretea por ahí —sigo explicando— y se come todas las hojas que encuentra para llenarse la barriguita, salvo… —Señalo el lugar en el que guardaba las muestras de las hojas de bordes rojos—. Salvo, por supuesto… ¿Sabes dónde están las bolsas de muestras de ese frigorífico? Tenemos que analizarlas.

—Ah, se me olvidó comentártelo. El Colectivo decidió que tenía que usarlas todas de inmediato para crear otra cosa.

Doy un respingo; no estoy segura de por qué iba a tener que usar todas las muestras de la planta más mortífera de la historia de la galaxia para probar un herbicida. Debe de haberse equivocado, seguro que quería decir «probar» y no «crear».

—¿Y ya has terminado?

Deja escapar el aliento y abre mucho los ojos.

—Pues sí. No tardé nada. —Niega con la cabeza—. Es peligroso trabajar con ella, pero muy fácil de extraer.

—¿Extraer? —suelto, con la esperanza de que esté confundido—. ¿No querrás decir «erradicar»? ¿Para probar un herbicida?

Pienso en la temperatura de la incubadora cuando llegué. Estaba programada para cultivar algo. Se me entumece la cara.

—No. La canciller fue muy específica al respecto —dice—. Debía crear una toxina transmitida por aire con una vida media corta. Una

que tenga efecto inmediato, pero que después deje el aire respirable para la población humana. Deben de haber encontrado una forma de vida que constituye un obstáculo para la seguridad del Colectivo. Una criatura tan amenazadora que los haya obligado a suspender todo lo demás hasta contar con una toxina mortífera.

De repente me siento como si estuviera en gravedad cero, sin nada que me ancle a lo que me rodea. Mientras yo celebraba en el ascensor que los primeros pobladores estaban cerca, ni se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que el Colectivo estuviera conspirando para exterminar a «los hostiles».

—¿Qué hemos hecho? —susurro.

Me tiembla tanto la mano que tengo que dejar mi matraz para que no se me caiga. Sin embargo, ya sé lo que hemos hecho. Deben de tener una idea bastante exacta de dónde se encuentran los primeros pobladores. Y, cuando regresemos a la superficie, si escapamos para encontrarlos, ¿qué impedirá al Colectivo emplear el veneno para matarnos a todos?

Mi única opción es encontrar la toxina que ha fabricado Épsilon-5 e intentar destruirla. Y tengo que hacerlo antes de mañana.

—Me he pasado una unidad entera ayudándolos con sus estados de ánimo —dice Épsilon-5, señalando el tónico—. Ha sido un placer ayudarlos a asegurarse de que nuestro nuevo planeta sea seguro.

Pienso en lo que sé del Colectivo. Tienen miedo. Han dejado claro que eliminarán cualquier cosa que suponga un peligro para ellos. Pero todavía no saben ni siquiera si sus filtros de epidermis…

—Espera un momento. —De repente, proceso las palabras de Épsilon-5—. ¿Los has estado ayudando durante una unidad entera? —Noto un cosquilleo en el cuero cabelludo. Si la reprogramación de Épsilon-5 es tan buena como parece, sé lo mucho que le cuesta mentir. Lo sacaron de su estasis hace…—. ¿Más de setenta años? —susurro.

Si Épsilon-5 lleva aquí tanto tiempo, era más joven que yo cuando lo sacaron de la estasis.

—Como ya te expliqué —me dice—, cuando empezamos nuestro trabajo, solo quedaban vivos unos cuantos Deltas. Antes de los Deltas, los Gammas se encargaban de esas labores para el Colectivo.

Respiro hondo, despacio, y cierro los ojos. Todos los niños que entraron en estasis el mismo día que yo… Todos ellos, viviendo sin recordar su casa, ni la Tierra, ni a su familia. Y eso si no los habían purgado ya. Me tiembla la cara sin poder evitarlo.

Épsilon-5 deja su muestra en la incubadora y regresa. Se quita las gafas y los guantes, y los deja en la mesa.

Las luces del laboratorio inciden en una marca marrón que tiene en la mano. Los puntitos me resultan familiares. Me acerco más. En el arrugado pulgar izquierdo hay una marca de nacimiento compuesta por varias pecas que forman una constelación.

Me tambaleo y tengo que agarrarme al borde de la mesa.

Épsilon-5 corre a tenderme una mano.

—Deja que te ayude.

Se la estrecho y me dejo caer en la silla. Después le tiro de la mano y le acaricio la marca con el dedo, como he hecho mil veces.

Me tiembla la voz al pronunciar un nombre que nadie ha repetido en voz alta desde hace siglos.

—¿Javier?

24

Épsilon-5, mi hermano, ladea la cabeza.

—No te entiendo.

No soy capaz de reprimir un sollozo entrecortado. Me seco los ojos y aparto la mirada.

—Dios mío.

Vuelvo a mirarlo. A pesar de lo que le han hecho a su mente, lo veo. Bajo las arrugas y el pelo blanco, está mi hermano.

—¿Zeta-1? —pregunta con una voz un poco menos rígida—. ¿Qué te pasa?

Sus ojos tienen la misma expresión que cuando me golpeé el dedo del pie con su cama, hace ya tantos años.

Ahora la piel le cuelga bajo los iris castaños, lechosos por culpa de la edad. Javier mira hacia la bodega.

—Iré a buscar ayuda.

—No —respondo—. Solo… solo necesito un momento.

—¿Quieres un tónico?

Arrastra los pies hacia los estantes repletos de botellas rojas, verdes, azules y doradas.

No puedo respirar. Es aún mayor que *Papá*, que el abuelo, cuando murió.

Incrédula, le observo las manos temblorosas cuando me sirve un poco del tónico rojo en una taza. Quiero decirle que vaya más despacio cuando se apresura a volver desde el otro lado de la sala.

Acerca un taburete y se sienta a mi lado.

—¿Pido asistencia médica?

Aparto la bebida.

—Épsilon-5, ¿recuerdas cómo llegaste aquí? —le pregunto con la voz todavía temblorosa.

Habla despacio, como cuando Lita rememoraba un recuerdo de la infancia.

—El Colectivo decidió en qué momento resultaría más útil interrumpir nuestra estasis, como pasó contigo y los demás Zetas. Pero… —Suspira—. Los otros Epsilones envejecieron. —Se coge las manos, se las aprieta y agacha la cabeza—. Ya no queda ninguno.

Suma, Plumas, Rubio y yo… somos los últimos.

Necesito que siga siendo el Javier que me dijo que sería mis ojos. El que habría hecho cualquier cosa por mí, como yo por él.

Ahora sé a lo que se refería Lita cuando decía que a alguien le hervía la sangre. Aunque Javier no lo recuerde, no pienso dejarlo aquí para que muera sirviendo a esta gente.

Me limpio la cara con la manga y procuro que mi voz suene tranquila.

—Épsilon-5.

Me ofrece el tónico como si no supiera de qué otro modo ayudarme. Le quito la taza y la dejo en la mesa. Quiero abrazarlo o sacudirlo o gritarle… para recordarle quién es. Ahora que tenemos el defoliante, el Colectivo nos llevará a la superficie en cuanto los vientos se calmen.

—Sabes que vamos a la superficie mañana, ¿no? —le digo.

Aunque Javier no pueda crecer conmigo, aprovecharemos al máximo el tiempo que nos quede juntos.

—Sí. Una misión de reconocimiento. Estoy deseando que me cuentes lo que…

—Voy a necesitar tu ayuda.

Abre mucho los ojos.

—¿Mi ayuda?

—Sí. No hay nada que temer.

—No tengo miedo. Haré lo que sea para servir al Colectivo. —Niega con la cabeza—. Pero no voy a bajar al planeta. La canciller me dejó claro que me necesitan aquí.

Me aclaro la garganta para que no me tiemble la voz.

—Estoy de acuerdo en que debemos hacer lo que sea para ayudar al Colectivo. Y le explicaré a la canciller por qué necesito que me acompañes para probar el defoliante.

Sin embargo, ¿de qué me sirve que esté en Sagan, con nosotros, si el Colectivo libera la toxina y nos mata a todos?

—También me preguntaba…

—¿Sí? —inquiere, y se me acerca más.

No puedo vacilar. Me queda muy poco tiempo para destruirla.

—¿Me puedes decir dónde has almacenado la toxina?

Ladea la cabeza, desconcertado.

—Es solo por curiosidad —le aclaro.

Asiente.

—La puse en…

La puerta se abre de repente, y entran Nyla y Crick.

Se nos acercan, y tanto Javier como yo nos enderezamos.

—¿Está ya casi completo el defoliante? —pregunta Nyla.

—Sí —respondo antes de que Javier pueda hablar; como diga lo que no debe, se acabó todo.

La canciller nos sonríe.

—Los dos habéis completado vuestras tareas tan deprisa como me imaginaba.

—Solo quería comentarte una cosa —añado, y señalo el frigorífico donde guardaba las hojas de borde rojo—. Creo que puedo mejorar la toxina que ha creado Épsilon-5.

Nyla observa a Javier.

—Zeta-1, ¿estás diciendo que lo que ha creado Épsilon-5 es deficiente? —pregunta Crick.

Javier mira más allá de donde ellos se encuentran, hacia la bodega, seguro que intentando averiguar qué se le ha pasado.

Doy un paso hacia Nyla y Crick. No me gusta cómo ella mira a Javier.

—No, no —respondo rápidamente—. Pero puedo reducir la vida media y, a la vez, multiplicar por diez la potencia.

Debo ganar algo de tiempo para averiguar cómo destruirla.

Nyla pasa junto a nosotros y camina lentamente hacia la pared

vacía que oculta la ventana. Pulsa el botón y la pared se desliza hasta introducirse en su ranura. Una luz dorada baña el laboratorio.

—Pero la toxina de Épsilon-5 ya está preparada y lista para usarse —dice mientras contempla la superficie de Sagan.

—Sí, pero, aunque es efectiva, ningún ser humano podrá ocupar el planeta durante un tiempo.

Nyla cruza los brazos sobre el pecho y se queda completamente inmóvil. Nadie dice nada. ¿Qué está tramando ahora?

Doy un paso vacilante hacia ella, como si me acercara a un tigre.

—Al reducir la vida media, podrás ocupar el planeta mucho antes —sigo, con la esperanza de que no sea capaz de resistirse—. Y, al aumentar la potencia, no solo no sobrevivirá toda la vida animal en varios kilómetros a la redonda, sino que ocurrirá de forma casi instantánea.

Veo que sube y baja los hombros al respirar profundamente.

Crick se pone su lado.

—¿No deberíamos esperar para ver si Len… los resultados de nuestros filtros epidérmicos? No tardarán mucho. Puede que, al fin y al cabo, tengamos que irnos y no necesitemos usar la toxina.

Nyla sigue observando Sagan.

—Aunque nos vayamos, ¿quién dice que el Colectivo no necesitará este planeta en el futuro? —Se vuelve y mira a Crick a los ojos—. Es mejor eliminar todas las amenazas ahora por lo que pueda ocurrir después, aunque sea dentro de muchas unidades.

Todo lo que decía mi padre era cierto: con tal de conseguir sus objetivos, de erradicar las guerras y el hambre, están dispuestos a cometer las peores maldades.

Procuro imitar lo más posible el acento monótono típico del Colectivo.

—Voy a necesitar acceso al suministro de la toxina para hacer los cambios. —Me noto la visión borrosa por los bordes, como si fuéramos en el aerocoche y hubiéramos girado demasiado deprisa—. Por el Colectivo —añado.

Todo está en silencio, salvo por el zumbido sordo de la centrifugadora.

Por fin Nyla le hace un gesto de asentimiento a Crick, y este se marcha.

Señalo el defoliante que me había pedido, es decir, mi mezcla de lavavajillas, sal y vinagre.

—Pero sí que te hemos terminado esto —le digo, procurando incluir a Javier, para que no piense que es un inútil—. Despejará casi toda la cubierta vegetal en cuestión de días.

Crick entra de nuevo en la cámara y me pasa una bandeja metálica con divisiones que contiene unos viales diminutos de un líquido verde brillante, el mismo color de las hojas tóxicas. La deja en el banco del laboratorio.

Javier masculla para sí:

—Puede que no calibrara bien la incubadora.

No puedo decirle todavía que su veneno era el más mortífero jamás creado, pero, cuando salgamos de esta, le contaré lo inteligentísimo que es. Aunque podría haber acabado con la humanidad tal y como la conocemos. ¿Cómo podía saber que las «criaturas peligrosas» que quería exterminar eran pasajeros como nuestros padres y como nosotros?

—Épsilon-5 —le dice Nyla mientras le apoya una mano en la mejilla, y tengo que tragarme el impulso de apartársela de un manotazo.

—¿Sí, canciller? —responde él en voz baja.

—¿Todavía te sientes útil? —le pregunta ella en un tono de voz aún más bajo, aunque sus palabras me hielan la sangre.

Javier arruga la frente.

—Bueno… —vacila.

Pienso en Ben y en cómo los primeros monitores, hace ya tanto tiempo, lo purgaron cuando ya «no era útil». Me interpongo entre ambos de un salto y miro a Nyla.

—En realidad, el error fue mío. Cambié la temperatura de la incubadora.

Nyla ladea la cabeza.

—Crick me vio —añado.

Nyla se vuelve hacia Crick, que abre mucho los ojos.

—Pues sí, es verdad, Zeta-1 insistió bastante en que algo estaba mal configurado.

La canciller respira hondo, ladea la cabeza y asiente; al parecer, acepta la explicación.

—Es comprensible. Tu cerebro recién actualizado todavía está aprendiendo a flexionar sus músculos.

—Sí, canciller, eso es, justamente. —Me aclaro la garganta—. Y, como mi mente mejora día tras día, iba a preguntarle si Épsilon-5 podía acompañarme mañana a la superficie. Formamos un buen equipo. Mis conocimientos, unidos a su experiencia.

Miro a Javier justo a tiempo de ver que se sujeta una mano para que no le tiemble; después, como si nada, empuja las toxinas hacia el otro lado del banco, donde está el defoliante. Los viales tintinean cuando mueve la bandeja.

La voz me tiembla tanto como las manos de Javier, pero no consigo evitarlo.

—Con su ayuda, serviríamos mejor al Colectivo.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Hay algo más que quieras…?

Oímos un golpe metálico, seguido de otro más fuerte que procede del otro extremo del banco de trabajo. Contengo el aliento mientras contemplamos la bandeja llena de tubos de ensayo que ha caído al suelo.

Por un momento, creo que es el fin para toda la nave. Exhalo, aliviada, cuando veo unas cuantas burbujas producidas por el lavavajillas derramado.

—Perdón —dice Javier, que se agacha para recoger los cristales rotos de mi asesino de plantas.

No me lo está poniendo nada fácil. Tengo que sacarlo de esta nave lo antes posible.

Crick se aclara la garganta.

—Canciller, el Colectivo está esperando para debatir nuestra estrategia —le dice mientras hace un discreto movimiento de cabeza hacia el veneno verde brillante.

Sea cual sea el «debate», si tiene que ver con sus planes, tengo que

estar presente. ¿Cómo se han puesto tan mal las cosas tan deprisa?

A Nyla se le ensanchan las fosas nasales al respirar.

—Confío en que tengas nuestra toxina mejorada en un día.

Nos da la espalda y pulsa el botón de la pared, que se cierra, llevándose a su paso la luz dorada del sol y las lunas de Sagan.

La canciller sale del laboratorio, con Crick detrás.

Corro al lado de Javier y echo los cristales rotos de la encimera a la basura.

Salvo por el tintineo de los fragmentos, todo está en silencio. Quiero decirle que siento haberle hecho pensar, aunque solo fuera por un segundo, que no era tan valioso como todos los demás.

—¿De verdad sabes cómo aumentar la potencia? —me pregunta.

Todavía no puedo contarle la verdad.

—Épsilon-5.

—¿Sí?

—A partir de ahora, yo le presentaré la información a la canciller.

Me mira con la boca ligeramente abierta.

Me avergüenza hacerlo, pero tengo que protegerlo como sea.

—Es… es lo mejor para el Colectivo —le digo, ya que es el único método que quizá acepte. Me muerdo el interior de la mejilla. Es por su propio bien y me quedo sin tiempo. Tengo que destruir la toxina sin que nadie me vea—. Y… —vacilo— creo que trabajaré más deprisa sola para sustituir el defoliante derramado.

Él mira la pila de cristales rotos.

—Tienes razón. —A Javier le crujen las rodillas cuando se levanta. Me sonríe—. Me estoy haciendo viejo. Si se te ocurre alguna forma de que pueda seguir siéndole útil al Colectivo, no dudes en decírmelo.

Sale de la sala con paso lento y lo veo marcharse mientras me trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

Cada fibra de mi ser me grita que salga corriendo tras él, que lo abrace, que le cuente lo mucho que lo siento. Pero no me queda tiempo. Cuando termine lo que necesito hacer, me pasaré el resto de su vida compensándoselo.

Corro al banco de trabajo y coloco la mano enguantada sobre el vial cuyo contenido podría matarme diez veces seguidas.

Mientras me pongo las gafas, examino todos los estantes en busca de algo que pueda neutralizar la toxina. La respuesta es la dilución, pero no hay agua suficiente en la nave para diluir esta concentración de veneno. Necesitaría un suministro interminable de agua y oxígeno.

«El gel preserva los tejidos de forma indefinida, y elimina las células senescentes y los residuos. No solo proporciona los nutrientes y el oxígeno que el cuerpo necesita para un periodo tan largo en estasis, sino que la lidocaína del gel también entumece las terminaciones nerviosas, de modo que el frío del gel resulte cómodo al despertarse».

Si el mejor antídoto para los venenos es la dilución, ¿qué mejor dilución que un producto químico diseñado para añadir agua y oxígeno de forma constante durante cientos de años?

En cuanto lo haga, se activará un cronómetro que no puedo reiniciar. Pase lo que pase, tendremos que salir de la nave mañana, antes de que descubran que he saboteado su plan.

Entro con determinación en la bodega y paso junto a unos trabajadores ocupados que ni siquiera me miran. Me acerco al barril más cercano, al lado de una cápsula; su botón naranja intermitente ilumina una y otra vez el nombre «Fu, Jie Ru». Saco un litro de pringue verde del barril de la bodega y regreso al laboratorio.

Camino a toda prisa porque sé que la reunión de Nyla ya debe de estar empezando. Entro, cierro la puerta y dejo el gel de estasis al lado de la toxina. Me pongo un traje de protección completo y me calzo los guantes.

Me tiemblan los dedos. Rápidamente, antes de que venga nadie a hacerme preguntas, uso una pipeta para verter gel en todos los viales. Corro al laboratorio de al lado y busco un toxímetro. Regreso y apunto con él al primer frasco. Se ilumina y pone «DL50,001 nanogramos por kilogramo». Después parpadea para recalibrar. DL50,0015 nanogramos por kilogramo. Está funcionando; la cantidad necesaria para matar al cincuenta por ciento de la población aumenta, lo que quiere decir que cada vez es menos eficaz. Espero unos minutos interminables. DL50,003 nanogramos por kilogramo. El gel de estasis lo está diluyendo, pero…

—No lo bastante deprisa —susurro.

Me estrujo el cerebro. ¿Superóxido de potasio? Hay una botella entre los productos químicos que tengo justo delante. Tiene sentido que en la nave haya existencias del supergenerador de oxígeno que usaban hasta los primeros astronautas. Sin embargo, es demasiado arriesgado mezclar un polvo explosivo con la solución tóxica sin saber cuáles podrían ser las consecuencias.

Registro el laboratorio y veo la boquilla de oxígeno estándar dentro de la caja de guantes sellada. No será rápido, pero es lo mejor que se me ocurre. Un flujo continuo de oxígeno sale por la boquilla cuando giro el pomo. Coloco con cuidado los viales dentro y sello la caja.

Con la cabeza enmascarada contra la ventana de plexiglás, meto las manos en los guantes y quito los tapones de los frascos. Apago la luz de la unidad y pulso «opaco» para ocultar lo que hay dentro. Me detengo junto a la puerta y vuelvo la vista atrás con la esperanza de que, cuando regrese para comprobar el estado de la toxina, la DL de 50 se haya convertido en 0,000 nanogramos por kilogramo.

25

Como ocurrió la noche de la fiesta, las gambas fantasma están reunidas en toda su pálida gloria en la zona común, con la canciller Nyla subida a un pedestal en el extremo más alejado. Desde donde estoy parece muy pequeña, aunque eso no la hace menos temible.

Cuando llego a medio camino de donde se encuentra, veo una cascada arcoíris de tónico en una mesa del tamaño de mi dormitorio de casa. Los tónicos de colores están distribuidos en tres niveles y caen poco a poco sobre los vasos para llenar uno a uno los del piso de abajo. El vaso inferior apenas tiene tiempo de llenarse de lo deprisa que los recogen los presentes. Cada vez que se llena, el chico del biopán está preparado y coloca uno vacío para reemplazarlo.

Aunque la gente está repartida por toda la sala, nunca había visto tan llena esta planta de la nave.

Detrás de Nyla han proyectado un fondo con el cielo dorado y morado de Sagan. Un holograma de las cascadas de tres niveles que vi en el planeta cae desde la montaña. Y entonces comprendo su extraña alternativa de decoración festiva con los tónicos.

En el techo, las palabras «Sacrificio», «Compromiso» y «Acuerdo» parpadean de forma intermitente.

La canciller agita los brazos y, en un instante, como cuando estábamos entre la Tierra, la Luna y el cometa Halley la noche de la fiesta, la superficie de Sagan nos rodea de repente. En vez de la colosal sala blanca, hay bosques de árboles oscilantes y un lago de aguas de color turquesa, como si estuviéramos allí. De vez en cuando la imagen tiembla un poco, por culpa de los errores en la grabación de los

drones.

Un hombre baja la mano para acariciar una minichinchilla. Una mujer del grupo matutino de biopán se inclina sobre el borde del lago para contemplar el resplandor morado de un grupo de mariposas acuáticas que ocupa el lugar del suelo pálido. Aunque sea virtual, no se lo merecen.

Nyla mueve un brazo hacia delante y atraviesa la proyección de una hoja de oreja de elefante con la mano.

—Bienvenido, Colectivo. Tengo el gran placer de anunciar nuestros planes.

He llegado justo a tiempo. Corro a ponerme al frente, abriéndome paso entre la red de personas y procurando ir agachada para que no me vean. Veo al pez martillo cerca de la primera fila y sigo avanzando hasta quedarme detrás de él.

Todavía no sé si lo que he hecho en el laboratorio destruirá la toxina. Y aún estoy menos segura de si seré capaz de convencer a la canciller para que permita que Javier baje a Sagan conmigo.

—Nuestra llegada estuvo cargada de inquietud —dice, aunque no suena demasiado preocupada—. El largo viaje ha puesto en peligro el estado físico del Colectivo. Nuestros predecesores modificaron nuestra genética para protegernos.

»Acabo de saber que hemos perdido a uno de los miembros del Colectivo que investigaba el planeta —dice hablando de Len, sin sentimentalismo.

El pez martillo agacha la cabeza un momento y le da un trago a su cóctel bloqueador del sistema nervioso. Cuando levanta de nuevo la cabeza, está completamente inexpresivo.

El corazón me revolotea como si hubiera tomado demasiado chocolate de Lita. Ya sé lo que significa esto: si Len ha muerto, el planeta no es seguro para ellos. No se quedarán. Pero, como dijo Nyla, tienen que prepararlo para el futuro. Me queda menos tiempo del que pensaba.

—Hemos determinado que la causa ha sido una reacción imprevista de nuestros filtros epidérmicos a la proximidad del sol enano. Este contratiempo no es una decepción, sino tan solo un cambio de planes

temporal, hasta que podamos reconfigurar nuestros filtros y regresar.

Un blanco transparente con forma de mira láser aparece en el holograma detrás de Nyla. La canciller señala el centro del blanco, que está sobre la zona por debajo de la catarata inferior.

—Nuestros drones de rastreo han encontrado la ubicación exacta de un asentamiento habitable.

El corazón me martillea el pecho. Una mezcla de murmullos y aplausos esporádicos recorre el habitáculo. La persona que tengo delante apunta directamente al blanco, bajo la catarata más pequeña. El hueco abre una línea directa al campo visual de Nyla, así que me agacho un poco más.

—Entiendo vuestra confusión, dado que nuestro objetivo era evitar a los hostiles. Sigue siéndolo —añade mientras levanta un cubito y sonríe como si fuera el infomercial de un aglutinante maravilloso—. No obstante —dice cuando la luz incide en el cubo—, antes de marcharnos, aseguraremos la paz eliminando cualquier posibilidad de una guerra futura.

Como en la Torre del Terror de Disneyland, me da la sensación de que la tierra se hunde bajo mis pies. Dentro del cubo hay un vial del reluciente veneno verde. Me obligo a mantener la calma; espero que el contenedor sea estanco. ¿Cómo se lo ha llevado? Si no lo destruyo, solo con ese frasco podría matar a todos los pasajeros de la nave, por no mencionar a todos y cada uno de los terraformadores, a mí, a Javier y a los otros niños. Pero ahora mismo no hay forma de volver a la caja de guantes sellada sin delatarme.

—Si el Colectivo regresa algún día a este planeta, lo hará con la genética correcta en nuestros filtros epidérmicos. Aunque podríamos tardar varias unidades, nos aseguraremos de que este asentamiento pertenezca al Colectivo y nada más que al Colectivo. En realidad, detener a quienes destruirían este planeta como destruyeron el suyo no es más que un gesto de generosidad. ¡Un nuevo origen!

—¡Un nuevo origen! —responden los demás.

«La que no se arriesga…». Doy un paso adelante entre la multitud, como un cuervo entre una bandada de palomas blancas. Levanto la mano torpemente para llamar su atención.

Nyla clava sus ojos pálidos en mí.

—Perdonad —dice; se baja de la tribuna y se me acerca, con el vial sujeto descuidadamente en la mano, como si no tuviera importancia.

Respiro hondo y dejo escapar el aire despacio, entre los dientes.

La canciller se me acerca y me mira con curiosidad.

—Zeta-1, ¿por qué estás aquí? ¿Va todo bien?

Sonrío y señalo con calma el frasco, como si fuera un ingrediente perdido para hacer galletas.

—Me he fijado en que nos faltaba parte de nuestro suministro esencial.

Me aclaro la garganta y alargo la mano para escamotearle con mucha precaución el veneno de entre sus dedos larguiruchos.

Me observa con curiosidad mientras me lo guardo en el bolsillo.

—Los tiempos de incubación son cruciales para la potencia —digo.

Ella alza el brazo y me apoya los dedos helados en la mejilla, como antes hizo con Javier.

—Eres lista… para ser de los de tu clase.

¿De mi clase? Aprieto los dientes, pero no es el momento.

—Puede que no lo bastante —respondo, y dejo escapar un suspiro falso que espero que no parezca demasiado exagerado.

La canciller arruga sus exiguas cejas.

—¿Qué quieres decir?

Imito su ceño fruncido, fingiendo preocupación.

—Me preocupa que nuestra última misión para probar lo que hemos creado no salga bien si Épsilon-5 no me acompaña —digo, fingiendo decepción—. Su experiencia sería de gran ayuda. —Saco el vial y lo sostengo en alto para dar énfasis a mis palabras—. Hay muchas cosas que hacer y poco tiempo para hacerlas. Tengo que centrifugar, transferir, volver a incubar y…

Ella se me acerca un poco más, sonriente.

—Por supuesto.

—¿Por supuesto… que Épsilon-5 puede acompañarme? —pregunto, esperanzada.

—No. Por supuesto que puedes volver a tu trabajo. —Me mete un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. No hace falta otra misión

de reconocimiento.

Trago saliva. Se van de inmediato.

Me alejo un paso de ella y vuelvo a guardarme el veneno.

—Me pondré a trabajar —le digo.

Doy media vuelta y camino a paso ligero hacia el ascensor, sin mirar atrás. Dejo atrás la cascada de tónico. El chico del biopán hace visera con una mano sobre la frente y observa algo que vuela entre los árboles holográficos de oreja de elefante. Un chorro de tónico rebosa de un vaso y cae al suelo formando un charco rojo.

Si quiero vivir…, si quiero que Javier viva y que los niños disfruten de una vida de verdad, tengo que sacarlos a todos de la nave. Ahora.

Pero primero necesito recuperar la mente de Javier para que acepte acompañarnos.

⁂

Corro a mi dormitorio para recoger mi bolsa, meter dentro las pajitas ocultas, enrollar mi colchón y taparlo con una manta. Funcionaba cuando me escabullía al tejado para mirar las estrellas. Sin embargo, aquí no tengo la cabeza de Josefina American Girl para que asome por debajo de la manta y me sirva de señuelo.

Fiel a su costumbre, Rubio está roncando, y Suma y Plumas duermen pacíficamente debajo de él, en sus celdas diminutas. Caigo en la cuenta de que será su última noche en la nave. En adelante podrán respirar el oxígeno fresco y dulce de Sagan mientras duermen.

Plumas se da la vuelta en la cama. Contemplo sus mejillas, redondas y sonrosadas. Javier tenía su edad cuando lo sacaron de la estasis. No me la imagino haciéndose vieja en la nave. El Colectivo le robó la juventud a mi hermano y lo metió en ese estúpido laboratorio. La idea de que alguien se pase todos esos años solo me pone enferma. No puedo permitir que les suceda lo mismo.

Recuperar a Javier parece imposible, pero estoy dispuesta a morir en el intento. Todo lo que tenga que pasar, sucederá en las próximas horas.

Recojo la bolsa con la esperanza de que así parezca que estoy

haciendo algo oficial. Meto dentro con mucho cuidado el último vial de la toxina, al lado de la carta de béisbol enrollada que encontré en la pared de la cámara de semillas.

Cuando entro en el ascensor, bajo la vista y veo que ya ha terminado la reunión de Nyla, pero no se ha ido nadie. Están reunidos alrededor de la magia holográfica de Sagan, atiborrándose del tónico de la cascada arcoíris después de conocer la noticia de que se van a pasar el resto de su vida en la nave. Como si me leyera la mente, la palabra «Sacrificio» recorre el techo subliminal del Colectivo.

Salgo del ascensor y me echo la bolsa al hombro. Recorro el perímetro de la fiesta, a través de la jungla de Sagan, en dirección a la cámara de las semillas.

Voxy está de nuevo al lado de Nyla. Me ve, pero procura seguir en su papel. Sin embargo, esta noche no está solo en calidad de acompañante, como un niñito, sino que se comporta como si él también formara parte de los actos oficiales. Espero que las palabras de Nyla en su cuarto, aquella noche, no le hicieran mella. Con lo que sabe, podría arruinarlo todo. Por otro lado, se me revuelve el estómago al pensar en la persona en la que se va a convertir. Lo saludo con la cabeza y sigo caminando hasta que llego al final de la sala, después al pasillo y finalmente me encuentro ante su puerta.

Pulso 2061 y entro a toda prisa. Me arrastro por la celda de Voxy y contengo el aliento al introducir la carta de béisbol enrollada en el diminuto agujero. La puerta se abre. Como antes, siento en la cara una ráfaga de aire que huele como la biblioteca de mi colegio. La luz dorada del holograma del sistema solar terrestre baña con un brillo espeluznante la niebla helada de la esquina.

Estoy a punto de trastabillar cuando corro hacia los cajones. El archivo iluminado de Javier sigue abierto. El libro está justo donde lo solté ayer. Lo cojo y lo guardo en mi bolsa de recolección de muestras.

La etiqueta que está justo delante de la mía y la de Javier dice: «Peña, Robert».

Las lágrimas me nublan la vista. Cuando nos fuimos estaba tan preocupada por lo que me iba a llevar que ni siquiera sé qué se llevaron mis padres. Meto la mano en la bolsa de papá y saco su

rosario. Él mismo talló, pulió y agujereó cada cuenta de jaspe de color rojo, amarillo o una mezcla de ambos. Como me dijo, todas son distintas, pero se complementan para crear el rosario más bello que jamás haya existido. Y la cuenta que encontré yo, de color amarillo dorado con una veta roja, la que no me parecía lo bastante buena, está justo encima de la cruz. No consigo tragar saliva.

Como mi padre hacía en la iglesia, coloco una cuenta entre el índice y el pulgar y acaricio la superficie. Después paso a la siguiente y me doy cuenta de que la paciencia de papá se refleja en cada una de estas piedras. Su amor y su bondad fluyen por la superficie suave hasta llegarme a los dedos.

Me lo cuelgo del cuello y noto su peso sobre el pecho. Me pregunto cómo funcionará el tema este de Jesús si estamos en otro planeta, al otro extremo de la galaxia, en otro sistema solar. Si Jesús era el hijo de Dios y Dios era el Dios del universo, ¿funciona también aquí?

Saco una foto de Lita y *Papá*. Lita lleva el vestido blanco vaporoso que hizo mi *bisabuela*. El que yo esperaba ponerme algún día. Una corona de rosas y peonías rojas, naranjas y amarillas le adorna el pelo negro y ondulado. Mi abuelo lleva un traje color canela; los dos van del brazo y ríen con la boca abierta.

Encuentro mi bolsa, saco mis vaqueros y mi camiseta, y los apretujo dentro de la bolsa de recolección.

«Peña, Amy». Me pongo la alianza de mi madre y veo que me entra. Sonrío al ver el librex de mamá: *Dos vidas enteras de crucigramas del «New York Times»*. Me la imagino a la mesa de la cocina, con el café en una mano y el holopuntero en la otra, pinchando las letras. «¡Qué listos!», exclamaría antes de negar con la cabeza cuando el librex le indicara que había solucionado el crucigrama. En cuanto llegaba el crucigrama de los domingos, empezaba a gruñir y a darle con el holopuntero.

Plumas, Rubio y Suma también deberían tener algo que les recuerde a sus padres, pero no tengo tiempo para buscarlo. Entonces recuerdo las palabras de Nyla: «Suma Agarwal será Zeta-2 durante el resto de su vida».

Me acerco al primer cajón de semillas, busco «Agarwal, Suma» y

abro la bolsa. Dentro encuentro una carpeta en la que alguien ha escrito con letra infantil «Top Secret». La abro y veo hojas llenas de pegatinas y dibujos de unicornios. Unicornios bailando, unicornios cantando, unicornios tirándose pedos de arcoíris…

Saco la ropa de Suma. Efectivamente, aquí está su sudadera de color lavanda con el cuerno de espuma plateado que le sale en espiral de la capucha. Hago una bola con su sudadera mágica y sus vaqueros, y los meto en el fondo de mi bolsa.

La siguiente etiqueta iluminada dice «Agarwal, Preeti». Abro la bolsa hermética y me llega un tenue aroma a lilas. Saco un libro de bebé y lo abro. Al pulsar la primera página, el libro deja escapar una musiquita. El holograma en 3D proyecta una imagen frente a mí. Suma está acurrucada entre dos señoras; a una de ellas la reconozco del primer día, cuando nos adelantaron en el camino. Pulso una página tras otra para ver los hologramas en los que aparece Suma con sus madres jugando en el parque, comiendo una pizza con un número cinco de vela de cumpleaños en el centro, corriendo junto a ella mientras aprende a usar un aeropatinete. En el último, Suma es un poco mayor y solo se la ve a ella y a la madre que vi. La niña mira hacia arriba, en un gesto de irritación constante, mientras arruga el otro lado del rostro, fastidiada por el beso de su madre. Trago saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta, y que debe de ser del tamaño de una pelota de golf. Sé que, cuando se libere del Colectivo, Suma daría lo que fuera por ese beso. Me pregunto qué pasaría. ¿Se divorciaron sus madres? ¿Murió la madre de los hoyuelos? Entonces pienso que, aunque no fuera como esperaba, yo todavía tengo a Javier. Suma está sola.

Ojalá supiera los apellidos de Plumas y de Rubio para llevarles también algo de su familia. De todos modos no permitiré que se sientan solos. Javier y yo seremos su nueva familia.

Mientras guardo el libro de bebé de Suma en mi bolsa, regreso a la entrada de la cámara. Igual que la última vez, me arrastro por la celda dormitorio de Voxy e introduzco la tarjeta de béisbol enrollada en el agujero para que la puerta se cierre detrás de mí.

Me cuesta bastante acceder a su celda con la bolsa llena, pero, por

fin, la dejo en el suelo y me levanto.

Cuando alzo la vista, Voxy está frente a mí. No lo había visto. Me echo la bolsa al hombro, como si colarme otra vez en la cámara fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Quería mirar otra vez. Y tú estabas ocupado con la reunión.

—Teníamos un acuerdo. Todavía no me has contado ni un solo *cuento*.

No tengo tiempo para eso, y menos si Nyla ha conseguido convencerlo. De repente comprendo por qué las historias de Lita a veces eran más… persuasivas cuando Javier y yo nos negábamos a irnos a la cama.

Voxy se aclara la garganta y cruza los brazos sobre el pecho, igual que hacía Javier con Lita.

—Me lo prometiste.

—Vale —suspiro. ¿Qué habrían hecho Lita o la *tía* Berta en esta situación?—. ¿Conoces el *cuento* de *la Llorona*?

—¿Qué es eso?

Me vuelvo hacia él y hago entrechocar las uñas.

—Es una mujer que llora. Y roba las criaturas que no se portan bien y no quieren irse a dormir.

—¿Por qué iba una mujer emocionalmente inestable a robar una criatura de su celda? —Se sujeta la barbilla—. ¿Y por qué se la iba a llevar?

Me percato de que la historia no funciona cuando la persona que la escucha se ha pasado la vida en una nave cerrada.

—Deja que empiece de nuevo. *Érase una vez* una mujer que cometió el error de enamorarse de un hombre que era tan rico como arrogante. Lo adoraba tanto que tuvo hijos con él. Pero este hombre no la quería, así que ahogó a sus hijos y después la ahogó a ella.

Voxy da un respingo, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es ahogar?

No le hago caso y sigo hablando.

—La mujer, de dientes puntiagudos y ojos ardientes, vaga por la tierra buscando a sus hijos. Si encuentra despierta a una criatura, la

confunde con las suyas y se la lleva. —Me inclino sobre él—. Puede que incluso la devore.

Me doy cuenta de lo diferente y espeluznante que es gran parte del folclore mexicano. Amor, humor, dolor, magia, almas perdidas…, todo se entreteje para crear historias que la mayoría de las culturas endulzarían.

Ni siquiera sé si esta es la versión correcta, pero era la versión de Lita y la más corta y terrorífica que conozco. Funciona.

Voxy abre los ojos como si tuviera delante a *la Llorona*.

—Eso ha sido aterrador.

—Cierra los ojos y duérmete, Voxy.

—No creo que pueda. ¿Qué clase de *cuento* era ese?

—De los que te hacen dormir —respondo.

La boca se le tuerce en todo lo contrario a una sonrisa y los ojos se le hunden al apartar la vista.

—Ahora no volveré a dormirme nunca más.

—Tengo que terminar una cosa del trabajo. Se lo he prometido a la canciller.

El niño me mira mientras se muerde el labio inferior, como hacía Javier.

—Vale, uno más. —Lo levanto del suelo y lo llevo a su celda. Después lo tapo con la manta hasta el cuello y le remeto los bordes—. *Había una vez* una hormiga diminuta que quería hacer algo más que cargar con maíz todo el día.

Voxy deja escapar un suspiro y se acomoda en su almohada.

—No sé lo que es una hormiga, pero este *cuento* suena menos aterrador…

Oímos unos pasos que se acercan por el pasillo de fuera.

—Es *la Llorona* —susurra el niño; se le abren mucho las fosas nasales.

Recojo mi bolsa, corro hasta la entrada, y aplasto la espalda contra la pared. Voxy se asoma desde lo alto de su celda y yo me llevo un dedo a los labios. La puerta se abre y Nyla entra en el compartimento.

—¡Hola! —grita el niño para llamar su atención.

La mujer va directa hacia él, sin verme.

Contengo el aliento y me pego a la jamba de la puerta para salir al pasillo. Espero a que se cierre la puerta, corro lo más deprisa que puedo, doblo la primera esquina y sigo hacia los ascensores.

Una vez que estoy a salvo dentro del ascensor, pulso el botón de la bodega. Saco el libro de Javier de mi bolsa de recolección y lo aferro. ¿Funcionará todo esto? Si Épsilon-5 no recuerda que es Javier, ¿qué hará? Me llevo el libro a la nariz y respiro el tenue olor del dormitorio de mi hermano. Tiene que funcionar. Lo guardo de nuevo en la bolsa.

Sigo bajando hasta llegar a la planta de la bodega.

Se abren las puertas del ascensor y salgo. Han movido todos los contenedores y los han acercado a la rampa de entrada para un traslado a la superficie que, al final, no se va a producir. Pero, al hacerlo, el centro de la bodega cavernosa ha quedado a oscuras, salvo por el débil brillo de los barriles de gel de estasis que hay depositados entre las cápsulas que rodean el perímetro. Corro al barril más cercano y abro la tapa. Me tiemblan las manos cuando saco de la bolsa el último frasco. Al tocar el gel con la punta de los dedos, siento que me cosquillean y me arden antes de quedarse dormidos. No puedo permitirme un error. Me busco unos guantes. Vuelvo a meter el vial en el gel, abro la tapa y lo dejo dentro, donde no lo encontrarán nunca. Me quito los guantes y también los meto dentro.

Una vez sellado el barril, dejo escapar un suspiro de alivio. El único signo de vida que detecto es una luz que sale del alojamiento de Javier, cerca del laboratorio, en la parte de atrás.

Oigo el eco de mis pasos mientras me encamino a su cabina. Debe de sentirse muy solo, confinado en ese espacio gigantesco sin nadie con quien hablar, ni cantar, ni comer. Pienso en lo mucho que semejante situación habría aterrado al Javier de siete años. ¿Alguna vez rio o lloró de nuevo después de que lo despertaran?

A cada paso que doy el corazón me late más deprisa que las patitas del *Conejo* que corría por el desierto. Llego a su puerta y alzo la mano para llamar.

Pero, de pronto, el brazo se me paraliza. ¿Y si está enfadado? ¿Y si me culpa? ¿Y si…?

Cuando su puerta se abre la luz le ilumina la mitad del rostro.

—¿Zeta-1? ¿Qué estás haciendo aquí?

El eco de su voz nos envuelve.

Dejo caer la mano.

Señala mi bolsa de recolección con una mano temblorosa.

—Ah, veo que has venido a trabajar. No te molestaré —dice, al tiempo que esconde la mano detrás de la espalda.

Sonriente, con la mano oculta, tiene el mismo aspecto que cuando me robó el dulce de Pascua de la cesta y pensaba que yo no sabía dónde estaba. Entonces quise abalanzarme sobre él y quitarle el dulce. Ahora sé que en alguna parte de Épsilon-5 está mi hermano pequeño, el que se escondió mi huevo de chocolate detrás de la espalda. En alguna parte sigue siendo Javier y quiere vivir.

Con la respiración entrecortada, lo miro, incapaz de hablar. Quiero darle la mano, hacerle recordar, contarle que no permitiré que nadie le haga daño y que ya no tiene que seguir escondiéndose.

Pero ¿cómo le afectará recibir de repente una oleada de recuerdos de Javier después de tantos años? Yo lo tengo todo fresco como si fuera ayer. Él ha vivido una vida muy larga sin ellos. ¿Querrá ir conmigo a Sagan? Puede que le guste lo que le he descrito, pero no ha conocido otra cosa más que esta nave durante el noventa por ciento de su vida. En cierto modo, soy mayor que el anciano que tengo frente a mí.

En cualquier caso, es mi responsabilidad. Y lo quiero.

Si no consigo convencerlo de que abandone la nave conmigo, se acabó. No me iré sin él.

Dejo la bolsa de recolección en el suelo.

—Épsilon-5, ¿recuerdas algo de antes de estar en estasis?

Javier ladea la cabeza.

—Ya te lo he dicho, no había nada antes…

—Eso no es cierto —le digo antes de arrepentirme de mis palabras.

Tengo la garganta seca y me cuesta tragar saliva. Si alguien se da cuenta de que no estoy en mi cuarto, o ha visto el ascensor bajar en vez de subir… Esta es mi última oportunidad.

Si logro devolverle los recuerdos, recuperará su historia. Las historias que nos contamos nos convierten en lo que somos.

—¿Te acuerdas de aquella vez que te di comida para perros y te dije que era muesli? —le pregunto.

Javier ladea la cabeza.

—¿Qué…?

—O de cuando robamos uno de los puros del abuelo e intenté encenderlo. Tú sostenías el encendedor, pero acabaste quemándome el pelo.

Sonrío.

Cierra los ojos un momento y después deja la mirada perdida, en dirección a la bodega.

—O cuando mamá encontró a Rápido herido en un sendero del desierto, detrás de casa, y tú y yo le excavamos una madriguera para poder quedárnoslo, pero rompimos el sistema de riego con la pala y se inundó el patio.

Cierra los ojos y niega con la cabeza.

—Zeta-1, no lo entiendo.

Suspiro y me acerco más a él, saco su libro y me llega el olorcillo de mi casa.

—Épsilon-5, ¿me dejas que te lea una cosa?

Arruga la frente.

—¿Solo un momento? —insisto.

Doy unos pasos atrás y me siento con las piernas cruzadas, como siempre hacíamos, salvo que ahora Javier no se podrá acurrucar en mi regazo.

—¿Por favor? Ayudará al Colectivo —le digo.

Frunce de nuevo el ceño un momento, mira con curiosidad el libro y se sienta a mi lado.

—Por el Colectivo —responde.

Se lo dejo en el regazo con cariño.

Me late muy fuerte el corazón mientras observa la cubierta.

Pierde la sonrisa cuando toca la mariposa monarca de la ilustración.

—No… —Recorre con los dedos las alas naranjas y negras. La piel de Javier es del mismo color que el de la mujer y el bebé. Me mira con el ceño fruncido—. No… no estoy… No estoy seguro.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Se lo he leído mil veces, pero, si

no me recuerda, esta será la última.

Javier ladea la cabeza y se inclina sobre el libro. Al abrirlo por la primera página, susurra:

—*Soñadores*.

Me tiembla la voz.

—«Un día metimos regalos en la mochila y cruzamos un puente que se alargaba como el universo entero. Y llegamos al otro lado sedientos y asombrados».

Página tras página, se lo leo y lo miro a los ojos, a ver si me reconoce. Aunque sea solo una chispa. Leo más alto cuando llegan a la nueva tierra, a las cosas que no comprenden, al miedo, a los errores. Cuando buscan, como nosotros, un lugar propio en el que sentirse seguros, hasta que encuentran un hogar nuevo y mágico. Llego a la página en la que el niño está sentado en el regazo de su madre, como hacíamos Javier y yo. Paso a la página en la que la monarca naranja y negra se posa sobre la hoja como si fuera a echar a volar en cualquier momento. Javier la toca como la tocaba siempre. Todas y cada una de las veces.

De repente, el anciano que tengo delante vuelve a ser mi hermano pequeño. Me ahogo con las últimas palabras.

—Los libros se convirtieron en nuestro idioma. Los libros se convirtieron en nuestro hogar. Los libros se convirtieron en nuestra vida.

Cuando termino, se lo ofrezco y le digo con la voz entrecortada:

—¿Quieres sostenerlo tú, Javier?

Le tiembla la barbilla. Asiente mientras una lágrima le cae mejilla abajo.

No me muevo ni hablo. Mi madre siempre decía que es imposible saber exactamente por lo que pasa otra persona. A veces, es mejor guardar silencio y darle tiempo. Así que nos quedamos así, sentados. Por fin, respira hondo.

—¿Javier? —le digo, y le doy una palmadita en la mano.

Él levanta la vista.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas? —pregunto al darle la mano.

La mano le tiembla al apoyarla en mi mejilla. Para mí, hace una semana era la mano regordeta y pegajosa de un niño de siete años. Hoy está caliente, seca y delgada. El tiempo ha convertido su piel en papel encerado. Hemos cruzado la galaxia siguiendo caminos distintos y por fin nos hemos vuelto a encontrar. Le tiembla la voz.

—¿Petra?

De algún modo, en el vacío del espacio, estamos de nuevo en casa.

—Todo irá bien —le aseguro, aunque sollozo entre palabra y palabra—. No tengas miedo. Yo te protegeré.

—¿Cómo ha podido pasar? —susurra.

Recojo el libro y lo dejo a un lado para mirarlo. Hay demasiado que decir, así que solo puedo susurrar:

—Da igual.

Asiente.

—¿Qué pasó con…?

Pero no termina la frase. Agacha la cabeza. De algún modo, debe de saber que mamá y papá ya no están. Todavía no estoy preparada para decirlo en voz alta.

Niego con la cabeza. Él aparta la vista y mira hacia el otro lado de la bodega, hacia la entrada. ¿Está recordando? ¿Recuerda nuestro último día con ellos? ¿Desea haberse tomado un momento para sentir la suavidad del brazo de mamá? ¿Para respirar el olor del pelo y la ropa de los dos? Por supuesto, no lo hizo. Yo tampoco. Nadie piensa que un adiós cualquiera será para siempre.

Javier no deja de mirar a lo lejos. Guardamos silencio un buen rato.

—Javier, ¿recuerdas que tuvimos que correr para subir al tren en Colorado? ¿Que, cuando yo estaba guardando mi abrigo, me robaste mi sitio al lado de papá y no querías devolvérmelo?

Me mira.

—¿Recuerdas que papá nos metió en otro vagón para darnos una charla?

Asiente. En aquellos tiempos, las charlitas de mi padre me fastidiaban. Ahora, de repente, recuerdo sus palabras con absoluta claridad.

—«Os han dado una oportunidad por la que otros estarían

dispuestos a hacer cualquier cosa —digo, repitiéndolas de memoria—. Tenéis la responsabilidad de representar a vuestra familia. De ser buenos. De trabajar mucho. No os peleéis».

La voz solemne de Javier continúa recitando las palabras de nuestro padre.

—«Somos los Peña. A partir de ahora, todo lo que hagamos enorgullecerá o entristecerá enormemente a nuestros antepasados».

—Javier. —Le aprieto la mano y no se la suelto—. Tenemos que abandonar la nave. No queda tiempo. Necesito que me ayudes a meter a todos los Zetas en el transbordador.

¿Nos conviene abandonar la nave con tal de escapar del Colectivo? Puede que muramos en Sagan. Pero, de algún modo, tener a Javier aquí, conmigo, hace que la decisión sea más sencilla.

Le empieza a temblar la mano cuando la aparta de la mía.

—Sé lo que hacer —masculla en voz baja, y sonríe.

Me enjugo las lágrimas, aunque tengo el corazón disparado de alegría. Ahora que ha vuelto, todo saldrá bien. Sin embargo, hay algo que me inquieta, algo que he olvidado.

Se oye un ruido al otro extremo de la bodega, cerca del ascensor. Javier se levanta de un salto.

—Quédate aquí —me dice, suplicándomelo con los ojos.

Recoge mi bolsa con todas nuestras pertenencias y la esconde en su compartimento.

—¿Adónde vas? —le pregunto mientras camina hacia el ascensor.

—Prepárate para salir. —Se vuelve hacia mí y sonríe—. Voy a por los otros Zetas. Sé lo que hay que decirles.

Se sujeta la espalda y arrastra los pies más deprisa. Me pregunto qué dolores sentirá normalmente. Aunque se tambalea un poco, al final se recupera. Quiero correr hasta él, pero no reacciono hasta que ya lleva recorrida media bodega. Y tiene razón: si vamos los dos juntos, llamaremos mucho la atención.

El aire rancio y silencioso de la bodega me zumba en los oídos. Un escalofrío me recorre la espalda. Si Nyla nos descubre intentando escapar, estaremos los dos muertos. Espero de verdad que sepa qué decir si alguien los ve.

Oigo unos arañazos detrás de mí, como si hubiera un animal correteando entre las cápsulas y los barriles de estasis. Me vuelvo y me quedo completamente inmóvil. No había nadie más en la bodega, y Javier se ha ido en dirección contraria. Busco con la mirada entre las cápsulas vacías, siguiendo el ruido. Mis ojos no se adaptan, y al principio no veo nada. Entonces, justo en el centro de mi campo visual, una cabecita asoma por detrás de la cápsula más cercana.

Me quedo sin aliento.

Voxy.

Sale de su escondite y se mete las manos en las axilas.

Suspiro.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Te dije que no podría dormir, y además no terminaste el *cuento* de la hormiga —dice, y sus palabras rebotan en las paredes—. Decidí coger el libro, pero, cuando me metí en la sala de las reliquias, ya no estaba.

Trago saliva.

Sigue hablando.

—Entonces fui a tu compartimento y no estabas, así que vine aquí y vi…

—Pensé que si le leía el libro a Épsilon-5, lo ayudaría a adaptarse al nuevo planeta.

Deja caer los brazos a los costados y hunde los hombros.

—Me estás mintiendo.

Lo sabe. Y, llegados a este punto, seguir con la mentira es más arriesgado que mantenerlo contento con una historia.

—Si Nyla se entera de esto —le digo, sosteniendo el libro en alto— y de las otras historias…

—Lo sé. Los dos nos meteríamos en un lío.

—No podría volver a contarte *cuentos*. ¿Guardamos el secreto, por ahora?

—¿Solo Épsilon-5, tú y yo?

Sonríe; sus gestos son parecidísimos a los de Javier cuando era pequeño.

Mi hermano llegará en cualquier momento.

—No creo que Épsilon-5 se lo cuente a nadie —le aseguro.

Voxy esboza una leve sonrisa.

—¿Puedes leérmelo otra vez? —me pregunta refiriéndose al libro que tengo en la mano.

Cualquiera podría entrar y descubrirnos, pero, cuando nos vayamos, no podré ayudar a Voxy. El Colectivo se lo tragará para siempre y, del mismo modo que nos robaron esto a Javier y a mí, se lo robarán a él.

Tenemos un par de minutos. Me siento y cruzo las piernas. Voxy se deja caer en mi regazo como antes hacía Javier.

—Lee, lee —chilla con alegría.

—*Soñadores* —empiezo.

Él toca las palabras del título.

—Son verdes, como el tónico para cuando tengo miedo.

El niño vuelve la cabeza hacia mí. Entonces, pierde la sonrisa de golpe y se queda quieto como un conejo a la espera del ataque de una serpiente de cascabel.

—¡Voxy!

La voz helada de Nyla me recorre la espalda y me pone la piel de gallina.

Empujo el libro por el suelo como si fuera un disco de hockey y acaba debajo de la cápsula más cercana. Después me quito a Voxy de encima.

—Lo siento, canciller, estábamos…

Le doy la mano al niño y nos giramos al mismo tiempo para mirar a Nyla.

Me tiemblan las rodillas. Javier está a su lado, sin la menor expresión en el rostro.

¿Por qué iba a…?

Mi hermano no me mira a los ojos.

—Hola, Zeta-1 —dice Nyla, dando un paso hacia nosotros—. ¿O debería llamarte… Petra?

26

Nyla y Crick me escoltan hasta una vaina abierta cerca de la zona de descontaminación. Crick me sujeta el codo para que no huya. Pero no es necesario. Estoy entumecida. ¿Cómo he podido equivocarme tanto? Javier recordaba su libro. Me recordaba a mí. Tocó la mariposa, como hacía siempre.

Puede que quien es ahora sea más poderoso que lo que recuerda. Que lo mucho que nos queríamos en nuestra familia. Quizá el Colectivo domine más su mente que el sueño de cómo habría sido la vida en Sagan.

«Somos los Peña. A partir de ahora, todo lo que hagamos enorgullecerá o entristecerá enormemente a nuestros antepasados».

Nyla mira hacia la cápsula. Las luces de la sala de descontaminación brillan más, el aire está más esterilizado que en el del resto de la nave. Zumba cuando activan la máquina que borrará lo que queda de mí, lo que queda de Petra Peña. Es imposible saber si esta vez también funcionará mal, aunque Nyla se asegurará de que no sea así. Al menos, cuando sea Zeta-1 de verdad ya no recordaré las esperanzas que mi padre tenía depositadas en nosotros ni la traición de Javier.

Javier y Voxy lo observan todo desde el umbral.

Me inclino hacia un lado y Crick me ayuda a permanecer de pie. Lo miro.

Él mira a Nyla. Me zafo del brazo del cobarde, que no se resiste. Sin Crick para tenerme en pie, me tambaleo un poco.

La canciller levanta la tapa de la cápsula y me hace un gesto para que entre.

No tengo adónde ir. Si me purgan, dejaré de existir. Si me reprograman, dejaré de existir. Aprieto la mandíbula y no cedo. Se acabó, de todos modos.

Nyla suspira y baja la voz.

—Si luchas, el Colectivo se verá obligado a purgar a Épsilon-5. Seguro que entenderás por qué.

Miro a Javier, que está junto a Voxy en la puerta, con las manos sobre los hombros del niño. No sé si la habrá oído. Ni siquiera reacciona. Los ojos de Voxy se abren más que cuando le contaba la historia de *la Llorona*. Deja escapar un hipido. Javier se inclina sobre él y le susurra algo al oído.

No dejaré que el Colectivo lo purgue. Puede que la persona en la que me convierta (Zeta-1, aunque no sea yo de verdad) le haga compañía a Javier. Paso una pierna por encima del borde de la cápsula para entrar. La otra pierna me tiembla y me caigo dentro.

En cuanto estoy en el interior, Nyla pulsa un botón de los controles y las correas salen disparadas para atarme las piernas y pegarme los brazos a los costados. Levanto la cabeza, pero Crick activa una de las correas cerca de mi mejilla y el dispositivo me ciñe la frente y me coloca la cabeza en su sitio.

—Nos vemos pronto, Zeta-1 —dice, casi alegremente, sin malicia, como si le fuera a dar la bienvenida a una vieja amiga.

Tengo las mejillas empapadas de lágrimas. Quiero luchar, no rendirme, pero ya da igual. Luchaba por una vida con Javier, por un futuro para los otros niños, por ser una gran cuentacuentos. ¿Qué clase de cuentacuentos soy si ni siquiera logro conectar con mi propio hermano? Lita se avergonzaría de mí. Ojalá se den prisa y acaben pronto con esto.

Nyla se sienta en un taburete cerca de la cápsula y se pone unos guantes, como si fuera una higienista dental a punto de hacerme una limpieza.

—Nunca he tenido la oportunidad de hablar con uno de vosotros. Con una reliquia, me refiero —dice—. Eres una de las pocas supervivientes que experimentaron de verdad en qué se había convertido tu especie. La contaminación del aire, los ríos y los

océanos… por dinero. Matar de hambre a unos para que otros se atiborrasen. Por eso existe el Colectivo.

Ahora puedo decir lo que quiera. Ya no tengo que fingir. Pero no soy capaz de hablar. Y no soy capaz de mirarla. Tiene razón. Esas cosas sucedieron por la codicia de unos pocos. Sin embargo, la mayoría, como mis padres, seguía conservando la esperanza de lograr algo mejor.

Se detiene un momento para observarme.

—Fascinante.

—¿De verdad querías mantener una conversación conmigo o es que te encanta escucharte cuando hablas? —le pregunto.

—Hablo por todos, por el Colectivo.

Miro a Voxy. Tiene los labios tristes y juraría que algo de color en el rostro. Sé lo que está pasando dentro de él y me gustaría decirle que no tenga miedo. Que no todos los *cuentos* tienen un final feliz. El pánico que siente ahora tiene el mismo origen que su deseo de conocer todas esas historias. Cada historia, cada persona es distinta. A veces, puede ser complicada. Pero siempre es multicolor, desigual y bella.

Me tiembla la barbilla y no puedo parar.

—El Colectivo no triunfará. Os adormecéis para borrar quiénes sois en realidad. Los tónicos. Los cogs. Pero no se puede programar el amor ni el sentir preocupación por los demás.

Ella retrocede.

—Te equivocas. Sí que nos preocupamos. Nos importa mucho el bien mayor de un Colectivo único. El Colectivo tomó decisiones difíciles a lo largo de todas estas unidades para poder llegar a este punto.

—Le robasteis la vida a la gente.

Se le endurece el gesto.

—Hemos llevado a cabo sacrificios necesarios y seguiremos haciéndolo.

—¿Sacrificios? ¡Perdimos nuestro planeta! ¡Once mil millones de personas! ¡Vosotros solo sois unos cientos! Perdimos nuestra casa, a nuestra familia, a nuestros amigos. —Pienso en Ben y en su hermano

—. Los monitores estaban dispuestos a pasarse la vida en una nave con tal de asegurar que el resto de nosotros llegáramos sanos y salvos a Sagan. ¡Eso fue un sacrificio!

Las lágrimas me caen por las mejillas y se deslizan hasta el cuello.

La última vez que vimos a Lita estaba en la puerta de su casa, sonriendo, y se despedía de nosotros con la mano. Como si fuera una más de tantas despedidas.

—No tienes ni idea de lo que significan el sacrificio y la valentía. —Se me entrecorta la respiración—. No éramos perfectos, pero todavía albergábamos la esperanza de cruzar el universo y hacer que nuestros antepasados se sintieran orgullosos de nosotros.

—¿Antepasados? —Nyla se ríe y niega con la cabeza—. Extraordinario. Erróneo, pero extraordinario.

Me doy cuenta de que estas personas, creadas en un laboratorio para ser homogéneas, no pueden sentir una conexión con ningún antepasado. En la Tierra, muchos de nosotros no solo teníamos ancestros provenientes de una única cultura, sino de muchas.

Crick se aclara la garganta.

—No estar anclados a una tradición nos permite ser lógicos —dice, aunque me pregunto si de verdad se lo cree.

Lo que el Colectivo no entiende es que honrar nuestro pasado, a nuestros antepasados y nuestras culturas (y recordar nuestros errores) nos hace mejores.

Vi ese amor en la pared de las fotografías de boda y en los certificados de nacimiento. En el libro de bebé de Suma. Nyla, Crick… y Voxy nunca sentirán esa clase de amor.

Se me acerca y me susurra al oído:

—Los tuyos, aunque inferiores, eran únicos. Lo reconozco, vuestra especie resultaba bastante… curiosa.

Le hace una seña a Crick y él le pasa la consabida caja con la etiqueta «En Cognito Conocimiento Descargable». Sin embargo, esta vez, en lugar de «Pediátrico» puede leerse «Adulto». De esta no vuelvo.

Nyla abre la tapa. Dentro hay un cog mucho más grande y oscuro en su lecho a medida. La canciller pega su mejilla a la mía.

—Incluso con tus recuerdos de la Tierra, has resultado ser útil. —Se

endereza en el taburete y saca el cog—. Estamos deseando ver de qué eres capaz sin el lastre de tu pasado defectuoso. —Coloca el cog en el instalador y pulsa el activador. El cog emite un brillo morado—. Ahora, Petra Peña, vivirás una vida larga y relajada en el Colectivo.

Hago una mueca al recordar los pinchacitos, como mordeduras de hormiga, y no puedo evitar mirar de reojo el barril de estasis que hay junto a la cápsula.

Nyla sigue mi mirada.

—Ah, esta vez no lo necesitamos. Esto no tardará mucho.

Intento volver la cabeza para mirar a Javier, pero solo puedo mover los ojos y apenas distingo su silueta. Tengo que decírselo una última vez, mientras todavía soy yo.

—¡Te quiero! —le grito.

Si mi hermano está aquí, no lo parece. Ni se mueve ni habla. Forcejeo con las correas cuando la canciller me pone el cog en la base del cráneo. Esta vez se funde con mi cuello como si fuera mantequilla. Y, esta vez, me siento muy cansada…

Miro una vez más en dirección a Javier mientras me quedo dormida. No es más que una forma borrosa en la periferia de mi campo visual, pero se parece mucho a papá.

27

Lita, Rápido y yo estamos sentados bajo el pino, y Lita me aparta el pelo de la frente. Las agujas secas del árbol corretean con la brisa caliente por el desierto como una bandada de pájaros. Los pies descalzos de Lita y el dobladillo de su vestido blanco están polvorientos, como si hubiera caminado mucho para estar conmigo.

—¿Oyes la llamada del viento, *mija*?

Una ráfaga cálida silba.

—Sí, Lita.

El Conejo está sentado un poco más allá de nosotras y me mira agitando el hocico. Yo miro la luna. Su forma sombreada sigue sin estar en el cielo.

El conejo mueve la oreja como si se despidiera y se aleja saltando en dirección a las montañas rojas.

Puede que antes quisiera seguirlo, pero ahora… Si este es mi último recuerdo real, quiero estar aquí. Con mi abuela.

—No quiero dejarte —digo, aferrada a su barriga blandita—. ¿Y si no vuelvo nunca?

Ella me endereza y toma mi cara entre sus manos.

—Ya te lo dije, no puedes perderme. —Lita se sujeta el colgante, sonriente, y se le forman unas arrugas diminutas en la comisura del ojo. Señala al *Conejo*, que se hace cada vez más pequeño—. Ve, Petra. Sigue al *Conejo*.

La montaña parpadea un poco.

—Lita, me están reprogramando.

Alargo la mano para apretar la suya, pero ya no está. Me entra el

pánico, me levanto y rodeo el árbol. Rápido se mete a toda prisa en su madriguera bajo las raíces.

Me vuelvo hacia las montañas, donde el conejo ya no es más que un puntito.

Esta vez, corro. Estoy sin respiración cuando se cuela en un agujero diminuto al pie de la montaña roja.

El viento silba, pero no brotan palabras de su aliento, no hay ninguna pista que me indique por dónde ir.

Si este es el final, debería ser bajo el pino, con Rápido debajo, en su madriguera.

Ya he dado un par de pasos desandando el camino cuando, al igual que en mi sueño anterior, se oyen guitarras y violines, como en una *fiesta* lejana. Me vuelvo hacia la montaña, despacio. Entonces, entre la música ranchera escucho:

En una jaula de oro
pendiente del balcón
se hallaba una calandria
cantando su dolor.

Incluso aquí, en este mundo soñado, confío más en el oído que en la vista. Cierro los ojos y sigo las palabras de la balada, la historia de un gorrión que liberó a una calandria de su jaula, pero después esta lo traicionó y huyó. El gorrión se quedó atrás, cantando su triste canción de amor perdido.

Hasta que un gorrioncillo
a su jaula llegó:
«Si usted puede sacarme,
con usted yo me voy».

El tañido de la guitarra sube de tono y el eco disminuye. La música está tan alta que noto la vibración en el cuerpo.

Cuando abro los ojos, la música y el canto han desaparecido.

En su lugar hay cactus con flores que hace un momento no estaban,

a lo largo de un camino que da a un barranco, igual que en un *cuento* que conozco. ¿*Los Viejos*? ¿*Blancaflor*? ¿*Izta y Popoca*? ¿Por qué no me acuerdo? Sus flores, de un rosa chillón, brillan como *luces de Navidad*.

Camino, y el desierto da paso a un sendero de adoquines con piedras de color bermellón desgastadas y redondeadas por, al parecer, el paso de millones de personas que me precedieron. Así que, si millones de personas recorrieron antes este camino, ¿por qué no soy tan valiente como ellas? Oigo el taconeo de mis pasos hasta donde acaba el camino, frente a una puerta de madera de tres metros de alto. Unas volutas de hierro retorcido la recorren en vertical por el centro, como enredaderas de glicina. Una enredadera metálica se desvía a un lado y acaba en un pomo. Pongo la mano encima. El polvo me cubre los dedos. La pesada puerta chirría al abrirse lo justo para dejarme pasar. Meto tripa y me cuelo dentro.

La puerta se cierra y solo queda la rendija de luz que pasa por debajo. El pasillo que se abre ante mí se interna en la oscuridad. Extiendo los brazos a los lados y rozo las paredes de roca con la punta de los dedos. Doy un paso y estoy a punto de caerme por una pendiente inclinada, así que me echo hacia atrás para mantener el equilibrio. Mientras desciendo, el fragmento de luz exterior desaparece y me sumo en la oscuridad.

Sin música. Sin viento. ¿Es esto lo que se siente al morir? No tengo a nadie que me dé la mano ni que me guíe.

El Colectivo lo ha hecho. Me detengo. ¿Para qué seguir?

Como si la oscuridad hubiera escuchado mi pregunta, una luz se enciende a lo lejos. Sigo adelante y la uso como brújula hasta que llego al final del túnel. Un farol con una vela de luz dorada titila sobre un arco de roca, como el sol por encima de la sierra de la Sangre de Cristo al atardecer.

Me asomo por el arco.

En el centro de la habitación, el humo se eleva perezosamente y sale por lo alto de una *chimenea*, envolviendo el lugar en una bruma mágica. Olisqueo el aire: pino. En cuanto me acerco a las llamas azules examino lo que me rodea. Hay un montón de estantes de madera, como los rayos de una rueda, apretujados desde el suelo hasta

el techo. Entorno los párpados para ver por qué *el Conejo* me ha traído hasta aquí. El corazón me da un brinco de alegría cuando me doy cuenta de lo que son: los estantes están llenos de librex.

Ahogo un grito y acaricio el estante más cercano. Toda la estancia vibra: me rodean los susurros fantasmales de los miles de cuentacuentos que habitan en las estanterías.

Lita hizo bien en pedirme que siguiera al conejo. Si nunca despierto de este sueño, seré feliz. ¡He encontrado las historias de la Tierra!

Pero algo va mal. La encuadernación de uno de los librex cuelga desencajada, como un pájaro con un ala rota. Hay otros muchos tirados por el suelo. Como si se tratara de representaciones interpretadas por espíritus, los holotextos se reproducen por toda la estancia, apenas visibles. Las voces de los actores no son más que susurros. En la siguiente hilera hay más librex agrietados o con desperfectos que los convierten en irreparables.

De uno de ellos brota la temblorosa escena holográfica de un anciano con turbante que habla con un joven desarrapado.

—Dile a tu corazón que el miedo a sufrir es peor que el sufrimiento en sí.

Repaso todos los estantes. De los miles de librex que veo, al menos un tercio son versiones parciales de lo que eran al principio. A pesar de estar aquí, se me revuelve el estómago.

La imagen del hombre del turbante parpadea y apenas oigo sus últimas palabras, mientras le da unas palmaditas en el hombro al muchacho.

—Ningún corazón ha sufrido nunca por perseguir sus sueños.

No conozco este libro, pero ojalá lo hubiera leído.

Muy cerca hay un ejemplar de *Un mago de Terramar* partido por la mitad. Lo he leído cinco veces, como mínimo. Podría contarlo, pero no me saldría tan bien como a Le Guin, claro. Me duelen las entrañas al verlo así, en ese estado, y me pregunto si podría recuperarlo. Me agacho, lo recojo y coloco con mucha delicadeza el tesoro fragmentado en una estantería.

Una voz me llama entre las sombras.

—¿Petra?

Una forma oscura está de pie al final de las pilas de libros. No es mi padre, pero su voz me resulta tan familiar que me hace sentir como en casa en un lugar desconocido.

El hombre no se mueve. Yo tampoco. No le tengo miedo, pero no consigo identificarlo.

Se acerca, despacio.

—¿Por fin estás aquí?

Sale de entre las sombras y llega a la zona iluminada por el farol.

Reconozco el pelo rubio alborotado y las gafas redondas.

—¡Ben! —susurro.

Detrás de él, un custodio aborigen susurra con calma su historia del tiempo del sueño, cuando la creación empezó con un pez. La electricidad estática envuelve la figura y la voz se le embrolla.

A Ben le brillan los ojos por culpa de las lágrimas.

—Lo siento —dice mientras contempla los librex tirados por el suelo —. Intenté salvarlos.

Alargo la mano para tocarlo, pero la retiro rápidamente. Esto es demasiado auténtico para tratarse de un sueño, así que me pone un poco nerviosa no saber qué es este Ben.

—¿Eres real? —le pregunto.

—Puedes considerarme… el último bibliotecario de la Tierra, creado para tener el aspecto de… alguien en quien confías. —Mira a su alrededor y sonríe con orgullo—. Pero puedo ayudarte a encontrar lo que quieras. Bueno, lo que queda. Ben incluyó cuanto pudo en la descarga de tu programa.

Doy una vuelta completa para ver todo este tesoro de historias terrestres que me recuerdan sus últimas palabras: «Un mundo sin historia está perdido». Él lo ocultó todo. Dentro de mí.

—Ben estaba intentando…

—Soy una utilidad —sigue diciendo el bibliotecario, que me interrumpe como si tuviera un guion que debe terminar por encima de todo—. Me adaptaré a medida que interactuemos. El parche de descarga de Ben funcionó, al menos en parte. —Empuja el borde de un librex que está a punto de caerse, aunque, en su forma incompleta, solo puede meterlo hasta la mitad.

La imagen del bibliotecario parpadea como la luz intermitente de un porche.

Alargo la mano y termino de colocar el librex, pero, al hacerlo, veo que mi mano se desdibuja. En cuestión de minutos seré Zeta-1 y nada de esto importará. La biblioteca y todas las historias que Ben intentó conservar se perderán para siempre. Al igual que mi reprogramación, este Ben también desaparecerá pronto.

—Ben sabía lo que iba a pasar —me susurro—. Lo que le hicieron a él, a mis padres y a mi hermano pequeño. Lo que están a punto de hacerme a mí.

Doy una vuelta completa de nuevo y contemplo este tesoro de librex envuelto en una niebla mágica.

—Al menos lo intentó.

—Ben habría sentido muchísimo lo de tu familia, Petra —dice el bibliotecario.

No me esperaba que la tristeza me encontrase aquí, en este lugar, pero es real y me golpea como una ola gigante.

El bibliotecario alza la vista y mira a la izquierda, como si estuviera recuperando algo almacenado en lo más profundo de su programa.

—Ben sabía que había elegido bien. —Sonríe—. Y estaré aquí cuando me necesites, reparando lo que pueda. —El bibliotecario frunce el ceño—. La verdad es que creo que no puedo irme.

Me miro el brazo. Cada vez estoy más borrosa.

—Ben, creo que no podré volver…

Un librex se cae de un estante y se le rompe la cubierta. El fantasma de un hombre con la cara tatuada y un arpón en la mano brota del librex dañado. Una pipa con forma de *tomahawk* le cuelga precariamente de la boca. No reconozco al personaje, pero me cae bien de inmediato.

Ben se agacha para recoger el fino librex y se le cuela entre los dedos. Lo mira, desconcertado.

—Me encargaré de él más tarde.

Lo que están haciendo Nyla y el Colectivo, borrar su hogar, no forma parte del programa del bibliotecario. Disolverse en la nada es algo que no comprende. Cuando el Colectivo se salga con la suya,

estas historias desaparecerán.

—Me están reprogramando, Ben.

No me hace caso.

—Con estos —dice, mientras se apresura a dejar un librex en su estante, aunque parpadea de nuevo y atraviesa el ejemplar con la mano— llevarás sus historias a un mundo nuevo. —Suena exactamente como Ben—. Es algo de un valor incalculable.

Está programado para conservar los libros y no perder la esperanza, en bucle. Sin embargo, aunque no sea más que un programa, tiene razón. Podría haber usado lo que hay aquí para crear historias nuevas y mejores destinadas a nuestro mundo nuevo. La mera idea me emociona, aunque ya nunca sucederá.

A pesar de que desapareceré dentro de un momento, en este preciso instante sé quién soy. No soy una científica. No soy lo que mis padres esperaban que fuera. Soy lo que Lita sabía que era. Soy una *cuentista*. Cuando dejo que la idea me llene, veo mi reflejo en el cristal de una de las estanterías. Es más tenue que el del bibliotecario.

Al lado del cristal hay una pequeña estantería de madera con forma de concha de nautilo que contiene una espiral de librex. Sonrío al acercarme. Estos librex están conservados a la perfección: Adams, Butler, Erdrich, Gaiman, Morrison…

Me vuelvo para darle las gracias a Ben por intentarlo y veo que mira el humo que asciende como una nube. Tiene el ceño fruncido.

—Tienes que irte ya, Petra —me dice.

La sala, las estanterías y la chimenea parpadean. Vuelvo a sacar *Un mago de Terramar* de su estante y lo acuno en mis brazos. Me siento en el suelo, al lado de la *chimenea* y observo las llamas.

—Ben, da igual que me quede o que me vaya.

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan contenta y tan segura.

La imagen de Ben parpadea de nuevo, pero su voz suena apremiante.

—No pu-puedes quedarte. Ti-ti-tienes que despertarte, Petra.

El humo de la madera de piñón y las palabras de los mejores personajes de la historia me inundan los sentidos.

—No quiero irme.

Ahora podía percibir desesperación en las palabras del bibliotecario.

—Estaré aquí cuando quieras volver. Debes ir-irte, de verdad.

Cierro los ojos. Si ya me han reprogramado y aquí es donde ha acabado mi mente, estoy en el cielo.

—He decidido quedarme —respondo.

Algo me da un toquecito en la pierna. Abro los ojos y veo la pata del conejo peludo rozándose contra mi cuerpo.

—Despierta —me dice.

No le hago caso y me tumbo. Estoy harta de misiones. Me quedo mirando el humo que asciende y susurra a mi alrededor. El conejo habla de nuevo, pero, al hacerlo, le cambia la voz. Ahora suena más potente y autoritaria. La voz de Lita le brota entre los labios.

—¡Petra!

Abro los ojos y el conejo, de repente, se transforma en un torbellino de niebla. De su interior emerge Lita con su vestido blanco largo y el pelo suelto al viento. Un brillo extraño brota de la obsidiana de su colgante.

Me siento, sonriente.

—Lita, estás aquí.

Ella da un pisotón en el suelo y la estancia tiembla.

—¡Despierta! —grita—. ¡Ahora!

28

Me obligo a abrir los ojos. Javier está inclinado sobre mí y me sostiene con un brazo mientras me rodea la nuca con el otro.

—Despierta, por favor —me suplica con voz temblorosa.

Me arde el cuello como si me estuvieran quemando con un mechero, hasta que, de repente, el dolor desaparece. El tintineo de una esfera metálica sobre una superficie dura. La mano fresca y apergaminada de Javier me sujeta el punto dolorido.

Me mira, nervioso. Es el mismo rostro de hace tantos años.

«No te preocupes, Petra. Yo seré tus ojos».

—Hola. ¿Sabes quién eres? —me pregunta.

Apoyo la cabeza sobre su pecho. Dejo escapar un sollozo y él me da palmaditas en la espalda, como hacía mi madre cuando tenía una pesadilla.

—Sé quién soy. —Me limpio la nariz en su camiseta y me incorporo para verlo mejor—. ¿Sabes tú quién eres?

Sonríe un momento y aparta la vista.

—No te despertabas. —Detrás de él, la tira de luz morada de la Pleiades Corporation recorre la cabina. Estamos en el transbordador —. Creía que había cometido un terrible error y que te había perdido.

Hace un momento pensaba que podría pasarme la eternidad en mi biblioteca mental. Y pensaba que aquello era el cielo. Pero prefiero mil veces este momento con Javier.

—Creo que estuve a punto de perderme —respondo—. Aunque no ha sido por tu culpa. —Levanto la mano y me palpo la nuca. Mi brazo parece el de un perezoso intentando coger una hoja cuando lo muevo

—. No podía despertarme. Creo que era el cog adulto.

—Lo siento mucho. Era la única forma de ayudarte que se me ocurrió… —Javier gruñe cuando me levanta por las axilas para acomodarme en un asiento—. Iba de camino a recoger a los otros Zetas. Me encontré con Nyla. Me preguntó si te había visto cerca de los barriles de estasis de la bodega.

Deduzco que debieron de verme meter dentro el último vial.

—No tenía elección. Tuve que fingir…

Se le rompe la voz y se le escapa un sollozo, como cuando era pequeño. El zumbido del motor del transbordador, cada vez más potente, me hace daño en el cerebro.

Frente a nosotros, sujetos a sus asientos y listos para partir, están Suma, Rubio y Plumas, que me devuelven la mirada.

—Estáis aquí —digo con una sonrisa.

—¿Qué le pasa a Zeta-1? —le pregunta Plumas a Javier.

Él se aclara la garganta.

—La descarga de actualización del Colectivo para Zeta-1 la ha dejado agotada. Solo es eso —dice con determinación—. Gracias a su nueva inteligencia conducirá a este grupo al centro de investigación definitivo.

Suma se restriega los ojos.

—¿Seguro que tenemos que irnos ahora, Épsilon-5?

—Sí. El Colectivo ha sido muy claro al respecto: tenemos que hacerlo antes de lo previsto.

Rubio señala el exterior.

—Los vientos del oeste serán demasiado fuertes para trabajar en la superficie ahora mismo.

Javier deja en el casillero central del laboratorio la bolsa de recolección con todas las pertenencias que robé.

—Los vientos amainarán pronto. Tenéis que estar allí en la hora óptima. Así que no debéis perder el tiempo con preguntas.

Los mira a los tres. De repente, se pone serio y rígido, como Nyla, y me señala.

—Todo el mundo debe seguir las instrucciones de Zeta-1. Si no, responderéis ante el Colectivo.

Hago lo que puedo por enderezarme.

A Javier le crujen las rodillas cuando se sienta a mi lado y susurra:

—La canciller no tardará en enterarse. ¿Sabes adónde ir?

El cerebro todavía no me funciona bien, pero recuerdo el holograma de Nyla con la catarata más pequeña y el objetivo proyectado, que indicaba el lugar en el que habían localizado a los primeros pobladores. Es como si la cabeza me pesara mil kilos.

—Creo que puedo llegar bastante cerca antes del siguiente viento.

Miro hacia la cabina, agradecida de que haya sillas para Javier y para mí, de modo que no tenga que pilotar de pie hasta la superficie.

Mi hermano me pone la mano en la mejilla, como hacía Lita.

—Vas a tener una vida asombrosa.

Y, gracias a lo que él ha hecho, los dos seguimos teniendo esa oportunidad.

—La tendremos, Javier. —Sonrío y miro a Suma, que frunce el ceño —. Pero debemos darnos prisa.

Suspira hondo y me abraza. Le tiembla el cuerpo. Es el mismo abrazo que me dio cuando me fui a pasar una semana al Campamento Cóndor. Es el mismo abrazo que me dio antes de su primer día en la escuela infantil.

—Lo siento, Petra. Es la única forma.

—¿Javier? Vamos, llévame a la cabina. Tendrás que ayudarme a pilotar.

—Podrían llegar en cualquier momento. Tengo que quedarme. Entiéndelo, por favor —me susurra. Se levanta, llorando—. Si esta pequeña parte de mi viaje sirve para darles una oportunidad a todos los demás, nuestros padres y antepasados se sentirán orgullosos.

Se vuelve y camina hacia la puerta.

—Javier, ¿qué estás haciendo? —grito.

Se detiene antes de salir y me mira.

—Adiós, Petra —dice con voz temblorosa—. Yo también te quiero.

Cuando sale, la puerta del transbordador se cierra.

Forcejeo con el cinturón.

—No no no. —Mi cuerpo no parece dispuesto a acatar mis órdenes. Clavo el pulgar en el botón, pero no con la fuerza suficiente—.

¡Javier! ¡Detente!

A través de la ventana redonda veo a Javier encerrarse en la sala de control remoto de la nave para asegurarse de que ni Nyla ni nadie pueda interferir en nuestra huida. La cara se le ilumina de rojo con la luz intermitente de la función de piloto remoto. La vibración del motor me recorre el cuerpo.

Se me revuelve el estómago y siento náuseas.

El transbordador se desliza por el muelle hasta encajar en los raíles de lanzamiento con un ruido metálico. Tras un último empujón, consigo soltarme. Me derrumbo al caerme del asiento e intentar llegar a la puerta y aterrizo a los pies de Suma, que me mira como si yo estuviera sufriendo un fallo de programación.

Consigo levantarme, camino dando tumbos hasta la ventana redonda y apoyo las manos en el cristal. La luz roja baña el interior del transbordador. No puedo hacer nada por detenerlo. En la sala de control remoto de la nave, Javier está concentrado en los mandos, pero levanta la vista cuando golpeo la puerta. Se le hunden las comisuras de los labios. También los ojos. Pulsa algo que tiene delante y el transbordador sale disparado hacia el cielo abierto del portal de lanzamiento.

El brillo de la reluciente atmósfera morada y azul de Sagan ilumina a Javier. Ahora tiene el libro de *Soñadores* en una mano y el control del transbordador en la otra. Lo observo, impotente, mientras seguimos avanzando. El nudo que me atenaza la garganta se hace cada vez más grande, hasta que dejo de ver a mi hermano.

Retrocedo dando traspiés hasta la cabina, dejando atrás a Rubio, a Suma y a Plumas, que ponen unos ojos como platos. Empujo el timón para redireccionar el transbordador a la base, pero no responde. Pese a que activo el interruptor de seguridad, el zumbido del motor continúa.

—¡No, Javier!

Corro de vuelta a la ventanilla, entre gritos. Sé que es demasiado tarde.

El chirrido del motor aumenta de volumen y llegamos a la estratosfera. Me caigo en el pasillo, entre la consola central y los

asientos.

Plumas se desabrocha el cinturón y se levanta para ayudarme. Alza una mano para detener a Rubio, que intenta hacer lo mismo. Cuando estoy de nuevo en pie, se lo abrocha otra vez a toda prisa. Después resopla, enfadada.

—Zeta-1, ¡te vas a hacer daño! Estás poniendo en peligro el trabajo de todos.

Corro de vuelta a la ventana y la golpeo. Un sollozo se me atasca en la garganta. Este no era nuestro sueño.

—¿Por qué?

Sin embargo, Javier cada vez está más lejos de mí y no puedo hacer nada por regresar a su lado.

Mientras observo el exterior, veo una pequeña explosión en el puerto de lanzamiento: uno de los raíles del transbordador se tuerce a un lado, y el otro se desprende por completo. No puedo respirar. Se ha asegurado de que no podamos volver.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Plumas.

Por suerte, están sujetos a los asientos y no lo ven.

—Nada —respondo mientras miro por la ventanilla—. Solo es el trueno de una tormenta eléctrica.

Teniendo en cuenta que coincide con el vendaval, espero que la mentira suene convincente.

Sigo mirando hasta que ya no se ve la nave. Me quedo de pie frente a los controles de la cabina y pongo a prueba todos mis conocimientos, pero el transbordador no responde. Aunque lo hiciera, Javier sabe que no soy tan buena como para conseguir regresar a salvo sin los raíles.

—¿Zeta-1? —me llama Rubio—. Si te lesionas, tendremos que abortar la misión.

Sin prestarle atención, me dejo caer en el asiento de pilotaje. No puedo regresar con Javier.

El altímetro anuncia:

—Dos mil seiscientos metros.

Nyla ya dudaba de la palabra de Javier. Sus temblores, los errores… Yo podría haberlo protegido. Pero, ahora, después de lo que ha hecho

para ayudarnos a escapar, ha sellado su destino.

La última cuerda que me sujetaba el corazón en su sitio está a punto de romperse.

Contemplo Sagan, los árboles que podrían encajar perfectamente en mi microaldea de juguete. Javier me robaba las muñecas cuando se enfadaba y me las escondía en la gobernadora. No las encontraba hasta el invierno, cuando en el arbusto, de repente, aparecían diminutas personitas de plástico repartidas por el interior de sus ramas.

—Mil quinientos metros.

A pesar de la distancia, ya se ve el agua que escupe el lago con las ráfagas de viento. Como la sierra está al este, sé que nos acercamos a la zona de aterrizaje.

Ahí es donde deberíamos salir del transbordador, los dos de la mano. Como su primer día en la escuela infantil. Mientras mamá habla con su profesor delante del colegio, Javier me aprieta tanto la mano que me hace daño.

«Desde aquí da un poco de miedo —le digo para calmarlo—. Pero, cuando estés dentro, habrá niños con los que jugar y un patio por explorar. Te prometo que te encantará, Javier».

—Cuatrocientos metros.

El transbordador se balancea adelante y atrás con el viento, y los árboles, que hace un momento parecían diminutos, de repente se muestran a tamaño real.

—Doscientos metros.

Unos enjambres relucientes e informes nadan por debajo del lago turquesa, como oleadas de abejas. ¿Por qué no dediqué más tiempo a describirle a Javier las mariposas acuáticas? Intento quitarme de la cabeza la imagen de su sonrisa de anciano, con un diente de menos, cuando le hablé de ellas por primera vez. Podría haber hecho más. Vuelvo la vista atrás, hacia Suma, Rubio y Plumas. No volveré a usar atajos.

—Cien metros.

Nuestro descenso se ralentiza, pero las ráfagas de viento sacuden el transbordador de un lado a otro.

¿Qué elección tengo ahora? Aunque encontrara a los terraformadores y ellos pudieran devolvernos de algún modo a la nave, llegaría demasiado tarde para ayudarlo.

—Diez metros.

Se oye una alarma intermitente que suena como un cuervo enfermo. El suelo se acerca más deprisa de lo normal.

Justo cuando vamos a tomar tierra, oímos un silbido como el de un misil al acercarse. Plumas y Suma se tapan los oídos. El vendaval empuja el transbordador hacia delante y patinamos en dirección al lago. Salgo volando de mi asiento y Rubio, que tiene las piernas muy largas, las estira para detenerme antes de que pase volando por su lado y me estrelle contra la consola metálica. El tren de aterrizaje chirría cuando por fin nos detenemos.

Oigo que la rampa desciende. Javier no pierde el tiempo.

El ronroneo del motor baja de volumen. La puerta de la rampa se entreabre en cuestión de segundos. Una ráfaga de viento caliente entra en el transbordador y nos recuerda lo que hay fuera. Aunque nos haya llevado a la superficie, seguimos sin estar a salvo.

De repente, el motor del vehículo se queda en silencio. Las luces de reserva se encienden con un chasquido. Por si acaso, intento activar el interruptor del sistema, pero no responde. Estrello la mano contra el botón que recoge la rampa; nada. En realidad, sé que es inútil: Javier ha cortado el suministro eléctrico. Ha bloqueado los controles para que no puedan acceder desde la nave.

Me imagino al Colectivo cuando descubra lo que ha hecho. Me dejo caer en la silla y lloro.

Plumas se me acerca.

—¿Zeta-1?

Me tapo la cara con las manos y respiro hondo varias veces.

—¿Hay algún problema? —me pregunta Suma.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos. Cuando Nyla recupere por fin el transbordador, será para venir a por nosotros, y para entonces ya habrán castigado a mi hermano. Si nos quedamos aquí, les robaré a Suma, Plumas y Rubio la oportunidad de ser libres. No podemos quedarnos.

Miro a Suma, que lleva el casco bajo el brazo.

—Ponte tu equipo —le susurro.

Intento pulsar el botón de comunicaciones de mi traje por última vez.

—¿Javier?

Pero no hay ni una señal fugaz de que me oiga. No tengo elección. Me tiembla la barbilla cuando apago el corpomonitor. No volveré a oír su voz. Me pongo el traje y descuelgo el casco que está detrás de mi asiento.

Rubio me mira con curiosidad mientras se pone el traje sobre la ropa. Corro a su lado y finjo ayudarlo. También le apago el corpomonitor. Hago lo mismo con Plumas, pero Suma ya está vestida y no quiero que sospeche aún más.

Cuando me estoy abrochando el traje, noto un bulto sobre el pecho. Lo aprieto y palpo sobre la ropa el rosario de mi padre, que llevo al cuello. Me miro el dedo y me quedo sin aliento: la alianza de mi madre ha desaparecido. Nyla me la habrá quitado.

Al menos Javier ha tenido la buena idea de traer mi bolsa con todos nuestros objetos preciados. La saco del casillero, me la echo al hombro y me rodeo la cintura con la correa.

Cuando termino, los demás ya me están esperando junto a la puerta que lleva a la rampa. Me uno a ellos y la abro. El viento caliente entra en el vehículo. El agua que se levanta del lago nos ciega.

Si el lago está justo delante, sé hacia dónde está la cueva.

Alzo la voz para que me oigan por encima del aullido del viento.

—Conozco un refugio en el que guarecernos hasta que amaine el viento.

Una enorme hoja de oreja de elefante del tamaño de un aerococheo pasa volando justo por la parte inferior de la rampa. De haber estado allí, nos habría barrido a los cuatro.

—¿Por qué no nos quedamos aquí? —pregunta Suma con los ojos muy abiertos.

Miro el transbordador. El Colectivo puede recuperarlo por control remoto en cuanto recoloquen los raíles y enviar a alguien a por nosotros. No puedo permitir que el sacrificio de Javier sea en vano.

—Épsilon-5 dijo que no debemos cuestionar al Colectivo. Esas son las órdenes y estamos aquí para servir.

Me siento culpable por manipularlos, pero él tenía razón: así me aseguraré de que obedezcan.

Suma suspira y asiente solícita. A pesar del miedo al vendaval, lo acepta.

Uno a uno, Rubio, Suma y Plumas bajan lentamente por la rampa. Esperan al cobijo del techado. El viento alborota algunos mechones del fino pelo de Plumas.

Me aprieto más la bolsa a la cintura y voy detrás de ellos.

Aunque la nave nos protege en parte, una mezcla de arena, agua y viento me azota la cara. Me pongo el casco y veo que los demás también lo han hecho. Bajo el visor.

Una voz débil me llama por encima del chillido del viento.

—¿Zeta-1?

Frente a mí, los cuento a los tres (Suma, Rubio, Plumas) para asegurarme de que no falta nadie. Todavía debo de tener la mente en plena recalibración después de que me quitaran el cog.

Aprieto mucho los ojos para resetear los oídos y sigo adelante.

—¿Zeta-1? —repite la voz, esta vez más fuerte.

A pesar del aire cálido de Sagan y del calor del traje, se me hiela la sangre. Me vuelvo y veo a la gamba fantasma más pequeña de todas de pie en lo alto de la rampa, con los hombros encorvados.

—¿Voxy?

29

Mascullo entre dientes, como hacía mi madre:

—¿En qué estabas pensando?

Plumas, Rubio y Suma esperan a cinco metros de nosotros, bajo la protección del techado de la rampa, mientras yo corro de vuelta al interior del transbordador.

Hinco una rodilla en el suelo.

—Lo siento, Voxy, pero tienes que quedarte aquí.

Le tiembla la barbilla. Recuerdo lo que sentí cuando tenía siete años y me perdí en el Jardín Botánico del Desierto.

—No te preocupes, Nyla se dará cuenta de que no estás y encontrará el modo de recogerte.

Es una verdad a medias. No estoy segura de cuánto tardará en bajar a buscarlo. Sin embargo, estará más seguro en el transbordador que en la superficie, con nosotros.

Le pongo las manos en los hombros y pienso en lo que le pasó a Len. Primero, náuseas; después, ampollas en la piel. Me inclino sobre el niño y le hablo con voz seria.

—Voxy, no puedes salir del transbordador bajo ninguna circunstancia.

El niño hunde los hombros.

—Zeta-1, por favor, no me dejes.

Lo abrazo.

—¿Por qué estás aquí?

—Vi lo que te hicieron Nyla y los demás. No quiero ser como ellos. Si vuelvo, formaré parte de eso. Parte del Colectivo.

La idea de que eso le suceda a Voxy me estremece.

Agacha la cabeza.

—Y… y también quiero más *cuentos*.

¿Cómo no lo vi venir? Y tiene razón. Debería tener todas esas cosas. ¿Le dará el Colectivo la mano cuando esté asustado? ¿Le contará historias para tranquilizarlo?

Es demasiado tarde para mi hermano pequeño, pero quizá pueda darle a Voxy la infancia que Javier no tuvo.

—Si me quedo contigo…

La voz tímida del niño deja la frase sin terminar.

Aprieto los dientes y me cae una lágrima dentro del visor.

—Si te quedas con nosotros, serás Voxy —respondo—. Solo Voxy. Un niño que tendrá su propio *cuento*.

Aprieta la mandíbula, tozudo.

—Entonces, elijo ser Voxy, el que tendrá su propio *cuento*.

Descuelgo uno de los trajes de protección y me apresuro a ponérselo. Apago el corpomonitor para asegurarme de que a él tampoco puedan rastrearlo y le ajusto el casco. Se lo cierro y lo sello. Se crea una cámara estanca que lo protegerá del lugar al que vamos a salir.

Oigo sus palabras ahogadas, como si hablara en una botella de agua.

—¿Vendrán a por mí?

Le echo al hombro una bolsa de recolección vacía. Recuperarlo pondría en peligro al Colectivo, pero pienso en todo lo que ha invertido Nyla en él; en los planes que creo que le tiene reservados. En los que nos tiene reservados a nosotros.

—No podemos pensar en eso ahora.

Miro hacia las cascadas. Podríamos llegar en un día, aunque seguimos necesitando la comida de la cueva. Suspiro y se me empaña el visor.

—Voxy, ¿estás seguro de esto? Vivir en el planeta no va a ser fácil. No regresaremos.

Asiente.

—Vale. Tienes que prometerme que harás exactamente lo que te

diga y que, por el momento, has venido a ayudarnos a recoger muestras.

Las comisuras de sus labios pálidos se tuercen componiendo una sonrisita, y el casco se mueve arriba y abajo en señal de asentimiento. Le doy la mano para bajar por la rampa y unirnos a los demás.

Se detiene de golpe y jadea.

Presa del pánico, me agacho para asegurarme de que tiene el visor cerrado. Lo examino, y veo que tiene los ojos muy abiertos y una sonrisa de oreja a oreja mientras contempla el lago. Alza la mirada hacia las montañas picudas y después al cielo.

Levanta ambos brazos como un mago presentando un truco.

—¡Mira eso!

Me doy cuenta de que es la primera vez que Voxy ha visto algo que no sean las estériles paredes blancas y la luz azul de la nave.

—Hola, Voxy —lo saluda Plumas, como si fuera absolutamente normal que estuviera aquí.

Justo entonces, una ráfaga de viento lanza una lluvia de rocas diminutas contra el transbordador.

—¿Seguro que no deberíamos esperar ahí dentro? —pregunta Rubio.

Pienso en que Nyla ya habrá descubierto que Voxy se ha ido.

Inventarme un *cuento* para ellos justo después de perder a Javier me resulta imposible.

—El Colectivo necesita que lleguemos al centro de investigación lo antes posible —digo con la esperanza de que eso baste para convencerlos.

Antes de que alguien pueda objetar nada, me engancho del brazo de Voxy y el resto nos imita hasta formar una cadena humana.

—¿Todo el mundo listo?

Doy el primer paso fuera de la cubierta protectora de la rampa de entrada y me sorprende un estallido de viento. Sopla a cuarenta kilómetros por hora, como mínimo, con algunas ráfagas que nos harían volar si no fuéramos unidos.

—Oooh —chilla Voxy cuando pisa la tierra musgosa.

Bajo la luz crepuscular de Sagan, giramos envueltos por la bruma

que forman el polvo y la niebla, y nos encaminamos hacia la jungla y la cueva que hay más allá. Nuestra cadena de brazos se resiente con cada golpe de viento, pero aguantamos. Cada pocos segundos vuelvo la vista atrás para asegurarme de que todos siguen conmigo.

Los trajes de Plumas y de Voxy se ondulan sobre sus cuerpos diminutos como lonas azotadas por un huracán.

Los árboles de la entrada de la jungla se inclinan al este, en la misma dirección que el viento, lo cual explica que sus troncos estén doblados de ese modo.

Tardamos el doble de lo normal en llegar a la cueva. La cortina de enredaderas se agita con el viento. Dentro, unas luces doradas y verdes corretean por el suelo como hadas diminutas. El brillo me recuerda mi biblioteca mental y la lámpara que me invitaba a entrar. Sin embargo, aquí, en el mundo real, no son más que las luciérnagas de Sagan conduciéndonos a un refugio.

Aparto las enredaderas y agito el brazo a toda prisa para indicarles a los demás que entren. Observo a Suma cuando pasa junto a mí. Ahora, la única forma de rastrearnos es a través del botoncito del interior de su traje. Si consigo desactivarlo, solo podrán encontrarnos en la superficie por nuestra huella térmica. Nuestra mejor opción sería llegar lo antes posible hasta los primeros pobladores, ocultándonos en cuevas o en el lago frío por el camino, en caso de que envíen el transbordador.

En la pequeña entrada, Suma, Plumas, Rubio y yo nos quitamos los cascos y los dejamos en el suelo para recuperar el aliento. El aire es cálido y huele a minerales.

Voxy empieza a abrirse el suyo.

Le levanto el visor.

—Solo dentro de la sombra de la cueva. Fuera, el casco siempre puesto.

Eso me recuerda a mi padre, cuando me obligaba a ponerme el casco en el parque Rockhound.

Igual que hacía yo, Voxy asiente con la cabeza, aunque tiene los ojos tristes.

Dejamos los cascos dispuestos en fila como zapatos en el vestíbulo

de una casa.

Me interno por primera vez en la cueva. El pasadizo se ensancha hasta llegar a una cueva más grande, y las luces desperdigadas se funden en un torrente de criaturas brillantes. Esta vez jadeo más fuerte que Voxy hace un momento. Las luces doradas y verdes de las criaturitas crean una aurora resplandeciente en las paredes de la caverna.

Hay túneles más pequeños que parten de la cámara principal, como una versión enorme y reluciente de la escultura de la colonia de hormigas rojas de Lita.

Voxy está boquiabierto. Suma y Plumas parecen algo impresionados. Sonrío.

Doy unos pasos atrás, de vuelta a la entrada, y alargo la mano para coger el biopán que había escondido en un saliente. Chillo en cuanto noto algo peludo que me sube por el brazo, baja de un salto de mi hombro y sale corriendo de la cueva. Solo es una minichinchilla. De pronto siento un vacío en el estómago.

Sujeto el borde de una caja de biopán. Lo que queda de esta se cae del saliente, hecho pedazos. No han dejado ni una miga. Palpo en busca de otra. No hay más.

Un escalofrío me recorre la espalda y me noto la boca repentinamente seca. No tardaremos en necesitar alimento, y ahora mismo no podemos pasarnos varias horas junto al lago, a cielo abierto, recolectando enredaderas. Regreso con los demás.

Rubio toca con el dedo un brillo verde que se arrastra por la pared.

—Interesante. Cuesta distinguir si se trata de un vertebrado quimioluminiscente o de bacterias bioluminiscentes. —Se saca de la bolsa el lector atmosférico—. Puede que tarde un rato…

—No os acomodéis demasiado —les digo intentando reprimir las lágrimas a pesar del nudo que me atenaza la garganta—. Tenemos que continuar hacia el centro de investigación cuando amaine el viento.

Rubio se guarda el lector en el bolsillo y frunce el ceño, decepcionado. Quiero decirle que podemos volver en cualquier otro momento, igual que mi padre me prometió cuando implantamos la nueva tradición de ir de excursión al parque nacional de Rockhound.

Pero ahora sé que hay cosas que no están en nuestra mano. Lo que deseamos no siempre se hace realidad.

No tenemos comida. Y si no llegamos rápidamente al asentamiento…

El aullido del viento se burla de mí.

Suma resopla.

—Hay algo que no me encaja. ¿Por qué nos sueltan aquí para después reunirse con nosotros en otra parte? Todavía no han preparado una zona de aterrizaje apropiada para la nave.

Voxy mira a Suma y se lleva las manos a las caderas con aire autoritario.

—Es todo cierto. El Colectivo me pidió que viniera a ayudar.

Me guiña un ojo.

Encojo los hombros y niego con la cabeza, para que no siga. Suma se agacha hasta quedar a su altura y lo mira a los ojos.

—¿Y en qué puedes ayudar exactamente al Colectivo estando aquí?

El niño hincha el pecho y dice:

—Soy experto en…

—Voxy, ya basta, por favor —le ruego.

Suma se me acerca mucho, hasta estar casi nariz contra nariz.

—Voy a verificar esta nueva directiva con la canciller antes de salir hacia el nuevo centro de investigación.

Recoge su bolsa y camina hacia la entrada de la cueva.

—¡Detente! —le ordeno, alzando la voz mucho más de lo que pretendía, y todo el mundo da un brinco. Me levanto y recojo mi bolsa de recolección—. Ven conmigo, Zeta-2.

Paso junto a Suma, dejo atrás a los demás y salgo por la pequeña entrada de la cueva. Es ahora o nunca.

Mientras espero a que me alcance, me muerdo el interior de la mejilla. El viento aúlla a mi espalda y las enredaderas me rozan la parte de atrás del traje. Suma se coloca frente a mí, retroiluminada por la cueva, con la bolsa al hombro. Respiro hondo, introduzco la mano en mi bolsa y saco la sudadera morada con el unicornio. La sostengo en alto sujetándola por los hombros.

Ella la observa un buen rato. Ladea la cabeza lentamente y frunce el

ceño. Extiende los brazos y la coge. Se la lleva a la cara y la huele, respirando hondo.

Saco su libro de bebé y lo abro por una de las páginas. Con un sonidito, la imagen tridimensional de Suma y sus madres se proyecta entre nosotras. Suma alza la vista y mira el holograma.

—¿Te acuerdas? —le susurro.

Ella echa un vistazo a su alrededor, observa las rocas, como si de repente se percatara de dónde estamos. Levanta una mano para tocar a la madre que desaparece de los hologramas a mitad del libro.

Javier necesitó que yo recurriera a nuestros recuerdos compartidos, pero no tengo ningún recuerdo de la vida de Suma para ayudarla, solo estas imágenes. La señalo en los hologramas.

—Esta eres tú.

—Sí, ya lo sé —resopla.

El corazón se me acelera. ¿Así de fácil va a ser?

—¿Sabes que eres tú, Zeta-2? ¿O sabes quién es la chica del holograma?

Guarda silencio y observa la imagen.

Señalo a las mujeres.

—Y esas son…

—Mis madres —susurra.

Paso a la última página. El libro tintinea y ante nosotras aparece la madre de Suma besando a una Suma holográfica que pone los ojos en blanco.

—¿Dónde está? —pregunta la niña.

No es el momento de contarle a Suma que he visto la cápsula vacía de Preeti Agarwal.

—No sé bien lo que pasó —respondo.

—¿Por qué nos has traído aquí? —pregunta con voz temblorosa—. Tengo que encontrarla. Voy a volver a la nave.

Da un paso hacia la puerta.

—¡No puedes!

Ella da un respingo y se detiene.

—Si ya recuerdas, entonces también sabrás lo que hará el Colectivo si se entera. ¿Recuerdas la primera vez que saliste de estasis y llamaste

a tu madre?

Suma deja caer la cabeza y contempla la sudadera.

—Yo sí —sigo diciéndole—. Si vuelves y te pillan, te reprogramarán… y te garantizo que no regresarás nunca. Se asegurarán de ello, y yo no estaré allí para recordarte quién eres. ¿De qué le vas a servir a tu madre si ni siquiera la recuerdas?

Sé cómo me sentí cuando estaba desesperada por encontrar a mis padres. Habría luchado contra todo el Colectivo yo sola con tal de recuperarlos.

—Entiendo que quieras encontrar a tu madre —le digo en voz baja.

Ahora no puedo contarle la verdad. Su madre ya no está. No hay nada que encontrar. Y la nave en la que estaban nuestros padres pronto desaparecerá para siempre. Le pongo una mano en el hombro, pero ella se zafa.

—Tenemos que encontrar a las personas de la primera nave de Pleiades, los primeros pobladores.

Suma alza la vista un momento al oír el nombre de la nave. Sigo hablando.

—Necesito tu ayuda para llegar hasta allí.

La niña mira hacia donde hemos dejado el transbordador.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

Nyla dijo que estaban a unos veinticinco kilómetros.

—Si tenemos suerte, podemos llegar antes del siguiente ciclo de viento.

Suma mira en dirección a las enredaderas que el viento agita. Se pone rápidamente la sudadera de unicornio y se guarda el libro de bebé en la bolsa.

—Pues vámonos ya.

Dejo escapar un suspiro. Alargo una mano hacia ella y ni siquiera parpadea cuando le apago el monitor del traje.

Le tiembla la barbilla y tiene los ojos rebosantes de lágrimas.

—Espero que cuando encontremos a mi madre ella cree una cámara de fisión térmica y meta dentro a la canciller. —Entorna los ojos—. Mi madre dividirá al Colectivo en un millón de pedazos.

Regresa al interior de la cueva pisando fuerte. Me da la espalda,

pero veo que levanta la mano para secarse la cara.

—Haremos lo que dice Zeta-1 —les indica a Rubio y a Plumas—. El viento ya ha amainado lo suficiente. —Pasa de nuevo a mi lado y recoge sus cosas—. Nos vamos ya.

Sé lo mucho que debe de estar sufriendo, aunque parte de mí se alegra de tener por fin a alguien que también recuerda. El viento aún entraña cierto peligro; está aproximadamente al veinte por ciento de su intensidad máxima. Pero no pienso discutir con ella.

Hago mi mejor imitación de cómo sonaría una voz expeditiva.

—Todo el mundo, salvo Voxy, deja aquí cascos y bolsas. En el nuevo emplazamiento tendremos todo lo que necesitemos. —El equipo nos retrasaría, así que lo mínimo que podemos hacer es intentar localizarlos antes de resignarnos a subsistir en las cuevas comiendo enredaderas acuáticas—. Y, como han dicho Épsilon-5 y Zeta-2, tenéis que seguir mis órdenes si no queréis responder ante el Colectivo.

Rubio se alisa la ropa, y Plumas el pelo, dispuestos a ponerse manos a la obra. Salen con Suma. Voxy también se recompone el traje y comprueba los cierres.

—¿Qué le pasa a Zeta-2? —me pregunta.

—Ahora se llama Suma —le respondo, y me echo al hombro la bolsa con mis tesoros—. Tendrás que aprenderte nuestros nombres reales, Voxy.

Él se pone el casco.

—Oí a Nyla llamarte Peeetra.

Suelto una risita.

—Se dice Petra —lo corrijo.

—En cualquier caso, es un buen nombre. ¿Y Zeta-3 y Zeta-4? —pregunta mirando a Rubio y a Plumas.

No es justo que les asigne un nombre a ninguno de los dos.

—Todavía no estoy segura.

—Entonces, ¿qué le pasa a Suma…? —repite.

—Echa de menos a su madre. —Pienso en la celdita del niño añadida al compartimento de Nyla, y en que la canciller lo estaba preparando para algo más—. Puede que algún día tú también eches de menos a Nyla o a Crick, Voxy —le digo mientras me ajusto la bolsa a

la cintura.

—Ya no pertenezco al Colectivo.

De repente recuerdo algo. Me arrodillo frente a él, tengo que saberlo.

—Voxy, ¿qué… qué te dijo Épsilon-5 al oído? Cuando Nyla y Crick me estaban poniendo en estasis.

Voxy sonríe.

—Me dijo que no tuviera miedo, que tenía un plan y que ese no era el final de nuestra historia.

Cierra el visor y se aleja entre las enredaderas.

Sonrío al observar a este pequeño fugitivo que se ha pasado la vida aislado en una nave, sin jugar ni correr, que quizá solo ha osado reírse cuando nadie miraba y cuyo color favorito debía de ser, probablemente, el transparente.

Lo sigo al exterior, donde nos espera el resto.

—¿En qué dirección están? —pregunta Suma en voz baja.

—Las cascadas.

Asiente y mira hacia el otro extremo del lago, donde se encuentran las lejanas montañas heladas y el agua cae de una meseta a otra.

Por su parte, Pluma tiene clavados los ojos, como si fueran dos punteros láser, en la sudadera de unicornio de Suma; tiene cara de estar entre desconcertada y celosa.

Caminamos hacia el lago. Ahora que el tifón de polvo y agua se ha disipado, ya vemos el lugar donde debería encontrarse el transbordador. Pero ya no está.

30

Me arden los ojos y se me nubla la vista. La desaparición del transbordador solo puede significar que han reparado el muelle y han descubierto a Javier.

Y lo sé. Se ha ido.

Vuelvo la vista hacia la cueva. Sería muy sencillo volver atrás, hacerme una bola y vivir con los recuerdos de mi hermano protegida por las paredes rocosas. ¿Qué gano con seguir adelante? Todo cuanto amo ha quedado atrás. La Tierra. Lita. Mis padres. Javier…

Es un camino muy largo para recorrerlo sin comida ni agua. Puede que ni siquiera lo consigamos. Puede que no demos con los primeros pobladores.

Cierro los ojos y la voz de Javier me suena en la cabeza como si lo tuviera delante: «Si esta pequeña parte de mi viaje sirve para darles una oportunidad a todos los demás, nuestros padres y antepasados se sentirán orgullosos».

Oigo mi respiración entrecortada y sorda. Si alguna vez tengo la oportunidad de contar la historia del acto de valentía de un anciano para salvarnos, el riesgo habrá merecido la pena.

—Vamos.

Avanzo a Suma, Plumas y Rubio, y cojo de la mano a Voxy. Le hago un gesto a Suma para que se quede en la retaguardia, y así entre las dos formamos un sándwich con los otros tres.

—No os separéis —les digo.

Caminamos como patitos en fila por la orilla del lago hacia el lado este, en dirección a la cascada más pequeña.

La niebla se arremolina sobre el agua mientras el viento frío del este se mezcla con los restos del aliento cálido del oeste. El cielo suroriental arde en rosa y, de vez en cuando la bruma se abre para dejarnos ver su reflejo de vidriera en la superficie del lago.

Enjambres de mariposas acuáticas siguen nuestra sombra cuando recorremos la orilla. Desde debajo del agua, unos globos ondulantes de luz dorada y morada nos rastrean.

A pesar del visor, oigo a Voxy reírse. Vuelvo la vista atrás justo a tiempo de verlo agitar los brazos. Las mariposas acuáticas que se habían atrevido a acercarse para observarnos se alejan a toda prisa, de vuelta con sus compañeras. Se hace el silencio durante un momento, pero no tardo en oír de nuevo el aleteo de su traje y sus risitas. Plumas se le une de vez en cuando. Me paso dos horas escuchando sus risitas y sus aspavientos mientras se entretienen con las asustadizas criaturas del lago. En cualquier otro momento les habría suplicado que parasen.

Sin embargo, Nyla y el Colectivo vendrán pronto. Puede que sea la última vez que Voxy se divierta tanto. Si nos localizan antes de que lleguemos al asentamiento, quién sabe cuál será su castigo.

Durante las cinco o seis horas siguientes caminamos casi todo el rato en silencio. No aminoro la marcha, a pesar de saber que deben de estar tan cansados y sedientos como yo.

Al principio creo imaginarme el ruido. Pero, al doblar una curva, el ruido se transforma en rugido. Más adelante, la superficie cristalina del lago se ondula. Suma se sale de la formación con una sonrisa decidida y me adelanta. Corro tras ella con los demás pisándome los talones hasta que llegamos al río. Unas crestas blancas de agua turbulenta agitan la superficie. Justo al otro lado del río se extiende una arboleda en sombra que recorre la orilla. Más allá, la cascada más pequeña está a menos de un kilómetro de distancia. Cerca de la base de la cascada debe de encontrarse el campamento. El lugar perfecto para un asentamiento, donde Nyla había fijado su blanco.

—¿Qué te parece? —pregunta Suma.

Los vientos regresarán pronto y no hay ni cuevas ni ningún otro refugio a la vista. Estamos sin resuello, hambrientos y sedientos. Niego con la cabeza.

—Primero debemos encontrar un lugar seguro para cruzar.

—¿Cuánto falta para llegar al centro de investigación? —pregunta Plumas, con los ojos cerrados. Si no la conociera mejor, diría que se ha dormido de pie.

Suma da unos cuantos pasos por la orilla arenosa.

—Este parece un buen lugar.

Sé que está desesperada por regresar con su madre, pero correr riesgos innecesarios cuando estamos tan cerca de llegar a un lugar seguro no es la respuesta.

—La corriente parece demasiado violenta. —Señalo un punto más ancho con menos crestas blancas que está a poca distancia—. ¿Y si…?

Entonces oímos el familiar zumbido de un dron.

Suma abre la boca y ambas nos miramos a los ojos.

Se acerca deprisa. Y hace ruido. Demasiado ruido.

Voxy se me cuelga del brazo. Nos quedamos mirando un puntito oscuro, a lo lejos, que sobrevuela el lago por la zona de la que venimos. En cuanto está más cerca, me percato de que no hay un solo artilugio.

Como una plaga de langostas, un enjambre de drones vuela hacia nosotros.

Pero no se trata de inofensivos drones de recolección, ni de drones de rescate en busca de un niño perdido. Cada uno de ellos lleva unido a su base un aerosol de los que se usan para terraformar. Y en cuanto observo que detrás llevan acoplados unos depósitos auxiliares, se me para el corazón. Están llenos de un líquido verde chillón.

Me empieza a arder la cabeza. Me había olvidado de ello.

Esos depósitos son demasiado aparatosos para acabar únicamente con nosotros cinco. El aire, que hasta hace unos segundos estaba tan sereno y apacible, ahora palpita con su zumbido. Pienso en los viales del laboratorio. No regresé para echarles un vistazo. Todos moriremos por mi culpa.

Suma me da un codazo.

—¿Qué son?

No puedo responder.

—Impresionante —comenta Rubio.

—¡Que todo el mundo mantenga la calma! —chillo.

—¿Por qué no íbamos a mantenerla? —pregunta Plumas, que agita las manos con los brazos en alto—. Es el Colectivo. Pero ¿qué clase de drones son esos?

Voxy sigue a mi lado y se le acelera la respiración dentro del casco. Me aprieta tanto la mano que me hace daño.

Los drones se acercan aún más a nosotros en dirección sur, formando una especie de diminuta escuadra triangular. Hay tantos que parecen una única nave.

Suma le baja las manos a Plumas, se le acerca y le ordena:

—No llames la atención.

Le lanza una mirada severa. Me alegro de que esté de mi lado.

Aunque es una posibilidad remota, puede que el agua fría y oxigenada del río sea nuestra única oportunidad de sobrevivir. ¿Sabrán nadar? Ojalá hubiéramos traído los cascos. Otro fallo mío.

Me vuelvo hacia Suma, con Voxy cogido de la mano.

—Yo soy la mayor —le digo—. Iré primero. Tú asegúranos lo mejor que puedas por el otro lado.

Suma le coge la mano a Plumas. El resto la imitamos formando una cadena humana: Voxy le da la mano a Rubio y Rubio se la da a Plumas.

—¡No os soltéis! —grito al meterme en el río.

El agua helada se me cuela en las botas y, de repente, me siento como el primer día en la nave, dentro de la cápsula, con el gel de estasis fluyendo por encima de mi cuerpo. La corriente hace todo lo posible por derribarme.

Vuelvo la vista atrás. Uno tras otro, nos metemos en el agua. Los drones se acercan cada vez más, su zumbido es aún más intenso que el rugido del río. A medio camino, compruebo que estemos todos dentro. A Suma el agua le llega hasta la cintura y le está costando avanzar tanto como a mí. Pero los drones todavía están demasiado lejos para sumergirnos y contener la respiración tanto tiempo.

Me entra agua en la boca. El río me da un empujón en las piernas, como si fuera un bulldog descontrolado. Busco un punto de apoyo para afirmar los pies, pero la corriente es demasiado fuerte. Voxy se

aferra con más fuerza a mi mano, y yo consigo asentar un dedo del pie en el fondo del río. Cruzamos como si fuéramos un ciempiés.

Hago pie en el lecho de la otra orilla y así logro que todos nos afiancemos de nuevo.

Voxy me mira con los ojos rebosantes de lágrimas. A pesar del rugido del río, sus palabras, tan frágiles, me destrozan el corazón.

—Esto es por mi culpa —dice.

Ya tenemos los drones casi encima, con su zumbido ensordecedor. No me da tiempo a asegurarle que esto iba a suceder tanto si él hubiera huido como si no.

—¡Todo el mundo bajo el agua! —grito.

Voxy abre los ojos de par en par, como Javier cuando Lita nos enseñó la serpiente de cascabel muerta en el gallinero.

—No pasará nada, Voxy. No tengas miedo, tu casco te proporcionará oxígeno. —Lo sujeto—. ¿Listo?

El niño, que probablemente ni siquiera se haya dado un baño de verdad en toda su vida, niega con la cabeza.

Lo ayudo como haría con Javier.

—Uno, dos…

Nos sumergimos y abro los ojos para ver si los demás están bien. Bajo el caos del torrente, solo veo una sombra oscura bloqueando los rayos del sol que atraviesan el agua. No habríamos notado la sombra de un solo dron, pero la sombra de todo ese enjambre nos sume en la oscuridad. Contengo el aliento hasta que el sol vuelve a iluminar el agua por completo. Estoy a punto de desmayarme, pero si los drones han detectado nuestra huella térmica, el aerosol aún no habrá tenido tiempo de disiparse.

Asomo la cabeza a la superficie y respiro, aterrada ante la posibilidad de estar inhalando el veneno. Por suerte, los drones pasan de largo en dirección sur y no hay ninguna niebla verde sobre nosotros. Tiro de los demás, y uno a uno van sacando la cabeza entre toses y jadeos. Salvo Voxy, que sigue sano y salvo dentro de su casco.

O bien todos esos cientos de drones no nos han visto, o al Colectivo ya no le importamos. Sigo con la mirada el dron que va en cabeza y su trayectoria hasta el punto al que se dirige. Y me doy cuenta de que es

justo adonde vamos nosotros: la cascada más pequeña.

Nado hacia una gran roca y me aferro a un saliente con el brazo. Pero al acercarme demasiado deprisa me golpeo la rodilla contra la superficie. Grito, me sujeto la zona dolorida, y sin darme cuenta suelto la mano de Voxy. De pronto siento que la correa de la bolsa se me clava en la cintura, y cuando miro atrás veo la mano enguantada del niño prendida a mi cinturón como si le fuera la vida en ello. Dejo la rodilla de lado para asegurarme de que Voxy esté bien, pero el dolor me recorre la rótula una y otra vez. Uso la bolsa para tirar de nuestra cadena humana hasta la orilla arenosa. Suma consigue llegar a tierra firme. Uno a uno, saca del agua a Plumas, a Rubio y a Voxy, hasta que la cadena se rompe y me quedo sola, aferrada a la roca.

Suma tira de mi bolsa.

—¡Suéltate, Zeta-1, por favor! —me grita.

Abro los ojos y caigo en la cuenta de que Suma ni siquiera sabe mi nombre real.

Me dejo ir de la roca y me lanzo hacia ellos, pero la corriente trata de arrastrarme en la dirección contraria. Suma y Voxy agarran mi bolsa cada uno por un lado, mientras Plumas y Rubio los mantienen afianzados en la orilla, hasta que logran vencer la corriente y sacarme del río.

Acabamos todos tumbados en la orilla, empapados y tosiendo.

En lo alto, los drones se acercan a la cresta de la montaña, donde el agua helada del este se precipita por el saliente. Después, se dividen en grupos, cruzándose entre sí. Una niebla verde y brillante brota de su base dejando escapar un silbido nauseabundo.

Se me revuelve el estómago. Yo ayudé a crear eso.

La niebla verde que hemos traído con nosotros tiñe de un marrón asqueroso el cielo naranja y morado de Sagan. Pienso en lo alto que vuelan los drones. Apenas se ven, así que, por ahora, estamos a salvo.

Las enormes hojas de la arboleda se agitan suavemente con la brisa y parecen pedirnos que corramos a ocultarnos bajo las frondas.

—¿Estás bien? —pregunta Suma.

Decido mentir y asiento con la cabeza.

—¿Qué crees que están haciendo? —pregunta mientras mira el

cielo.

Me encojo de hombros, otra mentira.

Intento levantarme, pero mi rodilla apenas coopera. Voxy me da la mano y cojeo con ellos hasta la arboleda.

En lo más alto del dosel de la jungla, los pájaros (o puede que sean unos diminutos lagartos alados) corretean entre las hojas. El suelo es una manta esponjosa de musgo, así que parece que vayamos pisando cojines. Hay piedras esparcidas por el suelo, como frutas maduras que han caído de los árboles.

Encontramos un tronco y nos acurrucamos debajo. Empiezo a ver la hinchazón de la rodilla a través del traje.

Alzo la vista hacia el dosel arbóreo de hojas de oreja de elefante. De algún modo, es como estar escondidos bajo las sábanas de nuestra cama. Sin embargo, tal como sucede cuando te escondes bajo las sábanas, sabes que si algo malo se ha propuesto atraparte, ese escondite no te protegerá en absoluto.

Suma se retuerce la sudadera.

—¿Qué deberíamos hacer?

Me quedo mirando la bruma turbia que desciende hacia la superficie del planeta, a lo lejos, y el terror que me provoca me cierra el estómago. Solo Voxy tiene casco y, aunque sé que están lejos, los vientos traerán pronto la bruma hasta nosotros.

Niego con la cabeza. No deberíamos tener que decidir algo así.

Por lo pronto hemos de encontrar el campamento de los primeros pobladores y ver si hay algo que pueda resultarnos de utilidad. No me imagino a Voxy pasándose el resto de su vida con el traje y el casco puestos.

Rubio se restriega los brazos enérgicamente.

—¿No deberíamos intentar ponernos en contacto con el Colectivo?

Suma lo mira con los párpados entornados.

—Épsilon-5 nos dejó claro que teníamos que seguir las órdenes de Zeta-1. Y si no lo hacéis, yo misma informaré de ello a la canciller Nyla.

Rubio traga saliva y apoya la espalda en el árbol para salir de la visual de Suma.

Nos asomamos al exterior del dosel arbóreo. Como una legión asesina que abandona el escenario de una masacre, los drones vuelven a replegarse formando organizadamente. Una vez convertidos en una masa oscura y sólida, salen disparados de vuelta al norte.

Suma se pone a mi lado y habla por la comisura de los labios.

—¿Cuánto tenemos que esperar?

No podría estar en peor posición. No podemos seguir avanzando hacia el campamento hasta que sepa que la toxina se ha disipado. Por otro lado, si esperamos demasiado, regresarán los vientos huracanados y ni los finos troncos de los árboles ni las piedras nos servirán de refugio.

No soy capaz de contarle a Suma lo de la toxina. ¿Para qué meterle miedo con respecto a lo que nos espera si no hay nada que podamos hacer para evitarlo?

—No mucho —respondo.

El cielo marrón empieza a recuperar su habitual tono naranja tostado y rosa brillante.

Nos sentamos. Rubio se pone a roncar en cuestión de minutos. Plumas se tumba de lado para echarse una siesta. Daría lo que fuera por borrar la imagen de esos drones y de lo que sé que ha sucedido. Voxy se tumba boca arriba y contempla a través del visor los lagartitos voladores entre las ramas de los árboles.

Suma se sienta con las piernas cruzadas y la espalda contra el árbol que tengo enfrente, y la inconfundible espiral del cuerno de unicornio le asoma entre los largos mechones ondulados de pelo oscuro.

—Me llamo Suma —dice.

Me arden los ojos y las lágrimas se me derraman por el rostro como si brotaran de una olla hirviendo. Me limpio la nariz con la manga, sin importarme lo asqueroso que eso pueda parecer.

—Lo sé —respondo, y me doy cuenta de que no la he llamado nunca directamente por su nombre—. Yo me llamo Petra.

—Petra —repite—. Gracias, Petra.

Le tiemblan los labios, y me pregunto si, de algún modo, ya conoce la inevitable verdad sobre su madre.

—¿Zeta-1? —me llama Plumas; le castañetean los dientes—. Tengo

frío.

—Y hambre —masculla Rubio, medio dormido.

De repente creo saber un poquito mejor cómo deben de sentirse los padres. Me levanto y me acerco a los árboles para contemplar el color cambiante del cielo.

El campamento está demasiado lejos para distinguirlo.

Cojeo hasta Rubio.

—Necesito que me prestes tu monocular.

Se encoge de hombros, se lo saca del bolsillo, me lo pasa y cierra otra vez los ojos. En la linde de la jungla, enfoco con el aparato la zona bajo la cascada y la examino despacio. Hay algunas cuevas pequeñas repartidas por la fachada de roca detrás de ambos lados de la cascada. Miro hacia el campo abierto. La toxina está desapareciendo lentamente. Hay un campo verde, del color del jardín de cactus de Lita, debajo de la cascada. Pero no es más que hierba. Más allá del campo, solo hay jungla. El campamento no está donde Nyla dijo. No hay ninguna nave de Pleiades. Ni gente.

¿Qué se me escapa?

Siento una presencia a mi lado, y al volverme veo a Suma. Le paso el monocular.

—¿Quieres probar tú? —le propongo.

En ese momento una abeja aterriza en el cuerno del unicornio de Suma. No sé bien qué opinión le merecen las abejas, así que la espanto a toda prisa. Y entonces me quedo helada.

—Era real —susurro.

Suma se me queda mirando.

—¿Qué?

Recuerdo que mamá decía que las abejas eran vida. Sin abejas, no hay comida, sin comida, no hay humanos. Suma se encoge de hombros y coge el monocular. Al cabo de un momento, dice:

—Hummm…

—¿Qué?

Me pone el aparato en el ojo, y señala hacia la cascada y la jungla que hay en el extremo, en el lado más alejado del campo. En vez de tener los troncos rectos como pajitas, los árboles de oreja de elefante

están trenzados formando una pared, como si fuera una cesta. Eso no es algo natural en ningún planeta. ¿Cuántos primeros pobladores habría y cuánto tiempo nos llevarían de ventaja?

—¿Qué crees que es? —pregunta.

Tiene que ser el campamento, pero no hay ninguna persona a la vista.

En cualquier caso, da igual, porque hemos llegado demasiado tarde. Ya no están.

De pronto, a lo lejos, en el punto de origen de los drones, la nave con forma de mantis religiosa se hace visible.

—Deprisa —les digo—. ¡Escondeos detrás de las rocas!

Si deciden sobrevolarnos directamente, las rocas no ocultarán nuestra huella térmica, pero si logramos ocultarnos quizá tengamos una oportunidad.

Suma y yo corremos de vuelta a la arboleda. Cojo a Voxy y a Plumas, y Suma va a por Rubio. Pero la nave se detiene a varios kilómetros de distancia. A pesar de estar tan lejos, es tan grande que parece capaz de atraparnos con las patas de su tren de aterrizaje. La mantis se queda flotando, estática, sin acercarse más.

—¡Quedaos donde estáis hasta que yo lo diga! —les grito desde nuestra roca. Aunque no hace falta que insista, porque Voxy, e incluso Plumas, se me pegan como lapas.

Me asomo. No se ve ni un solo dron con toxinas. Tampoco parece que el transbordador vaya a salir de la nave en nuestra busca. A lo lejos, el estabilizador gravitacional de la nave de Pleiades empieza a vibrar cada vez más fuerte. Igual que cuando abandonamos la Tierra, está usando la gravedad de Sagan para acumular energía. Y entonces lo sé: se acabó. Como ya han eliminado a la competencia, se marchan. Noto que una manita se agarra a la mía, y cuando bajo la vista veo a Voxy aferrado a mis dedos. Le devuelvo el apretón.

Se activan los cohetes y la nave se catapulta al hiperespacio. Con un ruido sordo, se aleja cada vez más de Sagan. ¿Regresará el Colectivo después de reconfigurar sus filtros epidérmicos? ¿O encontrará otro planeta Ricitos de Oro y no volverá jamás? Miro a Voxy, ya que el único hogar que ha conocido se hace cada vez más pequeño en el

cielo.

—No pasa nada —le digo.

Se encoge de hombros.

—Lo sé.

Seguimos observando la nave.

Con el planeta anillado de fondo, el brillo de la nave que abandona Sagan traza un óvalo, como una luciérnaga, hasta que la luz desaparece.

La historia de Javier acaba en esa nave. En este final, sabe que lo quería y tiene su libro. Acabará su historia como Javier, no como parte del Colectivo.

Y ahora que se han ido, estamos solos. Los cinco en un planeta enorme. Yo he tomado esta decisión por todos nosotros. No quiero pensar en lo que eso significa. Miro a Suma y veo que está llorando. Me doy cuenta de que cree que su madre se ha ido en esa nave.

—Suma —la llamo, pero ella sigue sin apartar la vista de la nave—. Suma, tu madre… Ya la habían…

—Lo sé —responde mientras se frota los ojos con el antebrazo.

Quiero abrazarla, pero ella les da la mano a Voxy y a Plumas y los conduce junto con Rubio al interior del dosel arbóreo.

Cierro los ojos con fuerza y bloqueo la imagen de los cadáveres que encontraremos en el campamento de los primeros pobladores. Si es que estaban ahí. La toxina debería de haberse disipado ya, pero no quiero que ninguno de nosotros pase por eso ahora mismo. Aunque no me queda más remedio. Es nuestra única posibilidad de hallar refugio. Solo necesito un momento.

Me meto la mano en el bolsillo y una púa metálica me pincha el dedo. Saco mi colgante del sol y lo observo mientras lo restriego para quitarle una mancha. Se me llenan los ojos de lágrimas, y alzo el rostro para evitar derramarlas encima de la joya. Es como si solo hubieran pasado unos días desde que Lita me lo colgó al cuello. Y aunque Sagan tiene muchísimas más estrellas, centellean igual aquí que en el desierto de Nuevo México, cuando nos tumbábamos en su manta de rayas negras y rojas, y yo apoyaba mi mejilla en su pecho. Miles de millones de kilómetros de espacio, y más soles y lunas de las

que soy capaz de contar me separan de casa.

Alzo mi colgante al cielo y centro el sol enano en medio de la obsidiana. El orbe diminuto emite un brillo tenue a través de su centro. Hablo en voz baja, para que los demás no me oigan.

—Abuelita, ¿estás ahí? —Se me forma un nudo en la garganta—. Necesito ayuda.

Espero.

No pasa nada. No se oye ninguna voz mágica en el viento. No huelo su perfume.

Puede que este sol sea demasiado pequeño, que esté demasiado bajo y sea demasiado frío para que funcione.

—Zeta-1 —me llama Rubio.

Me guardo el colgante en el bolsillo y cierro la cremallera para protegerlo bien. Regreso cojeando al árbol bajo el que descansan y me siento al lado de Plumas.

—Encontraremos comida pronto —les aseguro, sonriente, sabiendo que, cuando lo hagamos, esta consistirá en unas viscosas enredaderas acuáticas.

Plumas se apoya en mí, tiritando bajo la ropa mojada.

Abro un compartimento de mi bolsa. Dentro, hecha una bola, está la ropa de Javier. Saco sus vaqueros de la talla 7 y su sudadera de la Gen-Gyro-Gang. Me tiembla la barbilla y me muerdo el labio. No tiene cuerno de unicornio, pero está más seca que el traje de protección de la niña. Le paso las prendas y pone unos ojos como platos. Una sonrisa enorme se le dibuja en el rostro, y me pregunto si Plumas también sería miembro de la GG Gang, como Javier y casi todos los demás niños de siete años de la Tierra.

—Son para ti —le digo.

—¡Oh!

Coge la ropa y corre hacia el árbol más cercano. Suma y yo sonreímos cuando oímos lo deprisa que se quita el traje, que hace un ruido húmedo al caer al suelo.

A través de los troncos nos llega una solitaria ráfaga de aire del oeste. Notamos su calor en la piel de gallina. Los lagartos voladores ya empiezan a esconderse en los agujeros de los troncos, guiados por

algún instinto desarrollado tras milenios de ciclos de viento de ocho horas.

—Gracias, Zeta-1 —dice Plumas.

—Se llama Petra —dice Suma en voz baja detrás de mí.

Plumas mira a Suma y se pone las manos en las caderas.

—Zeta-1 es experta en geolo…

Suma la interrumpe en tono imperativo.

—Petra es una cuentacuentos.

Una ola de calor me envuelve como un abrazo de Lita.

Cierro los ojos y, de repente, estoy detrás de la casa de Lita, en el desierto. El trino de los lagartos voladores que cantan a sus amigos desde las alturas de los árboles suena como el canto de los coyotes en casa. Incluso me imagino que el humo de la madera dulce de oreja de elefante se alza por el cielo estrellado de Sagan.

«Deja claras tus intenciones», oigo que me dice mi abuela. Se me llenan los ojos de lágrimas. Doy rienda suelta a mis recuerdos. Me lo traigo todo: a mamá, a papá, a Lita, a Javier y nuestra casa. Llevo a Ben y mi biblioteca desvencijada en lo más profundo del cerebro. Las historias de Lita y de mis antepasados. Me las traigo todas a este mundo.

Los vientos ganan fuerza, las ramas se mueven con la cálida brisa de Sagan, como en el desierto de Nuevo México. Miro a Rubio, a Plumas, a Voxy y a Suma: distintos colores y tallas. A pesar de las diferencias, nos sentimos como una familia imprevista.

Plumas se sienta y se rodea las rodillas con los brazos, sin dejar de temblar. A Rubio le hace ruido el estómago y se lo sujeta. Voxy me mira, esperanzado, como si yo pudiera llenar algún vacío.

Al menos, con el Colectivo los cuatro tendrían comida en la nave. Estarían calientes. Habría tónicos y brebajes para ayudarlos a dormir. Ahora, todos los días serán difíciles. ¿De verdad es mejor la vida fuera de la nave?

El viento silba con más fuerza y me recuerda que tendremos que partir pronto. A través de los árboles que nos rodean, suena más como un grito. A Voxy le tiembla la voz.

—¿Qué es eso?

El día más aterrador de toda mi vida, Lita encontró la manera de quitarme de la cabeza el cometa Halley.

—Ah, ¿eso? —le digo al pequeño—. No te preocupes, es la serpiente de fuego. —Señalo hacia el otro extremo de la arboleda—. Vive en el lado oeste del planeta.

—Pfff —interrumpe Rubio—. Nuestros estudios sobre las formas de vida de este planeta demuestran que aquí no hay ofidios.

—Chisss, que es mi *cuento* —respondo.

Plumas se acerca y pincha a Rubio con un dedo.

—¡Calla! Que nos va a contar un *cuento*.

Vuelvo atrás en el tiempo, como si hubiera sucedido unos pocos días antes. Observo a Lita echar un tronco de pino al fuego.

Pero, esta vez, bajo la voz y hablo despacio.

—*Había una vez, muchos siglos atrás*, una serpiente de fuego que abandonó a su madre, en el planeta Tierra, para ir en busca de su padre. —Señalo el sol enano—. Su padre era mucho más grande, poderoso y lejano que el sol de Sagan.

—La Tierra —susurra Plumas, mirando arriba y a la izquierda—. ¿Qué es Sagan?

—¿Y ahora quién es la que está interrumpiendo el *cuento*? —gorjea Rubio.

Sigo hablando mientras junto las manos formando una bola.

—El padre de la serpiente de fuego era un sol ardiente. —Abro las manos, como en una explosión, delante de ellos—. Cuando se acercó a él, el saludo de su padre le quemó los ojos ¡y lo dejó ciego!

Plumas ahoga un grito y empuja la espalda contra el árbol.

Me imagino a Lita riéndose entre dientes mientras ve cómo cuento partes de su historia en el nuevo planeta.

Bajo la barbilla.

—*Pobrecito*. Sin sus ojos y sin un solo amigo que lo guiara, regresó a su casa, al amor de su madre, la Tierra, un planeta azul turquesa, verde esmeralda, con océanos inconmensurables llenos de peces y ballenas.

Miro a Suma. Tiene los ojos cerrados y sonríe. Una lágrima le resbalaba por la mejilla.

Me acerco más a ellos y bajo la voz, que ahora suena ronca y misteriosa.

—Pero también de criaturas aún por descubrir en las profundidades del mar. —Levanto los brazos y los niños los siguen con la mirada—. Sierras tan altas y remotas que ningún humano las había pisado nunca. Cuevas tan gigantescas que ningún alma viviente había contemplado nunca sus maravillosos cristales. Los picos nevados de su madre, la Tierra, brillaban con tonos dorados bajo el resplandor del padre de la serpiente de fuego.

Respiro hondo y pienso en lo que diré a continuación.

—Sin embargo, cuando regresó en busca de su madre, los ojos ciegos de la serpiente no podían verla, así que voló demasiado cerca de ella y demasiado deprisa.

Cierro los ojos y me viene a la mente la imagen holográfica que Nyla mostró en la fiesta del Colectivo. Trago saliva, y sé que si consigo llegar a vieja como Lita, este será el momento en que preguntaré a los demás por las historias de los seres queridos perdidos cuando la serpiente de fuego voló demasiado cerca de la Tierra. Yo contaré las historias de mi abuela. Les contaré que volcaba su amor y su vida en su comida, en su casa, en sus relatos.

—Oh, no —dice Voxy.

Suma todavía tiene los ojos cerrados y no sé si intenta olvidar o recordar. Puede que las historias existan para ayudarnos a hacer ambas cosas. Sé que los relatos no siempre pueden tener finales felices, pero, si existe la posibilidad de que hagamos mejor las cosas, tenemos que decir en voz alta las partes que más duelen.

—Así que el regreso del nagual no fue una reunión alegre de madre e hijo, sino que trajo muerte y destrucción.

Guardamos silencio. Aunque Voxy no conozca a nadie que haya fallecido, se le llenan los ojos de lágrimas. Y sé que estas historias también son suyas. Igual que en mi caso, alguien en algún lugar de la Tierra también era su antepasado.

—Unos cuantos humanos valientes abandonaron su hogar en la madre del nagual, la Tierra. Se llevaron muy poco y dejaron atrás muchas cosas queridas con la esperanza de encontrar un nuevo hogar

para sus hijos y los hijos de sus hijos, para todos los seres humanos que vinieran después.

Suma se vuelve y se seca la cara.

—La serpiente de fuego lloró la muerte de su madre y se sintió muy culpable.

—¿Y qué hizo la serpiente después, sin una madre? —pregunta Rubio, inclinándose hacia delante.

Hago una pausa, como hacía Lita, y me tomo mi tiempo para dedicarle una sonrisa traviesa a cada uno.

—No tenía elección. Fue en pos de lo único que quedaba de su hogar, de lo único que le resultaba familiar. —Señalo a Rubio, a Plumas y a Voxy—. Fue en pos de los humanos.

»Durante cientos de años, la serpiente de fuego siguió a los humanos en su éxodo. —Señalo hacia el oeste—. Esta permanecía a una distancia segura por miedo a volver a hacerles daño por accidente. No se atrevía a acercarse demasiado. Sin embargo, cuando llegaron a su nuevo hogar, y la serpiente con ellos, se dio cuenta de que no podía vivir en el lado oscuro de Sagan, al este, ya que el hielo podría extinguir su aliento de fuego para siempre.

Una ráfaga cálida nos llega del oeste en el momento justo para encajar con mi historia.

—¿Veis? —les digo—. Envía sus vientos reconfortantes a los seres humanos. Es su promesa de que se mantendrá a una distancia segura, pero envía su aliento para mantenerlos calientes. Nos recuerda que está aquí para protegernos a nosotros, los otros hijos de su madre, la Tierra.

Una ráfaga más fuerte silba a través de los árboles. Ni un solo lagarto volador gorjea. Me muerdo el labio tembloroso. Ahora tenemos que encontrar un refugio. Hemos llegado muy lejos. No permitiré que nuestra historia acabe así. Aunque solo seamos cinco, compartiré las historias que conozco de la madre de Lita y de la madre de su madre… Me aseguraré de que el folclore de mis antepasadas impregne la tierra de Sagan. Y contaré las mejores partes de mi biblioteca mágica mental en nuestro nuevo mundo.

Mientras contemplo a Suma, a Plumas y a Voxy, me doy cuenta de

que, al final, he encontrado una especie de familia. Tenemos suerte. Somos de los pocos que vamos a poder vivir en dos planetas. Y sé que todos se merecen saber la verdad sobre lo que ha salido mal. Que solo quedamos nosotros. Que nuestros padres están muertos y que queda mucho trabajo por delante para que podamos seguir viviendo.

Respiro hondo.

Rubio se levanta de golpe, boquiabierto, con las cejas formando una uve perfecta.

—¡El *cuento* de Zeta-1 es verdad! —exclama—. Huelo su aliento. —Respira hondo—. Humo.

—¿Recuerdas el humo? —pregunto sin pensar.

Me doy cuenta de lo mal que puede salir esto si todos recuerdan su casa a la vez.

—Yo también —dice Plumas.

Me pregunto si lo estará copiando, pero, entonces…

—Me recuerda las nubes de azúcar quemadas —añade Plumas ladeando la cabeza.

Suma también respira hondo.

—¡Petra! ¡Humo!

Se levanta de un salto.

Me pongo en pie. Caminamos hasta el final de la arboleda. Doy un paso fuera de los árboles para examinar de nuevo el río y localizar su origen.

El crepúsculo está en calma, salvo por una nueva ráfaga de aire. Sujeto el colgante de obsidiana en la mano… y entonces lo oigo. La voz de Lita me llama con el viento.

—Serás una gran *cuentista*, Petra.

Alzo la vista hacia las lunas para no derramar más lágrimas. La más pequeña se asoma por encima del hombro de la mayor. Juro que veo la silueta del *Conejo* en la superficie.

Y entonces yo también lo huelo. Si me permito una chispa de esperanza, dolerá demasiado. El humo podría ser de una fogata que encendieron los primeros pobladores antes de que se propagase la toxina.

De pronto, algo llega del sur y de las cuevas más cercanas a las

cascadas. Son solo unas notas, pero, mezclados con la suave brisa del viento y con el humo, oigo… el rasgueo de una guitarra lejana y unas risas.

Javier. La toxina del laboratorio. ¿Finalmente pudo hacerlo?

Y, de repente, entiendo qué querían decir exactamente sus últimas palabras: «Si esta pequeña parte de mi viaje sirve para darles una oportunidad a todos los demás, nuestros padres y antepasados se sentirán orgullosos». No solo hablaba de sacarnos de la nave. Hablaba de salvar a todos los que sobrevivieron al viaje desde la Tierra.

La música sube de volumen.

—¿Qué es eso? —pregunta Rubio.

Parpadeo y dejo que las lágrimas me corran por las mejillas.

—Eso es nuestro hogar.

… se acabó el cuento,
se lo llevó el viento
y se fue… por las estrellas adentro.

Agradecimientos

Es para mí una fuente de asombro y agradecimiento eternos que haya personas que apoyen mi obra y aporten siempre a mi vida amor, ánimos y felicidad.

Doy las gracias a mi editor, Nick Thomas, por darle una oportunidad a «un libro diferente en el que estoy trabajando» y dejarme experimentar con mi escritura. No solo acogiste la idea de buen grado, sino que llevaste mucho más allá esas ideas nacidas de mi extraña imaginación. Has sido un guía paciente que me ha ayudado a aprender sobre el mundo editorial y manejarme en este ámbito. ¡Lo hemos conseguido de nuevo! ¡Míranos!

Gracias a mi querida agente, Allison Remcheck, por defender mis ideas y creer en mí y en mis historias. Y por preguntar siempre «¿cuál es la siguiente?» con verdadero interés y entusiasmo. Te agradezco mucho tu orientación y tu amistad.

Gracias a mamá y a papá. No sé bien por qué he tenido la suerte de teneros como padres. Sois un ejemplo de humor, trabajo y bondad, y espero estar a vuestra altura. Gracias por animarme a seguir con mis, ejem… historias imaginativas.

Gracias a mi marido, Mark. Te agradezco de corazón que apoyes mi trabajo y todos los comentarios constructivos durante la creación de este libro. Gracias por llenar mi vida de risas.

Gracias a mis hijos, Elena, Sophia, Bethany y Max. Sois lo más preciado para mí y me inspiráis todos los días, tanto en la vida como en la escritura. ¡Qué suerte que nos tengamos los uno a los otros!

Gracias a mi abuela, Mary Barba Matney Salgado Higuera. Seguimos

hilando tus vívidas historias de generación en generación. Gracias por una infancia llena de magia, comida asombrosa y cuentos increíbles.

También debo un agradecimiento ENORME a mi familia del grupo de escritura The Papercuts: Cindy Roberts, Mark Maciejewski, Maggie Adams, Eli Isenberg, David Colburn, Jason Hine y Angie Lewis.

¡Os quiero un montón! Buen viaje, Angie.

Gracias a Irene Vázquez, que leyó la historia de Petra al principio de su concepción y me ayudó a mejorarla. Tus conocimientos editoriales me fueron de una ayuda inestimable.

Gracias a mi familia de la agencia Stimola Literary Studio: Rosemary Stimola, Peter Ryan, Allison Hellegers, Erica Rand Silverman, Adriana Stimola, Nick Croce y, por supuesto, de nuevo, a mi agente, Allison Remcheck.

Gracias también a mi familia editorial en Levine Querido por apoyar mi obra y mis libros. Arthur A. Levine, ¡siempre me dejas pasmada! Gracias por crear un hogar cálido y acogedor para tantas personas. Y gracias al resto del equipo: la directora de publicidad, Alexandra Hernandez; el director de marketing, Antonio Gonzalez Cerna; y la editora de mesa, Meghan McCullough. ¡Menudo grupo de gente trabajadora! Gracias por todo vuestro esfuerzo.

A Raxenne Maniquiz… ¡Impresionante! Gracias por crear la que probablemente sea la cubierta más bella de la historia de la literatura. Ojalá pudieras oír las exclamaciones cada vez que le enseño el libro a alguien. No es posible concebir una cubierta más mágica que refleje tan bien el espíritu del folclore antiguo y, a la vez, el espacio futurista. ¡Es realmente cautivadora!

A David Bowles, gracias por tus conocimientos y tu ayuda con los tecnicismos del folclore mexicano y el idioma español. ¡Qué cerebro tienes, *hermano*!

Un agradecimiento ENORME para Zoraida Córdova, que leyó la primera versión de la historia de Petra, cuando todavía estaba en pañales. Gracias no solo por plantearme las preguntas difíciles, sino por darme herramientas para comprender este personaje y el mundo en el que lo estaba colocando. ¡Qué gran regalo tener la oportunidad de aprender de ti!

Me gustaría dedicar un agradecimiento especial a Yuyi Morales por dejarme usar un extracto de su libro, *Soñadores*. Tus palabras son de una belleza y una intensidad completamente increíbles.

Gracias a Robert, del parque nacional Rockhound, por su extraordinaria paciencia para responder todas mis preguntas. Me enseñaste un par de cosas sobre rocas. ¡Eres una joya!

A Robert R: Gracias por hablar de ciencia ficción, ingeniería aeroespacial y espacio conmigo, y por ayudarme a comprender, al menos un poquito, cómo funcionan o no las cosas.

A Mandi Andrejka: Gracias por localizar los errores y arreglar los detalles. ¡¿Cómo lo haces?!

A la Society of Children's Book Writers and Illustrators (SCBWI): no hay forma humana de agradeceros todo lo que me habéis aportado durante este viaje. Desde mi formación como autora a amigos muy queridos y un marido… Me habéis dado lo mejor de mi vida.

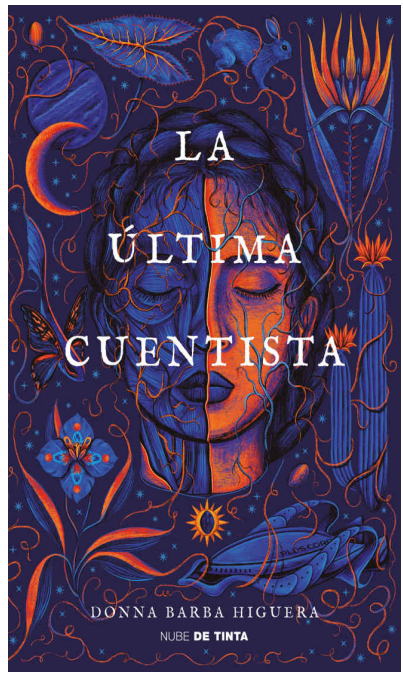
Gracias a Richard Oriolo por el precioso diseño interior del libro.

Gracias a Leslie Cohen y a Freesia Blizard, del departamento de producción de Chronicle, por hacer un libro tan bonito.

Y a todos los narradores, editores y demás personas dedicadas al arte de hacer libros, gracias por vuestras contribuciones y vuestro trabajo, que permiten crear lo más preciado que podemos legar al futuro.

Las historias que nos contamos nos convierten en quien somos.

Érase una vez… una chica llamada Petra Peña que solo deseaba ser contadora de historias, como su abuela. Pero el mundo de Petra se está acabando…



La Tierra va a ser destruida por un cometa, y solo algunos centenares de familias han sido seleccionadas para viajar a un nuevo planeta.

Cientos de años después, Petra despierta en este nuevo mundo, pero descubre que es la única persona que recuerda la Tierra. Durante el viaje, un siniestro Colectivo se ha apropiado de la nave y ha purgado la memoria de todos los que estaban a bordo.

Solo Petra tiene las historias de nuestro pasado, y, con ellas, la clave

de nuestro futuro.

¿Será capaz de usar el poder de las historias y hacerlas vivir de nuevo?

La crítica ha dicho:

«Un cuento verdaderamente hermoso».
New York Times

«Inteligente e irresistible... maravillosamente subversiva».
The Wall Street Journal

Donna Barba Higuera es una autora estadounidense de libros infantiles. Creció en el centro de California, rodeada de campos agrícolas y petrolíferos. Actualmente vive en el estado de Washington con su familia, tres perros y dos ranas. Su segunda novela, *La última cuentista*, ha ganado los mayores premios literarios, como la Medalla Newbery y el premio Pura Belpré.

Título original: *The Last Cuentista*

Primera edición: abril de 2023

© 2021 by Donna Barba Higuera
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Pilar Ramírez Tello, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial. Adaptación a partir del diseño original de Raxenne Maniquiz para Levine Querido

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18050-56-5

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: somosinfinitos
Twitter: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

[*] En castellano en el original. A partir de este momento, se marcan en cursiva todas las palabras que aparezcan en castellano. *(N. de la T.*).

[**] La traducción de este fragmento es obra de Claudia Conde para *Mitos nórdicos*, de Neil Gaiman (Barcelona, Planeta, 2017). *(N. de la T.)*.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La última cuentista

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Donna Barba Higuera

Créditos

Notas